EMILIO BUESO

TRANSCREPUSCULAR



ePUB

Un carrusel alucinógeno de ciencia ficción biopunk. El alarde imaginativo más desquiciado de Emilio Bueso. Esta es la historia de una búsqueda más allá del ocaso que arranca con el canto de los caracoles, entre huertos surcados por escarabajos de tiro, que deja atrás los establos de libélulas y los refugios de tormenta, los templos de los animistas y los círculos de dólmenes de los astrólogos, y que se adentra por los laberintos del hielo siete y por bosques de helechos plagados de arañas gigantes. Es la historia de un viaje desquiciado en busca de respuestas (aquí ha puesto Terán el punto final) a preguntas que nadie comprende hasta el final de las tierras en las que nunca sale el sol. Somos un grupo pequeño: mi señora y su brujo; un forajido ventrílocuo; mi babosa, mis espadas y yo mismo. Y cargamos el peso del mundo en los hombros.



Emilio Bueso

Transcrepuscular

Los ojos bizcos del sol - 1

ePub r1.0
Titivillus 16.03.2018

Emilio Bueso, 2017
Ilustraciones: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



La desintegración es un episodio que les llega a todas las cosas. Cuando se desploman un caballo, una persona o un adversario, se desmoronan del ritmo del tiempo.

MIYAMOTO MUSHASHI

UNO

EN LA BREVEDAD DE LA NOCHE

Los caracoles del jardín dieron la voz de alerta. Elevaron las rádulas hacia las estrellas y bramaron al unísono. Y así empezó todo.

Me desperté de un sobresalto. No dudé en ponerme el gabán, agarrar el venablo, colocarme la babosa al hombro y salir al patio principal, caminando como si me acabaran de apalear, con la vista desenfocada.

La caseta en la que vivía entonces estaba junto a la garita de acceso a Palacio, aunque la verdad era que en mis tres años de experiencia como alguacil nunca había entendido el motivo. En nuestro municipio jamás pasaba nada, y menos en la brevedad de la noche.

Pero yo sabía que los caracoles del Gobernador no bramarían así como así. Pesaban lo que diez hombres y se movían lo mismo que rocas durante las tormentas de nieve. Al bramar expulsaban unas vaharadas de humo fétido que podían desplazar un carro cargado hasta arriba.

De modo que salí al patio con el arma en ristre, dispuesto a reducir a todo el que me encontrara al paso y no perteneciera al consistorio.

Me recibieron la luz temblona de los faroles de luciérnagas que se desplegaban por todo el claustro, y gritos, en Palacio. La Regidora, a la voz de «al ladrón».

Maldije mientras corría. Me pregunté qué cuernos querrían robarnos. Robarnos algo, a nosotros.

Porque la nuestra era una región agraria y humilde, de pocas vías comerciales.

Me embalé hacia la escalera principal y sorprendí al malhechor a la fuga.

Nos habríamos cruzado de bruces de no haber girado él para encaminarse hacia el corral de las bestias. Mi brazo se aprestó a arrojar el venablo de puro instinto, pero lo que vieron mis ojos, atontado como estaba, me bloqueó por un segundo.

El ladrón. Era apenas una silueta.

Lo vi moverse en la penumbra del patio, deslizarse igual que una sombra y no como una persona. Yo solo veía un agujero hecho figura, ni que hubieran recortado al ladrón de la escena del robo.

No me decidí a atacar, sí a darle un alto que casi sonó como un signo de interrogación.

Ni se volvió a mirarme; se escabulló a toda velocidad por uno de los laterales que dejaban el patio.

Por el pasillo que iba hacia los prados.

Salí corriendo detrás, ya dispuesto a ensartarlo con el arma a la mínima oportunidad. Me dije que sobre la hierba de la braña le daría caza como a una cucaracha gigante. En el corral, a aquellas horas de la noche, solo habría líquenes, hongos, musgo, más caracoles pastando y el acceso al estanque de las libélulas.

Torcí justo cuando alcanzaba su montura. ¿Había dejado a una bestia paciendo junto a las demás, igual que cualquier otra visita?

Todo era pesadillesco, lo mismo que su cabalgadura, que no era ni una escolopendra ni una libélula como la mía. Era otra silueta. Otro contorno negro que no parecía reflejar la luz.

Y eso que acababan de darla. Habían encendido los hongos del prado. Todos los luceros, del primero al último, en lo que claramente era una señal de alarma. La escena se inflamó en la fosforescencia azul de las setas hasta ofrecerme un atisbo de lo que llevaba el ladrón a modo de montura.

Una serpiente. Con silla de montar.

No era un gusano, era una serpiente.

Una alimaña que lo alcanzó de un cabezazo para lanzarlo a la silla de montar y luego se puso a culebrear por el prado a una velocidad que engañaba al ojo. No veía colores, no veía formas; solo la sombra de una serpiente gigantesca. Una criatura que se llevó al ladrón en silencio y sin hacer pausas ni dudar un segundo. Se lo puso encima en un visto y no visto y de repente lo estaba sacando de las dependencias que yo custodiaba.

La bestia zigzagueaba entre los hongos y los enormes caracoles, deslizándose sobre el musgo igual que un patinador. Puso enseguida una distancia entre nosotros que nunca podría salvar a tiro de venablo.

Así que me llevé la mano al hombro e hice que la babosa

cantara a montura.

Miré hacia el estanque y enseguida vi a mi libélula lanzada como una saeta en mi dirección. Corrí a su encuentro y, también en un movimiento bien ensayado, me aresté a tomar las riendas de un salto y a salir en persecución del intruso. Ni de lejos iba a perder una oportunidad de lucirme cuando por fin se presentaba la ocasión.

Mi animal y yo alzamos el vuelo, tomamos algo de altitud y el aire helado me despejó del todo. Alcancé a ver como la serpiente se aproximaba a la verja principal del prado. Después aceleramos y nos abalanzamos en picado hacia la horrible silueta que… Me pregunté cómo haría para salvar la valla.

Era muy alta, casi una muralla de vigas, pértigas de acero y gigantescas agujas de cristales tóxicos y pedruscos de sal. Toda una empalizada, espesa y aparatosa. Se hizo en tiempos remotos, para bloquear el paso de los escarabajos de guerra.

Pero la serpiente la salvó del mismo modo que quizá empleara para llegar a Palacio: se arqueó sobre el suelo, recordándome por un instante la mecánica de un muelle, o de una catapulta… y salió volando.

Echó a volar. Sin más. Sin batir alas. Primero saltó y después comenzó a moverse como si estuviera en el agua y, perforando el medio hacia arriba, se enroscó y tomó altitud.

Luego, velocidad.

Mi libélula granate era una de las monturas más rápidas de la provincia, y no supe decir si podría alcanzar la celeridad que cogía la sombra de la serpiente con algunos coletazos.

Parecían tan fuertes como para mandarla a las estrellas. Se diría que le daba latigazos al mundo y que con ellos salía despedida.

Y en parte así era.

Porque el aire mismo chasqueaba y se dolía como si lo cortaran a cuchillo. Era un espectáculo grandioso.

El mundo no vuelve a ser igual cuando has visto alzar el vuelo a una serpiente más larga que cuatro diligencias. Una visión así hace que te replantees la mecánica de la realidad, la densidad del aire, el peso de las cosas. Nunca había visto nada igual y estaba muy descolocado. Me pregunté si soñaba, qué clase de brujería era aquella.

Pero no me arredré e insistí en seguir a la zaga de aquella cosa, fuera lo que fuera. Siempre he sido decidido y no temo las pesadillas; me parecía inaceptable abandonar sin más.

De modo que iniciamos la caza del fugitivo, esa vez a pleno vuelo, ya sin obstáculos, perforando el biruji. Mi animal apretó la marcha hasta el límite de sus posibles, y la serpiente pareció hacer otro tanto.

Digo pareció porque recuerdo que me dio la impresión de que apenas se molestaba en mantener la distancia, y poco más. Me invadió la sensación de que la bestia no ganaba la velocidad porque… ¿Para qué?

El ladrón parecía galopar relajado, no espoleaba la serpiente ni se inclinaba en la grupa. Yo en cambio me agarraba a la mía como en un huracán al tiempo que me deshacía en azotes y gritos, lo mismo que mi babosa, que dejó escapar un festival de vibraciones, fogonazos bioluminiscentes y gañidos. De pronto y a toda velocidad, a nuestros pies se sucedieron las plantaciones de hongos, los mares de lodo, las charcas de los triops, los bosques de helechos gigantes, los fangales de enormes cianobacterias y las colinas cubiertas de verdín. Rebasamos las vías del tren que surcaban el exterior del Círculo Crepuscular y, tras mucho tiempo a todo zumbar, y para cuando mi libélula ya empezaba a dar muestras de cansancio y a mí me dolía el alma de tanto aleteo, el sol salió a lo lejos y se escondió enseguida.

Nos íbamos hondo muy deprisa. El fotoperiodo se estrechaba a medida que cambiábamos de meridiano. La luz iba menguando. Lo breve ya no era la noche, sino el día.

Fue una cacería de las que agotan a una partida, con las luces trémulas. Nos amaneció y anocheció varias veces fugaces, conmigo a la zaga de aquella sombra. Cruzábamos el límite de lo habitable. A cada alborada, el sol asomaba menos entre las montañas, reducía su apogeo ciclo a ciclo.

Yo estaba acostumbrado a una vida ordenada durante la estación seca, dormir una siesta cada seis puestas de sol y parar para comer cada cuatro. Hacía años que no perseguía una captura tantas amanecidas. Y la presa no daba muestras de cansancio. La serpiente seguía y seguía volando.

Hacia el Norte, rumbo al límite exterior del Círculo Crepuscular.

Se iba a salir de los mapas. Iba directa al Agujero del Mundo.

Más al norte no había nada, solo sombra permanente. La oscuridad eterna. Páramos donde jamás se ha hecho de día.

Pronto atravesaríamos la última frontera porque las corrientes de viento helado arreciaban. Se me estaban formando carámbanos en el cabello y en las pilosidades de la libélula. O aminorábamos o las tormentas que señalaban el fin del mundo nos derribarían; o me troncharían la montura de un plumazo, en cualquier embate.

Además, la oscuridad negra y voraz iba en aumento. Se espesaba como un veneno.

Nuestra carrera enterró el sol bajo el horizonte una última vez, tras un tímido y breve amanecer. Así fue, de un quebranto, que anocheció como solo anochece cuando te adentras en el Agujero del Mundo: vi pasar el último monolito, y cruzamos otra fase implacable del terminador, una de las líneas divisorias que definen los límites de las luces que conoce la humanidad. Sentí de golpe y porrazo que nos zambullíamos en un estanque congelado. La libélula apenas conseguía aletear, y a mí me dolía al respirar. Los bandazos de la tormenta de granizo y escarcha nos barrían a un lado y otro de la trayectoria que, en balde, tratábamos de mantener. A oscuras.

Pero el ladrón no parecía afectado por la furia del Agujero.

Se limitó a dar las luces.

De pronto dos algos en la cabeza de la serpiente, ¿los ojos?, ¿los ocelos?, se encendieron como candiles, y la bestia horadó el terreno que teníamos debajo con un resplandor azulado.

Un páramo helado de rocas blancas y hielo siete, sin líquenes ni hongos ni moho ni enjambres. Ni rastro de actividad humana o animal. Solo el Agujero. El Polo. Pero ¿cómo podía aquel chorizo aguantar el tipo allí?

Yo esperaba que su intento de caerse del mundo pretendiera ponerme a prueba, no que se adentrara en la muerte como el que vuelve a casa. Pero eso fue lo que hizo. Se volvió por un instante a mirarme y se despidió agitando la mano. La oscuridad lo envolvió antes de que terminara el gesto.

Mi babosa, casi congelada, se encendió para pedir clemencia, justo antes de encogerse y replegarse en la concha. Hizo lo mismo que había hecho el sol: se escondió y se apagó.

Debíamos dar la vuelta de inmediato o no nos quedarían fuerzas ni forma de volver; la congelación nos haría pedazos. O los vientos huracanados y cargados de pedrisco. No podíamos seguir profundizando hacia el norte lo mismo que no habríamos podido coger altitud hasta escapar del cielo respirable. Apurábamos demasiado. El Agujero nos tragaría.

Pero la sierpe parecía recorrerlo sin padecer en el proceso.

No vi otra que aminorar la marcha, ya con vistas a abandonar la persecución.

Nunca me había pasado algo así, nunca me habían superado en una huida hacia las intemperies. Recuerdo haber perseguido a más de un desertor en mis tiempos de soldado, a fugitivos y prófugos que trataban de escapar hacia el Polo Sur y el Desierto del Mediodía. Aquello, bien adentro, donde pocos han ido, es un arenal calcinado por el mordisco de un sol que se mueve poco y despacio en lo alto del cielo. El astro rey lleva siglos fijo y batiendo ese suelo y ha convertido el páramo amarillo en un horno abrasador donde lo único que rompe el silencio y la quietud son los escorpiones que parecen nadar en las dunas, blancos como la nieve, grandes como montañas.

Perseguir proscritos hacia el infierno del Sur nunca me había dado problemas: apenas temes a las tormentas de arena cuando cabalgas una libélula grande. Mis monturas siempre habían sido más rápidas que el ojo, bien capaces de alcanzar los confines del mundo de los hombres. Era uno de los privilegios que nunca me habían abandonado.

Hasta aquella noche.

Comprendí que la persecución era demasiado para mí cuando el ladrón cruzó el límite profundo, el que ya no está ni balizado, para perforar una negrura terrible. Que se podía cortar. Espeluznante.

Terminal.

Se adentraba en un sitio donde todo se paraba menos él.

Los hombres no entrábamos ahí.

El ladrón, sí.

Detuve la montura y di la orden de suspender el vuelo en parado. Nos quedamos casi sin poder levitar, a la merced de vientos

capaces de arrancar hongos gigantes; estábamos exangües, vencidos.

Pero todavía saqué el catalejo. Un ojo de caracol que guardo en el gabán desde mis tiempos de cazador.

Miré por él y vi a mi perseguidor cuando franqueó una barrera capaz de hacer estallar de frío el metal.

Se volvió a mirarme por última vez y su figura comenzó a expulsar vapor, a humear.

Pero no era que el frío la quemara. Fue como si se desprendiera de una capa de protección, del camuflaje que le hacía parecer una sombra.

Una bocanada de vaho se desgajó de serpiente y jinete, y un abrazo negro más frío que el hielo se los tragó, como si tal cosa. Ni se inmutó el jinete ni flaqueó el galope de la montura.

Aquellos dos volvían a su medio. A un sitio donde ni las libélulas ni los catalejos alcanzan a mirar. Al Agujero del Mundo.

Que los arropó.

Estaban en casa.

DOS

ASAMBLEA DE MOLUSCOS

Con la montura medio destrozada, con quince crepúsculos rápidos a mis espaldas y tras cabalgar jornada y media; así me personé en Palacio para dar parte de lo acaecido durante la persecución.

La libélula daba buena cuenta de mi versión de los hechos, pues en tiempos de paz no se veían nunca animales así de maltrechos. Llevé a mi bestia extenuada, trastabillante al vuelo, con carámbanos en las alas, quemaduras por todo el cuerpo y los ojos compuestos severamente dañados por la escarcha y el granizo. Estaba por ver si se recuperaría. Se veía a las claras que se había adentrado demasiado en el Polo.

Mi gabán traía ampollas, y las grebas de mis pantalones estaban agrietadas por la congelación. A mi uniforme habría que reemplazarle varias de las placas de escarabajo que hacía valer como protecciones. Solo la tela, de araña, había resistido las inclemencias de la persecución. El resto de los tejidos de mi indumentaria estaban destrozados. Como que se pensaron para repeler armas y habían recibido la embestida del Agujero del Mundo.

No había habido combate y volvía hecho una ruina, sin condiciones de armadura y casi sin montura. El venablo, eso sí, estaba como nuevo.

Toda una humillación para un alguacil con mi hoja de servicio, impoluta hasta entonces, pero avalada por mi experiencia militar y cinegética. Me iba a costar mantener el cargo de funcionario de postín, tan bien pagado y tan decorativo.

Pero es que… aquello había sido demasiado. De modo que me deshice en explicaciones ante el Concejo. Les conté toda la historia, tal cual.

A la mesa ante la que comparecí acudieron todos los caciques y señores salvo el Gobernador, que estaba de viaje. Me tuve que enfrentar a toda la corte de cazamedallas y subalternos, y estaban bien encabronados. La Regidora, el misario del animista, el

telegrafista del animista, el Astrólogo, el pastor, el Galeno, el Sacerdote y varios representantes de los gremios. El Concejo al completo. Incluso acudieron a escucharme miembros del Gabinete a los que apenas veía aparecer por Palacio.

Pusieron dos filas de escaños alrededor de la mesa de plenos. La cámara principal del Consistorio quedó repleta de mandamases.

La Regidora presidía la reunión desde la butaca de honor, en el extremo de la enorme mesa de piedra. La muchacha traía un aspecto lamentable, con el pelo mal recogido y pringado por el pie del psicocaracol que llevaba en la cabeza, un enorme boyuno de colores claros que movía muy tenso los tentáculos de los ojos y vibraba con cada palabra que se decía en la sala. De tanto en tanto ella se sacaba los dedos índice y corazón de la sien y los pasaba por el poro respiratorio del animal, en una muestra abierta de que intercambiaban mensajes a la velocidad de las chispas.

Fuera andaba suelta la tormenta decimoctava de la estación: se había desatado con puntualidad militar y ya la habían tachado del calendario del vestíbulo. Bramaba pedrisco y nieve, nos machacaba todas las ventanas y tragaluces del sistema de cavernas, que casi nunca se usaba durante las tormentas de fase; solíamos pasar aquel tiempo descansando, y no lidiando con extrañas crisis como aquella.

Expliqué y expuse, y luego respondí, dando aclaraciones mil. Hubo varios momentos tensos, sobre todo cuando el maestro me interrumpió.

—Alguacil —dijo desde su escaño de la segunda fila—, no creo que sea necesario recordarte que las serpientes son seres mitológicos, ¿verdad?

Yo no hice caso del comentario y me apresuré a finalizar la comparecencia, no sin antes tener que aguantar varios comentarios más como aquel, de los que también hice caso omiso. Estuve zafándome de improperios velados durante media hora caracol.

Tras eso vino la auténtica conversación.

Porque hice yo una pregunta. Y no fue sobre el ladrón.

—¿Qué se llevó? ¿Qué falta en Palacio?

Se desplegó el silencio en la mesa.

Clavé la mirada en la Regidora. Mi jefa. Una joven prometedora, toda una funcionaria. Flaca como ella sola, siempre tensa. Nos ensartamos con los ojos y nuestros simbiontes hicieron otro tanto,

pese a que mi babosa salía de una hibernación forzosa en la que no había podido ni enterrarse en lodo… Pero estiró los tentáculos, todos, los tres. Y le chispeó con los ojos a aquel caracol tan señorial que hacía valer la Regidora como si fuera una segunda cabeza. Tuve que llevarme la mano a la concha del molusco para quitarle hierro al gesto, porque el pie de la babosa me estrujaba la clavícula de mala manera. Noté que me transmitía una alerta de atención como las que me suele dar en combate… si alguien se acerca por la espalda. No llegué a mirar porque lo único que tenía detrás del respaldo de la silla era la pared de la caverna del Consistorio.

La Regidora, tras pensarlo un momento, no tuvo otra que responder:

—Se ha sustraído una reliquia del Gobernador. El ladrón accedió en plena noche a los salones, los recorrió y se llevó rápidamente lo que buscaba, dejando atrás varios… objetos valiosos.

—Algunos de los caracoles más viejos del jardín —añadí enseguida— abrieron los opérculos tras décadas de hibernación solo para bramar alarma.

—¿Y? —preguntó ella, encogiéndose de hombros.

—Pues que tengo la impresión de que esa reliquia sería todo un objeto valioso, cuando tenía tanta custodia.

El pastor de caracoles asintió con pesadumbre. Era un hombre entrado en años que se dolía por el alboroto y las consecuencias que pudiera tener todo aquello para nuestros cotos y prados.

—El ladrón hizo saltar una alarma importante del Gobernador —repuso el pastor, al tiempo que el bucio que llevaba en la cabeza asentía con los tentáculos oculares—. Recuerdo cuando me ocupé de ligar el vidrio con la alerta principal. Ni un asesinato en Palacio habría hecho tanto ruido.

Los aspavientos y las imprecaciones barrieron la mesa, un oleaje de malos gestos. Por encima de las cabezas, los moluscos daban latigazos con los ojos y se estiraban bajo la concha; no fueron solo los burgados, los caramujos y el buccino del Galeno, es que lo hicieron hasta los sapencos, los chupalanderos, el abulón del Sacerdote y un enorme boyuno que despuntaba sobre la cabeza de alguien que se sentaba en segunda fila. La caracola de espiral del Presidente del Concejo hizo un ruidito desde la nuca y el aparatoso limaco negro del Astrólogo se encendió como un tizón.

Revuelo a todas luces.

—¿Puedo preguntar qué era la reliquia y por qué tenía tanto valor? —dije entonces, sin desclavar la mirada de los ojos de la Regidora.

No entendía cómo era que teníamos un tesoro capaz de armar tanto revuelo en el edificio principal, una construcción de piedra que mantenía cerradas las puertas de los aposentos y poco más. Me parecía alucinante que a mí, siendo el responsable de la seguridad de la casa, no se me hubiera informado nunca de nada semejante. Conocía la ubicación y el peso de las cuatro joyas de la esposa del Gobernador y sabía donde estaban las arcas de Palacio y lo vacías que andaban.

—En fin —resolvió la Regidora, hablando con rigidez, igual que si recitara un parte, mientras barría con la mirada los ojos de los caracoles de la asamblea—, supongo que debo ser específica… Nos han robado una lámina de cristal de gran antigüedad, del tamaño y la forma de un ladrillo de afilar, cubierta de inscripciones centelleantes. La encontraron en las ruinas que hay tras el segundo refugio de tormentas, hará dos años.

—¿Quiénes? —preguntó el Sacerdote, mesándose las barbas. Aposté a que él tampoco sabía nada al respecto.

—Una partida de cazadores de arañas —repuso la Regidora, sin quitarme los ojos de encima.

Nos habíamos enganchado en un duelo de miradas bastante violento, y parecía que la culpa la tenían nuestros simbiontes o que la situación era más grave de lo que parecía.

Porque de los interrogatorios en aquella región me encargaba yo, y la gente no me solía sostener mucho rato la visual, máxime si me mostraba tenso.

Hubo otro silencio aparatoso, y alguien no lo pudo soportar.

—Señora Regidora, pero… ¿cómo os entregan un cristal de los Antiguos y no nos informáis? —estalló el Gran Maestre del gremio de Comerciantes, mientras su caracol boquinegro, completamente histérico, le azotaba la frente con los tentáculos oculares.

—Teníamos claro que el artefacto era valioso —respondió la Regidora—, y pensábamos venderlo la próxima estación, para cuando nos visitaran los viajantes de comercio de la Capital. Queríamos tasarlo de forma discreta antes de reportar nada al

cabildo.

Mi babosa me metió en el oído un tentáculo inferior, uno de los que usa para el tacto y el olfato. Me lo introdujo por el conducto auditivo como hace durante los interrogatorios para implantarme una impresión.

Está mintiendo.

¿Pensaban repartirse el dinero y por eso no dejaron que se supiera que había un tesoro en las arcas?

De modo que me dispuse a hostigar a la Regidora.

—Veo que casi nadie sabía de la existencia del cristal —dije. Y, esa vez sí, pasé la mirada por los ojos de todos los presentes. Miré incluso a los caracoles que bullían en sus cabezas.

Ninguno se inmutó, conque mandé de vuelta mi atención y una ceja alzada a la Regidora, que se apresuró a contestar.

—En efecto, la reliquia era un secreto de Palacio. El Gobernador así lo dispuso de forma cautelar. Muy pocos conocíamos la existencia del objeto, y como no sabíamos a ciencia cierta su valor, nos pareció mejor así.

—Necesito saber quiénes estaban al tanto —le respondí.

—Aparte de los cazadores, a los que se informó de que la reliquia no era gran cosa, y del pastor de caracoles —dijo señalándolo con deferencia—, a quien se presentó el objeto como un efecto personal, los únicos funcionarios conscientes de la posible importancia del hallazgo éramos el Gobernador, el Astrólogo y yo.

—Me gustaría despachar con todos en privado —dije.

Esperaba que aquello zanjara la reunión.

Pero entonces habló el Astrólogo.

Y levantó la sesión. No tenía autoridad, pero su limaco entonó un canto que no supe decir si convenció a la asamblea o si, simple y llanamente, la disolvió por fuerza mayor.

El caso es que se puso en pie, tomó el báculo y dijo, tras cruzar la mirada primero conmigo y luego con la Regidora:

—Al observatorio. Ahora.

TRES

MECÁNICA CELESTE

Calendarios y mapas del cielo por todas las paredes, relojes de arena en cada estante, dos interminables telescopios orgánicos, hechos con el par de ojos más largos que haya visto nunca en un caracol oteador y que se volvían a mirarnos cuando pasábamos cerca de las ventanas, todas ellas selladas con tela de araña. Y la tormenta bramando fuera de la torre del Astrólogo.

Parecía que el vendaval de hielo iba a tirar abajo el observatorio. Podíamos notar como se balanceaba el suelo y se movían las paredes a cada embate del pedrisco. La torre, hecha con tallos de seta gigante, bailaba en la tormenta lo mismo que los juncos del pantano.

—Cuidado con el planetario —nos dijo la barba del Astrólogo en una trepidación.

Y el planetario, que rodeamos hasta llegar a los sillones junto a la chimenea de hongos, resultó ser un ingenio mecánico de lo más extraño: un enorme disco de piedra con varillas de metal terminadas en esferas que podían girar en círculos alrededor de un eje. Todo lleno de magnitudes de medida, como si cada varilla fuera una regla. El vaivén de la tormenta hacía que danzaran los orbes, enroscándose sobre sí mismos como peonzas y trazando órbitas concéntricas. Me recordó un reloj, el planetario. Me pregunté si funcionaría cuando amainara, o si era que el aparato se había hecho para medir los tiempos y fuerzas de la tormenta. Pero no dije nada al respecto.

Sino que fui al grano.

—Bueno —dije en cuanto tomamos asiento y el Astrólogo se puso a fumar musgos en su larguísima pipa—. Así que el ladrón se ha caído al Agujero. Pues entonces la reliquia se ha perdido. Y ahora ¿qué?

—No es tan sencillo, Alguacil —contestó la Regidora, meciéndose en pie—. Tienes que recuperar el cristal.

—¿Cómo dices? ¿Vas a mandarme al Agujero?

Se le congestionó la cara.

—Perdóname si te hablo con demasiada franqueza, pero tú no comprendes ni por qué esta comunidad tiene a un Astrólogo en el Consistorio.

—¡Nadie lo entiende! —me defendí. A mí, el Astrólogo me parecía un fantoche. Además, ¿a qué cuernos venía aquello?

Nos encaramos, ella con la cara rehervida del cabreo, yo con las quemaduras de congelación adornándome los pómulos.

—¡Eres un ignorante, Alguacil! —estalló, hablando casi entre salpicaduras—. ¿Quieres que te lo expliquemos? Pues deja que lo resuma en dos patadas: cada vez que me encuentro con problemas políticos es porque demasiada gente de la provincia se escolariza en los templos.

—¿Y esto qué es, si no es otro templo? —respondí, señalando el planetario con sarcasmo. El Astrólogo me miraba malencarado.

—Muy agudo, muchacho —dijo la barba en tono calmado, sin sacarse la pipa de la boca—. Ese es un bonito símil, a tu modo de ver, pero es precisamente tu modo de ver lo que nos preocupa. Veamos, ¿qué te enseñaron los sacerdotes sobre el mundo y el Agujero en tus tiempos de colegial?

Fruncí el entrecejo. Me faltaba poco para largarme. Me sentía insultado.

—Esto es… vil —dije, y me puse en pie.

El Astrólogo me sujetó la manga del gabán y me dirigió una mueca condescendiente.

—Por favor. Es importante que nos sigas el juego en esto. A todos, a los tres, nos hace falta que respondas de viva voz a la pregunta que te acabo de hacer. ¿Qué sabes del Agujero del Mundo?

—Pues lo que siempre se ha dicho —zanjé, entre resignado y suspicaz—. Que la creación hizo para nosotros un círculo que habitar, cercado por el Desierto del Eterno Mediodía. Los dioses nos dieron un mundo en uno de los discos que arrojan a las estrellas y luego pusieron en el centro un gran abismo, un Agujero. Sé que la luz del día no llega nunca a él, que no amanece nunca en el Norte porque el sol siempre mira hacia el Sur. Que sobre la oscuridad acabará triunfando el amanecer y que se han escrito mil libros sobre el frío y el mal que encierra el Agujero. Y a él irán nuestras almas, si somos malos y bla bla bla… ¡Pero yo no soy ni un hombre malo

ni un místico! ¿De qué demonios hablamos, de religión?

El Astrólogo suspiró y fue a un rincón a sacar una enorme esfera de su soporte. La puso en el suelo, sujetándola con ambas manos.

Sobre la superficie del orbe estaba pintado un mapa del Círculo Crepuscular, con todos los países y municipios como el nuestro…, pero dispuestos alrededor de la imponente pelota. En un polo aparecía el Desierto del Mediodía, un casquete amarillo. El extremo opuesto de la esfera era un páramo negro. El anciano hizo rodar el orbe en el suelo suavemente y dijo:

—Giramos alrededor del Sol, pero siempre le enseñamos el mismo lado.

Bufé.

—Nuestro eje apenas rota. Por eso en la cara oculta del planeta nunca da la luz del día —siguió el Astrólogo—, es un polo helado, a oscuras por años sin término, la noche eterna. La cara subsolar, en cambio, es un horno calcinado por el sol a perpetuidad, un arenal donde siempre es mediodía y que mira directa y fijamente al fuego. Lo que hay justo al otro lado, y que llamas el Agujero del Mundo, en realidad no es un abismo, sino un sitio espantoso y totalmente congelado; pero un sitio como este, que tiene suelo como el nuestro y se puede recorrer.

—Pues yo casi muero por intentar sobrevolar ese sitio.

—Lo sé, muchacho. Sé cómo es adentrarse en el Agujero. Lo asimilé recorriendo el mundo en escarabajo en mis tiempos de peregrino, antes de aprender el oficio. Comprendí que la franja habitable que conocemos es el ecuador, el Círculo Crepuscular en el que nos encontramos, donde los hombres levantamos ciudades. En estas latitudes, el sol sale y se pone enseguida, y eso facilita la vida; pero la vida es aclimatarse, adaptación. Eso fue lo que mejor aprendí de mis viajes.

»También aprendí que algunas provincias tienen minas y canteras dentro del Agujero, un poco más lejos de lo que pueden recorrer una libélula o un caballito del diablo. Esas gentes tienen una magia poderosa que les permite adentrarse más que tú en la negrura para extraer minerales de valor.

—¿Pretenden… que aprenda a vivir en la oscuridad, las canteras y las galerías de túneles como las tribus mineras… para que vuelva con la reliquia?

—No exactamente —repuso la Regidora—. A cinco estaciones de tren vive un explorador que ha cartografiado buena parte del Agujero. Sus mapas señalan montañas y volcanes que escupen hielo, y una antiquísima red de faros que todavía funcionan y torres sin puerta que soportan desde hace siglos tormentas de hielo siete, coronadas por cristales que lanzan fogonazos de luz al infinito.

—Luego están los libros que hablan de la conquista del Norte —añadió el Astrólogo, cerrando filas con la jefa—, que cuentan que en el horizonte más profundo, helado y negro se ven centellas azules que trazan rutas, y que a veces aparecen a lo lejos masas bioluminiscentes moviéndose en el abismo, quizá bestias como la del ladrón.

—Pero eso son cuentos —rechacé yo—. Alucinaciones de náufragos. Fiebres de la paramera.

—Alguacil, hay toda una inmensidad allí donde crees que nos podríamos caer —me recalcó el Astrólogo—. No es el final del mundo, ni la tierra que se acaba en un boquete. Es un lugar, y en él hay muchas cosas. Es la cara oculta del planeta. La que siempre da la espalda al Sol. Y hay otros hombres, allí.

—¡Todo eso son patrañas!

—Todo eso será tu trabajo a partir de ahora —zanjó la Regidora, sonando como cuando dictaba sentencias—. Mañana partiremos los tres a recuperar la reliquia. Y no volveremos si no es con ella.

—¿Y por qué haríamos tamaña chifladura?

Entonces se encendió el espantoso limaco negro que el Astrólogo llevaba en la cabeza, bien clavado al cráneo. El animal blandió ante nosotros dos ojos como tizones amenazantes. Y el Astrólogo, tras bizquear durante un momento de trance con el simbionte, dijo:

—Debemos salir en cuanto amaine la tormenta o nos lincharán y colgarán en el Ágora.

—¿Qué? —La Regidora no daba crédito. Un linchamiento. Dirigido a ella.

—En la ciudad subterránea esperan todas las gentes del municipio, convencidas de que les han robado algo. Algo que nosotros pretendíamos sustraer del templo o de las arcas del consistorio. Algunos no se creen la historia del Alguacil. Muchos, puede que influidos por los simbiontes, están convencidos de que hemos sacado un tesoro del Palacio aprovechando que el

Gobernador está de viaje, y de que, ahora que los caracoles nos han delatado, nos hemos inventado una excusa absurda.

—¡A mí no van a lincharme! —dije.

—Tú lo tienes peor —me dijo la Regidora—. A ti como poco te van a cesar. Y con eso quizá te manden de vuelta al frente.

—Alguacil, ve a cambiarte la armadura y trae espadas, redes y venablo y el equipaje que necesites para un viaje sin fecha de retorno; luego vuelve, y partiremos en cuanto flaquee la tormenta —me dijo el Astrólogo. Y no era una orden.

Era peor.

No me lo tuvo que marcar la babosa; supe que, si no los acompañaba, partirían sin mí.

CUATRO

CIUDAD SUBTERRÁNEA

El Astrólogo me hizo cambiar la armadura por una de sus túnicas de colores y después me dio una llave y me acompañó a una de las puertas de servicio de la torre. Me llevó al sótano y allí me sacó de la casa, por la puerta de atrás.

De modo que salí del observatorio por un acceso a medio disimular, un corredor estrecho y poco transitado que daba a la oscuridad de la ciudad subterránea. Me asomé por el extremo que se encaminaba a la gruta principal, donde estaba la puerta de acceso a la torre del Astrólogo.

Y había gente arracimada allí. Docenas de hombres fornidos que agitaban setas de fuego. Una turba preparada para increparnos. Para ajustar cuentas con nosotros.

Para lincharnos incluso antes de que terminara la tormenta.

El limaco del Astrólogo tenía razón: teníamos que marcharnos muy lejos. Nada como un robo municipal para cabrear al pueblo suspicaz y miserable.

Me tuve que mover como un ladrón por la ciudad subterránea. Hube de esconderme en portales que no conocía y de avanzar con cuidado, mirando siempre atrás y a los lados. Temía que en algún momento me descubriera un vecino enfurecido. Los túneles del sistema de cuevas donde hacíamos vida durante las tormentas de fase eran un bullir de gentes que, en vez de recogerse en tabernas, en templos o en sus casas, o que en vez de dormir la siesta o dedicarse a sus labores, hablaban de un escándalo político y convenían citas en la plaza del mercado para cuando amainara el temporal.

En pocas horas caracol habríamos de ofrecer otra comparecencia, esa con verdugos presentes y frente a una multitud. Pasaba muchas veces, si algún coleopterocultor distraía las cosechas o cuando una partida de caza no entregaba todas las capturas. Mi trabajo casi siempre consistía en mediar en aquellos alborotos y acatar las órdenes que dictaran el Gobernador o la Regidora, mandando a unos al calabozo y a otros al cadalso.

Porque en ocasiones no había otra que entregar a un desgraciado al público para apaciguar los ánimos. Tal era el sistema legal, y así había sido desde la guerra. De cuando en cuando, la dura vida en el municipio se cobraba de víctima a algún amigo de lo ajeno, pero en ese momento nos tocaba a nosotros, las autoridades, estar en el punto de mira. Todo un escándalo, cuando se suponía que el palacio del Gobernador era un dechado de rectitud y de cooperación entre paisanos.

Nunca creí verme en el papel del paria. Demasiado tiempo siendo el brazo armado del pueblo. Rogaba para que no me obligaran a defenderme.

Porque lo cierto era que no veía falta en mí.

Me tuve que meter en los urinarios para dar esquinazo a un grupo de adolescentes medio fumados, y luego, que tirarme bajo un carro de musgo para que no me descubriera una parejita de las que aprovechan la oscuridad del subterráneo para achucharse.

Todos conocían al Alguacil, y visto cómo circulaban las noticias en la provincia, a esas horas de la tormenta seguro que en todas las tabernas sabían ya de lo sucedido conmigo y los jefes.

De modo que me apresuré en buscar acceso a Palacio por corredores secundarios de los que apenas tienen puertas de servicio, comercios y viandantes. Esquivé las luces de las luciérnagas que alumbraban las puertas de las tabernas, así como los hongos fosforescentes que balizaban el acceso a la vivienda de los más pudientes. Vi pasar a un leñador de setas que cargaba con las hachas y un gusano de presa y dejé atrás a dos malhechores habituales que iban con espadas al cinto. El subsuelo entero olía a ajusticiamiento, a que íbamos a rendir cuentas pronto, a petición general.

Qué barbaridad. Volvíamos a los tiempos en los que se ponía fin a los gobiernos de mala manera.

Alcancé la caverna que se abría bajo Palacio mezclándome entre los borrachos que había frente a una taberna. Hice una bonita actuación dando tropezones donde servían las bebidas más cargadas de esporas tóxicas. Tenía guasa que, justo junto al sótano de la casa del Gobernador, hubiera una plaza plagada de garitos de la peor calaña, pero así era la ciudad subterránea, toda una transformación de la comunidad durante los periodos de hibernación a los que nos

sometía la meteorología. Luces trémulas y sombras que bailaban y voceaban ecos y hacían sonar mil pisadas. Humedad y tufo a humanidad hacinada.

Lo cierto es que me encantaba el ambiente y lo frecuentaba todas las semanas. Tenía amigos en muchas tabernas y en ese momento me daba miedo ver aquel ecosistema convertido en una jungla peligrosa donde el enemigo público era yo.

Finalmente llegué a la caseta donde vivía desde que me nombraron alguacil. Saqué la llave y despasé el cerrojo de la trampilla de entrada. Estaba en casa. Por fin.

Hice el petate en un santiamén. Me embutí en el gabán blindado, me colgué las espadas al cinto y me puse el yelmo de cangrejo. Me tendí las redes a la espalda y me calcé unas botas de montar. Llené un hatillo con comida deshidratada y un odre con agua fresca. Luego me quedé escuchando un momento la tormenta.

Tenía frío, y miedo.

Mi puerta temblaba casi tanto como yo.

Me pregunté si volvería a verla. Si la garita volvería a ser mi casa alguna vez.

Si pondrían mañana a otro reservista a cargo de la guardia municipal y a mí me declararían proscrito de por vida, como recogían los códigos civiles que me había tocado memorizar para poder obtener el cargo del que me disponía a huir.

Entonces pensé en lo que había visto entrar en el Agujero del Mundo, en cómo se movía el jinete, en las locuras que acababa de aprender sobre el Norte, sobre el Abismo. En el glaciar iluminado por los faros de una serpiente que volaba como una tormenta de hielo.

Algo dentro de mí quería creer.

Aguardé hasta sincronizar la respiración con la del temporal.

Pronto amainaría.

No sabía si sería capaz de volver con el Astrólogo y la Regidora por la ciudad subterránea; quizá fuera mejor opción salir a la tormenta y alcanzar a la carrera el refugio de Palacio. Por fuera podía atajar mucho camino. Llegaría enseguida y sin cruzarme con nadie, sí, pero solo si atravesaba el patio en medio de la tempestad.

No era la primera vez que me enfrentaba a una tormenta de fase.

Así que hice lo que tenía que hacer: me puse la babosa bajo el gabán para protegerla del frío y abrí la puerta cuando los embates remitieron un poco. Luego eché a correr por el patio.

Aunque racheaba cada vez menos, las ráfagas de viento helado estuvieron a punto de tumbarme varias veces, antes de mandarme volando justo adonde se adivinaba la escalera que daba al Consistorio. Me di un porrazo, pero no me hice más que una magulladura tonta. Hasta bailar en un temporal de aquel calibre se podría con un gabán acorazado como el mío. Al final me las ingenié para alcanzar el refugio a gatas.

Era apenas una plaza subterránea a medio sepultar por el granizo y la nieve que traía la tormenta. Nadie en los abrigos del refugio.

Allí no esperaba ni un vecino. Los amparos de tormentas siempre se quedan vacíos cuando los vientos llegan puntuales. Por no haber no había ni lámparas prendidas; no tuve más remedio que sacar la babosa y encenderla.

Bajar a los subterráneos fue un paseo. Dar enseguida con las inmediaciones del observatorio. Sortear a la gente que ya había empezado a dar voces y gritos para que saliéramos. Alcanzar la puerta de servicio y subir torre arriba.

En la azotea llamaríamos a nuestras monturas. Y partiríamos.

CINCO

HUIDA

Sobrevolamos durante un tiempo las tierras al este de casa, tristes y taciturnos, furiosos quizá, siguiendo las vías del tren transcrepuscular; el sol, inmóvil en el horizonte.

Y el caso es que era hermoso, viajar así.

Siempre me ha encantado la forma en la que se para el tiempo cuando sales de verdad, cuando te mueves rápido hacia el este siguiendo el sentido perpetuo de los trenes de la vía central, la que anilla el ecuador, el recorrido de los convoyes de larga distancia: dos gigantescos raíles cuyo trazado vertebra el Círculo Crepuscular, acorralando al anochecer y sin dejarle echar una siesta al sol. Hacia el este, a muerte. Con la luz. Tras ella. Que no escape.

Es una vía de tren interminable, además. Se enrosca sobre sí misma y da la vuelta al mundo habitado. Algunos trenes que la recorren llevan a bordo personas que viven en ellos. Avanzan para siempre con la luz del amanecer.

Una vez también me tocó hacer un viaje así.

Durante la gran guerra lo llamábamos «cazar el cielo». Surcábamos las mismas tierras y con aquel rumbo, siempre al vuelo en paralelo con la vía del tren, sobre libélulas de castigo, dejando caer setas de fósforo blanco en las ciudades; ampollábamos al enemigo y sembrábamos incendios bajo las patas de las monturas, hacíamos arder casas, refugios de tormentas, torres observatorio, pastos de caracoles, minas de carbón, castillos de piedra. Huíamos de un amanecer que nunca nos daba caza. A la velocidad del sol.

Éramos bombarderos orgánicos, más dañinos que una lluvia de cometas. Sencillos, como una navaja de afeitar:

Arriba. Seta. Libélula. Guerrero. Explosivos.

Debajo. Fuego. Carne. Dolor. Ruinas.

Y repetir la secuencia. Nada de espadas y venablos. Guerra moderna.

Haberlo dejado atrás me alegraba cada día, cada noche y cada interminable crepúsculo. Era fantástico retirarse, que se hubiera limpiado de panenteístas casi todo el Círculo Crepuscular, vivir lejos

de las líneas enemigas, poder ser alguacil. Funcionario.

Aunque fuera funcionario a la fuga.

Porque huíamos, y cosa mala. El Astrólogo, la Regidora y yo llevábamos rato sobrevolando el trazado. Poníamos tierra de por medio entre nosotros y la gente que nos quería muertos.

De cuando en cuando encontrábamos otros grupos como el nuestro, gente en movimiento, pocos pero diversos, casi todo comerciantes que montaban coleópteros. También vimos peregrinos cabalgar en soledad sobre pequeñas avispas y escarabajos de tiro, y casi todos saludaban al cruzarse con nosotros, aunque fuera con un movimiento sutil de la capucha. Lo habitual en el Círculo Crepuscular: el tráfico se disparaba cuando arrecian las tormentas.

Era dulce. Mi primer viaje en varios años. La capa acorazada del gabán, hecha con las alas exteriores de un escarabajo bombardero, se desplegaba plácida al viento. Me daba el aspecto de un gorgojo en pleno vuelo y guardaba mejor la espalda que una armadura de metal. Mi libélula, por su parte, batía las alas suavemente, ya acostumbrada a aburrirse con el vuelo lento de la mariposa nocturna del Astrólogo y la esbelta avispa de la Regidora.

Éramos demasiado llamativos, y eso no me gustaba. Me daba miedo que corriera la voz de que habíamos escapado con rumbo desconocido. Podíamos acabar convertidos en fugitivos formalmente. Me preguntaba si no sería mejor cambiar los insectos, viajar los tres sobre un mismo escarabajo de carga y pasar por un transporte familiar: una pareja joven que llevaba al abuelo a algún sitio.

Era un plan. Lo mismo tocaba llevarlo a cabo.

Ya veríamos.

De momento veíamos la vía del tren, poco más. El mundo se iba con sus cosas, nunca volvía. Los raíles permanecían bajo las patas de nuestros insectos.

Pasó, peinando el surco, la enorme oruga quitanieves que despejaba el trazado tras cada tormenta; se movió como un trallazo y dejó tras de sí bien barridos raíles y traviesas. La ruta quedaba inaugurada.

Al poco surcó las vías un primer convoy a toda velocidad: un milpiés locomotora que tiraba con mucho afán de un millón de vagonetas cargadas hasta los topes. Tras él pasaron otros muchos,

ensamblando coches de muchas ruedas y patas, encadenando vagones montados sobre insectos de tiro, anatómicamente adaptados a usar las traviesas de escalones, etapas de propulsión; después vendrían caravanas interminables de hormigas guerreras teledirigidas que acudían al frente; marchaban en columna, montadas por efectivos uniformados de caballería que llevaban caracoles simbióticos de todo tipo.

Bajo los raíles, el firme se volvía ora pantanoso, ora rocoso. Sobrevolamos una selva de monstruosos helechos arborescentes, forestas que elevaban las copas hasta las nubes; después culebreamos entre mil montañas picudas y dejamos atrás ciénagas cercadas por bosques de setas; primero orillamos las fumarolas de los géiseres y luego un mar de niebla, más tarde planeamos junto a dos templos fortificados que abrazaban un basural en el que pacían cientos de escarabajos peloteros; también dejamos a un lado castillos y varias poblaciones, sin detenernos más que lo justo, un par de veces por jornada para despachar siesta, meriendas y forraje. Apenas hablábamos. Para qué.

Tras varios ciclos de viaje casi nos sorprende el tifón oportunista que barrió la zona, pero los moluscos lo anticiparon metiéndose al unísono y a toda prisa en la concha. El aviso nos mandó directos a un vía crucis de cuatro monolitos; nos puso a superar, a galope tendido, los hitos y mojones que dirigían al refugio más próximo. No vimos otra que buscar amparo lo mismo que los cazadores, los peregrinos, la gentuza y los desgraciados que viven al raso.

Dimos con una majestuosa caverna que se tragaba jinetes como un agujero de hormiguero en los albores de la tormenta. Una aspiradora de transeúntes, colmena de viajeros. Un refugio de tormentas.

Saludamos a los monjes que guardaban el lugar y accedimos a una gruta cubierta de inscripciones de antigüedad incalculable.

Costó encontrar un recinto para tres, pero lo hicimos. Luego nos recogimos alrededor de un fuego comunal de gentes que, como nosotros, se habían visto rehenes de la tempestad en ciernes. Al poco de instalarnos y que se cerrara el albergue, cantaron a lo lejos los caracoles grandes y estalló sobre la intemperie toda la furia del cielo.

Dejándonos rodeados de extraños.

Es la magia de los refugios de tormentas. Cuántas parejas habrán unido, cuántos negocios habrán cerrado. Quien no hace amigos durante una tormenta oportunista no tiene alma.

O eso dicen los peregrinos.

El caso es que nosotros, por mucho que arreciara el temporal, no estábamos para conocer gente. Muchos nos miraban raro. Algunos contaban historias a viva voz frente a las fogatas, otros comían y reían como si se conocieran de toda la vida.

Pocos compartieron la comida con nosotros, pero todos preguntaron quiénes éramos y adónde íbamos. La Regidora les contó a unos y a otros que éramos parte de un concejo y que acudíamos a una reunión para defender intereses territoriales, de gobernación. Toda una coartada política. Los peregrinos, buhoneros, cazadores, comerciantes, viajeros y lugareños que escuchaban algo así no querían saber más detalles. Preferían la charla trivial, sobre bienes, habladurías, los mercados de la región, las peripecias de sus vidas. La guerra, la política y la religión eran temas prohibidos en los amparos. Y dado que a nosotros no nos interesaba la vida de aquellas gentes, era raro que nos hicieran compañía.

Y eso que no éramos los más raros del albergue.

Había bandidos con nosotros.

Un grupo de hombres armados que no hablaba con nadie. Una docena de caras que se mantenían apartadas y alerta al fondo de la gruta, fumando hongos y en silencio. Portándose como buenos chicos.

Señal de que en la provincia se respetaban los acuerdos de amparo: los salteadores de caminos no robarían a nadie a cambio de que los hombres con armadura como yo no intentáramos darles caza. Los albergues eran tierra de nadie, un limbo político legal con estrictas normas de convivencia y permisividad a cambio de que todos tuvieran la fiesta en paz y compartieran las penurias e inclemencias que el cielo les mandaba a todos por igual.

Pero, claro, a la partida de bandoleros le incomodaba mi gabán de alguacil.

De modo que me lo quité, lo dejé caer al suelo con las espadas que llevaba al cinto y el carcaj del venablo que asomaba bajo las alas de la capa, luego me despojé con mucho aparato del yelmo de

cangrejo y me acerqué a la fogata de los bandidos, sin más ropa que camisa y pantalón.

—Esta comarca no es de mi competencia —les anuncié, plantándome frente a su grupo—. No estoy en mi prefectura.

Dos de ellos asintieron, pero su aspecto no me habría reconfortado ni sonriendo: cejas partidas, tatuajes de detención en todas las caras, narices de boxeador, moluscos de fullero, ropajes de tejidos ásperos y gruesos. Gente parda. Con la ropa llena de lamparones marrones.

—Estoy de viaje y no conozco la zona —proseguí—, de modo que ignoro las causas que os han empujado a vivir a la intemperie. No son de mi incumbencia y no me interesa conocerlas.

Hubo uno que me clavó la mirada.

Casi tuerto. Cicatrices por media cara, mil clavos contorneándole la barba, el cuello escarificado por el acero de un dogal de condenado. Una lapa cogida al cráneo, una sonrisa fría, simbiotizada, que mostraba implantes de rádula en vez de dientes.

Y voz de fumar hongos venenosos.

—Pues dinos qué hace un miembro de la guardia municipal fuera de su municipio.

—Eso tampoco es de vuestra incumbencia, me temo.

—Por eso has venido a nosotros, ¿no? Porque tu mierda huele peor que la nuestra. ¿Te crees que no sabemos cómo funciona un concejo y dónde termina su demarcación?

—Repito que mis asuntos son cosa mía.

—Y yo te digo que, si acabas de desertar, como hicieron tres de los míos, tu sitio —palmeó dos veces el suelo junto a él, tras recorrer con la mirada a sus hombres— está aquí. Y no ahí —siguió diciéndome, esa vez señalando con la lapa de la cabeza a un monje que les leía un libro sagrado a unos niños sentados alrededor de una seta de fuego.

—Tenemos cosas buenas para fumar —añadió otro proscrito, exhalando una vaharada de humo. Apenas era un chaval, bizco por los hongos, y llevaba un buccino en la cabeza que movía las antenas histéricamente, incapaz de soportar la toxicidad de su mente.

Negué con la cabeza y volví a mi grupo. Fuera, la tormenta de arena lijaba el mundo.

Mi babosa me hizo crujir el hombro en señal de alerta.

SEIS

PELIGRO

La Regidora limpiaba con parsimonia el arcabuz mientras conversaba con el Astrólogo en lengua vernácula y en voz muy baja. De modo que opté por la grosería y me senté entre ellos, casi haciéndome sitio.

—¿Algún problema con esos? —me preguntó la Regidora.

—Nada —contesté—. Parecen gente civilizada.

—No creo —me dijo ella—. Hay uno que lleva una ajorca de esclavo de guerra soldada al cuello, todos tienen tatuajes carcelarios y el que parece el jefe lleva argollas de galera en las muñecas.

—Todos llevamos nuestras argollas —respondí solemne mientras me quitaba las botas—. Es solo que algunas llaman más la atención que otras.

—Cuando yo peregrinaba —dijo el Astrólogo, al tiempo que se mesaba la barba una vez y otra— no había mejor fuente de información que los bandidos, los ilotas y los clanes de parias que se congregan en los refugios de tormentas. Se mueven constantemente y no escuchan ni a políticos ni a sacerdotes; solo tratan con viajeros porque estas cuevas y el raso les hacen las veces de casa. Conocen a cada ladrón, a cada grupo organizado con el que se disputan el territorio, saben de cada transacción de abarrotes, han oído algo sobre cada cargamento que transportan los milpiés locomotora, se enteran enseguida de cada objeto de valor que aparece en el mercado negro…

—¿Me estás mandando a fumar con ellos? —estallé, pero sin levantar la voz.

—Intenta no contarles nada —me ordenó la Regidora, suave, en tono de encargar trabajo—, que no sepan bien quiénes somos ni qué buscamos; no les digas nada que no sea estrictamente necesario o… ¡Yo qué sé! Haz lo que te parezca que hay que hacer cuando se quiere averiguar algo de una banda de criminales pero, por los cuernos de tu molusco, sonsácales si saben algo del ladrón.

—¡Estáis locos! —exclamé, ya harto—. ¡Los dos!

—No, hijo, no creas —repuso el Astrólogo con una sonrisa

divertida—. Tendrías que haber sido peregrino para entenderlo, pero esos hombres de ahí —y les señaló con el bastón, sin disimular— están mucho más deseosos de charlar que tú. Te lo aseguro.

—Lo que han dicho a las primeras de cambio es que os abandone y me una a ellos —solté. Y me quedé bien a gusto.

—¿Lo ves? —rio el Astrólogo.

—Es una orden, Alguacil —zanjó ella, sin dejar de pasarle el paño al cañón—. Ve a esa fogata y averigua cuanto pueda sernos útil, sea sobre el ladrón, sea sobre lo que nos ha robado. No estamos en condiciones de renunciar a ninguna ocasión de orientar nuestra búsqueda.

Apreté los puños y me puse en pie, descalzo sobre la piedra de la gruta.

—¿No os preocupa que pueda unirme a ellos?

—Pues no —dijo el Astrólogo sin perder la sonrisa—. Estoy seguro de que te conviene seguirle el juego a tu superiora e intentar recuperar tu vida anterior. Conoces bien la vida que llevan los salteadores y cómo terminan. Sabes cuánto pueden llegar a valer sus cabezas. Ante más de un grupo como ese habrás tenido que plantarte en los años que llevas de alguacil.

—Nunca he medido armas con un grupo de salteadores de caminos.

—Lo sé y no importa, hijo, que tampoco vas a empezar ahora, en un refugio de tormentas. Lo que quiero decir, lo que me consta, es que les has puesto verdugo a hombres así. Y no te quieres convertir en uno de ellos solo porque tu jefa te pida cosas un poco raras.

Tenía razón.

Y me miraba como a un pipiolo que está aprendiendo a andar.

Estaba muy viajado, el viejo de marras. Y sabía lo que se hacía conmigo porque, durante los últimos meses, los escoltas de los comerciantes habían dado cuenta de varios bandidos. A algunos los entregaron malheridos; a otros, rendidos y en detención, y ahí empezaba mi trabajo: yo me encargaba de hacerlos decapitar en la ciudad subterránea.

La Regidora no se perdía las ejecuciones. Los aldeanos se ensañaban escupiendo y orinando sobre los bandidos… Eso cuando eran hombres; las mujeres capturadas por asaltar caminos acababan

en los burdeles, con una caracola roja en la cabeza que las volvía complacientes y babeantes muñecas de carne.

No era vida para nadie. Solo los esclavos y los parias aspiraban al pillaje y la vida de nómada.

Me resigné otra vez a obedecer las incómodas órdenes. Me calcé las botas y me apresté a volver con aquella gentuza. Crucé la gruta a grandes zancadas hasta llegar al sitio que el jefe de los bandidos me había hecho a su lado, frente a la hoguera, y me senté.

Eran un hatajo de mangantes.

La luz del fuego pintaba claroscuros en sus rostros sucios y flacos, malencarados, señalados por tatuajes criminales. Unas chiribitas ígneas les bailaban en los ojos, pero todo eran miradas tristes y cansadas. La única cara alegre del grupo era la del chico, que llevaba una tajada descomunal.

—¿Qué estáis fumando? —les pregunté, echando un puñado de monedas en la alcancía que había junto a la hoguera. Tenían un cepillo para el fondo común, por si alguien como yo se atrevía a acercarse. Y mi dinero les sonó tan bien como mi voz.

—Peligro —dijo el joven, con una sonrisa idiota. Y me tendió la pipa.

El aroma a peligro salía a volutas de la cazoleta prometiéndole un aparatoso dolor de cabeza a mi simbionte. Algo bueno que fumar, qué bien. Me invadió una sonrisa floja al poco de aceptar la cachimba.

La mirada del que parecía el jefe no tenía nada de idiota. Ni de bueno. Aquello iba a doler. Yo solo sabía conducir interrogatorios con golpes y amenazas.

Y en aquel interrogatorio el que lo tenía difícil era yo.

Conque tomé aire, y luego tomé humo.

Peligro.

Fue como si acabara de respirar en un géiser.

Mi babosa me destrozó la clavícula. Marcó amenaza y veneno. Luego marcó borrachera, mal juicio y enfermedad. Por último, se retiró a su concha y me dejó solo.

Fue como si se apagara la fogata. Estaba sin simbionte. Desarmado, necesitado, medio colocado y rodeado de asesinos. Y tenía que oficiar un interrogatorio.

SIETE

AL TRAPO

Uno de aquellos desgraciados había sido apotecario. Hablaba de las enfermedades que traen algunas tormentas de arena cuando transportan muchas esporas. Luego habló de los venenos de los escorpiones más grandes y de cómo convertirlos en drogas que inhalar. El más joven no paraba de fumar, se movía como un ácaro recién fumigado, babeaba y gesticulaba hasta para hablar de tonterías; las pupilas de su limaco parecían a punto de estallar. El jefe no me quitaba los ojos de encima y estaba todo el rato preguntándome cosas; quería saber sobre mí. Demasiada presión para andar colocado y controlando, y al final no pude más que contarles.

Les hablé de cómo era el ladrón cuyo delito me imputaban a mí, y ellos se miraron, con las antenas de sus caracoles moviéndose como algas en la corriente de un río embravecido. Compartían oleajes.

Me habría gustado tener también un molusco telépata y participar de la reunión a ese nivel, escuchar los susurros que intercambiaban y que yo jamás había escuchado ni escucharía, pero tampoco habría hecho falta para conectar con aquella gente: noté que me habían creído, no porque me los hubiera ganado, sino porque la verdad y la lógica estaban de mi parte.

Al fin y al cabo, ¿por qué otro motivo un funcionario de la ley y el orden de los cuerpos autonómicos iba a abandonar la plaza para perseguir a nadie? No creí que les pasara por la cabeza que el jinete de la serpiente se hubiera tirado a mi esposa, o que me debiera dinero, o que yo no fuera ningún alguacil.

Porque vaya si lo parecía, con todos mis tatuajes de guerra y servicio. Sentado en la postura del loto y respirando de forma ordenada mientras ellos se retorcían con sus hongos mil, se tiraban pullas, dormitaban, improvisaban torpes peleas, proferían risotadas. Ese era el cuadro cada vez que dejaba de hablar de mi situación un momento; enseguida volvían al retozo.

Apenas había fumado un poco y ya me notaba alterado, aunque

más sereno que un témpano al lado de ellos. Aquella panda de matreros no solo vivía el minuto igual que lo harían veinte niños grandes, sino que se diría que era gentuza que apenas había padecido o hecho padecer, que para ellos todo era vacilada. Les costaba seguirme la conversación. Perdían interés en mí por momentos.

Yo no dejaba de pasarles revista, entre otras cosas porque eso era lo que hacía al mirarlos. Los tatuajes de mi mejilla que honran actos de guerra no eran los de un simple soldado; la condescendencia en mi rictus, tampoco. Siempre he sabido que mi porte no engaña. Que no hay granuja que se sienta cómodo en mi presencia. Ha sido así desde que entré en la academia militar. Lo sé.

Y sé que entre bandidos la delación está mal.

¿Para qué iban a ayudarme a cazar a otro como ellos?

Así que estallé.

—¿Y bien?

Un silencio tenso se desplegó en la fogata. Quedaba claro que les pedía un soplo durante la tormenta. Mal jugado por mi parte, sí, pero es que tampoco veía qué más podía hacer.

No encontré más que ser honesto y sincero, es todo lo que sé ser.

—¿Habéis visto a ese tipo? Seguro que sí —les dije.

Había entre ellos una muchacha sucia y que reaccionaba a las miradas como una cucaracha a la luz. Había también un tullido que dormía como una larva y uno de esos niños que nacen deformes y que solían criar los desgraciados como aquellos.

Exiliados.

El destierro es un castigo frecuente en casi todos los concejos del Círculo Crepuscular; yo mismo había mandado a los páramos próximos al Agujero del Mundo a los hombres y a los lindes del Desierto de Mediodía a las mujeres. Solía decirme que las tormentas darían cuenta de ellos, pero lo cierto es que siempre había oído de clanes de proscritos que vivían fuera de las ciudades, a la intemperie.

Y mi suerte dependía de ellos.

En el grupo había también un viejo tuerto y encanecido. No podía imaginarle jabalina en mano y al asalto de una oruga carguera para piratear a la tripulación. Nadie me hacía caso, ninguno pareció darse por aludido.

El silencio escampó cuando el apotecario la emprendió de pronto con la de cosas que podían hacerse con los huevos de los escarabajos del moho. Luego se fue a preparar otra infusión somnífera para las siestas, que la tormenta se podía prolongar y era mejor pasarla durmiendo.

La conversación que yo trataba de entablar parecía también decidida a dormirse. El jefe preguntaba sin parar por la reliquia robada, como el que atosiga al criador de cangrejos antes de que abran las apuestas del duelo de pinzas. Me veía y solo pensaba en sacarse un botín a mi costa. Le daba igual mi ladrón; pensaba en el fruto del robo. Ni que quisiera quitar de en medio al jinete de serpiente y ponerse él de malo de la historia.

Entonces el viejo, cara llena de arrugas, piel tostada, sangre de las tribus nómadas del desierto, se sentó a mi lado y se sacó de entre la ropa una marioneta, un muñeco de trapo toscamente cosido sobre un guante, con dos botones rojos por ojos, un pedazo de lienzo de helecho a modo de mueca, de sonrisa invertida, y unas manitas de tela de saco que actuaban movidas por el pulgar y el meñique. Se puso el monigote a la altura del hombro y, con una ventriloquia de gran calidad, lo hizo hablar con la voz de un niño resabiado:

—Escucha al trapo, Alguacil.

Le devolví una mirada divertida.

—El que pasa años al raso —recitó—, a poco de inquieto que sea, pasa a formar puta parte de cien grupos de exiliados.

—¿Es un proverbio de títere o de bandido? —le pregunté.

—El trapo sabe cosas. Comprende lo que es pasar toda la juventud viajando en el límite del Círculo. Eso hace ver muchas cosas al ojo. El que lleva años sin casa lo mismo te cuenta algo, en una noche como esta.

Respondí con una sonrisa cansada. La marioneta abrió las manitas de par en par, estiró la cabeza, hizo una pausa enfática y apostilló:

—El amo sabe de los jinetes —dijo, señalando al viejo—. Alguno ha visto.

Me volví para estudiar al hombre. Tenía un ojo blanco, quemado por el mordisco del sol; el otro, un tanto turbio, pero me enfocaba con él, y su caracola hacía otro tanto con cuatro tentáculos, uno de

cada color, hechos de pulpa negra y viscosa que relucía a la luz de la fogata. El simbionte veía por él, pero no del todo. El huésped era un bandido medio ciego con los dientes podridos, el pelo también calcinado por la radiación, los pies metidos en botas de asalto y la túnica llena de mierda; seguro que aquel granuja había conocido más mundo que el Astrólogo.

—¿Dices que has visto a hombres como el que busco?

Asintió, pero respondió mediante el muñeco.

Y cuando el títere arrancó a hablar me di cuenta de que igual el ventrílocuo no hablaba muy a menudo. La marioneta se medio escondió tras el codo de su amo y apenas asomó los ojillos para contarme, sonando como un chaval que despierta de una pesadilla.

—Los hombres que buscas son sombras, un agujero a los ojos. La luz les recorta las siluetas y el frío camina a su paso. No dejan huellas, no hacen ruido, pero corren más que las cucarachas, usan armas terribles y montan animales que hacen primitivos a los gusanos y a cualquier otro insecto. El trapo no olvida el vuelo de esas bestias, ni cómo se mueven en combate los jinetes. Galopan sobre serpientes, serpientes voladoras; nada de orugas ni lombrices. Serpientes que no solo reptan. Ni patas ni alas, pero cuando cabalgan en ellas se ven chorros de oscuridad que fluyen putamente, que nadan hacia las estrellas como si el aire se hubiera licuado. Corrientes vivas de negrura, agitándose contra la realidad como alimañas imposibles.

Sí.

Había visto lo que yo.

A mí también me ardía la escena en los ojos. La serpiente alzando el vuelo. La locura pisando fuerte.

Saqué el monedero y le enseñé dos piezas de rodio.

—Quiero ver todo lo que has visto. —Y me señalé la cabeza.

—Oh, la caracola de mi amo no hace tanto, no guarda visiones; esas cosas solo las hacen los simbiontes de los hombres de las ciudades. Bastante tiene mi señor con un molusco óptico. Es su bien más preciado. Se lo arrancó a un joyero; fue su parte de un gran botín. Él es feliz con su amigo de cuatro ojos en la testa y su amigo de ojos cosidos en la mano. —Le abrazó el codo, frotando la cabeza contra el viejo—. El trapo quieeere a su señor.

Que, a su vez, se llevó la otra mano a la cabeza para acariciar al

bicho que la coronaba. Luego se limpió la baba marrón en la túnica. Y ya se entendía mejor lo de su olor.

—Te daré el dinero si me lo cuentas —insistí.

—No puede usar dinero —medió la marioneta, dando un manotazo a modo de rechazo—. Forma parte de una banda. El trapo te explica cómo funcionan las bandas: solo el jefe puede gastar el dinero, y el jefe nunca piensa mucho en la banda.

—Por favor —insistí, dirigiéndome al hombre en vez de al títere —. Necesito tu ayuda. ¿Quieres nuestra comida, venir a nuestra fogata?

La marioneta dio un salto y se posó sobre mi hombro para hablarme al oído. Fue espeluznante. El susurro casi parecía salir del guante.

—No —me dijo el trapo—. El amo lo que quiere es ir con vosotros.

—¿Qué?

El monigote se revolvió, reculó a lo largo de mi brazo en un gesto defensivo.

—Mi señor ha matado a muchos hombres de la zona esta estación. Todos le toman por viejo cuando le ven las arrugas y la delgadez, pero lo cierto es que el campeón apenas ha vivido treinta años. Un lustro al raso en los arenales es suficiente para destrozar la cara, encanecer la cabellera, nublar los ojos, trastornar el buen juicio. —Gimoteó y se llevó las manitas a la cara como si hiciera pucheros. Luego habló como si aguantara el llanto, toda una actuación—: La insolación es dura. El trapo lo sabe, también dejó en el Desierto del Mediodía los colores. Pero solo los colores, no las fuerzas, las fuerzas se hacen al sobrevivir al horno, al páramo. Eso lo sabe el trapo y lo saben los hombres que conocen el mundo.

Acto seguido, se fue a meter en los pliegues de la ropa de su amo. Y el que parecía un anciano se abrió la túnica con ambas manos para mostrar un pecho duro como una piedra, joven, plagado de cicatrices, con seis abdominales tan definidos que daban miedo. Me reveló su secreto y luego me plantó a su marioneta en las narices, que asintió como el que defiende una gran verdad.

—Mi amo tiene brazos fuertes y cabalga un tábano poderoso. Maneja pértiga y boleadora. Puede cazar a pleno sol y en la noche más negra, el trapo lo sabe bien, lleva muchos años poniéndole voz,

confía en su señor, sabe que es un gran superviviente. Con los cuatro ojos del caracol y el que le queda en la cara, que ha visto lo que pocos hombres, puede distinguir los ácaros más pequeños del pan seco y encontrar larvas de carcoma en las vigas de mejor aspecto. Sabe domar escorpiones de monta y conoce mil setas putamente venenosas. Vosotros sois tres. Solo pide una cuarta parte del botín.

—No somos bandidos.

—Oh, nadie lo es —dijo el títere, tratando de retener una risita al tiempo que le rascaba la sien al ventrílocuo y luego le ponía una greña encanecida tras la arrugadísima oreja. La marioneta se posó suavemente junto al fuego y volvió la cabeza para mirarme con los botones carmesí que tenía por ojos—. Escucha mi sabiduría de trapo —me dijo—: el mundo es sencillo, solo tiene la gente que vive en las ciudades y la gente que aguarda y aguanta fuera. Por eso a los sabios como vuestro astrólogo los expulsan de las facultades los años sabáticos y por eso a los sacerdotes los mandan abandonar los templos y salir a predicar por el mundo, porque todo en la vida se reduce a conocer y padecer lo que hay dentro y fuera de la civilización. El trapo comprende bien. Los seres de carne, no tanto.

—Pero mi grupo y yo no aspiramos a vivir al raso; pretendemos recuperar la reliquia y capturar al ladrón para llevarlo ante la justicia y volver a nuestras vidas.

—Entonces —me dijo el trapo, con voz tajante y grave— podréis ocuparos de darle una a mi señor.

Una vida. Me pedía una vida.

Suspiré. El hombre del desierto me sonrió y la cara se le llenó de arrugas, dejando de ser una seta deshidratada para parecerse a otra, todavía más espantosa.

A ver qué comunidad iba a acoger a un hombre como aquel. En la aldea en la que nací se desterraba a los niños más feos.

Me iba a costar poner a aquel tipo a barrer el patio del Ayuntamiento. Pero si la Regidora me apoyaba…

Y vaya si lo haría.

—Trapo, ¿qué puedes contarme? Lo quiero todo. Quiero un plan.

El trapo caminó dando saltitos por el suelo de la gruta como el que camina en círculos mientras elabora una idea. Luego, despacio

y midiendo las palabras, me dijo:

—Mi amo sabe cómo llegar hasta los hombres que buscas. Conoce un lugar. Os llevará hasta allí y hasta donde haya que ir para recuperar la reliquia.

Y aquel granuja y yo nos dimos la mano y me encontré de repente estrujando a la marioneta, como si fuera con ella con quien hubiera pactado. Entonces el hombre tras el muñeco se me aproximó para que pudiéramos mirarnos a los ojos, pese a que sostenerle la mirada dolía.

Nuestros simbiontes entrelazaron las antenas.

Pronunciamos un juramento. Yo recité una de las promesas de camaradería que empleábamos los soldados al hermanarnos, y el trapo hizo honores a nuestro acuerdo en su idioma y en su voz más solemne, rascada y profunda. Después dejó caer manitas y cabeza y tradujo protocolariamente su parte del trato.

—Aceptaremos las decisiones de vuestro jefe y le dejaremos tomar las riendas de nuestro destino hasta que la búsqueda termine y podamos repartir sus frutos, sean cuales sean. Participaremos en todos los riesgos con lealtad y buen juicio. Os brindaremos la sabiduría del trapo y los ojos del desierto. Nunca os traicionaremos. Si os abandonamos en algún momento, nos llevaremos solo lo que trajimos con nosotros.

Fue la primera ocasión en la que escuchaba pronunciar los votos a los bandidos. Pura locura. De pronto me encontraba tomándole juramento a la marioneta de un paria como los que tantas veces había mandado decapitar.

Tenía razón el trapo: ya éramos un grupo de salteadores de los páramos. Operábamos igual. Estábamos rodeándonos de tipejos de la peor calaña. Y reclutándolos.

A saber de qué atrocidades era responsable el bandido calcinado por el sol, probablemente abandonado a su suerte en el Desierto del Mediodía durante su infancia y criado por bandoleros, sin más amigo que su muñeco de guiñol.

Pero el salteador de caminos era una buena baza, pese a su aspecto ajado y los dientes, quizá podridos de fumar líquenes. Pese a lo delirante de que para hablar con él hubiera que mediar con un trapo.

Pero el caso es que apenas fumaba, él. Quizá era un exadicto.

De modo que le pregunté a la marioneta por la vida de su amo, y sí, me premió con una larguísima historia. Al parecer el bandido había pasado muchos inviernos drogado, en su adolescencia. Nunca mató a nadie que no fuera un escolta o un viajante de comercio. Pasó la guerra rapiñando en los campos de batalla; la posguerra, con una banda de desertores del ejército negro. Tuvo por esposa a una joven prostituta que murió en una redada. Había pasado ya por media docena de bandas. Nunca duraba muchas estaciones en el mismo grupo. Siempre había progresado, y con nosotros aspiraba nada menos que a la ciudadanía. Quería dejar ya aquella vida; sentía que se había ganado una de verdad.

Yo le hablé al trapo de mis batallas y de mi cargo, largo y tendido. Lo hice sonriendo y echando de tanto en tanto un vistazo a su amo. Les conté quiénes eran la Regidora y el Astrólogo. Les hablé de nuestro municipio. Luego bebimos los tres del mismo odre y el bandido y yo nos sentamos el uno frente al otro en la postura del loto, con nuestras rodillas en contacto y el trapo moviéndose por nuestras piernas parloteando sin cesar.

Por último, ya hermanados del todo como socios, la marioneta explicó lo que sabía de los jinetes de serpientes.

—Mi señor pasó dos inviernos al saqueo del tren del carbón. Escucha al trapo cuando te sitúe: aquello estaba muy al norte, en la oscuridad, pero es que la prioridad de mi dueño cuando empezó a viajar y a dar grandes golpes consistía en dejar el desierto atrás, ir a vivir a tierras frescas y oscuras, perder el mordisco del sol de vista y salvar el ojo de la cara. Fueron un par de años felices, sin escorpiones ni arena en las tormentas. Beber nieve fundida. Noches inolvidablemente largas.

Levanté una ceja, esbocé una sonrisa torcida.

—¿Asaltabais los trenes de las tribus mineras? —pregunté. Y sonó como a sorna.

El monigote cerró los brazos como si quisiera cruzarlos sobre el pecho en señal de rechazo.

—El trapo sabe cómo se hacen esas cosas —dijo—. Esos convoyes los descarrilas fácil si formas parte de un enjambre de avispas. Luego, cuando el milpiés ha perdido el agarre de las traviesas y patina por el hielo hasta volcar —dijo mientras barría de una guantada el suelo de la caverna—, todo es llenar sacos de

carbón y marchar a venderlos baratos a los sitios como esta gruta, que es donde realmente hacen falta si llegan las grandes borrascas y vienen cargadas de escarcha. El norte es simple. El trapo lo sabe.

—Vaya. Vuestro grupo debía de ser muy numeroso.

—Ah, sí, lo era. Tanto que, hartos de los saqueos, los hombres fuertes del castillo más próximo mandaron a un ejército tras nosotros, pero no pudieron darnos alcance. —Los cuatro ojos de la caracola del bandido se agruparon y arracimaron para enfocarme, luego se estiraron y se dilataron. Por su parte, el trapo se plantó frente a mis narices y dijo, pensativo—: No, no había hombres como tú en el batallón de soldados que trató de darnos caza. No nos persiguieron cuando nos adentramos en el Agujero para escapar de sus venablos. Cruzamos un par de mojones de los que señalan los límites de la oscuridad y dejaron de perseguirnos. Quizá pensaron que caeríamos o que los monstruos de hielo siete que pueblan el Agujero del Fin del Mundo darían cuenta de nosotros.

—¿Y no fue así?

—Ah, no, claro que no. El trapo sabe que nunca es así, que está la gente que vive en las ciudades y la que sobrevive en los sitios más duros. Mi señor y yo formábamos parte de un grupo que conocía los límites del Agujero, y así fue como nos metimos hondo en él. Se puede hacer. Lo harás con nosotros, ahora que mi amo es tu hermano de armas.

—¿Y cómo entráis en el Agujero sin morir congelados? —le pregunté, negando con la cabeza.

—Son cosas que sabe el trapo.

—Quiero saberlas yo.

—Volamos con la tormenta.

—No entiendo.

—Las tormentas, escucha al trapo cuando te diga estas cosas, no son más que gigantescos intercambios de frío y calor entre el Desierto del Mediodía y el Agujero del Mundo. Hay corrientes fijas, y siglo tras siglo baten los lindes de los dos infiernos; túneles de aire caliente que se adentran en la oscuridad, torrentes del Sur que templan el Norte. Lo mismo que hay corrientes de aire helado que taladran durante media estación algunos puntos de entrada a los arenales calcinados por el sol. Son unas zonas grises que hay entre las casillas negras y blancas del juego de los escaques, las rendijas

de la luz y la temperatura, los intersticios de la arquitectura del mundo. Las costuras del Agujero.

»Se puede navegar la intemperie, si se conocen las tormentas como las conoce el trapo. Ellas son la fuerza viva del mundo, aunque los hombres de las ciudades no las comprendáis. El trapo y su señor saben de varios pasos por los que se puede viajar muchas horas caracol hacia la oscuridad sin que el frío lo queme todo. También podríamos meterte en el corazón de los desiertos antes de que te insolaras. No nos hará falta mapa. Sabemos reconocer los senderos, son más antiguos que las tormentas. Apenas se desplazan unas varas con el paso de los años.

Yo negaba todo el rato con la cabeza. Había oído aquello. Me parecían leyendas de la paramera.

—El ladrón al que perseguí no empleó una corriente de aire caliente para adentrarse en el Agujero —le dije, tratando de desmontar la fábula.

—Claro que no. Perseguías a un nativo. Los jinetes de serpientes viven en el Agujero. El trapo ha visto luces de ciudades. Son espantosas. —Y susurró—: Fuegos fatuos en el fondo de un abismo permanente.

—Ciudades.

—Avenidas, ha visto el trapo. Largas como vías de tren. Cosidas a los flancos por el resplandor de unas farolas que emiten luces de color escarlata. Columnas de centellas rojas que entran a lo lejos en una refulgencia anaranjada. Es una visión pesadillesca, cuando estás muy dentro en el agujero, muerto de frío y de miedo, rogando porque no amaine el vendaval de viento templado que te sustenta. Si sales fuera de él, el aire está tan frío que los hombres no podéis ni respirar sin quemaros los pulmones. Y el trapo se paraliza —añadió con su voz de niño atormentado—, y puede romperse, como si fuera de cristal.

Yo seguía negando con la cabeza.

Era una misión demencial, hablara la Regidora o hablara el trapo.

Pero al menos con el trapo se podía hablar.

—No veo cómo vamos a poder dar con una corriente que nos lleve a un sitio así —le discutí—, ni que eso nos sirva de mucho.

—El trapo sabe que los jinetes de serpientes acuden enseguida si

se encienden luces al raso en una corriente de convección. Vienen con armas que escupen negro y matan a todo el mundo.

—Como para pedirles que devuelvan lo robado.

—Si hay hombres a los que vale la pena robar, puedes creer al trapo, son esos jinetes de serpientes. Las maravillas que llevan consigo hacen un gran botín. Y, pese a las armaduras de oscuridad, se les puede matar, porque gritan y sangran igual que nosotros. Padecen a los hombres que viven al raso igual que la gente de los pueblos como el tuyo; también viven en casas.

—¿Quieres decir que los bandidos los asaltan?

—No. Pero el trapo sabe de una banda que ha traficado con objetos de los hombres sombra. También os podría llevar hasta ella.

Seguí negando con la cabeza. Luego di un trago del odre de té y me marché con mi grupo. Dejé al trapo y a su señor despidiéndose efusivamente del que había sido su jefe hasta aquella tormenta.

Luego, el extraño personaje me siguió, sin más. No me vi capaz de preguntarle por la relación que había entre titiritero y monigote. Ya me lo contaría.

Solo me lo llevé conmigo, y fue el comienzo de una vida de aventuras juntos.

Nos iba a doler, el pacto. Pero, vaya, aquel nómada del desierto nos venía como anillo al dedo.

El trapo iba a ser de los nuestros. Otro desahuciado con el que buscar la gloria más allá de los confines del mundo.

El trapo sabía.

OCHO

MIRADOR

Escampó la tormenta, y dos jornadas de viaje después nos encontramos descansando en un merendero de peregrinos, en la cresta de una aguja de piedra de altura demencial.

Habíamos dado con aquel risco tan mágico sin saber ni cómo, de chiripa, tras mucho cabalgar el interior de unas cordilleras formadas por elevadísimos colmillos de metal, mil vetas de hierro erosionadas en vertical, afiladas por las tormentas, que desafiaban la vista con sus moles. Se encabritaban hacia el infinito con la forma de peines interminables. Se volvían endiabladamente estrechas, tanto que en las cimas no había a menudo más que nieve y roca, apenas espacio para docena y media de personas y sus monturas.

A golpe de vista desde la testa de cada pico se divisaba el fin de otra, que arrancaba en un suelo muy abajo. Estábamos en un sembrado de torres de piedra. Era alucinante. La tierra nos mostraba millón y medio de colmillos. Y uno de ellos era de oro.

Los miradores que construyen los penitentes son extraordinarios. Tienen vistas prodigiosas. Son lugares para la meditación y la paz interior. Para que los peregrinos se encuentren y se conozcan y se enamoren, o hagan lo que hacen los peregrinos cuando se juntan y no se enamoran, esto es, follar como insectos palo y decir tonterías.

El caso es que los ciudadanos de los países aliados y amigos dan una vuelta completa al Círculo Crepuscular al alcanzar la mayoría de edad. Es la peregrinación preceptiva. Muchos chicos no vuelven, dan vueltas alrededor del mundo sin apenas parar; y las muchachas vuelven preñadas, ponen casa en ciudades remotas o traen de vuelta unos ojos más sabios y enormes moluscos en la cabeza, recién adoptados. Todos los peregrinos conservan grandes recuerdos de la experiencia nómada.

Se lo pasa bien, la chavalada mística, con las excursiones. Crecen, conocen el raso y los refugios, ven de cerca el Desierto del Mediodía y el Agujero del Mundo, ven los raíles del tren, los mares de niebla, los bosques de helechos gigantes, visitan mil ciudades. Y

viajan despacio, para saborear cada rincón bonito que les pueda ofrecer el paisaje. Por eso construyen miradores como aquel en el que paramos, a echar un par de siestas y almorzar tres veces.

Estuvimos más de una jornada de viaje en aquel islote sito en medio de un abismo de altitud pura, sí, pero es que aquel lugar… Los peregrinos lo habían convertido en un santuario para los sentidos.

Con el paso de los años y las romerías, los sitios como aquel se amueblaban a conciencia. Muchos encapuchados se llevaban troncos y piedras a los picos más escarpados que se podían recorrer en un peregrinaje a lomos de escarabajo. Teníamos una mesa de roca frente a la que se habían apostado dos troncos blandos, de seta. Y una construcción megalítica en la que dormir, un refugio de granito, con techo, tres paredes y la apertura cerrada por una espléndida tela de araña que apuesto que hasta los peregrinos se maravillaban de que nadie osara robar, tan gruesa y tupida que cualquiera la querría de cortina en casa.

El mirador era un lugar sagrado, de todas todas. El mejor sitio sin agua donde pasar los días. El viento le bufaba suave, dejando a sus pies las nubes, con la luna al bote encima de ellas, ni que fueran camas de saltos. Ni rastro del sol, apenas un resplandor rojo bajo un océano de agua vaporizada para las tormentas. La altura nos hacía las veces de somnífero, las cimas del resto de los picos parecían un vecindario distante, los riscos forrados con las colmenas de los enjambres de abejorros.

El Astrólogo desplegó un telescopio de carne y baba sobre el techo del megalito y nos hizo mirar mil luceros por el ojo del tentáculo; vimos planetas, globos de tormentas de extraños colores, orbitando en la negrura. Luego la caracola que llevaba en la cabeza entonó un canto extraño y acudió un abejorro para volcar junto a nuestras monturas un auténtico tesoro de resina y esporas comestibles. El mirador nos agasajaba.

—Cuidado con la resina —dijo—. En dosis bajas favorece la meditación, pero, si se ingiere en grandes cantidades, es neurotóxica e induce el trance místico.

—¿Estuviste aquí cuando peregrinabas? —le pregunté enseguida.

—Pues no, claro que no —me contestó mientras nos poníamos a

la mesa y él iba repartiendo las gigantescas esporas—. Pero sí estuve en varios miradores arriscados. Como este los hay a docenas. Muchos tienen colmenas cerca. Un peregrino puede sobrevivir el invierno de lo que traen los abejorros que viven a estas altitudes.

—Ni que lo digas —sentenció la voz de falsete de nuestro nuevo compañero, que masticaba ruidosamente un bloque de resina de hongos—. El trapo nunca había visto frutos como estos.

La Regidora repartió velas y espinas de fásmido, el Astrólogo las encendió y luego todos fuimos ensartando esporas en las espinas para colocarlas sobre las velas, ahumarlas y abrirlas poco a poco. El olor a fruta cocinándose sobre fuego vivo se adueñó del merendero y hasta nuestros moluscos empezaron a salivar.

—Tú nunca diste la vuelta al Círculo Crepuscular, ¿verdad, Alguacil? —me preguntó el Astrólogo, mientras se ponía morado entre bocado y bocado.

—La academia militar solo programa peregrinaciones de cadetes en tiempos de paz. —Suspiré, tras tragar un montón de azúcar y savia—. Mi promoción no se fue de parranda; se fue al frente.

—¿De parranda? —estalló la Regidora, casi escupiendo comida—. ¡¿De parranda?!

—Así lo llamábamos nosotros —le contesté.

Abrió la boca y el resto de la cara (ojos, cejas, nariz) pareció que también quería echar a volar. Indignada era poco. Yo la había visto antes poner mal gesto, pero en aquel había un punto de asco nuevo para mí. Ella y sus tótems sagrados. Mi descreimiento acababa de incrustarse en medio de su solemne observación del rito del peregrinaje.

—El trapo no cree que lo que hacen los encapuchados sea ir de parranda.

—¡Gracias! —repuso la Regidora, en tono de alivio—. Mira, hasta los forajidos son más respetuosos con los peregrinos que tú.

—No te ofendas —le dijo el Astrólogo al bandido, dubitativo—, pero me cuesta creer que la gente como vosotros respete mucho las marchas de juventud.

La marioneta soltó la espina que agarraba con la boca para hablar. Y cuando se arrancó en un discurso grandilocuente, lo largó paseándose con el meñique sobre la mesa, como el que da un parlamento en el auditorio de un refugio para imitar el modo de

hablar de los histriones que amenizan los amparos de emergencia.

—El amo del trapo tiene su propia opinión sobre el éxodo de los jóvenes, oh, sí. En el desierto consideran el peregrinaje una forma de turismo de riesgo controlada. A los ojos de los exiliados, los viajeros con capucha no son más que urbanitas que juegan a ser nómadas por un día, gente que aspira a entrar en contacto con el páramo, llena de ínfulas de ser libres y salvajes antes de que les toque languidecer. Por eso tienen desplegada toda la red de lugares absurdos como este: no quieren irse a dormir sin nada en el estómago y en un pantano lleno de mosquitos gigantes, que es lo que significa dormir al raso y nada más. Y sí, que luego quieren darse lustre por haber ido a lo más inhóspito del Crepúsculo. Eso es fardón. Putamente fardón.

—¡Mira qué bien! —machacó la Regidora, apartando el plato como protesta—. Estoy rodeada de irreverentes. ¿Acaso habéis tenido alguna vez un problema con un peregrino?

—El trapo putamente, todos: nunca se encontró ninguno que no fuera rico, ni que llevara nada que le pudiera quitar.

—¿No salen de casa con una bolsa llena de monedas? —preguntó el Astrólogo.

—Las monedas que les acuñan no valen nada —sentenció la Regidora, con el cansancio de quien no quiere oír más pullas—, apenas contienen plata, pero se aceptan como oro puro porque trae mal fario rehusar el pago de un romero en la Senda. Lo cierto es que el que las acepta sabe que no le valdrán ni para comprar un ápice de lo que vendió.

—Eso es —canturreó el trapo—: la plata del peregrino solo vale cuando luces bordón, capuz y esclavina. —El muñeco se acompañó de unos golpecitos con el meñique en la mesa. Luego encogió los hombros y añadió una última tonada—: Y a mí que me cante un grillo.

El Astrólogo asintió despacio; masticaba una espora mientras rumiaba la información. Se tomaba su tiempo para asimilar las cosas, fuera decrepitud o solaz. Su caracola y el aparatoso molusco de la Regidora se miraron fijamente e intercambiaron cornadas al aire.

Acabamos de almorzar en silencio mientras el sol pintaba de rojo las nubes a nuestros pies y una docena de abejorros más

grandes que los de los panales pasaron a escasa distancia del mirador volando en formación de combate. Tropas. Nos acercábamos al frente. Pronto veríamos cosas terribles. Nada que no hubiera visto antes, y me preguntaba si mis compañeros de viaje lo llevarían igual de bien.

Se nos hizo de noche para un rato largo y el trapo sacó un farol de su hatillo y de los mil pliegues de la túnica hizo aparecer una baraja de cartas bastante más que pornográfica. El hombre me ensartó la mirada con el ojo sano y con el que tenía nublado como una tormenta de fase.

—Apuesto a que en cuatro manos el amo os gana todas las esporas —dijo el trapo.

La Regidora se tomó una de las suyas y se retiró al megalito, musitando algo sobre dormir un rato. El Astrólogo encendió una fogata y se sentó a fumar y fumar, y el trapo y yo repartimos cartas.

El fulano sabía jugar. Movía las cartas con la boca de la marioneta con la misma soltura con la que mantenía animado al guante.

Comprendí que iba a ser una velada formidable cuando empezó a adormecerse el viejo y el joven que parecía un viejo trajo a la mesa cuatro globos de resina.

—El trapo sabe de esto —dijo—, es buena priva. Nos lo pimplamos todo y antes de que nos entre sueño estaremos de cháchara con las estrellas. O cayendo por el risco.

Y le asestó un trago mortal al primer globo. Lo abrió por el pezón y sorbió casi todo el jarabe. Pronto estaría drogado a más no poder y perdería las esporas. Todo un plan.

Él y yo.

Porque, en aquello, el Astrólogo se marchó a dormir, bufidos y protestas por lo bajo. Se quejaba de nosotros.

El trapo y yo andábamos todo el día importunando. Nos gustaba abochornarlos. Curioso, porque éramos el ladrón y el policía.

No supe decir si es que nos igualaba nuestra educación en la barbarie o si era que, como lo había traído yo, me veían bien con él.

—En el fondo nos aprecian —dijo la marioneta, mientras escupía una carta en la mesa—. El trapo lo sabe. Sabe que, si no fuera así, no discutirían, no escucharían ni puta palabra ni nos vendrían con cómo hay que ver el mundo ni con lecciones de vida una tras otra.

—El trapo se pasa de listo a veces.

—Tú veras. Porque de mal ambiente en el escuadrón, aquí se entiende cosa mala.

—Ya. Solo que no somos un grupo de salteadores.

—Dos pollas. El trapo gana.

Ochocientas pollas después, el trapo perdió.

La consciencia.

Recuerdo cómo se nos subió la resina a la cabeza. Nos hacía reír por todo y por nada, decir tonterías, perder el hilo de la conversación, llevarla a derroteros absurdos, experimentar sensaciones turbias. De pronto subías la apuesta y te parecía como si se te derritieran los dedos, confundieras distancias y planos, se torcieran las cosas. Abrías bien los ojos, tratabas de fijarte en lo que estaba pasando…, y el delirio escampaba como el humo de una pipa.

El trapo se pasó un largo rato tratando de igualar las cartas que tenía en la mano, pero siempre que conseguía formar un abanico le parecían unas más largas que otras y terminaba poniéndolas boca arriba sobre la mesa para compararlas. Ambos lo celebrábamos con una carcajada y yo tomaba nota de su juego para cambiar el mío y desplumarle del todo.

Cosas del saber beber, o del beber menos.

Nunca me han gustado las drogas. Ni cuando necesitaba olvidar recurría a los hongos para dormir. Me recuerdo sereno y vigilante tras arrasar ciudades enteras mientras la compañía se anestesiaba con níscalos venenosos o unas psicobabosas que provocaban trances y se alquilaban por horas.

Por supuesto que me afectaban los desmanes de la guerra, pero siempre traté de ser justo en el trato con los vencidos y me decía a mí mismo que no podía responder por los demás ni sentirme culpable por lo que hacían. La barbarie no va conmigo. No se pierde la juventud en los templos y en los santuarios de los monjes guerreros para luego alistarse a una fuerza de choque y pillar curdas. Supongo que soy demasiado disciplinado. O lo era. Sentía paz interior, como todos los hombres que formaba el templo que me hizo como soy, uno de los más estrictos del Círculo Crepuscular.

Tras años de estudio y disciplina, y como haría toda mi generación, vi muchas cosas feas, cosas de la guerra, y tuve que acatar órdenes desagradables en cada asedio… Pero siempre conseguía mirarme al espejo tras la debacle. Y seguir luchando.

La evasión es una forma de derrota, aprendí durante los años de entrenamiento y doctrina marcial; tal era el espíritu de la academia. Aunque lo cierto es que yo tenía una visión condescendiente de la narcosis recreativa. Nunca culparía a hombres como el trapo por preferir echarse unas risas a costa de la salud de los psicomoluscos y de la conexión con ellos.

Sobre todo porque nunca me he sentido cómodo con un bicho en la cabeza.

Nunca tuve una oportunidad clara de raparme las melenas y ponerme encima un buen caracol; y si la hubiera tenido, no sé yo. En mi orden no podemos valernos de más simbiontes que los que se usan para controlar insectos. El ejército lo prohíbe, los considera un punto débil para el cuerpo y para la mente, en combate y en tiempos de paz. Los beneficios del servicio no están exentos de tributos, máxime cuando se lleva una espada en cada mano. Se puede llevar sobre la coronilla un yelmo de cangrejo como el mío… o un animal gelatinoso y frágil que si muere mientras colabora con tu mente lo mismo te provoca un derrame cerebral. O una serie de formas de locura de las que no se suele hablar mucho.

Aparte, mi babosa tiene mejores reflejos que yo. Todo lo lenta que es al desplazarse contrasta con la velocidad con la que reacciona ante las cosas que recoge con los ojos. Sabe si un golpe me va a alcanzar apenas inicia la trayectoria. Debe de haberme salvado el pellejo más de una vez, aunque prefiero pensar que es el instinto y no los calambres en el hombro lo que me hace reaccionar en las situaciones violentas.

Y aquella era una. El trapo acababa de desmayarse sobre las cartas, y todas las esporas estaban a mi lado de la mesa. Cuando despertara se sentiría desvalijado.

¿Me iba a quedar con todo el postre?

Miré los ojos de su animal, pero andaban opacos y penduleaban hacia el suelo. Estaba hecho un guiñapo. Hasta el títere gesticulaba como si él también estuviera borracho, pero no salía nada de su boca.

Suspiré, agité la cabeza, me llevé las manos a la cantimplora y eché un trago de agua. Pronto no nos quedaría nada sano que beber y habríamos de cabalgar de nuevo hacia donde quiera que nos llevara la Regidora antes de saltar al Abismo. Quizá a la casa de un ilustre explorador del Agujero, quizá hacia las rutas de vientos que había mencionado el trapo. Miré las estrellas y me pareció que se desenfocaban y echaban a volar como bólidos un instante, pero estábamos en latitudes que nunca visitan los meteoritos. La resina. Maldita resina. Si a mí me había nublado el juicio, no quería imaginar lo que estaría haciendo con las ideas y los recuerdos del trapo.

Se me ocurrió la idea de quitarle la marioneta y lanzarla por el risco. Lo mismo el monigote tardaría media hora caracol en alcanzar el suelo. Se pasaría la caída parloteando y cagándose en todo, puto trapo. Me entró la risa y resolví que al menos mearía risco abajo. Eso hice, y en ello que pasó un enjambre de abejorros de los que pueblan las altitudes.

Me vino a la cabeza la idea de saludarlos con mi escroto castrado, o haciendo ochos con la orina, y me volvió a entrar la risa. Me incliné en una carcajada sin dejar de mear y, mareado como estaba, vi el precipicio.

Las nubes abajo. La altitud tirando de mí.

Sentí vértigo y terror por un instante.

Pude haber caído, estoy seguro. Y habría sido una manera muy estúpida de morir.

No recuerdo bien si la presión y el calor en el hombro con las que me premió la babosa las sentí antes o después de perder o recuperar el equilibrio. Siempre sucede igual: estás a punto de hacerte daño, no te lo haces, te avisa el animal. Y tú te quedas pensando qué habría pasado si no hubiera estado ahí.

Me quedé un momento doblado sobre mí mismo, hiperventilando y agarrado a mis rodillas. Luego me volvió a entrar la risa. Maldita resina.

El cielo se volvió a oscurecer. El sol, que improvisó una de sus escapaditas habituales en aquella época y lugar del Círculo. Si el instinto no me fallaba, tocaba una noche de un par de horas caracol.

Era mejor que me echara a dormir como el resto de mis

compañeros de viaje, de modo que, trastabillando un poco al tratar de silenciar el paso, me dirigí al refugio donde se habían metido los jefes.

En el interior brillaba la luz moribunda de una seta de campamento. Calor suave, del que ayuda a dormir. Cosas de ancianos, del Astrólogo, que viajaba bien pertrechado y en una mariposa nocturna cuyas alforjas escondían toda suerte de comodidades y artefactos.

Pero lo que me aguardaba a la luz de aquella seta no eran dos bultos respirando suavemente.

Era una auténtica pesadilla, peor que la de la resina. Y escalofriantemente real.

La Regidora, bajo el Astrólogo. Tomando lo suyo, en la postura del misionero. El viejo la aserraba despacio y espasmódicamente, con movimientos de insecto. Ya habría sido un espectáculo dantesco de haber sido un anciano follándose a una funcionaria ambiciosa. Ya habría dolido al ojo que un carcamal rechoncho se pudiera beneficiar a bote pronto a una titulada en gestión pública, contorsionismo e historia antigua, que había peregrinado hasta haría dos años y que apostaba a que todavía vivía con sus padres.

Lo aciago de verlos así no era que hicieran mala pareja, sino que era lo que menos les preocupaba. Esto es, que estaban… violándose mutuamente.

La Regidora tenía los ojos en blanco y la mandíbula desencajada en un rictus que dolía mirar. El Astrólogo cerraba los ojos con fuerza, llevaba la cabeza gacha del todo, el mentón sobre el esternón, en un ángulo ajeno a toda experiencia sexual, la mollera torcida, completamente dominada por la forma en que el simbionte estiraba del cráneo y le dejaba la cara plagada de arrugas y sudor, la boca llena de unos espumarajos que caían en el cuello de la Regidora a cada resuello.

Parecían convulsionar en la cópula, presos de un ataque de sexo involuntario. Estaban bastante más inconscientes que el trapo, que roncaba con gran aparato desde la mesa del merendero. Fornicaban en trance. Mientras, los caracoles intercambiaban espermatóforos, baba y pensamientos al tiempo que entrelazaban los seudópodos y enredaban ojos y tentáculos en un abrazo apasionado pero lento, que consumían despacio, pero que les hacía cambiar de color

violentamente y estallar en tenues fogonazos bioluminiscentes.

Entonces se besaron.

Los caracoles, el boyuno de señorial concha redonda que habitaba la cabeza de la Regidora y el limaco negro del Astrólogo. También hacían mala pareja, los simbiontes; eran de especies muy distintas.

Pero se dieron un señor beso. Juntaron las rádulas y cerraron los labios en un mordisco compartido que arrancó una lágrima del ojo de la Regidora. El Astrólogo tembló como una hoja y bufó, sin dejar de culear como un mecanismo de cuerda.

Mi babosa me volvió a apretar el hombro para que me marchara y dejara de mirar.

La alerta de peligro dolió más que cuando me estuve a punto de caer por el risco.

Salí al raso y me senté en la postura del loto junto al merendero. Suelo dormir así desde que era estudiante en el templo. Iba a tener que pasar la noche al raso. Y que amanecer y partir sin decirles nada.

Porque… ¿qué podía decirles y cómo? ¿Y para qué?

Ni siquiera comprendía qué cuernos acababa de ver. Qué les hacían los simbiontes.

Lo mismo que no comprendía qué era el Agujero del Mundo, y había entrado más hondo en él que ninguno.

A veces ser ignorante era tan cómodo como enervante. A veces estar castrado era todo un alivio y toda una alienación.

Miré al trapo y pensé en su forma de ver el mundo. Él filosofaba, sabía cosas, había viajado, discutía a los que habían ido a la universidad. Ojalá hubiera podido preguntarle.

Pero el caso era que aquella noche el títere gesticulaba cosa mala.

Al ventrílocuo también parecía que lo violaba una pesadilla.

NUEVE

LA CÚPULA DE CRISTAL

De nuevo sobrevolábamos el trazado del tren, las vías cubiertas de nieve, cieno, cadáveres de gigainsectos y cascotes de piedra y hielo tras la tempestad. Había devastación por doquier, todo tipo de basura, escombros y enormes setas traídas por el huracán, arrastradas desde largas distancias para acabar atravesadas en la vía férrea, algunas como si quisieran descarrilar al milpiés y su convoy en cuanto pasaran.

Pero no. No arramblaría un miriápodo locomotora con los restos de la tormenta. Porque antes de que los propulsores salieran de las bioestaciones soltaban a la oruga quitanieves y, tras su paso, los rieles del ferrocarril relucían, anegados en babas lúbricas. Una rutina como la de las machaconas tormentas o los fotoperiodos de apenas un par de horas caracol. El hombre contra el medio.

El cielo truena; nosotros barremos.

Si algo tenemos los países del Círculo Crepuscular para cuando amaina la tormenta es protocolo. Primero alzan el vuelo los coleópteros, luego van abriendo ordenadamente las estaciones de tren. Entre lo uno y lo otro se dragan los estanques, se barren los adoquinados y se lanza a la oruga quitanieves para que despeje las vías a toda velocidad. Es una bestia titánica, ciclópea. Dicen que tiene siglos de antigüedad pese a que fanáticos y estudiosos afirman que dista de ser adulta. Puede digerir casi cualquier cosa que caiga sobre las traviesas o los raíles y despeja todos los túneles, por obstruidos que estén.

Se cree que algunos los ha perforado ella.

Es un pedazo de animal. Un gusano de los intestinos de la tierra, según el pueblo minero. Dicen que es más vieja que muchos trazados, más que los propios Antiguos. Una fiera corrupia. Con ella a las órdenes de un caracol de enlace se podría taladrar una mina de hierro o derruir una montaña… Aunque nadie sabe decir quién la gobierna, y si es o no un hombre poderoso. Muchos creen que la criatura era salvaje, una alimaña domada larga como un convoy, y que solo entra en simbiosis con las tormentas. Que es el amanecer

de la calma.

En aquellos días mirábamos a la oruga quitanieves desde arriba, la veíamos moverse igual que una avalancha, todo el cuerpo de un blanco integral. A ojos desentrenados se habría dicho que apenas era un ramal de nieve en movimiento, pero entonces se oía el bramido y aparecían las fauces. Colmillos como estalactitas azules fosforescentes. Un resplandor ácido al fondo de la garganta.

Auténtico espectáculo.

Me encantaba viajar. Transitar el Círculo Crepuscular. Aquellos paisajes. Tener que parar cada dos por tres en espera de que pasara una racha de vientos titánicos.

Pero sobre todo me gustaba reanudar la marcha después de la tormenta o de una de las tempestades puntuales de estación. Contemplar el mundo tras invernar mientras despierta en paz. Me hacía sentir que los años en los que aprendí a cabalgar el escarabajo bombardero no fueron en balde. Que calciné suelos para poder contemplarlos después con admiración.

El mundo habitado se me hacía hermoso, todo él. Una batalla de parpadeos entre la calma y la marea, la luz y la oscuridad, el mundo en guerra sin cuartel consigo mismo mientras los hombres ansiábamos el sosiego y nos regodeábamos al amanecer tras una tormenta de fase. El ciclo de la vida.

Apenas habíamos recorrido el espacio entre dos refugios de tormentas y solo habíamos visto devastación; ya escampaba. Buenos días, mundo, haz la cama y a desayunar.

Pronto se fue desplegando tráfico en y sobre la vía del tren. Nos cruzamos con peregrinos, con mensajeros que azotaban minúsculas libélulas y luego ya con buhoneros y partidas de caza que se afanaban en llegar a los cotos. Poco después, en los raíles, comenzaron a sucederse los convoyes de mercancías, alternándose con los de pasajeros y con procesionarias y colonias de ácaros de los que marchan en fila.

Ganado. Casi siempre precedido por arañas pastoras.

—Ojalá pudiéramos viajar en tren —me gritó el títere de trapo. Era gracioso oír chillar al monigote sobre el zumbido de las monturas.

Enseguida sabríamos cómo era que no estábamos en un vagón de pasaje.

Porque, al poco rato, la Regidora nos marcó con un gesto que abandonábamos el trazado. Su avispa se encabritó y torció de pronto a un lado. El Astrólogo hizo girar la polilla no sin dificultades, dando varios golpes de manillar, y yo terminé también por maniobrar las riendas de la libélula, que ya casi parecía recuperada de la incursión al interior del Agujero… Le había sentado bien el letargo mientras estuvimos en el refugio.

A la zaga de mi montura, el tábano de nuestro nuevo socio. Lo observé virar violentamente sin apenas esfuerzo, la enorme mosca giraba ágil y con elasticidad, inclinaba la grupa y arqueaba el abdomen para amortiguarle la maniobra al jinete.

Aquel bicho sí sabía trazar las curvas, bien sujeto por las antenas olfativas, un guante de hierro que agarraba la izquierda y la marioneta de trapo mordiendo la derecha con naturalidad, aunque el animal reaccionaba también a la batuta atenta del psicomolusco, que bullía con violencia en la cabeza del hombre lanzándole coordenadas espaciales, distancias e impulsos motores.

Me percaté enseguida de que el simbionte de joyero que llevaba el portador de la marioneta no solo servía para mirar cosas pequeñas, sino que también valía para cabalgar dípteros. Todo un copiloto, sin duda. Eso no me lo había contado al leerme el currículo.

Se me hacía raro andar de correrías con un extraño. Ya sabía poco de los otros dos, que se suponía que eran mis jefes. Poner a un bandido entre nosotros se me hacía una idea enervante.

Pero… Qué cuernos, el granuja se sabía mover, se le veía en su salsa. Aposté a que fatiga y periplo para él eran dos cosas propias de la vida al raso. El caso es que, a nuestros ojos, aquella búsqueda demencial no era más que una chapuza improvisada por dos idiotas acomodados que lo habían perdido todo a lo tonto y no querían rendirse sin más.

Estábamos dando palos de ciego en lo desconocido, en lo arbitrario, e incluso así teníamos mejores perspectivas que un exiliado. Para el trapo éramos una oportunidad de volver a la civilización. Parecíamos gente ordenada, en su sitio.

Le vi apretar el paso para dar alcance a los jefes. Mientras mi libélula se tomaba tiempo en ir acelerando, su tábano matraqueaba fuerte y ganaba velocidad de manera explosiva. A ratos, por cómo

manejaba las riendas, daba la impresión de que cabalgaba más el guante que el hombre que lo llevaba. Se le veía esforzarse, con ganas de cumplir. Todo un nómada del desierto, ansioso por vivir en una ciudad subterránea.

Cuando supiera del olor a alcantarilla, a chotuno, a hacinamiento y a humedad que había en los complejos subterráneos sobre los que se asentaban los municipios como el nuestro… No me lo imaginaba harto de beber porquerías y fumando algas durante los días de reclusión meteorológica. Ni entre conservas, ni en habitaciones pequeñas que surcar agachado por túneles estrechos y asfixiantes. Tampoco peleando con los típicos vecinos que pierden la cabeza durante una tormenta grande y de invierno. La borrachera del enclaustramiento, la llaman.

Me dije que el trapo no encajaría en la ciudad. Los asentamientos urbanos tenían fiestas menos lustrosas que las que se montaban en los refugios. Las drogas duras no estaban permitidas, ni la presencia de forajidos ni visitantes. A los que estaban de paso o acudían a la ciudad a guarecerse de las tormentas de fase se les prohibía salir de los centros de acogida. Durante los enclaustramientos, el subsuelo era solo para la comunidad.

Pero no pensaba decirle nada. Era nuestro bandido y a mí me gustaba así de loco, con aquel monigote de trapo que hablaba por él. Tenía su propio y cachondo intermediario, pero, incluso así, ya casi le tenía más aprecio que a mis jefes.

Lo duro iba a ser conseguir que la Regidora le soportara o que su presencia no nos diera problemas si alguien lo reconocía y nos asociaban con él a efectos criminales.

Fuimos perdiendo altitud. Tuvimos que aminorar el paso a medida que atravesábamos un páramo sin caminos ni más paisaje que roca, liquen, muscínea, caracoles grandes como colinas, que pacían salvajes y levantaban los cuernos al petardeo de nuestro paso. Al fondo, sobre una cordillera encrespada, el sol salió del todo y casi se puso un par de veces y, antes de que tuviéramos que pararnos para el almuerzo, avistamos el sitio al que nos llevaba la jefa.

Ruinas de color gris plata. No eran casas de piedra derruidas, sino edificios rectangulares, hechos de metal.

Posamos los insectos justo cuando empezaban a desplegarse

vigas a medio oxidar y materiales de curiosas formas geométricas y vetustas inscripciones en lenguas muertas y unos caracteres raros que se parecían a los de la lengua que estudié en el templo. Los restos de un asentamiento de los Antiguos sobresalían del musgo crepuscular y dunas de arena y cenizas. Nidos de pequeñas avispas y colmenas de coleópteros se enseñoreaban del lugar, coronaban estructuras, cerraban oquedades, aprovechaban sombras.

En mis tiempos de soldado había visto sitios así. Eran raros.

Fantasmales.

Recordaba que un general nos hizo apretar el paso en una ocasión para no detenernos siquiera a pasar noche breve en uno de aquellos emplazamientos vencidos por el paso de los siglos. Lugares que evitar.

Arcaicos. Desolados.

De sitios así salían los cristales como el que estábamos buscando.

Enseguida lo adiviné. Estábamos en las ruinas donde los cazadores de arañas habían encontrado la reliquia.

De modo que me apresuré a confirmar el dato nada más descabalgar.

—Así que aquí empezó todo, ¿verdad, Regidora?

Ella asintió mientras el caracol que le pesaba solemne en la cabeza se afanaba en intercambiar pensamientos con la avispa de montar, un animal esbelto que enseguida salió volando con la gracia de una espora voladora, tal vez a procurarse comida.

Qué curioso que los bichos de la Regidora tuvieran que entenderse. A mí me costaba muy poco recordarle de tanto en tanto a la babosa que le repitiera a la libélula la indicación de salir cuando quisiera, pero sin perder de vista un dato: los únicos insectos que podía comer eran los que no tenían ni collar ni silla de montar.

Por ahí andaría mi bestia buscándose un estanque donde cazar moscas más grandes que un campeón de lucha. Yo me limitaba a dejarla suelta y luego cantaba a montura para que viniera. Nunca me había planteado armarle una agenda, ni controlarle la dieta o cómo pasaba el tiempo… Y es que mi animal era de dotación, de reemplazo, mientras que la Regidora y el Astrólogo tenían montura propia.

Mascotas. Voluntariamente adquiridas y queridas.

Nunca entenderé tanto vínculo, ni por los simbiontes ni por las monturas. Yo no siento un apego especial por mi babosa ni cuando enferma en mi lugar.

Pero ahí estaban todos mis compañeros. Hacían justo lo contrario que yo: el trapo examinaba las alas del tábano y el Astrólogo acariciaba a la mariposa nocturna, dándole hojas de helecho mientras la caracola de espiral lamía el polvo de los ojos compuestos de la montura. Verles tan afectivos me producía la misma sensación de desamparo que me producía ver a mis semejantes armar familias o tener vida sexual. Siempre había vivido poco más o menos como los monjes que me criaron. Me sentía cómodo en soledad. ¿Qué otra cosa habría nunca para alguien como yo?

Era la primera vez que veía al Astrólogo quitarse el simbionte. Me produjo escalofríos contemplarle la calva irritada, plagada de llagas, ocho veces perforada por el molusco. ¿Se metía en el cráneo ocho seudópodos de caracol varias horas al día? El suyo sí era un cerebro bien conectado con el del animal, y su huésped, todo un espécimen de pedigrí. Aposté a que lo había criado él.

Verles vivir y convivir con sus bichos me hacía sentir abandonado a mi suerte, y primitivo. Mil cosas. Demasiados sentimientos para un soldado hecho de granito. Sensaciones permanentes en los ojos, todas y cada una de ellas. Es lo que tiene ser un guerrero asceta.

Es algo salvaje. Como los vestigios de aquel páramo.

Tardamos un momentito en recomponernos y reunirnos alrededor de una pequeña seta que la Regidora usó como mesa para desplegar un mapa de las ruinas. Acto seguido, se puso a estudiarlo mientras el Astrólogo dejaba a un lado el bordón y levantaba del suelo con esfuerzo una roca transparente del tamaño de mi cabeza.

Me la tendió.

—Pero el cristal no vale nada —le dije, sin mirar apenas el fragmento de mineral—. No es un vidrio de los que tienen grabados de colores, no es geométricamente perfecto, no emite destellos…

—Ese cristal es de los más valiosos del sitio, joven —me contestó.

—Pues no luce tan putamente como las reliquias que he visto

cambiar de manos en los refugios —dijo el trapo, desde el final de un brazo que se interpuso entre el Astrólogo y yo.

Se obstinaba en tomar parte de las conversaciones del grupo con el muñeco como si fuera lo más normal del mundo. La Regidora arrugaba el morro cada vez, pero en aquella ocasión apenas emitió un suspiro. Ya no sabía cómo protestar por el numerito. Ni cómo leer el mapa.

Le daba vueltas y fruncía el entrecejo al escrutarlo mientras nosotros seguíamos a lo nuestro: el Astrólogo entrecerró los ojos con gesto resignado y, tras recuperar el báculo y apoyarse pesadamente en él, dijo:

—Este cristal no lo pagan con dinero en los mercados, eso es verdad, pero más cierto es que el vestigio es mucho más interesante que los prismas de cuarzo en los que los Antiguos registraban mensajes.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque es un fragmento de la cúpula.

—¿Que qué? —preguntó el trapo.

—Ah, este sitio —dije, sonriendo—. Es de los que se cree que estaba bajo una campana de cristal. He visto frescos en algún templo que representan cómo eran antes las ruinas.

Nos quedamos embobados mientras pensábamos un momento en aquello. Los cuatro. Caracoles incluidos.

Luego me reí un poco.

—Siempre el Astrólogo, ¿verdad? —le dije—. Siempre las paparruchas.

Y en aquello que se cabreó un poco.

—Joven, esto fue una gran ciudad. Una que no tenía que enterrarse bajo el suelo. En este lugar —me dijo, apuntando con el bordón hacia el firmamento—, los hombres construyeron su propio cielo para resistir la furia de las tormentas.

Nos pasamos otro rato mirando ruinas y destrucción. Todo un contraste.

—El trapo sabe cosas, y sabe que algunas son puto absurdas. Ha oído tonterías menos gordas que luego se han demostrado falsas o han perdido fuelle con los años. Y ahora hacía muchos que no escuchaba nada de los Antiguos que metían ciudades en botellas gigantes.

—Solo hay unos Antiguos, nómada —dijo el Astrólogo, levantando un poquito la voz—. Y te aseguro que los primeros pobladores del Círculo no vivían debajo del cielo, sino en asentamientos con bóveda. En ciudades invernadero. Hay libros ancestrales que lo recogen y evidencias como el cristal que te muestro. Si supieras de cristales, me darías la razón ahora mismo.

En verdad aquel pedrusco parecía el fragmento de una lámina de vidrio realmente gorda. Me pregunté si podría apreciarse curvatura en él. Yo no veía más que una luna de mucho espesor.

—No doy con el sitio que buscamos —dijo la Regidora sin apartar la vista de plano, leyenda y notas al pie—. El mapa es apenas un croquis, y este sitio es un caos. Apenas hay esqueletos de lo que fueron fábricas inmensas, unas tuberías que se meten más hondo en la piedra de lo que nadie ha conseguido medir, enormes pisos de plantas en los que vivían familias y familias y hasta una extraña pista iluminada por los andenes, pero que sale de la ciudad para no ir a ninguna parte… Se dice que sus luces se encienden algunas noches.

—¡Es un sitio encantado! —estallé yo, con los brazos en cruz—. Por favor, que estas cosas están muy bien solo si las cuentan los monjes y cuando eres un chaval… ¿Es que soy el único que dejó de creer en los cuentos de brujas al alcanzar la edad de afeitado?

No supe decir si miraba más al trapo o al Astrólogo. Me daba que ellos entenderían mi escepticismo. El uno porque quizá lo compartiera; el otro porque seguro que estaba habituado a confrontarlo.

Pero no respondieron.

El trapo se encogió de hombros, y la marioneta, sin que el brazo del que colgaba se moviera, musitó algo acerca de que había visto y oído cosas aún más raras. El Astrólogo ya hacía días que dejaba de hacerme caso cuando me veía embestir sus chaladuras.

Y él no estaba estudiando el mapa, sino el escenario.

—Quiero ver esa construcción de ahí —dijo, mientras echaba a andar. Sonaba del todo ajeno a nuestra charla.

La construcción que le interesaba era una torre. Truncada por rayos y tempestades, pero una torre. Larga hasta donde alcanzaría la talla de una seta emperador. Unos diez venablos de altura. No parecía de obra, sino… esculpida.

—Debió de haber sido toda una atalaya —dijo la Regidora, tras una caminata en la que apenas pudimos alcanzar al viejo.

Que, con un bulto pesado a la espalda, miraba el alzado de la torre, luego la planta, después miraba al cielo y vuelta a empezar.

—Sería como diez veces más alta que ahora —dictaminó—, antes de derrumbarse. Pero seguro que no fue una atalaya.

—¿Sería el observatorio del Astrólogo? —le pregunté, con cierto soniquete.

—Oh, no creo que la ciudad tuviera astrólogo. Tendrían astrónomos. La torre no es más que uno de los soportes de la campana de vidrio que mantenía el sitio… aislado del medio.

—Ya estamos otra vez, no sé para qué pregunto…

—¿Aislamiento? —intervino la Regidora—. ¿No había que protegerse de las tormentas, hacer los refugios sobre el suelo y no bajo él?

—No, diría que no —le contestó el viejo, descargando con cuidado el fardo que llevaba a la espalda—. He visto esquemas de cómo se cree que fueron las puertas de estos sitios, y mantenían estanco el acceso al núcleo urbano. El aire que respiraban aquellos hombres no era el mismo que el del Círculo Crepuscular.

Yo bufé. El trapo sonrió. La Regidora asentía.

—¿Nos podemos ir ya? —terminé soltando, al darme cuenta de que el Astrólogo sacaba brújula, catalejos y teodolito del bulto que había acarreado hasta allí; no tenía ganas de verle tomar medidas y hacer un plano o sacar mapas de lo que pudo haber sido la torre—. No veo qué tiene que ver esto con nuestra búsqueda.

Pero el viejo echó a andar hacia un lugar elevado, dispuesto a desplegar los trastos.

Y la rampa hacia el lugar elevado era… lisa. Completamente lisa.

En cuanto empezamos a andar por ella notamos que era una magnífica plancha de metal de enorme grosor. Más grande que un cuadrilátero.

El Astrólogo fue el primero en darse cuenta de que algo fallaba, lo supo en cuanto apoyó el bastón.

No obstante, dio un par de zancadas más. Luego detuvo el paso de las sandalias, golpeó un par de veces entre ellas con el taco del bordón y finalmente barrió la arena de una patada, desnudando el

muro de hierro que teníamos bajo los pies. Acto seguido, se quedó pensativo mientras daba golpecitos con la vara en el metal.

—Esto es… una estructura que… no queda horizontal del todo porque… cayó sobre algo. Que ahora estamos aplastando.

—Oh, vamos —dije yo—. Insisto en dejar este sitio.

—El trapo también quiere irse. El trapo seguía las vías para ir adonde un explorador.

—Regidora —añadí—, por favor, no podemos ponernos a excavar. Pareceríamos saqueadores.

—¿Quién ha dicho nada de excavar ni qué niño muerto? —dijo el Astrólogo. Sonaba más lejos porque había echado a andar a toda prisa mientras le discutíamos la ocurrencia. Había llegado al borde de la enorme chapa de acero que acababa de descubrir.

Y en el extremo la estructura presentaba… un corte fragmentario, casi afilado, del que salían cables de hierro y de algo elástico.

La sección de la lámina de metal mostraba que el mamotreto tenía palmos de espesor y que se componía de capas de cristal y metal sobrepuestas. Alguna fuerza formidable lo había golpeado con brutalidad, porque se doblaba, abollado, en el final.

Formaba un rizo por el que el Astrólogo no dudó en introducir un extremo de la vara.

—Salid y poneos a mi espalda —dijo. Y se puso a hacer palanca con el bordón.

Yo no pude más que doblarme de risa.

—El trapo cree que el peso de esta cosa en la que nos hemos subido puede convertir a un Astrólogo viejo en puta casquería para cucarachas.

—¡Vamos, hombre, esto ya es delirio! —añadí—. ¡Astrólogo, que este pedazo de pared pesa más de mil veces lo que tú!

Entonces la Regidora tiró de mi gabán y de los harapos del trapo y nos arrastró junto al viejo, que había empezado a arquear la formidable vara y parecía estudiar el punto por el que hacía presión para levantar la chapa. Como si pudiera.

Y en nada que el limaco negro que habitaba la cabeza del Astrólogo arrancó a zumbar y a estirar las antenas como si fuera a mover el armatoste con los cuernos. Luego se iluminó como el fósforo blanco y la vara del viejo se encendió lo mismo que el

rescoldo de una hoguera. Hubo una vaharada de calor que nos golpeó igual que una tormenta del desierto. El aire pareció crepitar y… sucedió lo imposible.

Era la primera vez que veía al Astrólogo hacer un sortilegio. Justo lo que necesitaba para abandonar la batalla a lomos de mi escepticismo. O reforzar la convicción de que la misión no era más que un despropósito.

La vara del Astrólogo se hizo palanca y al arquearse del todo levantó una polvareda y también la inmensa mole de metal… como si fuera cartón. Luego aquel pedazo de trasto cayó justo donde habíamos estado hacía unos instantes, aplastando violentamente la seta que la Regidora había usado para desplegar el plano. El sonido del armatoste al darse la vuelta para caer del revés hizo temblar el suelo y que el caracol de la Regidora se escondiera en la concha. Todo un estruendo. La hoja de metal era titánica.

Lo mismo que la nube de arena que cayó sobre el sitio que llevaba siglos sepultando.

El Astrólogo seguía en trance, los ojos en blanco, el limaco a plena bioluminiscencia, la vara al rojo, los pelos del bigote erizados, la cara en el rictus del que hace un gran esfuerzo.

Hizo un floreo de manos y, en lo que parecía ser uno de los trucos de magia con los que adornaba sus apariciones en el palco de la Regidora, montó una bocina con las manos y sopló.

Bufó. Con la boca. Sin apenas tomar aire, hizo un tubo con las manos y exhaló aliento igual que el que peina canas y se dispone a apagar de lejos un pastel de cumpleaños.

El resultado fue un vendaval despiadado que barrió las volutas de arena y polvo que nos impedían ver nada. La escena dañaba la vista. Contemplar cómo el cuerpo avejentado y vencido del anciano movía más aire que una borrasca de verano… Otra de esas imágenes poderosas con las que me persigue la memoria, cuando recuerdo las cosas imposibles que vi.

Aquella en concreto no fue espeluznante para la Regidora. El trapo por su parte asintió con aprobación, miró al Astrólogo de arriba abajo, luego otra vez arriba, y le dedicó un gesto de respeto al limaco negro.

Yo no sabía si aquello había sido obra del psicomolusco; solo vi que quien sopló fue el Astrólogo y que fueron sus brazos los que

hicieron palanca con la vara de helecho y movieron una mole que no habría podido arrastrar ni una lombriz molinera.

Me lo iba a tener que pensar la próxima vez que le tratara de viejo chocho.

Lo que había bajo la placa de acero eran los restos de una casa.

Un domicilio.

Estaba ajado y derruido, devorado por el tiempo y las termitas del desierto, aplastado y a medio descomponer, pero se adivinaban los restos de una mesa de cristal, lo que parecían dos camastros, una pila de agua… y había enseres.

El trapo se adelantó y tomó con sus manos una bota que casi se le descompuso. Parecía estar hecha con un tejido de hebras que alternaban un material elástico con cables de hierro y tiras de resina. La suela, no creo que nadie hubiera podido decir de qué narices la hicieron.

—Con esta suela y otra igual, el trapo haría sandalias de caminar sin parar.

Pellizqué la puntera de la suela con fuerza y tiré de ella.

—No creo que pudieras perforar esta cosa —dije, cuando ya estaba tan deslumbrado por lo que veía que hasta empezaba a considerar la posibilidad de disculparme—, parece más sólida que la capa de mi coraza.

—Los Antiguos sí sabían construir —murmuró la Regidora, con las yemas de los dedos sobre los seudópodos de su aparatoso caracol, que movía las antenas con excitación y parecía intercambiar un mar de pensamientos con ella.

El trapo se guardó el despojo en los pliegues de los harapos y arrugó el gesto en busca de más tesoros. Aposté a que trataba de encontrar el par. Se le notaba el pelaje, el impulso persistente que le empujaba a buscarse la vida entre misterios y ruina.

Nos movimos durante un rato en el recinto que acabábamos de arrebatarle al páramo y a la destrucción. Había restos de mamparas que probablemente servían para separar estancias, evidencias de que una de ellas fue un baño o una lavandería. Vimos un aparador de vidrio destrozado, lo mismo que los cristales que había contenido, el armazón metálico de lo que sin duda fue una mesa de trabajo y una enorme sala de enmoquetado raro, que daba a una alacena repleta de muebles de madera con tenedores y cucharas,

vasijas y envases.

—Esto fue una cocina —dijo enseguida el trapo.

Y todos asentimos.

El Astrólogo revolvía con el bastón entre los vidrios del aparador. Al no quedar pared en pie, podíamos verle desde la estancia contigua.

La Regidora le miraba con una mezcla de respeto y pena.

—No creo que haya reliquias despiertas ahí, Astrólogo —le dijo.

Yo fruncí el entrecejo. A ratos no alcanzaba a entender qué clase de tejemaneje se traían aquellos dos.

—¿Qué es una reliquia despierta? —pregunté.

—Una que se ilumina cuando la tocas marranamente —me respondió el trapo.

El trapo. Otro que tal. Con una mano hacía de ventrílocuo, con la otra metía cuchillos sin oxidar en el saco.

—¿Tú entiendes algo de objetos de valor, trapo? —le pregunté.

—Solo un necio confunde valor y precio. Ahora que el trapo sabe que aquí las putas rocas son un pedazo de cúpula…

Y los dos reímos. La Regidora no. Ella se encaminó hacia el viejo, que acabaría por cortarse si seguía hurgando entre cristales.

Hicimos otro tanto y llegamos junto al Astrólogo justo cuando sacaba algo del montón de vidrios.

Una torre.

Luego un peón y un alfil. Tallados en vidrio.

DIEZ

LA LLAMADA

La interminable pista de piedra que salía de la ciudad cadáver era más tenebrosa que las ruinas.

Una carretera que moría de pronto, cortada de un tajo perpendicular, y ante un páramo vacío. La avenida estaba vestida, engalanada. La surcaba una gran raya longitudinal, de un blanco refulgente. La flanqueaban incrustaciones de cristal cuadradas, del tamaño de un zapato, separadas entre sí por un tiro de lanza. Como mojones paralelos, a ambos lados de un camino que lucía una anchura formidable.

Se estiraba, además, hasta donde alcanzaba la vista de un ojo de caracol embalsamado en resina. Con el catalejo de visión nocturna pude adivinar su abrupto final, a lo lejos, al fondo, y porque lo permitía una suave elevación del terreno. La construcción más absurda que había visto jamás, con diferencia. Lisa e incólume tras siglos de tormentas de fase. Un conducto dotado de un ancho de vías colosal pero proyectado para no servir de trazado a nada que hubieras visto. Te hacía preguntarte qué locura era aquella, qué se hacía en aquella ciudad. Quiénes la habitaron. Y cómo.

El caso es que acudimos a la pista en medio de la noche porque nos sorprendió un ocaso repentino, de los que no te mandan a dormir siesta. El Astrólogo, tras saquear la vivienda, reunir un juego de ajedrez completo y mirar varias de las torres que desplegaba por todas partes el lugar, se empeñó en que fuéramos a ver el monolito.

El monolito del que salía la pista que escapaba de la ciudad y a la que guillotinaba la nada.

Todo un escenario.

Para colmo, el monolito era un colmillo de vidrio, un prisma de ocho lados perfectos, coronado en una punta afilada. Tan alto como quince lanzas.

—¿Seguro que no hay ninguna construcción al otro lado de la pista? —preguntó la vocecilla del muñeco. El ventrílocuo se rascaba la calva bajo el peso del caracol con una cara de perplejidad que no sería muy distinta de la mía.

—Ninguna. Es páramo virgen. Se excavó por allí —dijo la Regidora, señalando el final de la pista con un leve ademán de vara.

La muchacha, tan bien pertrechada y tan viajada que estaba, había respondido a la negrura repentina sacando un juego de varas con las que armó una pértiga que empleaba… para alzar ante el caracol una poderosa seta de luz.

Cosas de ricos de ciudad, sí, pero el artilugio iluminaba mejor que ninguna farola. Entre aquel invento y el arcabuz que llevaba a la espalda, la muchacha era todo un repertorio de juguetes.

Pero yo no sabía decir si tendría muchas más luces que las del sentido común.

—¿No se le ha ocurrido a ningún arqueólogo que igual al final de la pista hubo una cantera? —pregunté. Estaba hasta el gorro de la excursión. El lugar sería fascinante, pero nunca me había interesado la historia antigua.

—El suelo del final de la pista es de arena y ceniza apelmazadas —contestó el viejo, y era la primera vez que se dignaba a refutarme algo desde que habíamos llegado a aquel sitio—. No hay minerales, allí. Y no es un llano excavado. Un yacimiento minero al final de la pista no explicaría cómo puede ser que todas las vetas acaben justo al mismo nivel en un páramo tan extenso. Las canteras se abren en la montaña o se adentran en la tierra, no dejan una explanada sin más.

—Igual es que no se excavó lo bastante hondo.

—No creo… Alguacil, estos sitios son como las explotaciones del pueblo minero; siempre dejan evidencias claras.

—¿Crees que fue el pueblo minero?

—Bueno —dijo el Astrólogo en tono de conjetura—, algo sí excavarían, cuando empleaban tanto metal solo para armar las casas… Hum… Regidora… ¿Puedes acercarme esa luz, por favor?

El viejo palpaba el monolito en busca de fisuras o grabados.

Y parecía que había encontrado algo.

Una repisa.

Con muescas separadas entre sí por el espacio de un dedo. Como una vara de medir.

—Las marcas del vidrio están obradas con precisión matemática. Son absolutamente iguales, y debe de haber un centenar. No imagino qué clase de instrumento podría hacerle algo así al vidrio.

—Eso ya lo he visto antes en las grutas de refugios. Es una lombriz de tierra, que entre muescas tiene anillos —dijo el trapo.

A lo que la Regidora contestó con una carcajada y luego con una de sus lecciones:

—Eso, bandido, es una escala.

—¿Quieres decir como una báscula? —pregunté yo.

—Quiero decir que a saber qué demencia medirían aquí. No entendemos ni el urbanismo; ¿cómo vamos a comprender nada más?

—Regidora, no es una escala —dijo el Astrólogo—. Hay dos muescas más largas muy juntas.

Y nos las enseñó. De pronto, entre ranuras idénticas que se sucedían de manera uniforme a lo largo de un costado del prisma, aparecían dos muescas alargadas, más profundas que las demás, que rompían la pauta.

—Yo no lo creo tampoco; parece un puto xilófono —dijo el trapo.

Nos reímos. Todos.

Era la primera vez que hacíamos algo juntos y a la vez, una comunión que no fuera para comer o pelearnos. Me gustó.

—Está bien. Queda demostrado que todo en este lugar es absurdo —sentencié—. ¿Nos podemos ir?

El trapo se puso a mover la marioneta a saltitos sobre la escala, como si fuera una rayuela, y canturreó con la voz del monigote:

—Uno, dos y tres. La nena saltará. Cuatro, cinco, seis. Y todos lo veréis.

Entonces pulsó de golpe sobre las ranuras más anchas.

Y el monolito se iluminó.

La cúspide emitió ocho notas que sonaron remotamente parecidas a las de un arpa. Y muy parecidas a las de la canción que había entonado el trapo.

—Trapo, ¿qué grillos es esa canción? —preguntó ella.

—Lo cantábamos casi todos los años, cuando llovía en el Desierto del Mediodía. Se pinta una escala en el suelo y luego se dan los saltos.

—¿Una oración? —preguntó el Astrólogo.

—El trapo no reza.

Hubo un gran destello en la superficie del monumento y cada

uno de los lados se convirtió en un festival de símbolos de la extraña escritura que recordaba a la de los monjes. Aparecieron centenares de diagramas luminiscentes que se sucedieron en un interminable desfile de color e ideogramas del antiguo alfabeto, que parpadeaban y se movían en todas direcciones.

—¡Por los cuernos de una mantis! —estalló el Astrólogo. Era lo más parecido a un exabrupto que le había oído al anciano.

Entonces se encendió la pista.

Los cristales que flanqueaban el camino de piedra se iluminaron de pronto, delimitando el trazado pese a que era completamente recto.

—Ahí tienes una avenida balizada por faroles, Alguacil —me dijo la Regidora poniéndome una mano en el hombro de la coraza.

Menudo día. Y ahora la jefa me dispensaba contacto físico. No pude evitar preguntarme cuántas confianzas más cogeríamos en aquel periplo. La idea me acudió de repente y de repente la descarté.

Porque la escena me tenía embobado.

El prisma de cristal intentaba comunicar algo al tiempo que prendía luces sobre una avenida desplegada hacia ninguna parte.

El trapo por su parte estaba sembrado de chistes y ni aquella escena le iba a detener.

—Vale, tenemos lo que queríamos —nos dijo de pronto, como de pitorreo—: Todo un señor vidrio de los Antiguos. Seguro que ese armatoste es más interesante que el que os habían robado, porque luce más que un caracol neurotóxico en una alucinación. Menuda tabarra que pega. Les podemos dar el cambiazo a los del municipio, y solo habría que mover esta monstruosidad… Calculo que harán falta docena y media de escarabajos de carga y un juego de aperos de construcción. El trapo puede pilotar el enjambre, vosotros solo tenéis que aseguraros de que le quede bien claro dónde cojones lo tiene que soltar, porque no creo que haya ningún zumbado capaz de volver a cambiar de sitio el cacharro cantaor. Eso nos toca a nosotros. De esta entramos a hombros en…

—Calla de una vez —le mandó la Regidora, absorta en el revoltijo de inscripciones que aparecían en la superficie del prisma, ni que las hubieran escrito con espora fluorescente.

—No creo que pueda descifrarlo, Regidora —le dije—. ¿No se

supone que no entendemos la escritura de los Antiguos? Los grabados tienen algo que me resulta familiar, pero…

—No intento leerlo, Alguacil. Es solo que algunos símbolos parecen números. Mira ahí arriba y verás unas cifras que… Huy, no están.

—Es como si nos pasaran un pergamino ante los ojos —dijo el Astrólogo, que también se dejaba la vista en aquellas luces—. De tanto en tanto, entre el texto hay diagramas y esquemas. Antes he tenido ante mis narices un plano. Y eso que asoma ahora parece un cartel.

En efecto, un conjunto de logogramas se deslizaba por el cristal, destacado con un recuadro.

La Regidora se volvió al lado del prisma en el que estaba apostado el Astrólogo para estudiar el cartel… Y cuando su caracol lo vio, se iluminó del mismo azul claro y la misma intensidad con la que brillaba el monolito. Emitió un suave chillido tras sacar la rádula e introdujo con violencia los tentáculos laterales en los oídos de la jefa.

Que de pronto se movió como el que tiene un escalofrío. Clavó el farol en el suelo, puso los ojos en blanco y posó las yemas de los dedos en la escala de ranuras, para arrancar una secuencia de pulsaciones a toda velocidad en las casillas que usó el trapo para ponerlo en marcha.

La música que sacó del teclado fue alucinante.

La babosa me estrujó el hombro con el talón, sobre el omoplato.

Era la señal de entrada en combate inminente.

—Regidora, ¿va todo bien? ¿Regidora? —pregunté, llevándome una mano a la empuñadura por instinto y calmando al simbionte con la otra.

—Quieto, Alguacil —ordenó el Astrólogo—. Ha entrado en trance. Es el caracol.

—Yo no trabajo para el puto caracol.

Ni me gustan las cosas que le hace hacer.

—¡Muestra respeto, te digo! —dijo el carcamal.

En apenas unos latidos, el monolito se volvió anaranjado y parpadeó varias veces. Dos caras se apagaron. El arpa que parecía sonar en el extremo nos dedicó varias notas dulces y luego una que sonó estridente, a la que respondió con un gemido el limaco negro

del Astrólogo, justo antes de replegarse en la concha y sellarla con un opérculo. El caparazón cerrado cayó al suelo y dejó la calva del huésped en pelota picada.

—Pero ¿qué…? —dijo el Astrólogo, contrariado, al tiempo que se arrodillaba junto al caracol— ¡Y ahora me abandona el simbionte!

Mi babosa me insistía una y otra vez en que había que luchar y me destrozaba el omoplato. Tuve que permitir que cantara montura. La libélula venía de camino, con el resto de los insectos voladores.

—Trapo, a las armas.

—¿Qué?

—Trapo, obedece —machaqué, mirando a ambos lados hasta casi girar sobre mí mismo, en busca de la amenaza en la que insistía mi simbionte—. Va a pasar algo.

El trapo inclinó la pértiga. Dejó de usarla de bastón y la esgrimió de frente en posición de guardia. La mano de la marioneta mordió la boleadora que llevaba al cinto. Yo tiré de la cuerda del yelmo de cangrejo para sacármelo de la nuca y colocármelo en la cabeza, luego me lo abroché a conciencia en la mandíbula y cerré las alas de la capa para cubrirme el pecho.

Para después asegurarme el venablo a la espalda y desenvainar las espadas.

Porque el cielo del final de la pista de piedra traía cuatro destellos nuevos.

Dos pares de focos. Dos chorros de luz que me sonaban de algo.

La última vez que los vi fue en el Agujero.

—Ahí están —dije—. Dos serpientes como la del ladrón al que buscamos. Y vienen hacia aquí… Trapo, adelantemos la posición, hay que dejar a los demás tras el monolito. Mantente cerca y haz lo que te diga.

Nos pusimos a andar, tensos y despacio, mientras las monturas se apostaban a un lado del camino por si procedía; rodeamos el monolito y nos situamos al comienzo de la avenida para recibir a los jinetes de forma hostil, como una fuerza de choque.

Porque cuando mi babosa marca amenaza, resuelvo amenaza.

La Regidora le hizo algo más al monolito, y la cima se encendió como un faro, iluminando la pista en su totalidad. Hizo el día sobre la avenida que las serpientes voladoras usaban como vía de acceso.

La sobrevolaban a medida que perdían altura, directas a nuestra posición.

Sobre las grupas del par de chorros de oscuridad en movimiento se adivinaban las siluetas de sendos jinetes de humo negro, muy quietas.

Cuando las panzas de las bestias tocaron suavemente la piedra frente a nosotros, levantaron una gélida vaharada. El suelo crujió y se dolió como lo hacen los hielos de un glaciar que chasquea. De pronto teníamos un frío espantoso.

Un jinete sacó un cristal y se puso a hacer cosas en él.

El otro desmontó y caminó despacio hacia mí.

A su paso, mi babosa aulló, se apagó, se encogió en la concha, replegó los tentáculos oculares y sacó las antenas venenosas.

ONCE

CONTACTO

Lo que sucedió entonces fue el primer paso de la carrera que me convertiría en leyenda entre los míos.

La sombra que tenía delante parecía observarme con curiosidad. Miraba el monolito, nos miraba a nosotros y de tanto en tanto volvía la vista al compañero, que seguía enfrascado con los destellos del cristal que tenía en las manos.

Aquel cristal sí se parecía al que nos habían robado.

—Os habla un alguacil de la Confederación en acto de servicio. Identificaos.

Pero el jinete de serpiente no pareció intimidado ni por mi tono ni por mi postura de guardia, con las espadas en alto y las rodillas flexionadas. Hasta un cretino de fumadero habría podido percibir la hostilidad con la que le recibíamos.

Al individuo se le veía relajado y estudiando la escena sin prestarme atención. No lo tenía al alcance del arma, pero sí estaba a tiro de la pértiga del trapo y seguro que eso lo comprendía. Aun así, no parecía preocupado por nosotros, sino asombrado, o un tanto contrariado.

Se llevó una mano al oído y habló.

No conmigo. No en mi idioma. No sé con quién hablaría, desde luego no con un simbionte, porque el contorno de la figura, un agujero silueteado por el poderoso haz de luz que emanaba del monolito, mostraba el contorno de un yelmo redondo. Un casco ajustado a la cabeza.

Sin quitarse la mano del oído le escuché pronunciar palabras que no oía desde mis tiempos de cadete, de estudiante en uno de los templos militares más antiguos y tradicionales del Círculo. *Mù guāng zhī chéng quān.*

Hablaba en la lengua litúrgica, arcana. La que usábamos en rituales y para los protocolos marciales, la que ponía nombre a las tácticas de batalla y a los movimientos de lucha. La que los monjes guerreros nos hacían estudiar para recitar juramentos y recordar hazañas bélicas imposibles que hablaban de guerras que no

entendíamos entre pueblos de los que no sabíamos gran cosa y que a veces usaban armas raras.

La academia militar se obstinaba en mantener vivo aquel saber y en formarnos en toda una serie de actitudes ceremoniales hacia el combate y la serenidad. Nos enseñaban la lengua muerta ancestral, nos hacían memorizar textos sobre el camino del guerrero y el destino del soldado, nos castraban, nos enseñaban a hacer la guerra, nos mandaban al frente y, a los que sobrevivíamos, nos licenciaban como alguaciles al cumplir treinta años de servicio.

Aquella lengua litúrgica, un vestigio de épocas pasadas como otros formalismos, jamás se olvida: en el templo, los hombres que me criaron y formaron jamás usaron mi lengua natal, ni ninguna otra que no fuera la tradicional. Para mí, era el habla de la escuela militar; en ella nos leían los libros y en ella nos obligaban a hablar.

Y en ese momento la empleaba la sombra, con mucho acento y un extraño tono discursivo, para hablar con algo que parecía habitar su cabeza.

—Central, aquí Tango Nueve —dijo—. Falsa alarma.

Yo me pasmé y hasta relajé la guardia un instante, que mi babosa no dudó en reprender con un apretón terrible. ¿Había oído la lengua? ¿Había entendido bien?

No acerté a decir ni hacer nada. Solo puse los ojos como platos mientras la mandíbula se me quería caer al suelo. El trapo no movió un músculo.

Pero el muñeco de tela me dijo, en voz muy baja:

—Jefe, espero que no tengamos que vérnoslas con esos dos. Te aseguro que no es buena idea meterse en líos con esa gente. Tendríamos que haberlo hablado, el trapo sabe que…

—Ahora no, trapo.

—¡El simbionte del amo puede ver a través del velo que esconde! Es un traje, una armadura, y se puede romper.

El jinete miró a su compañero y luego a nosotros.

—Central, son solo cuatro salvajes —dijo, de nuevo hablando solo—. No tengo ni idea de cómo han podido abrir la pista.

Estaba claro. Era el idioma del templo. O algo muy parecido.

Entonces decidí hablarle yo en la lengua litúrgica. Las palabras me salieron lentas y torpes porque llevaba quince años sin manejar aquellos sonidos secos y cortos. Pero me las ingenié con algo

sencillo.

—¿Quiénes sois?

La sombra se tensó como la cuerda de un arco.

—Pero ¿qué…? —empezó a decir. Se volvió a su compañero, que despegó la vista del cristal para mirarme y después estallar en carcajadas.

—Os he preguntado quiénes sois—me esforcé en conjugar—. No lo repetiré.

El hombre que estaba frente a mí escupió varias palabras a voz en grito que no comprendí. Quizá fueran coloquiales, o exabruptos. O muy modernas para mi dialecto.

Después me apuntó con un dedo envuelto en volutas de humo y me dijo, despacio y marcando las palabras, como si se dirigiera a un crío o a un idiota:

—¿Y quién eres tú?

—Yo…

—¿Cómo te llamas? —me interrumpió—. ¿Tienes nombre, o te han quitado hasta eso? Que me parta un rayo, con las cosas que habré visto, y esta colonia minera nunca deja de sorprenderme.

Remató la frase con una risita ahogada.

Yo no entendía un carajo.

Sus palabras se quedarían revoloteando en mi cabeza mucho tiempo, pero en aquel momento sospeché que si a ratos se me hacían incomprensibles era por el abismo que se abría entre nuestras respectivas formas de utilizar… una lengua que se suponía muerta.

Acto seguido se llevó de nuevo la mano al oído y volvió a comportarse como si no nos tuviera enfrente.

—Central, pasa algo raro… Uno de los salvajes, un soldado, o un guerrero, o algo…

Entonces se calló, hizo un sonido gutural y asintió varias veces. Parecía escuchar en su interior. Le respondían.

Estaba en contacto con alguien.

Pero yo no conseguía entrar en contacto con la situación. Ni sabía qué hacer. Me tomaban por el pito del sereno. Jamás me había sentido tan humillado y desconcertado. No entendía nada.

—Central, es que el payaso lleva una espadita en cada mano y un yelmo hecho con la concha de un crustáceo… Pero es que les

juro que acaba de hablar en mandarín.

¿Payaso? ¿Me llamaba payaso, o mi comprensión de la lengua me fallaba? Me sulfuré.

—¡Basta! ¡Sé que esta no es una visita de cortesía! ¡Habladme ahora, o lo haréis desde el suelo!

La sombra levantó las manos.

—Uah, uah, tranquilo, hombretón. No queremos pelea. Qué va.

Vi demasiado tarde que llevaba algo en la mano.

Algo que apretó.

Y estalló una deflagración, una llamarada invisible de frío tan atroz que pareció que estuviéramos en lo más hondo del Agujero. Hubo una explosión silenciosa de… temperatura. Cruda, sola. Sin presión, sin aspavientos, sin ventolera, sin otro cuerpo ni fuerza que transmitiera el contacto glacial, un golpe de helor que nos dejó tiesos y nos lanzó a todos al suelo, pero sin que se levantaran ni polvo ni corriente. Sencillamente, el jinete le hizo algo al aire y el fantasma de la congelación nos atravesó de golpe y porrazo.

Yo me quedé inmóvil, me volví una estatua viviente y perdí el equilibrio y caí en la misma postura de guardia en la que me disponía a pasar por la espada al hombre. Me vi convertido en un soldadito de arcilla derribado.

No podía moverme. Me dolía el alma.

¿Qué brujería era aquella?

—Central, Tango Nueve ha detonado un termoductor selectivo. Todos los hostiles a tierra —recitó el jinete, que ni se había dignado a desmontar. Su voz sonaba madura, a funcionario aburrido. A superior al mando.

Yo solo veía el suelo. Me costaba hasta enfocar con los ojos. Pugnaba por soltar la espada y llevarme la mano a la babosa para pedirle auxilio, pero apenas podía mover el codo, y a la mínima, el cuerpo me crujía como nieve apelmazada. Me faltaba el aire. Ni para respirar me daba. Nunca imaginé que una forma de frío pudiera ser tan intensa que no dejara temblar.

Oía los pasos suaves del jinete recorrer las inmediaciones del monolito; debió de pulsar el vidrio, porque las luces se fueron apagando. En cuanto el lugar pareció de nuevo abandonado, oí al jefe bramando desde la silla de montar:

—Esto van a ser sus caracoles, que avanzan otra vez… Pero

vamos a llevarnos al que lo ha hecho. No podemos dejarle por ahí abriendo sesiones en pistas abandonadas.

—Señor, ¿los caracoles les han enseñado a hablar como nosotros?

—Tal vez, no lo sé —respondió el otro, y luego usó expresiones que yo desconocía y frases cargadas de acento con palabras que se me escapaban. No obstante, justo después creí entenderle algo que… me sonó terriblemente mal—: Haremos analizar al parásito más desarrollado que tengan, a ver si eso aclara el incidente.

El otro jinete respondió con un monosílabo y me plantó las botas junto a la cabeza.

—Señor —dijo—, el guerrero no lleva caracol encefálico, sino una babosa menor. No parece infestado, pero habla como un holograma de museo. Es muy raro.

—Nueve, déjale estar. Si lleva espadas, será un mediador o un emisario. El jefe andará detrás. Busca un caracol grande de concha abombada. Son los que controlan las latitudes ecuatoriales.

Más pasos. Yo seguía sin poder respirar. Tuve miedo de asfixiarme. Morir así. Sin haber entendido nada.

—Señor, el otro guerrero lleva un molusco sensitivo. Luego hay un viejo al que hemos paralizado llorándole a una caracola de limaco que ha cerrado el opérculo. La joven es la única que parece tener un parásito serio, y creo que el caracol la ha dejado hablando con las setas…

—Ahí lo tienes. A ese nos llevamos.

De nuevo oí pisadas, un chasquido, un bramido de rádula.

—Tango Nueve, ¿qué demonios haces?

—Señor, el animal es hostil. Acaba de escupir ácido y tiene colmillos. Si intento cogerlo, me puedo llevar una dentellada.

—Acércate a él y me lo traes aunque pierdas la mano.

—¿Cómo dice?

—Nueve, métete en la mollera que a ese animal nos lo llevamos de una pieza o con la concha aplastada. Verás como entonces se relaja y deja que lo cojas… Son formas de vida sensatas, los caracoles esos. Cuando les conviene entregarse, lo saben y obran en consecuencia. Creo que así, por las buenas, es como cambian de huésped algunas veces.

—Señor… Sigue mostrando las fauces.

Entonces sentí las de mi babosa.

Me acababa de clavar un colmillo de la rádula en la carótida. Para inocularme algo.

Mi babosa sabe cuándo necesito que me cure. Me repara cuando me rompo. Me corta las hemorragias y me administra el sueño. Me drena los tóxicos. Es mi galeno y mi apotecario. Para todo tiene remedios, y más en combate.

Me hace invencible. Para eso es.

Y es un animal de sangre fría, preparado para los cambios de temperatura violentos del Círculo. Fuera lo que fuera lo que nos había hecho la sombra, a mi babosa no parecía afectarle. De hecho, iba a remediarlo.

Noté el pinchazo de su boca en el cuello, y fue como si me hubieran colocado frente a una hoguera o puesto una estufa en vena: el calor me invadió de arriba abajo y empecé a notar como mi cuerpo dejaba muy despacio de estar agarrotado y comenzaba a obedecerme. Mis extremidades se relajaron y se posaron lentamente en el suelo. Respiré, jadeando. Y apenas dolió.

Pero no me levanté.

Habría sido prematuro y precipitado.

Dejé que me hiciera efecto el antídoto, o lo que fuera, y fui recuperando la postura hasta quedarme agazapado en el suelo. Me fingí vencido unos instantes mientras la escena avanzaba y el tiempo y el factor sorpresa se ponían de mi lado.

Cuando me pusiera en pie sería para matar. Y vaya si caerían los dos. Apreté la empuñadura de la espada que no había soltado y, con dolor, muy despacio, recuperé el arma de la otra mano, cerrando el puño con fuerza. Estaba cerca de rehacer mi guardia, y mis posibles.

Pero debía medir mi tiempo. Todavía no sentía del todo los pies, ni enfocaba bien la escena.

Eso sí, pude escuchar a las claras gemir al caracol de la Regidora.

—Ya está, señor. Tal como dijo. El parásito se rinde. Se está metiendo en la concha y saca los seudópodos del huésped.

—Pues tráemelo, que lo congelo y nos vamos.

Un zumbido y vi como la sombra hacía desaparecer al caracol en su negro interior. Luego echó a andar hasta rebasar el monolito y acercarse a mi posición.

Iba tan relajado que ni me molesté en sorprenderle. Simplemente, me puse en pie de un salto y le solté un tajo en el hombro que habría cortado a un hombre por la mitad.

Pero que se estrelló contra la armadura en un crujido que sonó como si en vez de un hombre fuera una montaña de hielo. Saltaron de mi espada mil carámbanos y volutas de humo negro que rechinaban malamente. La hoja se quedó vibrando con violencia y el jinete apenas perdió la postura.

Nos quedamos tan sorprendidos que hubo un momento de desconcierto antes de que le descargara una patada en el pecho.

Que me dolió más que meter el pie en un glaciar. Apenas pude moverle, pero sentí una amputación a la altura del tobillo.

—¡Qué idiota! —explotó el jinete.

Y me soltó un manotazo en el centro de la coraza como de mala gana… Que me hizo rodar por el suelo varias lanzas de distancia. ¿Cómo podía alguien tan pequeño tener la fuerza de una tormenta?

Me supe un mosquito y me vi perdido.

DOCE

RANDORI

La babosa me volvió a morder y, en apenas unos latidos, mientras los jinetes parecían discutir, conseguí ponerme en pie. Cojeé, y vi las estrellas al apoyar el pie que me había lastimado, pero recuperé la guardia.

En mi interior, a toda velocidad, se obraban milagros alquímicos disueltos en baba de caracol. El dolor escapaba de mí, en estampida.

—Amigo —me dijo la sombra apuntándome con el dedo al tiempo que dejaba caer el boyuno de la Regidora—, acabarás fatal si te acostumbras a que el monstruo te llene de mierda.

Pero lo cierto era que la babosa me salvaba la vida por enésima vez, y le hice caso cuando me marcó un movimiento en la clavícula.

Inicié un leve floreo con ambas espadas y abrí una guardia defensiva.

Suele intimidar. Es un ejercicio posicional que repetimos en instrucción; se emplea al desenvainar en las justas y es de uso habitual en combate. Se llama «uña y carne». Consiste en poner con solemnidad la espada larga apuntando al frente y la corta cruzada en el pecho.

—¿Qué es esto, un duelo? —dijo Tango Nueve, antes de estallar en una carcajada que le obligó a sujetarse las rodillas.

Su jefe, desde la silla, se reía despacio pero con mucha escandalera.

Qué bochorno. Con lo que yo era.

Hasta me preguntaba si podría salir corriendo. Y cómo tendría que vivir conmigo tras un acto tan cobarde. Nunca había pasado por esa deshonra en el campo de batalla.

Entonces Tango Nueve se llevó ambas manos a los riñones y mostró armas.

Dos porras de mango transversal. Una pareja de tonfas.

Y dijo:

—Uña y carne.

Después ejecutó el floreo habitual del uso de las tonfas. Hizo dos

molinetes y una serie de arcos, haciendo girar los brazos y las muñecas arriba y adelante. El aire se dolió y aulló, mandándome una vaharada de viento helado y dejando al jinete en guardia ante mis narices. Una postura clásica, con la que yo me había encontrado en varias ocasiones.

Nos comunicábamos mejor que con palabras.

—Tango Nueve —dijo el otro jinete—, no juegues con el bárbaro. Mátalo ya, o te dejará sin batería.

—Señor, solo es un salvaje.

—Estoy seguro de que ese salvaje sabe más kobudo que tú.

Lo cierto es que yo no sé manejar las tonfas. Sé matar a los que las llevan.

También era cierto que no tenía ni idea de qué hacer ante aquel monstruo. Era la primera vez que veía a un hombre que no pertenecía a los pueblos civilizados y que había sido adiestrado en el combate tradicional.

Sentía que todo me bullía igual que si acabara de salir de una sauna de cenote. Me quemaba la piel mucho más que una tormenta del desierto. Me pareció echar humo, tras la segunda inyección. Un calor irreal se había adueñado de mí, me abrigaba igual que una travesía por los arenales.

La situación se volvía delirante, imposible. Peor que estar en medio de una pesadilla. ¿De dónde salían aquellos dos? ¿Habían estudiado en un templo como el mío? ¡Pero si no hay ninguno que se le parezca en todo el Círculo! Me habían hecho aprender al dedillo las técnicas y modelos de todas las academias conocidas en mis tiempos de colegial, y jamás oí de guerreros como aquel con el que me iba a tener que medir sí o sí.

Porque estábamos en un duelo.

En uno protocolario. No nos habíamos saludado, pero la manera de hacerse en armas que habíamos desplegado era tan ancestral y reglamentaria como el encaramiento de los peones de rey en el ajedrez o la postura de «en sus marcas» que da paso a una carrera. Solo nos faltaban árbitro y público. No era nada que pudieran entender los civiles del Círculo Crepuscular, pero estaba tan claro a mis ojos como la noche y el día.

Lo cierto es que me cuesta explicarlo bien para oídos de los profanos; es un asunto ritual, o ceremonial… Digamos que la

sombra y yo habíamos hecho el equivalente a un choque de nudillos tras el tañido del gong. Y después de intercambiar gestos como aquellos, auténticas enseñas de origen de nuestros sistemas de combate, en mi cabeza ya solo cabía pelear.

Resulta que es todo cuanto sé hacer.

Y justo por eso, por sentirme obligado a medirme con aquel engendro, se me ocurrió romper la etiqueta, sonreír y desafiarle con una bravata.

—Sombra —le dije en la lengua litúrgica—, ¿sabes que jamás he perdido un duelo?

A lo que él contestó con una risotada. Acto seguido descargó el arma al tiempo que se comía el espacio que nos separaba de una zancada tremenda.

Yo retrocedí, finté y dejé que la inercia y la trayectoria del porrazo al vacío le hicieran bajar la guardia un instante.

Ya era mío, en teoría.

Lo habitual después de haberle dejado atacando al aire habría sido un tajo a contragolpe capaz de cortar a un caracol molinero por el eje del caparazón, sí, pero una de las primeras normas de mis años de instrucción es que durante el tiempo que te dure un adversario nunca debes insistir en movimientos inútiles, jamás repetir un error.

No me había servido de nada golpear la oscuridad gélida que lucía el fulano a modo de armadura, y supuse que el acero no haría mella en sus armas, pese a que el filo de mis espadas se forjó para trozar armaduras y armas de hierro colado.

Lo de aquel jinete de serpiente no me había parecido una armadura. Había sido peor que acuchillar un témpano macizo. Y no me volvería a pasar.

Al abalanzarme sobre su estampa hice algo desesperado y audaz, algo impensable: solté las espadas, las dejé caer y le agarré a él. Le lancé un zarpazo al hombro y otro al codo.

Creí perder los dedos.

Por un instante fue como sujetar un incendio de frío, pero la determinación me dio como para atraer su cuerpo al tiempo que me giraba, me agachaba y proyectaba a la sombra violentamente por encima de la espalda, levantándola como a un saco terrero y estrellándola contra el suelo.

Pesó como diez hombres. Solo pude voltearle gracias al impulso que había tomado al tratar de golpearme. Cuando le hice caer y mis manos abandonaron la oscuridad que le envolvía, me las miré un instante temiendo haberlas perdido.

Para descubrir que, quizá gracias al simbionte y al calor sobrenatural de mi cuerpo, no tenía más que quemaduras superficiales.

Comprobé también que, con la llave, en vez de ropa o armadura había dejado en mis manos un amasijo de cables y algo que parecían hilos de seda. Le había arrancado hebras de un tejido fantasmal y le había roto la armadura.

Porque el impacto de su espalda con el suelo sonó con un aparatoso chasquido de cristales rotos. Tras el estruendo del vidrio astillado, la oscuridad que forraba la silueta del hombre se disolvió con un chisporroteo sobrenatural. Después, el cuerpo le estalló, expulsando una humareda negra que me tiró varios pasos.

El jinete parecía cocerse en espasmos, a toda velocidad. Cuando la humareda azabache escampó, todo lo que quedaba de la sombra que había estado a punto de matarme era un hombre joven, de pelo muy corto y ojos negros, enmascarado por un casco de vidrio y envuelto en ropas ajustadas llenas de tubos, costuras, placas de cristales rotos y cuerdas de colores de las que escapaban chorros de líquido y los chasquidos de una tormenta de granizo.

Entonces mi adversario tosió un vaho espeso, burbujas de sangre… y espumarajos de tejido pulmonar.

Por alguna razón que yo no alcanzaba a entender, se ahogaba, boqueaba como un bicho de alberca fuera del agua. El aire de aquel lugar parecía quemarle las entrañas, justo igual que si lo hubieran condenado a muerte por inhalación de ácido fórmico.

Me llevé la mano al cinto y tomé la boleadora, dispuesto a comprobar si podía derribar con ella al otro jinete. Me arranqué a centrifugar un molinete sobre la cabeza al tiempo que atravesaba al blanco con la mirada.

Pero el jefe del hombre al que acababa de matar alzaba el vuelo.

El silencio majestuoso con el que la montura tomaba altura me permitió oír sus palabras.

—Central, he perdido un efectivo en combate. Permiso para disparar.

El animal se elevó hasta alcanzar varias lanzas y mi babosa cantó montura, acercándome la libélula por si había que iniciar otra persecución.

Pero yo había entendido lo de «disparar» y me afané en abortar la boleada. Flexioné las rodillas y me tensé como la cuerda de una ballesta.

Y justo después, vino toda una serie de maniobras evasivas.

A un apretón de la babosa comencé a rodar por el suelo mientras la sombra abría fuego. No es que me arrojara ningún proyectil, sino que un fino haz de luz roja le brotó de la mano y barrió el suelo, como buscándome.

El rayo fundía y rajaba la piedra de la pista a su paso.

El jinete parecía mover una lupa gigante a su antojo. Como un niño quemando pulgas con las gafas.

Y la pulga era yo.

Me moví como un saltimbanqui, di mil volteretas a un lado y a otro según me decía la babosa, casi con los ojos cerrados. Me dejé llevar por ella lo mismo que si hubiera estado esquivando virotes de ballesta o peleando a oscuras. Rodé y salté varias veces a la vez que retrocedía… hasta ponerme a cubierto tras el monolito.

Porque el hombre no se atrevería a pasar el fuego sobre el prisma.

¿Verdad?

Verdad de la buena: su arma se apagó y su voz se encendió como una tea. El jinete se desgañitó bramando amenazas, o improperios; berridos que yo no conseguía traducir ni interpretar bien.

Mi posición de pronto era formidable, porque el monolito emitía un haz de luz cegadora, sí, pero solo hacia el lado en el que estaba el jinete. Podía verle perfectamente y él no parecía capaz de verme a mí.

—Bárbaro —me dijo, serenando la voz—, sal despacio, con las manos en alto, y vivirás.

No respondí.

—Vendrás preso y te llevaré ante un alto tribunal. Pero vivirás.

Luego pronunció lo que parecía un extraño juramento de lealtad. ¿Me estaba dando su palabra?

Pero solo obtuvo silencio y los estertores de su amigo como

respuesta. Acto seguido, seguro que pudo escuchar el silbido de la boleadora al anunciar de nuevo el aspa letal.

—¡Si tengo que ir a por ti, será para matarte!

Me disponía a disparar cuando algo me golpeó el pie.

La pértiga del trapo.

Que se retorcía en el suelo, luchando por respirar, pero sin dejar de enfocar la escena con los tentáculos del simbionte.

Hacía un esfuerzo enorme al tender el arma. La tomé y la marioneta musitó algo, entre tiritonas y un repicar que sonó como un castañeteo de dientecillos.

—Dispara… a la serpiente —me dijo. Yo fruncí el entrecejo—. Está hecha de hierros y… chispas… También de carne y huesos. El trapo ve eso.

—El trapo sabe —dije.

Y abandoné la cobertura de cristal para lanzarle la pértiga a la serpiente.

Por desgracia estaba habituado al venablo. No habría podido acertarle con una pértiga pesada ni practicando. Mi experiencia me la jugó. Y mi exceso de confianza, también. La lanza pasó a varios palmos del chorro de oscuridad que montaba la sombra.

Pero el animal se encabritó, se retorció y se contorsionó salvajemente.

No estaba entrenado para sentir amenazas, ni habituado a que le pasaran silbando los proyectiles, de modo que desobedeció a su amo, o asumió las riendas, y salió a la carrera para desaparecer en el horizonte en menos de lo que necesitaría para poner mi libélula al galope. Emitió un quejido que sonó como cuando rechina una rueda de carruaje y se aceleró como una estrella fugaz, llevándose consigo al jinete y a la otra montura.

Dejándonos en paz.

Con un cadáver.

Me volví a mirar al bandido del desierto, con una sonrisa de oreja a oreja.

—El trapo sí que sabe —le dije.

TRECE

PASTO

—Hay pocas cosas que sienten tan bien —dijo el Astrólogo.

Él también acariciaba las nubes con la vista.

Estábamos tumbados en pelotas sobre la hierba. Junto a un pantano en el que se levantaba niebla en cada fotoperiodo nocturno, una humedad que ascendía y descendía como la respiración de una bestia. Había media docena de caracoles gigantes paciendo con parsimonia cerca de nosotros, y a lo lejos, un par de los que hacían pequeñas a muchas montañas, de los que se podían escalar. Auténticos titanes. Que comían hierba como la que usábamos para retozar, dando unos mordiscos más grandes que nosotros.

Pero el prado era interminable.

Habíamos soltado a los bichos y puesto a secar la ropa tras lavarla y asearnos. Bucear en el pantano había sido alucinante. Demasiado. Los bancos de triops y de cangrejos nadando en enjambre te acogían, veías pasar inmensos escorpiones buceadores a lo lejos, los hongos iluminaban el fondo y el amanecer de la superficie.

—El trapo no se había visto tan blanco y tan limpio en años… ¿Cómo es que es un pantano si tiene el agua más clara que los ríos?

—Oh, pues porque no es un pantano cenagoso, de los que forman la geología del Círculo Crepuscular —respondió el Astrólogo.

—¿Y qué es?

Se quedó pensando, quizá buscando una forma de explicarnos.

—El lugar en el que hemos parado es una construcción. Lo ha formado una presa, un dique de piedra y metal que hace que el agua se estanque hasta anegar la cuenca. Puedes alcanzar la represa a nado, y bucear muy hondo. Estamos en un gigantesco reservorio fluvial.

—¿También lo hicieron los Antiguos? —inquirí.

—Con toda seguridad, Alguacil. No tenemos ni idea de para qué lo construyeron ni podemos imaginar cómo, pero hay inscripciones

que así lo atestiguan.

—¿Cómo es que las tormentas no lo arrasan como a la ciudad? —preguntó el trapo, mano en alto, presa de una gran agitación. El bandido estaba descansando, pero la marioneta era puro nervio.

—Os interesan los Antiguos desde que os hice visitar las ruinas de su ciudad. —El Astrólogo suspiró—. Supe que os iría bien para tomar conciencia de todo lo que conlleva la misión. Por eso os he traído aquí. Al final conseguiré que pongáis los pies en el suelo.

Hubo un momento de silencio. Sonaban insectos zapateros patinando como locos, gigantescas libélulas que rasaban lejos y el rumor lejano de los caracoles mastodónticos pastando. Cerré los ojos.

Estaba exhausto, todavía meaba sangre y me dolía de las quemaduras; seguía expulsando la porquería que me había inoculado la babosa durante el combate con los jinetes. La Regidora continuaba en trance, roque junto a la silla de montar y con una mano en la culata del arcabuz. Solo volvía a ser ella durante algunos momentos fugaces, tras los cuales pasaba horas durmiendo. Apenas comía. El Astrólogo la atiborraba de unas infusiones narcóticas que ella despachaba gustosa, y nosotros aprovechábamos las siestas interminables para quitarnos la ropa, soltar a los simbiontes por la hierba, curarnos las quemaduras y descansar. Me sentaba bien no llevar armadura ni la ropa de usar debajo. Me encantaba no llevar botas ni placas encima del cuerpo, me maravillaba lo pesado que era el gabán cada vez que me lo quitaba.

Había estado bien perder las boleadoras y el venablo. Cosas de salir a cazar con el trapo. Nos habíamos llevado a la panza un delicioso grillo.

El sesteo había sido breve. Luego el trapo bostezó por la marioneta y al viejo le entraron ganas de hablar otra vez.

—Trapo, no creo que a la ciudad la arrasara ninguna tormenta —dijo el Astrólogo, rompiendo silencio y pensamientos al cabo de un rato—. Varias fachadas parecían acribilladas por proyectiles que no me quiero ni imaginar qué clase de bestia pudo escupir.

Acto seguido volvimos a encerrarnos cada uno en su silencio particular.

Aposté a que los tres nos concentrábamos en los misterios que se habían ido desplegando ante nosotros. Aquel asunto tan turbio

empezaba a interesarme incluso a mí.

Era cierto lo que decía el viejo. Cada vez me fascinaba más la historia de aquellas cosas ancestrales, que llevaban ahí desde siempre, abandonadas, y en las que nunca había reparado. La antigüedad. Épocas oscuras, pero que parecían traer más luz que la que yo habría sembrado desde la grupa de un bombardero.

A menudo me acudían las palabras del general. Cuando fumaba demasiado, decía que el fuego de nuestra guerra daría paso a eras en las que no quedaría nada que quemar durante las tormentas.

—¿Se sabe algo de la suerte que corrieron los Antiguos? —pregunté al final—. ¿Por qué murieron?

—Las civilizaciones no mueren —me respondió el Astrólogo—. No al completo. No desaparecen sin más; dan paso a otras.

—El trapo no se cree lo que dicen los peregrinos de que todos nuestros pueblos descienden de los Antiguos. No comprendemos nada de ellos, al fin y al cabo.

—Pues escucha esto, trapo —le respondió el viejo—: en la universidad hay quien dice que quizá los Antiguos se mataron entre ellos. Pero yo, que estudio los cielos, no lo creo. Yo creo que volvieron a su hogar.

—¿No eran del Círculo Crepuscular? —pregunté.

—Mira a tu alrededor, Alguacil —me respondió, entre cansado y divertido—. Estudia este paraje. Anda, hazte el favor y echa un vistazo a tu alrededor, descubre el mundo. Toma contacto ya con tu hábitat.

—No entiendo.

—Que te incorpores y le eches un vistazo al horizonte.

Me erguí un poco. Abrí los ojos al sol del ocaso, que se doblaba sobre el estanque.

—Ya lo he visto, he estado varias veces, solíamos usar el sitio de campo de entrenamiento, ya te dije al llegar que mi templo está a apenas un par de jornadas de viaje… Y he visto muchos sitios bonitos así, parajes naturales que luego no son tan naturales, pero no entiendo qué quieres decir.

—Observa el medio, el ecosistema, al completo. Ese sitio es un ejemplo perfecto del mundo que habitas. El Desierto y el Agujero son páramos, y el Círculo Crepuscular es tan inhóspito y tan terrible que toda la vida que engendra y atormenta son artrópodos, hongos,

algas, líquenes, gusanos, moluscos… Mira cómo es el reino animal en el que estás. ¿Nunca te has fijado en cómo son los seres que pueblan los arenales, los cielos, los pantanos, las montañas, las aguas y el crepúsculo? Bichos. Todos invertebrados. Bestias cuya sangre ni es roja ni está caliente, cuya carne no entraña huesos, pero que a menudo están emparentadas entre sí.

—¿Y qué?

—Pues que el hombre no pertenece a este lugar, no encaja. Somos una especie superpuesta, invasora, implantada. El medio nos adopta, nos asimila poco a poco, se asocia con nosotros en vínculos simbióticos; pero lo cierto es que venimos de otro sitio, como los que construyeron la presa de este pantano.

—Ah, las estrellas y eso. Todo está en las estrellas —le respondí con hartazgo.

Hubo otro silencio, pero este de apenas unos segundos.

—¿Dónde estaban tus estrellas cuando mis espadas nos salvaron la vida? —le solté. Y me quedé bien ancho.

—No fueron tus espadas, campeón; fue la pértiga que te dio tan putamente este muñeco de trapo.

—Vale, de acuerdo, ¿eh? Pero ahora que conteste el viejo, el de verdad. El que habla por la boca.

—Estás encantado de haberte conocido, ¿verdad, Alguacil? —me dijo el Astrólogo.

Negué con la cabeza.

—Ni yo sé cómo hice para ganar el combate.

—Sé que no eres ningún zote. La Regidora, por ejemplo, resulta que te tiene en alto concepto. No le gusta tu forma de ver las cosas, ni a mí, pero los dos tratamos de lidiar con eso. Ya cederá. Como tu mollera. Porque el combate lo ganaste con el cerebro y no con ese escroto vacío que tienes.

Hubo otro silencio. Yo estaba por hacer algún comentario despectivo, pero veía poco a poco que aquellos dos igual no estaban tan chalados como me había parecido al principio. Y en el fondo sabía que mi ignorancia y mi solvencia en el campo de batalla iban a la par. Aquel anciano me hacía parecer estúpido con solo soltarme a descansar en un prado.

—¿Dolió? —preguntó el trapo, reanudando la conversación.

—¿Sujetar a la sombra? —pregunté yo—. Estaba helada como

nada que hayas podido tocar, pero no sé qué me hizo la babosa que…

—El trapo no quiere saber si te dolió la pelea. Quiere saber si te dolió cuando te puto cortaron los cojones.

Respiré con pesadez.

—Ni lo recuerdo, eso. Se hace en los rituales de iniciación, en una ceremonia anual en la que se castra a un centenar de chavales.

—Pero qué salvajada —zanjó el Astrólogo. Detestaba los templos tanto como yo los telescopios.

—Ya. Soy un salvaje. Y qué bárbaras que son las armas de empuñar, pero qué bien que nos defienden.

—No creo que la castración sea necesaria para formar guerreros —me dijo el anciano, siempre poniendo en solfa mi visión del mundo—. Muchos pueblos arman a los padres de familia.

—¿Y sabes a cuántos de esos mata uno como nosotros?

El Astrólogo se puso en pie y, en cuanto me volví a mirarle, se marchó.

Los cojones le colgaban cosa mala.

Ya volvería.

Su caracol pastaba a mis pies. El trapo y yo nos quedamos con él, mientras el viejo chapoteaba de nuevo.

Yo necesitaba otro rato de silencio, pero el trapo no.

—Eres un expendedor de muerte al por mayor, Alguacil. Una máquina de hacer huérfanos —me dijo—. Pero me da que no lo llevas tan bien como aparentas.

Opté por no responder y hubo otro bendito silencio, espantosamente largo. Pero yo me sentí mal desde que se abrió hasta que me decidí a romperlo en pedazos.

—¿Dolió, trapo? —pregunté.

—¿Lo qué?

—Lo de quedarte huérfano. Que tus padres te dejaran en manos de salteadores.

—Oh, ya. Los padres del amo. El trapo no habla de ellos. Los mataron los hombres que criaron al amo, sí, pero por aquel entonces el amo tenía seis años.

—¿Y un muñeco de trapo?

—Y un muñeco de trapo. Nada más.

—¿Lo has tenido siempre?

—En cada tormenta. Me hace feliz.
—Si te lo quito ahora, lo echarías mucho de menos.
—Muchísimo.
—Como a tus cojones.

CATORCE

RECESOS

—Alguacil, nos vamos —me dijo la Regidora, vestida de calle.

Y menudo cambiazo. Verla bajar las escaleras de la posada luciendo de nuevo el aspecto que tenía antes de que nos hiciéramos al camino era… como volver a casa por un instante. La falda de mil colores, el naranja del sol, el negro de las algas, el rojo del cielo, el verde de las lunas. Una blusa delicada. Maquillaje. Perfume. La concha del caracol bien pulida. Aros de rodio perforándole orejas, nariz y labios. El pelo suelto y ensortijado bajo el pie del simbionte, en vez de anudado en una coleta que aparecía justo bajo las babas de la cola del animal. De un hombro sobresalía la siempre imponente culata del arcabuz. Me gustó que no se desprendiera de él para moverse por la ciudad. No me gustó que, cuando huimos del linchamiento, hubiera empaquetado cremas y tacones.

No dije nada; solo me quedé estudiándola de arriba abajo, con todo el descaro. Nunca me contengo al mirar a las mujeres: una ventaja de ser eunuco.

Eso y que tu aspecto no instiga la seducción.

Porque yo lucía igual que siempre, recién peinado y bien bañado. Había sacado lustre a la armadura y la llevaba un tanto suelta, pero eso iba a ser todo.

—¿No vas a deshacerte la coleta ni ahora que llevas el pelo limpio, Alguacil?

—¿Vienes a pedirme que escolte al Gobernador a la boda de hoy?

—Nada de eso. Nos vamos al mercado de la ciudad, y allí hacemos unos recados.

—¿Tu decrépito amigo no viene?

—¿El Astrólogo? Se ha marchado nada más llegar, a hacer visitas. Tiene amigos en la ciudad, en la Logia de la Doble E.

—De la Doble E.

—De Esferistas y Estrelleristas. Dijo que quería entrevistarse con sus homólogos, que con suerte volvería al anochecer. Yo tenía quehacer y tuve que dejarle ir, lo mismo que al trapo.

—¿Se lo llevó consigo?

—No exactamente… Tu amigo es un caso. En las puertas de la ciudad le han concedido un salvoconducto para acceder intramuros, al casco urbano. Te puedes imaginar su cara cuando ha visto que, por primera vez en la vida, podía pisar una calle empedrada sin que los alguaciles lo detuvieran. Me ha soltado que como no le dejara estrenar la ciudadanía durante un día lo mismo se largaba con el permiso y no volvía.

—Oh, no puede hacer eso —repuse con una sonrisa.

—No ni poco. Le creo capaz —me respondió, ya en recepción, mientras tomaba un croquis de la ciudad de la mano del posadero. Intercambió saludos de cortesía con el ventero y se plantó a estudiar el plano en el zaguán.

—Te aseguro —le dije yo, un tanto al acoso y otro celoso— que el trapo y yo hemos intercambiado juramentos que le prohíben por su honor abandonarnos así como así.

—¿Por su honor? —Estalló en una carcajada que le puso a temblar los pechos como no le habían temblado desde la noche del robo.

Llevaba un sostén. Qué raro y qué bonito se hacía algo como eso tras media estación de verla con peto de caza.

—Regidora, créeme, ese mangante no desaparecería a las primeras de cambio. Solo se aprovecha de la poca fe que tienes en él para tomarse un permiso. Lo fiché con garantías coercitivas.

—Ya. ¿Y cuánto le dijiste que le íbamos a pagar?

—Pues… él pidió una cuarta parte del valor de la reliquia.

Ella echó a andar y salimos de la posada rumbo al centro. Sus tacones (¡tacones!) repicando a toda velocidad en el empedrado, aunque no había prisa.

Yo la conocía bastante. La había visto dar paseítos como aquel por el patio del Ayuntamiento: siempre se arrancaba a andar a toda prisa cuando quería perder de vista a algún funcionario. Se acababa de mosquear conmigo de todas todas.

De modo que aguardé a que me largara o a que se pusiera a…

—Alguacil… ¿Acabo de enterarme de que hemos entregado en prenda el veinticinco por ciento del valor de algo que tenemos que devolver, que no podemos vender?

—De algo que creí que jamás recuperaríamos.

—Y ahora ya no lo crees.

—Pues ya no, eso es verdad… Pero no te preocupes, que no es que me equivocara y aceptara los términos del trapo tal cual. Es solo que le dejé hablar. Al final no vamos a pagarle con eso. Ya le dije que la reliquia no se vendía. Y entonces él… —Hice una pausa dramática, que al fin y al cabo se lo estaba explicando para allanar el terreno—… pidió otra cosa a cambio de sus servicios.

—¿Cuánto?

—Nada de dinero. Pidió la ciudadanía.

—Eso no será problema —repuso ella, pragmática y sonando terriblemente profesional—, siempre y cuando se conforme con un permiso de trabajo válido solo para nuestro municipio.

—Oh, descuida, querrá. Le diré que aceptas sus condiciones.

—Un poco tarde. Me ha sacado dinero.

—¡¿Que le has pagado un día libre?! —Y me encané de la risa.

Ella se indignó y se sonrojó, y el caracol se le puso a mover pinchos, cuernos y antenas con alboroto.

—¡Me dijo que cobraba en cada parada!

No podía parar de reírme al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Te ha jodido los cuartos! ¡Y no es que no pretenda devolvértelos, es que ahora estará en una taberna repleta de gentuza, fumándose y bebiéndose el dinero! ¡Se nos va a meter en peleas, en apuestas, comerá porquerías hasta reventar e intentará follarse a las peores fulanas del lugar! ¡Y mañana vendrá por aquí pretendiendo que le hagas celador de Palacio a cambio de que no se largue!

Se puso demasiado seria y tuve que parar, que cuadrarme, no fuera que me estuviera pasando con las confianzas. Todavía podía meterme en un lío por tocarle las narices a la Regidora.

Que se puso a regir.

—En el futuro —me soltó, asesinándome con la mirada y hablando casi sin separar los dientes— le diré que trate contigo tales menesteres. A partir de ahora eres responsable de él, y de todo lo que haga, y más te vale que no vuelva a dejarnos tirados.

—De acuerdo.

—Que no piense que puede irse de putas o de bares cada vez que tomemos tierra en una urbe. Que no vuelva a pedir ni una onza de bronce, y si necesita algo, se lo compras tú. Y no digo nada de

que no vuelva a mentir porque no quiero que me dirija la palabra mientras estés cerca. Si él habla mediante un muñeco de trapo, pues que se dirija a ti para hablar conmigo.

—Vale. Vale.

«Soy tu títere.»

—Ahora déjame que te traslade sus protestas, Alguacil. Resulta, y ya es el colmo, que el trapo opina que las condiciones de su colaboración no le son ventajosas. Me ha dicho que el peligro al que le expone formar parte de nuestro grupo le empieza a parecer disuasorio. —Y entonces puso, con mucho retintín, la vocecilla de la marioneta—: Mucho ha visto ya el trapo: lleva oídos muchos grillos, y si ve un riesgo muy grande…, ¡se largará sin aviso!

—Hablaré de eso con él —respondí, serio. La veía demasiado airada como para contrariarla más.

—Y más te vale que no nos abandone. Que no lo haga sin enseñarnos antes esa ruta suya hasta el Agujero.

Asentí. Vaya marrón. Me acababan de ascender sin subida de sueldo. Y de degradar al trapo justo después de pagarle unas vacaciones y prometerle un finiquito. Me preguntaba quién se lo montaba mejor de los dos. El granuja sabía camelarse a la jefa mejor que yo.

—Bien, y ahora escucha: nos vamos de compras. Tú cargarás la compra, de hecho.

Y cruzamos el puente principal de la ciudad. Muy callados.

Era otro de sus numeritos. Sabía hacerse la solemne. Y administrar castigo.

Lo que no sabía era que mi babosa me señalaba que no era más que pose, y que le estudiaba los gestos mientras ella despachaba con comerciantes, terratenientes, clero, otros políticos o los encargados. Conmigo en persona apenas había tenido que despachar hasta la noche de mi comparecencia ante el Concejo, pero yo para entonces llevaba meses de convidado de piedra de sus tejemanejes. Conocía sus maneras. Sabía que rompería el silencio si me necesitaba y no antes, de modo que me armé de paciencia y aguardé a que se le pasara el berrinche.

Llegamos a un centro bullicioso y plagado de gentes y comercios. Ya olía a chotuno por doquier. A ciudad sin cloacas, de las que evacúan las aguas servidas por un surco central en el

empedrado. Era un municipio pequeño, asentado a la falda de una fortificación y envuelto por tierras de cultivo.

No pude evitar preguntar, casi hablando en voz alta.

—¿Y qué vamos a comprar en este sitio tan sencillo, aparte de víveres y forraje?

—Hierbas y lentes para el Astrólogo, aquí tengo la lista —me dijo sacándose un papel del escote—. Y ropa limpia para el trapo.

—Yo había pensado en comprarle una armadura.

Ella miró la mía. La pareció calibrar por un instante.

—No tenemos tanto dinero.

—Oh, no le veo con equipo pesado, sino con algo más sencillo. Y apuesto a que sí que hay presupuesto para eso —le dije, y le tendí mi bolsa—. Mira en el lado derecho.

Ella abrió la bolsa con una ceja levantada y miró en el compartimento lateral.

Donde guardaba las placas de la armadura de cristal del jinete muerto que no se habían hecho añicos ni dejado de brillar cuando trató de quitárselas: la visera del casco y dos muñequeras.

El trozo del yelmo no parecía servir para nada, pero las pulseras sí. Eran anchas, dos armillas parecidas a las de los escudos de mano. Cada una de ellas se componía de tres piezas del tamaño y la forma de una teja bien curvada, y se cerraban al aproximarse, movidas por la misma fuerza de los imanes, hasta formar un tubo que protegía muñecas y parte de los antebrazos.

—Puedes ponértelas, si quieres. Lucen bien. Verás que cuando se arman en torno a las articulaciones emiten destellos y muestran símbolos de esos que tan raro te ponen el caracol. Me recuerdan al reloj de pulsera del Astrólogo. No sé si son condecoraciones o instrumentos, pero tienen la misma magia que la reliquia que buscamos.

—¿Le quitaste eso a la sombra que te atacó?

—Ajá. Después de matarla. Mientras estabas en trance.

—Bien jugado. Intentaremos venderlos bien.

—No brillan apenas, y no cambian de color ni emiten zumbidos, de modo que no creo que sean muy valiosos como reliquias. Pero bueno, no dejan de ser un juego de cristales de los Antiguos, seguro que llegará para comprarle algo a un armero. ¿No querías que me ocupara del trapo y de sus necesidades?

—Sí, aunque no sé si será demasiado pagar para un granuja que… Pero ¿cómo le vas a encargar una armadura si no se la puede probar? ¿No se supone que tienen que ir ajustadas?

—Sí, pero no será problema. Me conozco a fondo y al tacto la talla y las medidas del trapo. Nos hemos tirado días luchando sin armas en la hierba donde la presa… Algunos —embestí de nuevo, no pude evitarlo— aprovechamos los tiempos muertos para entrenar. —Puso cara de no entender nada—. Me he pasado los días de descanso practicando artes marciales con el bandido, hasta aprenderme su anatomía.

—Ya. Lo estás entrenando.

—Sí. Y lo quiero armar.

—Justo cuando parece que va a durar dos posadas.

—Confía en mí, conozco a ese canalla, y es mucho más transparente de lo que crees. Lo que quiero comprarle, el trato que le has ofrecido, la promesa de que le concedan la ciudadanía… Tienes razón, es apostar muy fuerte por él. Es más respaldo y reconocimiento del que nunca ha recibido en una partida de forajidos. Verás como mañana llega dispuesto a seguirnos hasta el mismísimo final del Desierto del Mediodía.

—Más te vale que así sea —dijo la Regidora con un suspiro.

Le ofrecí un mohín de tranquilidad. El trapo me daba confianza, y eso estaba bien, porque empezaba a pensar que podía necesitarle mucho.

—Solo he estado a cargo de pelotones pequeños —le dije—, pero sé motivar a un compañero de armas si es humilde y se deja manejar.

Caminamos un rato hasta llegar a un mercado con tenderetes de vegetales frescos, donde la jefa regateó largo y tendido por un saco de esporas para caracoles. Iba a ser un día largo y aburrido y me tocaba de burro de carga. Y el trapo, de juerga. Se iba a enterar.

Al rato cargaba a hombros un lote de pienso para los simbiontes que pesaba una barbaridad. Maldije a los bichos y las testas de los señoritos. A mi babosa le bastaba algo de hierba y líquenes frescos de tanto en tanto. Podía alimentarse de lo que trajera el camino o de los restos de la comida.

—Antes de que anochezca tenemos que visitar a un animista.

—¿Y eso?

—No sé qué le pasó a mi caracol durante la visita a las ruinas, nunca se había puesto así. Y le pasa lo mismo al del Astrólogo. Puede que hayan enfermado.

—¿Los vuestros y el del trapo no? ¿Y mi babosa funcionó como un calendario solar durante todo un combate y medio?

—Cosas de caracoles. Y justo lo que necesitamos averiguar. A ver qué dice el animista.

—De acuerdo, pero no nos conviene pasar más de un par de días en este sitio. El templo de mi orden está tras esas montañas. Tenemos que llegar antes del apogeo solar, que es cuando cierra las puertas.

—¿Y por qué es tan importante que vuelvas allí?

—Quiero que me expliquen por qué los jinetes de sombras hablan la lengua litúrgica. Pienso solicitar audiencia con el Hierofante si es preciso.

—Avísame si crees que mi posición te puede ayudar.

—¿Tu posición? —No pude evitar sonreír—. Gracias, Regidora, pero me temo que no os dejarán pisar el patio de armas. Es la sede de una orden de monjes guerreros, y no reconocen a los poderes civiles. Me aguardaréis extramuros.

Asintió resignada. Se me hizo curioso comprobar que acataba la autoridad incluso si no la detentaba ella. Interesante.

Luego compramos víveres para nosotros y estuve a punto de deprimirme al ver lo triste que iba a ser el rancho las siguientes jornadas. No es que no quisiera gastar mucho, que tampoco, es que parecía creer que su dieta y la del trapo se parecían. Ya aprendería a gobernar al nuevo equipo. Yo no me atrevía a contrariarla más.

Acto seguido, fuimos a que un anticuario nos tasara los brazaletes, y lo cierto es que con lo que pagó podríamos haber vivido un par de años. Íbamos a tener cuentas saneadas para rato.

—Sí que son valiosos, los artefactos de los Antiguos… —le dije a la Regidora tras ver las vitrinas del tasador—. El que se llevaron de Palacio valdría una fortuna. —Me abrumaba el peso de la bolsa, en monedas de platino.

—Lo cierto es que —me fue diciendo ella, mientras escrutábamos las calles en busca de la forja de un maestro armero— el Astrólogo y yo pensamos que tal vez valga más que el municipio que regentábamos y todo lo que contiene. Al parecer, los

coleccionistas de reliquias están dispuestos a desprenderse de cantidades obscenas de dinero para reunirlas. Los comerciantes lo saben y no dudan en ofrecer un buen pellizco de lo que realmente valen… para personas sobre las que es mejor no preguntar.

—Oh, pues déjamelo a mí. En el próximo refugio de tormentas, yo solito averiguo quién colecciona cristales como el que perdimos de vista.

—Ya lo intenté.

—¿Sí?

—Días antes de que nos robaran. Presioné a un comerciante para que me dijera quién era su comprador de referencia, y ya viste el resultado.

—¿Crees que nos robaron por si intentabas puentearlos?

—Algo así. Es posible.

—¿Y por qué no lo explicaste durante la comparecencia? Habría ido directamente a preguntarle a ese trapichero.

—Porque no fue nadie del municipio quien me ofreció una fortuna, sino un buhonero con el que apenas despaché unos minutos. No se registró en Palacio, me encontré con él en el mercado exterior. No veo cómo habríamos podido encontrarlo. No tenía papeles. Y vete a saber si no era un amigo del trapo.

Hablando del trapo, en esas que nos dimos de bruces con un edificio amurallado y enrejado por las ventanas. Pensé que sería un calabozo, pero vi la puerta y comprendí que era un almacén de la milicia.

—Vamos a olvidar lo del armero, jefa. Aquí nos venderán a precio de saldo un jubón de placas de escarabajo perfecto para un escudero —le dije, tirándole del codo para entrar en el acuartelamiento.

QUINCE

EL HOMBRE HABITADO

Para cuando empezó a anochecer, yo ya no tiraba de la Regidora, sino de un carretoncillo cargado de enseres de todo tipo. Las hierbas del Astrólogo eran medio saco compacto. La armadura del trapo era somera y sencilla, pero incluía grebas altas y un par de armillas de molusco espinoso. Mi socio iba a tener un aspecto de lo más fiero cuando se pusiera aquello… Pero lo que se comía el espacio de la desvencijada carreta comprada para la ocasión era el pienso de las monturas, que era demasiado voluminoso como para abarcarlo con los brazos.

—Esta expedición no es de las que se bastan con un porteador — le dije a la Regidora, al ver la cuesta que había hasta la casa del Animista.

Que era un hongo gigantesco en el que se habían perforado mil tragaluces diminutos.

Había visto antes construcciones como aquella, casas hechas en el interior del tallo de una seta redondeada, de las que están a punto de explotar para liberar esporada. El hongo, llegada la estación de los vientos, se infla al tiempo que se vacía por dentro, y pierde la pulpa al tiempo que produce las esporas que liberará cuando estalle igual que un globo… Pero, antes de que suceda, llega un ingeniero montado en un escarabajo bombardero y cubre la seta de una resina caliente… que la cementa. La cristaliza.

El hongo muere debajo de la resina y se convierte en una estructura perfecta que habitar: la carne muerta momifica en un revestimiento elástico y mullido, de fabulosas propiedades, y el inmueble resiste las tormentas más duras, cálido en las estaciones frías y fresco en los veranos y latitudes desérticas. La pega que tiene habitar en un hongo ámbar en vez de usarlo de granero es que, aunque las paredes sean levemente translúcidas, no tiene ventanas.

Conque al inquilino le toca perforar tragaluces. No valen grandes aberturas so pena de que colapse, pero una partida de termitas puede taladrarle mil agujeros del tamaño de un zapato a cada dos palmos. Los caracoles domésticos luego tendrán que

habitar las paredes de la única e inmensa estancia que ofrece la seta y sellar los tragaluces antes de las tormentas que marcan los calendarios.

Habitar las setas de bola es un estilo de vida, dicen los que las han popularizado; una suerte de modernillos, excéntricos, gente pudiente, que necesita llamar la atención…

Porque aquella casa, sita en lo alto de una colina de las afueras, brillaba como una brasa y estaba pavonada de agujeritos en los que centelleaba poderosa una luz blanca.

Y es que el Animista tenía colgada de la bóveda de la seta una ciclópea lámpara de aceite, compuesta por mil faroles que vomitaban un resplandor que huía por los tragaluces. La curva de las paredes de la casa era barrida por una miríada de minúsculos caramujos de grandes tentáculos y minúsculas conchas ovaladas rematadas en punta, caracolillos de los que se alimentan del polvo. En el amplio centro, como si quisiera morir el día menos pensado bajo el peso de la lámpara, yacía tumbado el Animista, enorme como sus aposentos y la luminaria. Era el primer gran animista que veía, y el hombre más crecido y gordo que había tenido delante jamás. Un gigante obeso.

No me parecía ni humano.

Ni siquiera estaba seguro de que la gigantesca lámpara de araña pudiera matarle. Más bien parecía que lo que acabaría aplastándole sería su propio peso.

O el de los caracoles.

Tenía la cara cubierta por una cascada de babas, y en la coronilla, un festival de media docena de simbiontes se retorcía despacio en una cópula lenta, improvisando una orgía en su cabeza. Una maraña de tentáculos, seudópodos, cuernos y ojos escapaba del caos viscoso para penetrar despacio pero constantemente al pobre gordo, por nariz, oídos, trepanaciones craneales diversas, orificios lacrimales, boca. Era una calamidad más que una persona, un espectáculo de ojos bizcos, rictus extático, respiración pesada. Estuve a punto de vomitar al contemplarlo.

Era lo que en el templo llaman un *rén jūzhù,* un hombre habitado.

El credo de los monjes guerreros sostiene que el abuso de la simbiosis produce infrahumanos, seres que, como el hongo

fosilizado en ámbar, acababan habitados, invadidos, infestados de caracoles. Solían decirnos que de tanto hablar con moluscos se puede acabar desquiciado, más pendiente del mundo de los simbiontes que del de los hombres. Pero es que en el templo no solo demonizaban al tentáculo; también al testículo. Nos decían que la fertilidad y sus impulsos convierten al hombre en idiota, pero eso lo empecé a poner en duda el primer día que pasé lejos del sancta sanctórum.

El caso es que fue ver a aquel hombre y preguntarme si no sería verdad lo que decían en el templo sobre los caracoles, los hongos alucinógenos y las demás religiones. Contemplar al Animista tan redondo y cubierto de baba me produjo el mismo asco y pena que contemplar las paredes del círculo en el que parecía agonizar, casi desnudo y postrado, incapaz de moverse sobre una montaña de almohadones de espora y alas de mosca. Un enjambre de babosas le recorría el cuerpo, ocupándose de que no se llagara, de devorar excreciones y secreciones, de mantenerle embadurnado. Sí, era un espanto medio vivo medio anidado, lo mismo que su casa. Se la merecía. Era tan monstruosa como él.

Y el olor.

Sentí náuseas y mi babosa acudió presta con ayuda intravenosa, pero algo en mí se revolvió; me la saqué del hombro antes de que mordiera y la metí en el saco del forraje. Creo que hasta el simbionte notó la repulsa en la forma en que lo miré al sacármelo de encima. Y el caso es que me costó, porque el bicho estaba excitadísimo y no mostraba el menor interés por ponerse a comer ante aquel festival de moluscos insignes.

Volví a la escena para tratar de comprenderla.

Alrededor del Animista se desplegaba media docena de misarios. Chavales que aspiraban a ser como él de mayores, pero que todavía parecían tener conciencia de sí mismos y reparaban en nuestra presencia. Los había de trece y de veinte años, gordos y no tan gordos, con dos, tres y cuatro simbiontes; varones casi todos, poco o nada vestidos, sin tatuajes ni quehacer ninguno. Vegetaban alrededor de la bola de sebo viscoso, a sus pies, a las faldas de sus montañas de cojines y fibras blandas, desparramados por la estancia. De tanto en tanto, alguno se arrastraba al cesto de las ofrendas a por dulces para él o para las demás criaturas de la

bacanal permanente en la que estaban instalados Animista y cohorte de misarios. La escena era sórdida y grotesca, tenía la serena repugnancia y la pompa propias de la cámara real de un hormiguero. Había además un turiferario en trance que, a cada señal que brotaba de los bichos de la testa del Animista, metía en el fuego de un inmenso pebetero toda suerte de hongos, resinas y esencias, que invadían fugaces la estancia, alterando visiblemente las conciencias de los simbiontes. De la lámpara de la estancia colgaba una avispa de guerra, mucho más que venenosa, de mandíbulas temibles, atenta a nuestros movimientos y en postura de caza.

La encargada de seguridad. A todas luces, se mostraba hostil con los visitantes.

Nosotros.

La Regidora depositó tres odres de melaza de pulgón en el cesto de las ofrendas tras pronunciar una oración que decía, con palabras demasiado pomposas para una transcripción literal, que le hacíamos entrega al hombre habitado de los frutos de nuestra vida de penurias mundanas para glorificar la gloria de contemplación y conocimiento de una vida dedicada a las simbiosis profundas. Y otras paparruchas rituales que me superaban.

Porque lo cierto fue que escuchar a la jefa soltando aquella sarta de obscenidades me venció un instante. Mi arcada dio paso a un gesto de desprecio y perdí la compostura, porque recuerdo que uno de los misarios me señaló con todos los tentáculos de sus caracoles en signo de reprobación.

Al parecer, aquella sarta de desgraciados estaba acostumbrada a recibir repulsa y admiración a partes iguales, o al menos bien proporcionadas, porque mi falta de respeto con lo que veía tampoco fue reprendida ni reprochada. Solo conseguí que me trataran lo mismo que a una mascota.

Habló entonces el Animista y usó la voz de los misarios a coro.

Cuando la conciencia difusa y demencial del hombre habitado se encarnaba en palabras era siempre a través de las gargantas de sus acólitos, que sonaban como un coro de homosexuales en trance orgásmico. Hablaban por él. El trapo habría disfrutado con aquello, porque el Animista no hacía nada que no fuera pensar, tragar cosas masticadas y respirar.

Ya dejaría de hacerlo. Bien pronto. Aquello no podía ser compatible con la vida humana. Me costaba aceptar la idea de que pudieran vivir siglos. Los que habían muerto había sido por poderosas enfermedades. Se decía que, si no les alcanzaba un hongo de los más mortíferos, nunca envejecían.

O lo hacían por partes. Retiraban unos simbiontes y ponían otros nuevos.

—Saludamos al boyuno de la Regidora —dijo el coro de misarios —. Sus pasiones nos traspasan.

—La Regidora saluda a las majestades de las colonias y reza para que su óbolo sea del agrado de vuestros estómagos —soltó la jefa, recitando la fórmula de retahíla, tras lo cual se puso a improvisar con el desparpajo que la caracterizaba cuando hacía política—. Hemos traído la mejor melaza del mercado. Confiamos en que sea la chispa que encienda las poderosas hogueras de pensamientos que iluminan vuestras vidas de dedicación.

Yo arrugué el morro. El más gordo de los misarios ni se inmutó. Solo asentía complacido, despatarrado sobre el capullo reseco de una mariposa nocturna. Luego se orinó. Me pregunté si también era una fórmula de cortesía o si había sido un gesto inconsciente.

—Apreciamos que tu simbionte ha padecido una gran tribulación —dijo el coro.

Y la voz me maravilló.

Había mil matices en la forma en que sonaban las palabras, porque unas voces de los misarios aportaban notas complacidas, otras sorprendidas, alguna excitada… Por momentos se diría que también había cierto reproche en el tono. Que el Animista conocía lo sucedido en las ruinas. Y probablemente mejor que nosotros.

Para eso habíamos acudido a verle.

De modo que la Regidora fue al grano, poniendo en palabras lo que quizá no era necesario ni decir, pero me pareció estupendo, era más humano y transparente que el juego de telepatía plagado de escuchitas silenciosas al que se daba a veces la gente como mi jefa o como el Astrólogo. Tal vez decidiera hablar explícitamente por respeto hacia mí y mi falta de enlaces simbióticos, o quizá fue que prefirió desnudar a las bravas el quid de la cuestión o cualquier otro motivo que se me escapaba, ya fuera ritual o protocolario. El caso es que dijo:

—Mi simbionte enloqueció, perturbó mis menesteres y puso a los míos en un apuro. No comprendemos qué le sucedió, ni por qué hizo cuanto hizo, ni sabemos si es normal y deseable que me arrebate la conciencia de ese modo —dijo. A continuación hizo una pausa larga, para rematar diciendo—: Buscamos respuestas. Si tenéis a bien compartirlas, os honraremos con otro óbolo.

—Regidora, tu simbionte ya era viejo cuando los Antiguos poblaban el Círculo Crepuscular. Conoció el esplendor de las primeras ciudades, vivió en las cabezas de sus moradores y les acarició la mente. Los ganglios cerebrales de tu caracol conservan recuerdos de aquella época. No todas las vivencias de los boyunos como el que te asiste pasan a la colonia; algunas permanecen almacenadas durante siglos en los simbiontes.

La Regidora se llevó la mano al manto del caracol, que parecía retorcerse de placer.

—Nunca se me había manifestado todo eso.

—Es una realidad que siempre ha estado ahí, en tu cabeza, a tu alcance —contestó el coro en un tono cargado de inflexiones, que variaba según se sucedían las frases y se solapaban las voces de los misarios; había expresiones que en sus golpes más enfáticos sonaban burocráticas, entusiasmadas, sorprendidas o hasta divertidas—. Tu boyuno comparte contigo los recuerdos más profundos en varias etapas del sueño polifásico. Es una comunicación íntima que será más frecuente a partir de ahora, de modo que ve a dormir y trata de recordar cuanto sueñes. Las respuestas que buscas alcanzarán tu conciencia por esa vía… si estás receptiva y dispuesta cuando intentes asimilarlas.

—Pero…

—Regidora —interrumpió el coro. Esa vez asomó la tensión en todas y cada una de las voces—, esta conversación no nos resulta aceptable. No en presencia de tu animal.

Levanté las cejas y miré al caracol señorial de la Regidora, luego miré a los misarios y a la Regidora.

Y entendí.

El animal era yo.

¡Querían hablar en privado!

En el centro del trono de almohadones, el hombre habitado sufrió unos espasmos en papada y rictus. Una lengua enorme y

puntiaguda se le escapó con violencia de los labios y dejó caer un vómito transparente muy denso.

Pero es que no era la lengua, era el pie de un caracol que se retiraba de la garganta. Al poco fue como si regurgitara al simbionte: su boca se abrió en una O tan mayúscula que pareció desencajarle la mandíbula, y la concha de un buccino marrón oscuro consiguió cruzar los labios acompañada por un murmullo de susurros.

—Regidora —le dije, con todo el atrevimiento y la insolencia de la que fui capaz—, no sé si me gusta la idea de dejaros a solas.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del Animista, y la avispa que colgaba de la lámpara se dejó caer pesadamente, justo en mis narices. El sonido de las seis patas al machacar el suelo fue tan violento que me cortó la respiración.

No pude evitar dar un salto y llevarme las manos al cinto, a lo que la avispa contestó arqueando el abdomen para colocar el aguijón rezumante bajo las fauces aserradas. Luego ladeó un poco la cabeza, mostrándome mil copias de mi reflejo con los ojos, compuestos.

Había visto moverse a las bestias como aquella en el campo de batalla. A menudo hacían falta varios hombres para doblegar a una fiera así. Montado en una avispa tan agresiva, un guerrero hacía retroceder a un enjambre de libélulas como la mía.

Mi única opción era correr. Argucia o retirada. O así rezaban los protocolos marciales a la hora de medirse con un insecto tan peligroso.

—Alguacil, espérame fuera —me dijo la Regidora, molesta con mi actitud—. Lo creas o no, nada malo me ha de suceder.

Y me tuve que marchar del hongo de ámbar. Salí de casa del Animista azuzado por la avispa de guerra y me senté a esperar junto al carro mientras la jefa despachaba largo rato con la abominación habitada.

Cuando salí, encontré la compra revuelta en el carretón.

Alguien había metido mano en nuestras cosas.

Pero no faltaba nada.

DIECISÉIS

TEMPLO

—Aquí debemos desmontar —les dije, justo tras hacerles tomar tierra en los lindes de un bosque inmenso.

No era una arboleda de frondas, de helechos arborescentes; era un bosque inusual, de troncos espigados y rematados en penachos que irrumpían de pronto en la paramera amparados por alguna magia del subsuelo. Quizá corrientes freáticas, tal vez el sustrato, algo en las entrañas de la tierra hacía que de golpe y porrazo se abriera al frente de nosotros el bosque, como un muro que guarecía el lugar donde crecí.

—No veo ningún templo —dijo el trapo.

Justo después de que las antenas oculares del caracol de su amo se estiraran por encima de los árboles.

Como cuatro brazos de largas, se hicieron en un pestañeo. Las dos. A la vez.

Nunca había visto un caracol oteador tan ágil. Aquella bestia no solo era catalejo, telescopio y lente de aumento. También era, según había dicho el Astrólogo, «un periscopio de visión estereoscópica».

La imagen de los seudópodos que tenía tras los ojos al desarrollarse hasta superar las crestas de los árboles me sobrecogió. El trapo miraba sobre los equisetos, las cicadáceas gigantes y los penachos de los lepidodendros. Veía igual desde el suelo que volando en el insecto.

Porque el bosque visto de frente era un laberinto de varas. Un follón de tallos estrechos y lisos, separados entre sí la distancia de un hombre y medio, rectos y rematadamente perfectos. Las púas de una oruga espinosa.

Lo único era que los árboles de aquel bosque no estaban rematados como lanzas. A sus cúspides aparecían conos esporíferos, alguna hoja de culantrillo, mil vainas… Follaje. Verde oscuro a muchas lanzas de distancia del suelo. El sol no llegaba a verlo, el suelo. Era una alfombra cadáver, reseca, hecha de ramajes, láminas de troncos, piñas, hongos y vainas. Todo marchito, marrón y apelmazado.

Tatami.

Lo que hoy está en el cielo mañana estará en el suelo, decían en el templo, amparados por la sombra y la sabiduría de árboles centenarios. Y nos hacían observar el bosque, el sitio donde aprendíamos judo de niños, nos ponían a escuchar el susurro de las hojas y el ramaje, tan verdes primero y tan muertos después; en una paz parda, resecos y vencidos a los pies del árbol.

Así terminaba la efervescencia de la vida. Lo que hoy está en el cielo mañana caerá al suelo, formando un sustrato sobre el que crecerá nueva vida y nueva realidad.

Nosotros.

Así es la vida del soldado. Somos como las ramas del bosque, empezamos a luchar desde abajo. Somos flexibles, nos doblamos ante la tormenta pero nunca nos partimos; la potencia del enemigo más grande solo nos hace adaptarnos y reaccionar. Jamás acabará con nosotros fuerza alguna. Porque las granizadas más crueles derriban muchas casas y algunos árboles, pero nunca el bosque.

Nuestra orden se sustancia en la idea de que hay hombres que deben sacrificarse para que otros alcancen las estrellas. De que las ramas caerán para dar paso a otra generación, a otro destacamento, pero que nada detendrá al árbol en su conquista del cielo.

Siempre nos hacían repetir los preceptos, justo en aquel bosque. Jurarlos a cada paso de la instrucción. Recitar mil frases cargadas de un simbolismo extraño y misterioso… porque no profundizábamos mucho en él.

Era el catecismo.

Nos machacaban en los pupitres, nos hacían leer de todo, nos enseñaban ciencias y letras mejor que a los bachilleres que estudian en la ciudad, e incluso así la mayor parte del tiempo de entrenamiento era físico.

Peleábamos días enteros.

Todo para que otros alcanzaran las estrellas.

Nuestra educación nos empujaba a renunciar a la vida material, familiar, personal. Se nos enseñaba a pasar el tiempo libre meditando y dormitando. Se nos decía que muchos iríamos de ahí a la muerte, para mayor gloria del orden y de la orden. Nunca se habló de qué les pasaba a los que sobrevivían muchas batallas, hasta alcanzar la madurez.

Como yo.

Comencé a oír hablar del retiro cuando ya me había hartado de estar vivo. Llevaba dos guerras y media deseando la muerte, que acabara mi lucha. Nunca pensaba en las estrellas. Había quedado solo, visto morir a mis compañeros.

Soy una rama que se resiste a caer.

Me abandonaba en alardes temerarios en el campo de batalla, en hazañas suicidas que siempre salían bien, de modo que me fueron ascendiendo, me tatuaron mil méritos en las mejillas.

Hasta el día en que desperté malherido en el hospital de campaña, y un general me dejó caer que, si acabábamos otra refriega, quizá podría retirarme, trabajar para una ciudad estado tras las líneas del frente.

Trabajar.

Irme a la retaguardia. Adonde no había batallas. Solo granujas.

¿Y qué hace alguien con su vida tras la guerra, si no ha visto más que templo y guerra?

Pues buscar otra cosa.

Cualquier cosa.

Cazar bandidos. Es un trabajo.

Porque algo habrá de hacer alguien como yo.

Matando gente ves qué hace la gente a la hora de la verdad, qué hace al morir. Algunos elevan la vista al cielo y piensan en la familia, otros en los dioses. Ninguno de los que pierden la vida por dinero le dedica los últimos pensamientos a su patrimonio.

O eso aseguraban los intérpretes del ejército, unos soldados que llevaban simbiontes telépatas. Ellos conocían a la gente que matábamos, sabían su lengua y sus costumbres. Miraban la guerra por dentro de las víctimas y luego morían, también. Habían visto tanto que cuando les tocaba enfrentarse a los últimos instantes te miraban en silencio, sin pronunciar palabra antes de dejar de existir. Es una forma de vacío, lo que llevan consigo los que han asimilado la guerra. Te hacen tocar la nada que hay tras lo que estás haciendo.

Tú lo confrontas y lo matas. Lo matas todo y miras. Pero empiezas a pensar, cuando matas.

Matas mercenarios, matas milicianos, matas civiles. Comienzas a fijarte en qué son las personas, qué hacen, qué les importaba más

cuando las hiciste pedazos. Sabes que nunca podrás ser mercenario porque en ese momento ni siquiera entiendes qué es el dinero. Sabes que nunca podrás ser miliciano porque nunca tendrás una familia por la que levantarte en armas. Para eso te castraron, para que nunca lucharas por los tuyos.

Pero puedes ser un civil. Como el comerciante que vende suministros al enemigo. O el peregrino que ejerce de espía. O un labrador que cobija disidentes en la huerta.

Un civil, un simple ciudadano, un hombre dedicado a un oficio, sin lazos familiares, libre para escoger dónde encadenarse, de los que sobreviven la guerra y consiguen superarla. Uno de los que andan por medio cuando matas a lomos de un bombardero, de los que mueren con la mirada perdida si alguna vez tienes que pasarlos a cuchillo, pensando en qué será del negocio, del huerto, de los amigos. Gente de quehaceres tranquilos, de vidas que van más allá de obedecer y destruir.

Con el paso de los años ves que lo que haces no es todo cuanto hay, que no hay guerra en muchos sitios hasta que tú no la traes.

Un día sale un sol fugaz y te preguntas si no podrías hacer otra cosa.

Llevar una granja de saltamontes. Poner un puesto de orugas desecadas en el mercado. Hacerte con una balsa y pasarte media vida pescando triops en el pantano y la otra media vendiéndolos en la lonja.

Esas mierdas.

Te harían sentir mejor.

Antes nunca te lo planteabas. La vida en el templo era simple y feliz, y la guerra, la culminación de una etapa, el momento en que eras una rama al sol, tras haberte separado del tronco, justo antes de caer y ser digerido por la bestia. Por el suelo.

Después veías en qué se traducía todo aquello a efectos prácticos y te sentías parte de un engranaje… que no siempre funcionaba como debería. Y que acababa quemado.

Les pasa a todos los retirados. A muchos los retiran cuando ven que les pasa. Como en mi caso.

Tiré del pelotón contra una columna de escorpiones gigantes que habría hecho retroceder a una legión.

Y ahí me retiraron a mí.

De la batalla no recuerdo gran cosa. Solo cómo uno de los escorpiones me pasó por encima.

Sé que la ganamos, la batalla.

Hubo trofeos. Para mí, el más gordo: una licencia y a casa.

Casa. Ya te buscamos una.

Una garita junto a un edificio amurallado donde no se decide nada.

Y ya eres parte del follaje reseco y castaño que alfombra los bosques. Date por vencido. Muérete, pero de otra manera.

Y lo cierto es que después de aquello empezó mi vida, lo mejor de ella. Pude reinventarme.

Me pasé años con los ojos bien puestos en todo cuanto hacían el Gobernador y la Regidora, estudiando cómo gestionaban una municipalidad en paz. Plantado como una armadura decorativa, lo mismo que una cornamenta de escarabajo en la pared, durante cada vista y en cada pleno. Recibiendo órdenes muy raras veces, siempre irrelevantes. En ocasiones sentía que, si me marchaba y no volvía, tardarían años en darse cuenta.

Pero cada final de mes me daban dinero. Dinero con el que comía mejor que nunca, dormía más cómodo que un animista, coleccionaba catanas y ballestas, iba al teatro, a los jardines de arena, a bañarme en las termas junto a los poderosos para que mis cicatrices les infundieran respeto, practicar en los gimnasios y las escuelas de lucha, apostar a las libélulas en las carreras, ser árbitro de los torneos de artes marciales y, con el tiempo, cuando me encaneciera el cabello, tal vez abrir una escuela de esgrima. O de lucha sin armas.

Hay un puñado de sistemas de lucha clásicos que puede enseñar estupendamente un viejo.

Y este soy yo, el Alguacil. Esta es mi vida y ahí van mis planes para terminarla.

Y este, el bosque donde empezó todo.

Estos, ya casi mis amigos.

—¿Veníais mucho por aquí cuando vivías en el templo, Alguacil?

—Este suelo fue nuestro primer tatami. Rodábamos por él como piñas gigantes durante la tormenta. Lo barríamos con el cuerpo, aplastábamos las ramas más jóvenes y fiábamos las costillas a las

más viejas para salvaguardar la caída.

—Que el trapo cree que aquí ni hay templo ni nada.

—Un par de horas caracol y os enseño el claro donde me partieron la ceja la primera vez.

Y rieron todos mientras yo echaba a andar. El trapo trató de decir algo, pero le podía la risa.

Nadie entendía cómo era que el bandido ventrílocuo siempre que se partía de risa lo hacía también con la marioneta, nunca con su propia voz. Todavía no había oído de su boca un solo ruido ni había visto que variara la expresión, con tanta arruga. A veces, lo único que hacía su cara distinta a la de un muñeco era el caracol que vivía montado encima. O el ojo que no tenía nublado del todo, bien capaz de moverse, achinarse o agrandarse.

Nos habíamos acostumbrado a hablarle al muñeco en vez de a él. Y era una estupidez, que los ojos del trapo eran botones.

—Trapo —le dije—, al templo se accede por el bosque. Nunca en una montura.

—¿Por qué?

—Porque al que se aproxima al vuelo lo derriban. Hay una red de caracoles ballesta que otea desde lo alto de los árboles, para escupir ácido o dar la voz de alarma y avisar a los artilleros y a los arqueros que patrullan las almenas. En cambio, la puerta norte que da al primer círculo, esa está casi siempre abierta. De par en par.

—Tardaremos varias jornadas en atravesar el bosque —dijo la Regidora. Y me volví a ella para encontrarla enrollando un mapa.

—¿Y qué?

—Pues que es tiempo, tiempo que no podemos perder, tiempo durante el que nos puede sorprender una tormenta.

—No os preocupéis. Conozco media docena de refugios de aquí a los muros del templo. Y el bosque como mi propia mano.

—¡Sabrás tú lo que hay en tu mano! —dijo el trapo.

—Yo no sé si puedo caminar tantos días —señaló el Astrólogo—. Estoy un poco mayor para excursiones largas y…

—El trapo te llevará a hombros cuando sea necesario —respondí, pensando también en el entrenamiento del bandido—. Pero no será a menudo, porque iremos parando y el recorrido es llano y está plagado de sendas y arroyos donde podrás descansar. Además, el bosque te alimentará bien, puede hacerte fuerte.

—Sigo sin ver por qué es tan importante ir al templo —dijo la Regidora—. ¿De veras nos ayudará en la búsqueda? ¿No es nada personal?

Perdí un tanto la compostura.

—Pero ¿qué…? ¿Acaso ves normal que no sepamos nada de los jinetes de serpientes, salvo que a mí me criaron en la misma lengua muerta que usan entre ellos?

—Alguacil, a mí no me interesa cómo pueda ser de atroz el templo en el que hayan estudiado los ladrones.

—El Alguacil tiene razón, Regidora —sentenció el Astrólogo—. Seguro que en la academia militar hay escribas, o sabios, o quizá monjes viejos, que pueden arrojar algo de luz aunque sea de la jerigonza que se habló… gracias a tu caracol.

Lo último no supe si era un reproche, una muestra de respeto o un intento de implicarla. Pero pareció convencer a la jefa, que se sacó las espuelas y se pasó un capuz sobre la cáscara del simbionte.

—No puedo creerme que vayamos a tirarnos varios días en este humedal —dijo luego.

Pero echó a andar hacia mi posición.

Hicimos camino.

Y paradas en todos los manantiales para refrescarnos, descansos en todos los reservorios de frutales y colonias vegetales en los que pudimos, para hacer acopio de piñas, esporas y hongos comestibles. El trapo nos hizo detenernos junto a unas colmenas de himenópteros que eran auténticas despensas de melaza y resinas. Luego hubo una parada en un merendero en el que nos dimos toda una fiesta con la gastronomía local. Cuando oscurecía usábamos las setas de luz, cuando tocaba una siesta buscábamos un claro de musgo mullido o un refugio de tormentas. Allí dormitábamos, amparados por los grandes hondos, o roca. Roca bajo un techo verde, vivo, que se agitaba al respirar y silbar con dulzura.

Podía vivirse en aquel lugar. No había fieras ni inclemencias de paramera. Y aunque el clima era templado, no parecía que en medio de la espesura nos pudiera hacer mucho daño una tempestad a la fuga. Tampoco se avecinaba ninguna tormenta de fase en los calendarios.

Al cabo de un par de jornadas dimos con una docena larga de niños que practicaban movimientos de lucha rudimentarios.

Chavales con los ojos vendados, que medían fuerza y destreza en silencio durante muchas horas caracol, repitiendo movimientos con la insistencia y la precisión de ruedas de molino. No pude evitar sonreírme. Y fijarme en sus campeones. En que no había maestro a cargo del grupo.

Practicaban en su tiempo libre. Buenos chicos.

Dimos con ellos como el que sorprende a una bestia paciendo y se acerca a ella con sigilo para no molestarla. Fue como estar en una excursión de caza deportiva. Nadie dijo nada. Tomamos asiento para mirarles machacar movimientos y llaves, derribos, inmovilizaciones, sofocaciones, luxaciones, estrangulamientos. Nunca se golpeaban. Ni se dolían tras las caídas, en una mezcla de pose, tradición y disciplina.

El trapo reconoció en las guardias y los agarres del entrenamiento mucho de lo que había practicado conmigo en el prado, junto a la presa de los Antiguos, y no pudo evitar dedicarme un gesto gracioso con la manopla marioneta, que hizo como si me lanzara algo y luego asintiera. Después simuló con ella una de las llaves que le había puesto a aprender. Yo sonreí, y el muñeco arqueó el pulgar de la mandíbula para hacer otro tanto. Y sonreír.

La Regidora miraba a los chavales horrorizada.

Aquellos niños y los que ella había visto crecer no le parecían de la misma especie.

Lo habitual en un visitante civil como ella, una ciudadana indisciplinada. Luego el bárbaro era yo.

Cuando era ella la que veía por primera vez niños jugando de verdad.

Era hermoso. Uniformes de combate en danza. Recreo y lucha, desarrollo físico, mental, personal, espiritual. Armas forjándose.

No tardamos más que un par de jornadas en llegar. Fue estupendo volver a sentirse en el nido.

La inmensa muralla a lo lejos, la puerta norte al frente.

Flanqueando el acceso al primer círculo del templo había dos guardias gigantes, fuertemente armados. No ponían a cualquiera a

cargo de la puerta de un templo de monjes guerreros; a mi hogar no entraba un fulano así como así.

Por eso extramuros había edificaciones. Posadas. Comercios.

El enlace del templo con el mundo exterior. Si íbamos a entrar era porque me sabía un hombre respetado en el lugar.

Mi plan era explicarles la situación a los sacerdotes, al detalle si era preciso. No veía vergüenza en nosotros. Les contaría que salimos a buscar al ladrón que robó el cristal de los Antiguos y que de camino recluté a un escudero. La verdad, más o menos.

Luego pediría consejo.

Quizá incluso asilo, si los sabios lo consideraban conveniente.

La Regidora lo intuía, quizá porque el caracol del Astrólogo era telépata y los simbiontes estaban conectados. Me había quedado claro aquello; los había sorprendido una noche.

Así que los dejaría fuera. No los pensaba invitar al templo.

Al trapo sí.

Qué rayos, pensaba en entrenarle cada dos por tres. Quería enseñarle.

Así que nos despedimos de los jefes para un par de días y me dirigí a los guardias.

Intercambié el saludo ceremonial con ellos, el de menor rango me examinó los tatuajes de las mejillas, se pronunciaron palabras antiguas, y… los centinelas dejaron caer suavemente las naginatas al suelo y se me cuadraron.

Después nos tragó el templo.

DIECISIETE

CONSULTAS

—¿Qué clase de armadura lleva esa estatua?

—Un *tankō* de hierro. Está hecho de planchas de blindaje, sujetas con correas.

—Nunca he visto nada igual. Debe de ser temible.

—No les hagas tanto caso a los ojos del caracol, trapo. Esa indumentaria pesa mucho y cede al filo antes que el exoesqueleto de un escarabajo.

—¿Y quiénes las llevan?

—Ya solo nosotros. Usar armadura un año entero es parte del entrenamiento del templo.

—Pues el trapo mataría por verte con eso puesto, Alguacil… Entre tu voz de crío, que no te afeitas y que miras a las mujeres menos que a las setas, tú tienes que estar de miedo, luciendo falda de hierro.

—La parte baja no es una falda; es un *kusazuri*. Brinda protección al antemuslo. Un invento de grillos. Te limita el movimiento.

—Y seguro que la máscara a juego fastidia la visibilidad.

—A la babosa de combate, no.

—No es que esa careta parezca de mujer, es que parece de marica.

—Trapo, que a mí esos insultos no me dicen nada.

—Ya lo sé, por eso te arreo con ellos.

—Y con ninguna otra cosa.

—A las cartas te suelo ganar también.

—Con la baraja llena de muescas y pollas. ¿Eso no es marica?

—No. Eso es una baraja de las que usan en los oasis del Desierto.

—Vale ya. Basta de cháchara, no quiero que te oigan burlarte de nada. No te imaginas lo que te podrían hacer.

Atravesábamos un patio de arena, dejando a los lados las estatuas de los samuráis, los *sifan pai* y varias fuentes. Habíamos solicitado audiencia hacía apenas dos amaneceres breves y, tras pasar un rato viendo la instrucción y los *randori* donde combatían

los estudiantes avanzados, sonó el gong de los visitantes.

Debía de ser nuestro turno, así que nos afanamos en alcanzar el interior del castillo y luego en subir las escaleras al salón principal, que seguía igual de engalanado y de majestuoso que en mis tiempos de estudiante. Había un pasillo de alfombrado interminable que daba a una tarima donde nos aguardaba el gran maestro de la orden.

Pero era un sacerdote joven.

Espléndida túnica de seda, postura del loto, ojos cerrados. Guerreros flanqueando el pasillo con lanzas y naginatas. Incensarios y turiferarios, un escriba sentado a un lado de la tarima noble, varios monjes del consejo al otro lado; el séquito habitual en las sesiones de gobernación y atención a las gentes del templo y extramuros.

Yo había estado muchas veces en aquella sala, pero siempre entre el público que asistía a las comparecencias. Jamás pensé que volvería a visitarla después de hacer la guerra, y menos en calidad de visitante.

Alcanzamos el rellano de las audiencias y un alguacil nos cerró el paso, nos leyó los tatuajes faciales con ojos expertos y luego nos presentó.

—Solicita audiencia un *rikugun-chūi* reservista con catorce méritos rojos logrados en tres guerras distintas. Fue cedido en calidad de alguacil a una municipalidad remota.

Y con esa brevedad tan impersonal y tan ambigua me las vi frente al líder de lo que yo consideraba la cúspide de la civilización.

Traía conmigo a un granuja de los que se suponía que daba caza, una historia estrafalaria entre manos y ningún futuro.

Abrió la sesión uno de los monjes viejos del séquito.

Era tan viejo que no pedía permiso para hablar. Entre otras cosas, porque, si la memoria no me fallaba, él era el sumo sacerdote cuando me incorporé a filas. Estaba casi irreconocible, delgado, demacrado.

Enfermo, tal vez.

Pero conservaba todo su espíritu y autoridad.

—Estamos al tanto de tus actividades, Alguacil —me dijo, al tiempo que abría los ojos muy despacio y me traspasaba con ellos.

Me pasmé. Estuve tentado de darme la vuelta y marcharme.

Pero estaba descubriendo que también le había perdido un poco el respeto a toda aquella gente. Quieta y decadente, omnisciente, preponderante. Desde su atalaya privilegiada nos estudiaban con ojos somnolientos, viéndonos igual que los chavales miran pastar a los ácaros.

No eran una corte tan distinta a la de un animista.

—Pero… ¿sabéis que mis superiores me han convertido en fugitivo? —inquirí.

El gran sacerdote asintió con una leve sonrisa desde el centro de la tarima.

—Lamentamos tus vicisitudes extramuros y nos preocupa que puedan ofrecer mala imagen de los hombres que licenciamos —dijo—, pero, aun así, las actividades que desempeñas para nuestros aliados son encomiables y te animamos a perseverar como alguacil.

—Jefe —susurró el trapo—, molaría si, cuando puedas, me traduces algo, porque…

Le interrumpí de un codazo y me quedé negando con la cabeza a lo que acababa de oír.

El trapo se encogió de hombros y luego estiró los cuernos del caracol para peinar la estancia con gestos tan groseros como los de un insecto de grandes antenas que trata de averiguar si tiene algo comestible al frente. Todos le miraban. Hasta el escriba pareció tomar nota de los gestos.

Debía despachar pronto con la asamblea o el bandido me metería en un apuro.

—Os confundís de teniente —dije sosteniendo la mirada del sumo sacerdote, algo casi tan insolente como los modales de mi escudero—. No sirvo a los aliados de la casa, sino a una regidora de municipalidad y a su vidente. Juré obedecerles y protegerles, pero pretenden que vaya al Agujero del Mundo.

—No cometemos errores tan torpes, soldado —zanjó otro viejo del consejo con frialdad amenazante.

Me relajé.

—La Logia de Esferistas y Estrellistas —añadió el sumo sacerdote— informó de la situación hace días. Poco después hizo otro tanto un emisario del Concilio Transcrepuscular de Animistas. Tus jefes reportan a menudo.

Y los jefes de mis jefes eran aliados del templo.

Yo era el último que comparecía.

—Tu situación es correcta, Alguacil —sentenció otro viejo, en concreto el que fue mi maestro de esgrima—. Ahora debes retirarte y acatar las órdenes que recibas.

Y eso fue lo que hicimos, marcharnos. Mi reverencia, un gesto torpe del trapo, una caminata hacia el exterior de la pagoda de piedra y de vuelta al caos.

Caminando por un jardín de árboles enanos. El trapo, frustrado y confundido. Yo también, y además furioso.

—¿Y bien? —me preguntó el trapo.

—El maestro más sabio del templo nos recibirá ahora —le dije, decidido a mantenerle al margen de cuanto se había hablado en el salón y del auténtico motivo de la visita—. Él nos dará respuestas.

Y nos dirigimos al claustro, a las aulas y las librerías.

A medio camino cruzamos un cuadrilátero embaldosado, cerrado en los vértices por antiquísimas estatuas de hierro.

—Es el patio de lucha ritual —le expliqué, con pesar y hasta desgana—. Aquí termina la instrucción, con el primer y último combate a muerte.

—¿Y quién muere?

—La mitad del alumnado.

El trapo puso cara de espanto. La marioneta abrió todos los dedos como el que se queda boquiabierto. El caracol estiró los ojos y luego los dejó colgando desde lo alto sobre mi yelmo. Se paró. Dejamos de andar.

Yo miraba las baldosas blancas, perfectamente cuadriculadas. La sangre seca entre las juntas.

—Que os matáis. Entre vosotros.

—Lo sé, te parece una salvajada. A nosotros también. Y lo detestamos, es un lance inexorable que tememos más que a la guerra y durante todos los años de instrucción; pero con el paso del tiempo he ido comprendiendo que es importante que la primera vida que siegas al dejar de ser alumno sea la de un igual, la de un compañero. Te hace comprender que la vida es breve, e injusta. Que la supervivencia es arbitraria y que matar tiene un lado negativo. No espero que lo comprendas, es… complicado.

—Y una puta criba.

—En efecto. Solo termina el entrenamiento la mejor mitad. O

eso dicen, porque lo cierto es que, cuando los maestros programan el duelo final, asignan arma, babosa, compañero y tormenta.

—Eso suena a combate amañado.

—Es aleccionador, entrenamiento. Se sitúa a cada alumno en un escenario que se sabe que le resultará difícil. Se le dice que no será justo como no lo será el campo de batalla. Y que no le acompañará la suerte.

—¿Por eso peleáis durante una tormenta?

—Supongo. No lo sé. Aquí los ritos no se cuestionan; se acatan. El gong suena antes de que arrecie un temporal de fase, y nosotros presentamos respetos y nos matamos en medio del caos, a menudo sin movilidad ni visibilidad. Se dice que la tempestad es otro adversario más.

El trapo asintió. Me miraba con una mezcla de respeto y pena.

—¿Cómo fue tu duelo? —preguntó.

—Me asignaron una *kusarigama* y me pusieron frente a uno de los chicos con los que me crie. Hubo aparato eléctrico y mucho granizo. Cinco asaltos que corrieron a mi favor, pues mi oponente iba armado con una *ōdachi* pesada, de hierro doce, que habría acabado llamando al rayo. Recuerdo que se me hizo difícil blandir la cadena del arma en medio del vendaval, y me vi obligado a echarme sobre el enemigo y maniobrarle en corto, aprovechando que su espada era grande y no le ofrecía ángulo de cerca.

»Fue muerte por estrangulamiento. Y un combate de los que transcurren deprisa. Pero mi contrincante tardó una eternidad en asfixiarse. Un mal recuerdo. Como debía ser.

Reanudamos la marcha en silencio y cruzamos el cementerio para llegar a la zona escolástica.

Una barriada de edificaciones inmensas cuyo acceso custodiaba una verja guardada por otro alguacil. Uno de mi edad, probablemente también licenciado tras servir demasiado tiempo en el frente.

Al principio de mi vida en zona de paz me preguntaba a menudo por qué el templo no me quería consigo, guardando las dependencias. Solía decirme que algo fallaba conmigo si me habían mandado a servir para el concejo de una aldea sin cuartelillo.

Lo cierto es que los mejores alguaciles sirven en las ciudades. ¿Me convertía eso en mediocre, en un reservista que había que

apartar? ¿En qué les habría fallado? Eran dudas que a ratos me volvían a asaltar.

El alguacil que guardaba la escuela tenía tantos méritos en combate como yo, puede que más. Parecía una versión mejorada de mí mismo, sin babosa ni armadura. Una túnica y un bastón, una mirada fría, un gesto distante, y ya infundía respeto.

Le hice una reverencia solemne, con las palmas de las manos en el pecho.

—Venimos a consultar al Hierofante.

Y sin responderme ni saludar siquiera, solo con un leve movimiento en el cuello, el viejo capitán tiró de nosotros hacia el interior del claustro.

Nos hizo pasar por los grandes salones de pupitres de los monjes copistas y luego superar mil librerías hasta conducirnos a una sala de estudio austera en extremo. Apenas una celda. Futón y pebetero. Un antiquísimo juego de té. Una ventana. Y nada más.

La abstinencia hecha reducto. Un cuarto de castigo.

Donde un sacerdote decrépito meditaba en soledad.

El alguacil lo despertó sin mediar más protocolo que un saludo sutil y nuestra anunciación:

—Acude a consultas un *rikugun-chūi* reservista con catorce méritos rojos logrados en tres guerras distintas. Sirve en calidad de alguacil para una municipalidad remota.

El sacerdote asintió sin abrir los ojos.

—Te escucho, teniente.

No estaba yo para perder el tiempo, de modo que me ahorré la debida reverencia a un hombre que no se dignaba a mirarme, así como los preámbulos.

—Hace unos días entablé contacto con dos jinetes de serpientes.

Entonces sí, el Hierofante abrió los ojos.

Los tenía prácticamente pegados por unas legañas que lo mismo había tardado meses en formar.

—Esos hombres… ¿hablaron contigo? —me preguntó.

—En la lengua del templo —le dije, asintiendo despacio.

Volvió a dejar caer los párpados.

—Es la lengua de los Antiguos —me dijo.

—Creí que era la nuestra. O eso me enseñó el templo.

—Y así es, en el Círculo Crepuscular. No en el Norte.

Tales eran las respuestas de los monjes. Densas y llenas de trampas. Ambiguas y complejas. Inasibles. Si te resolvían una duda, siempre era a costa de sembrar otras nuevas y de mayor calado. Despachar con ellos de colegial solo me sirvió para sentirme ignorante.

El protocolo decía que debía tratárseles como a oráculos. Preguntas cortas y concisas que serían atendidas durante un encuentro breve con respuestas igualmente cortas y concisas. No convenía sacar a los místicos de su trance. Muchos dejaban de comer hasta que se momificaban en vida, alcanzaban el *sokushinbutsu.* La inmortalidad. La iluminación a través de la meditación.

—¿Quiénes son? —le pregunté.

—Soldados de un ejército de sombras, cabalguen serpientes o dragones.

—¿Y por qué han robado algo que debía guardar?

El monje guardó silencio un rato, luego me volvió a mirar y suspiró con pesadez.

—Toman de nosotros cuanto les pertenece —me dijo.

Me apresuré a seguir preguntando.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—En el Norte. Dentro del Agujero del Mundo.

—¿Tienen ciudades allí?

—Tres.

—¿Siempre lo hemos sabido?

—Algunos nunca lo hemos olvidado.

—¿Cómo puedo llegar a sus ciudades?

—No puedes.

Suspiré.

—He matado a uno.

El Hierofante asintió. Luego dijo:

—Los accidentes ocurren.

Me sentí insultado.

La visita comenzaba a convertirse en una humillación.

—¿Qué son esos cristales que tienen?

—Brujerías. No objetos de culto, sino artefactos.

—¿Para qué valen?

—Casi todas sus reliquias son como libros —me contestó. Y se

abstrajo en la tonada de un canto ritual, dejándome desamparado y confundido como nunca.

Me volví al alguacil, convencido de que la visita había terminado.

Pero entonces el gran sabio me volvió a hablar.

—Sois sin duda un teniente extraño en un viaje extraño.

—Soy… un mar de dudas.

—Todos lo somos.

—Gracias, gran sabio. —Me volví de nuevo, pero el viejo no daba la consulta por terminada.

—Cuídate —me dijo— de no infestarte tanto como el hombre habitado que te acompaña.

Yo abrí unos ojos como platos y miré al trapo.

Que estaba hurgándose la nariz con la mano que no usaba para la marioneta.

DIECIOCHO

PULMÓN

Lo malo de atravesar al vuelo los Pulmones del Mundo no es la altitud a la que hay que ascender ni la indefensión si sobreviene la tormenta.

Lo malo es el suelo, aullándote ahí, tan abajo. Un oscuro hervidero de géiseres y gusanos. Poros en la piel del mundo. De tanto en tanto se abre uno, deja escapar un gusano y, poco después, un chorro de gas abrasador de alta presión. Si una columna de expulsión te estalla cerca de la trayectoria, puedes darte por muerto.

Los que hemos tenido que sobrevolar un Pulmón subimos a gran altitud, aunque no sea cómodo para las monturas. Es un viaje duro y peligroso, con corrientes de aire y gradientes de temperatura que lo convierten en un matadero. La humedad que llega en forma de un vapor que casi quema y que luego se convierte en aguanieve al contacto de la ropa y la montura. La química de los gases que te marea y te da tos todo el rato.

Y en esas estábamos, y llevábamos ya muchas horas caracol. Pasando por los Pulmones del Mundo, con la mirada al suelo. A la masa de gusanos rojos como la sangre que se agitaba debajo, un mar de carne perforado por cucuruchos de gases termales.

Y el tren transcrepuscular, que serpenteaba entre los conos de sílice y las fumarolas de vapores venenosos, era la única manera cabal de atravesar aquella locura.

Nosotros no nos la planteamos siquiera. Supongo que, aunque hubiéramos asumido el pago del pasaje para los cuatro y nuestras monturas, estas habrían enloquecido en semejante entorno geológico.

Porque los únicos animales que viven en los Pulmones del Mundo son las prolíficas colonias de gusanos rojos que entran y salen nerviosamente por los conos de expulsión.

Mirarlos era hipnótico.

Reptaban en busca de chimeneas apagadas por las que meterse o perforaban nuevas a mordiscos. Salían a la superficie justo antes de

que un chorro de presión los pudiera calcinar y, tras deambular un poco, volvían a enterrarse en la roca para seguir tentando el subsuelo.

Superado tanto padecimiento alcanzamos el refugio, el único de la zona, una estación cubierta, la guarida del tren, sita en el mayor de los tres claros seguros de la zona. Hice una señal a mis compañeros, los tres rezagados y exhaustos por la cabalgada, y nos dispusimos a tomar tierra.

Lo ideal habría sido descender al oasis en picado, para asegurarnos de que no nos alcanzara una erupción. Pero el aterrizaje nos dejaría exangües, el colmo del esfuerzo: tras tanta jornada de viaje volando lo más lejos posible del suelo y bien machacados al sol, las corrientes, las turbulencias de convección… Quizá no, no habríamos sido capaces de caer casi en barrena, en un descenso prácticamente vertical, con un cambio de altitud tan violento como para dejarnos sonados.

Me preocupaba cómo harían los insectos para no acabar enfermando con una toma de tierra tan brusca, así que opté por bajar despacio, trazando una espiral muy cerrada. Señalé la maniobra y adoptamos formación de columna, luego fui hilvanando las curvas de descenso con cuidado, paciencia y parsimonia.

El trapo alardeó de montura y, en vez de girar taladrando el viento, optó por un descenso agresivo, pero a nuestro ritmo. El tábano podía bajar a plomo y despacio, gracias a las alas posteriores y a la flexibilidad de las anteriores, que usaba a modo de paracaídas.

—Tiene que ser muy cómodo volar sobre un bicho así —le dije cuando dejamos las monturas en el hangar y plantamos los pies en el suelo.

Él asintió. Con el guante, que igual era también el piloto. A saber. A ratos era como si el hombre no importara y el bandido fuera el muñeco.

Y el caso era que el trapo estaba, pese a haber descendido sin apenas forcejear con la montura, hecho un guiñapo. A la travesía que nos habíamos pegado se añadía la paliza que le hice encajar en la última sesión de entrenamiento, en la que aproveché para zurrarle de lo lindo. Todavía tenía moratones.

Caminamos con torpeza hasta la posada del refugio. El Astrólogo

se dolía de todo el cuerpo y renqueaba, agarrado al bastón. La Regidora estaba demasiado cansada para hablar y había cogido frío, parecía. Hasta yo me veía harto de volar. Necesitaba asearme, comer, dormir.

El interior de la posada era cálido y agradable. Olía a buen guiso, tenía lumbre y muebles de madera de equiseto.

Un lugar caro, a medio llenar de turistas y de trotamundos como nosotros, de los que no escatiman en esfuerzos al viajar y no se entretienen en rodear los Pulmones o surcarlos en tren. Había también peregrinos, un par de buhoneros y alguna que otra pareja de recién casados disfrutando del viaje nupcial: ese crucero en tren que hace noche en los lugares turísticos o especiales.

Y el sitio sería especial, pero nosotros nos conformamos con la primera mesa que vimos.

El Astrólogo se derrumbó de un gemido en cuanto dio con una silla despejada; la Regidora fue a hablar con el mesero para contratar habitaciones, y el trapo, a la barra a por bebidas calientes.

—¿Por qué llaman Pulmón a este páramo de vapor y lombrices? —le pregunté al viejo.

—El Círculo… respira gracias a él —me respondió, hablando con dificultad y temblores—. Estos lugares suavizan los gradientes de temperatura de los cielos. Hacen más habitable el mundo. Mantienen viva y húmeda la atmósfera.

—Pues son inhóspitos.

—Díselo al mesonero.

Pero vino el trapo, de despachar con la casa, con cuatro tazas de té que aposté a que no habrían bastado, una tras otra, para reconfortar al hechicero.

Porque el Astrólogo dio cuenta de la suya en un santiamén y luego me arrebató la mía. No supe decir si andaría aterido o deshidratado.

—El trapo nunca había estado en un Pulmón.

—Claro, no hay nada que robar —dijo la Regidora con voz ronca y lanzando sobre la mesa cuatro llaves de hierro justo antes de toser y escupirnos—: Nos quedamos en este sitio hasta que recuperemos la compostura. Creo que tengo algo de fiebre. Solo espero no haber pillado una pulmonía.

—Ha sido mala idea —añadió el Astrólogo—. Deberíamos haber

rodeado el Pulmón.

—Para nada —dije yo—. Habrían sido muchos más días de viaje que los que pasaremos en este refugio. Habría que sortear el frente, quizá incluso entrar en territorio hostil, o bordear el Desierto del Mediodía.

—¿Y qué? —me preguntó el muñeco de trapo.

—Que si el tren transcrepuscular se mete en ese erial es por algo, no por gusto. Si estamos de acuerdo en que el trazado de las vías es el camino más seguro para recorrer el Círculo, no vamos a apartarnos así como así de él. Quedamos en eso.

—Sí, pero antes de que el trapo atravesara este espanto de sitio —me contestó el títere señalándose la sien como para hacer memoria, justo antes de cambiar de tema—: ¿Y viven aquí los amos del refugio?

—Pregúntaselo a ellos —le dijo el Astrólogo—. Apuesto a que lo consideran un buen hogar. Al fin y al cabo los ha hecho ricos.

Apuramos la ronda y pedimos otra. Luego algo para comer, que estuvo delicioso pero que ni nos molestamos en saborear. Apenas hablamos.

La marioneta no parecía tan cansada como nosotros.

—El trapo quiere saber qué hacen los gusanos entrando y saliendo de los volcanes de vapor.

—Comer —dijo el Astrólogo—. Se alimentan del limo que crece al borde de las calderas de los géiseres. Perforan hasta acercarse a los yacimientos termales y de algún modo saben cuándo es demasiado, cuándo va a ceder la roca y cuándo van a producirse las erupciones.

Entonces sonó la suave frenada del millón de patas del miriápodo locomotor que tiraba del transcrepuscular y se detenía en la estación.

Vimos por la claraboya de la posada el convoy de pasajeros, que se paró en la caverna en la que estábamos, justo frente a la entrada principal del albergue con las ventanas empañadas por el vapor del viaje y las puertas selladas con grumo de babosa.

—Mirad qué horno —dijo el trapo.

—Pues no sabría decir yo —dije— si habría sido igual de duro cruzar el Pulmón en tren.

—Yo lo hice de joven —dijo el Astrólogo—. Es como viajar en

una sauna.

—¿Y todos se quitan la ropa? —preguntó la marioneta, haciendo del meñique una erección.

No pudimos evitar reírnos. El trapo hacía compañía, a veces.

Miramos cómo el pasaje del tren, gente de toda ralea, abandonaba los vagones para apostarse en el apeadero, buscando estirar las piernas y tomar el aire, un tanto más fresco que en el interior del convoy. Había viejos que aprovechaban para encender pipas y niños que echaban carreras, así como jóvenes que se apresuraron a entrar en la posada a pedir bebidas frías.

Al poco rato, el milpiés locomotora comenzó a aullar por todos los opérculos y los pasajeros volvieron a los vagones. El tren partió en cuanto escampó el bullicio de pasajeros en el andén. No sin antes dejar a un único hombre plantado en medio de una niebla lechosa y fosforescente que levantaba dos palmos el suelo.

Un encapuchado, altísimo, que portaba dos maletas abultadas e idénticas de cutícula de ácaro, una en cada mano, de las que se abren de par en par por las asas. No aparentaba tener apenas carne, clavaba unos hombros huesudos que le daban porte de espantapájaros. Se le veía escuálido, pero los maletones parecían pesar una tonelada.

Como la ropa, un hábito negro de cuerpo entero. De una tela demasiado gruesa para la temperatura del tren, a su paso por un océano de vapor.

Y cubierta de cortes, remiendos y lamparones resecos… de sangre negra.

El violento apretón de la babosa se me cerró en mordisco en la clavícula para confirmar mi sospecha.

Había llegado un exterminador.

Me volví a la muchacha y al viejo.

—Vosotros dos, subid ahora mismo a las habitaciones y no abráis a nadie hasta que os avise.

La Regidora asintió y se llevó enseguida al viejo. Un rumor sordo se enseñoreó de la estancia, y las gentes de la posada se retiraron a sus aposentos con prisas, dejando platos y vasos llenos en las mesas y la posada a merced de un silencio muy feo. El trapo tragó saliva y me miró con el ojo bueno.

El exterminador no hizo amago de venir. Se quedó a escasos

metros de la claraboya por la que nos miraba. La niebla trataba de reptarle por las piernas como algo vivo.

En el interior de la capucha le bullían dos bengalas rojas.

Los ojos de un caracol asesino.

—Trapo, ahora tú y yo vamos a salir.

—¿Para qué?

Me puse en pie y me tiré de la capucha hasta cerrarme el *kabuto* de cangrejo en la cabeza.

—Para que el monstruo no entre a buscarnos.

DIECINUEVE

EXTERMINADOR

—¿Quién te envía? —le dije al agente a voz en grito, al tiempo que salía de la posada desenvainando las espadas. La armadura bien cerrada sobre el pecho, el trapo detrás, moviéndose como una comadreja y con la pértiga en ristre. Yo, a zancadas.

Sabía lo que venía. La babosa me había avisado bien.

Además, ya conocía a los cazadores de cabezas. Solían verse al frente de compañías de soldados, como cabos de la infantería pesada en la que me enrolé de joven.

Gentuza de las tribus de los pantanos. Salvajes. Desaprensivos que viven de la matonería y las recompensas y bajo el peso de caracoles malignos. Se crían para las armas, lo mismo que los monjes guerreros.

La diferencia es que nosotros no usamos simbiontes que hagan trampas en combate.

Muchos exterminadores se valen de terrible hechicería, de profundas infestaciones corporales y a veces hasta de poderes que son como los de los estrellistas o los animistas, pero puestos al servicio del arte de hacer daño. Es un lance, tenérselas que ver con uno. Y más la primera vez, como yo aquel día.

Solían combatir a mi lado.

Por todos los escorpiones del Mediodía… ¿En qué clase de ladilla me había convertido? ¿Habían mandado tras nosotros a un mercenario, a un profesional del asesinato?

El Exterminador tiró mano de los maletones mientras me ponía en guardia frente a él. Sacó las armas con cuatro movimientos que un ojo desentrenado no habría podido seguir.

Una enorme ballesta, montada y cargada, para la mano izquierda.

Y para la derecha, que remataba una extremidad dos veces más ancha y musculosa, sacó uno de esos tridentes con los que reman los salvajes, con los que remueven el pantano bajo la atenta mirada de las libélulas. Un arma de la cultura local, con la que hizo un boleo y luego un alarde de rastrillada en el suelo frente a él,

trazando un arco ante sus pies, como retándonos a cruzar la línea.

Entonces, al verle llevar el pincho abajo, reparé en que tenía dos rodillas en cada pierna.

Piernas compuestas, articuladas en tres segmentos. Patas de insecto.

Estaba contrahecho y desnaturalizado, y a saber qué biotransformaciones habrían obrado en él los simbiontes porque, bajo el hábito que llevaba, bulló algo, y un mar de cucarachas le brotó de las faldas y se escondió en la niebla que cubría el suelo.

Escarabajos carnívoros.

El desgraciado tenía alojada toda una colonia. Lo suyo sí era una infestación. Era medio humano, o ni siquiera eso.

—¡El trapo no sabe qué se hizo del cargamento del carruaje! ¡Lo jura! ¡Es la segunda vez que tiene que explicarlo y…!

Los ojos del caracol del ático oscuro de la capucha centellearon, y la voz del trapo enmudeció poco a poco hasta apagarse.

Me volví a él y encontré que el ventrílocuo gesticulaba con la mano sin hablar. Le había hecho algo.

Entonces habló el Exterminador, con voz de murmullo de viento, siseando despacio el acento del este, tan líquido.

—Miss jefess mandan saludoss a los tuyoss, y oss dan la bienvenida al gremio de tratantess de artefactoss de los Antiguoss.

Supe quiénes nos habían revuelto la compra en la ciudad.

Y qué estaban buscando.

—Las personas que me han traído hasta aquí no tienen en su poder ninguna reliquia de interés —le respondí, arrastrando las palabras, a sabiendas de que estaban todas de sobra—. Tampoco saben dónde conseguirlas.

—Esso que dicess… Ssolo me lo creeré ssi me lo repiten para que loss mate de una vez por todass.

Pero eso último no era la voz del Exterminador.

Sino sus pensamientos, en cuanto los hizo sonar en mi cabeza. Tomaba las riendas, el caracol asesino.

Y me sonaba por otro canal, pero igual. La misma voz, otros medios.

El Exterminador se estiró, alargó las patas hasta ganar varias cabezas de altura, como si hubiera estado en cuclillas y se pusiera de pie. Me volví a preguntar qué abominaciones habitarían sus

ropajes, porque la altura era sobrecogedora en cuanto la hizo valer.

Recuerdo el mordisco de mi babosa en el cuello y estallidos de acero chocando, y el suelo y el cielo dando vueltas con los golpes. La velocidad a la que me puso a reaccionar el simbionte fue de las más duras que había conocido en la vida. Quizá me hacía ya viejo para una lucha tan ardorosa, porque tuve que ceder terreno durante varias de las arremetidas de tridente. Rodé por el suelo, salté atrás, caí dos veces y me volví a levantar para evitar cien lanzadas del arpón de tres púas.

El monstruo era como una segadora. Y yo estaba derrengado de tanto viajar.

En ocasiones movía el tridente enroscándolo, lo hacía girar por el eje con una velocidad sobrecogedora, como la de un taladro. Barrenaba el aire con un aspa que rodaba más rápido que las alas de una mosca de la resina. A saber cómo tendría modificadas las manos y las muñecas para moverlas así.

No vi otra que recular, seguir retrocediendo una y otra vez, a base de esquivar con dificultad las acometidas y bloquear su arma casi sin resuello y temiendo por las espadas. El engendro me sacó de la estación y muy pronto del refugio, hasta llevarme al campo de fumarolas. Perdí enseguida la espada pequeña, que desapareció en el charco de niebla baja en el que peleábamos, y no pude más que blandir la catana con las dos manos.

Y aun así estuvo a punto de hacérmela saltar por los aires de un revés de aspa.

Pero es que a mí lo que me superaba era el caracol. La cabeza que había justo debajo… hacía otra cosa. Miraba a otro lado. Atendía a otro oponente.

Se ocupaba de mi amigo. De usar la ballesta para ametrallar al trapo, que corría como un loco y trataba de ponerse a cubierto. El monstruo en realidad eran dos guerreros que compartían el mismo cuerpo para dominar a los adversarios a pares.

Por poco di un traspié a fuerza de retroceder sin mirar, y luego con una finta hice casi una carrera lateral para esquivar el tridente, pero enseguida me alcanzó con un salto de las horribles patas.

Que estoy seguro de que eran cuatro.

Porque caminaba como si lo hiciera sobre raíles y saltaba y caía con la gracilidad de una pulga.

Intercambiamos un par de golpes y, cuando la refriega pintaba peor, el Exterminador cometió un error. Se relajó un poco, se confió, bajó el arma y descuidó la guardia.

Justo lo que necesitaba. Aproveché para abalanzarme sobre él; primero le pisé la cruz del tridente y luego caí sobre el brazo fuerte, asestando un tajo.

Que no cortó carne, sino exoesqueleto. Caparazón.

Un crujido que me atrapó el arma y me salpicó con algo verde. Y la capucha del Exterminador al dolerse… bramó con un siseo.

Bramó con un siseo.

Y me escupió un chorro de aire ardiente a la cara que traía consigo una lluvia de piojos.

Que fueron peor que alfileres.

Quedé ciego.

Di varias vueltas atrás, en arcos y puentes sucesivos, de manos y pies, mientras la babosa me introducía una antena en el oído.

El simbionte me apagó los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, pude ver por el cuerno libre de la babosa.

Nunca me habían cegado en combate.

Aunque tampoco era que acabara de averiguar nada nuevo. Que el simbionte podría arreglarme la óptica, meterme imágenes en la cabeza, como el del trapo. Recuerdo haber luchado un par de veces en una oscuridad profunda, durante mi invierno al norte de las trincheras; entonces ya tuve que mirar con los ojos de la babosa. Y recuerdo también la vez en la que nos sorprendió una tormenta de polvo y de nuevo me vino de perlas tener ojos de caracol al hombro.

Aunque era enervante enfocar el mundo desde el hombro y no desde la cabeza.

De modo que me veía sin espadas, por una lente sucia y decolorante que confundía las distancias y carecía de profundidad, con medio cuerpo perforado por los pinchazos de los piojos, sin apoyo, y adentrándome en un campo de géiseres cuyo suelo comenzaba a bullir con una niebla cada vez más tóxica y caliente.

De pronto la babosa marcó que me quedara quieto.

Y el Exterminador sacó otro miembro.

Un aguijón, que remataba el tentáculo que escapaba de la negrura de la capucha. Quizá era la lengua, quizá llevaba cogido al

pecho un simbionte de escorpión.

Desde luego, era un aguijón de alacrán. El mercenario tenía todo un amasijo de sorpresas.

La babosa indicó que me aprestara a saltar… y yo tensé todos los músculos para descargarlos de un brinco violento en cuanto me hizo lanzarme a la derecha.

Porque se oyó bramar al simbionte de la Regidora, cantando a montura.

Pero la montura no iba a ser la avispa, sino un gusano.

Que brotó del suelo a la espalda del Exterminador, con la fuerza y la trayectoria de un muelle de acero. Apareció tras él para asestarle un mordisco terrible. Sacó una boca llena de clavos y le arrancó un pedazo de hombro y buena parte del tórax. Un montón de carne que se llevó consigo al volver a una de las fumarolas, dejando al monstruo conmocionado.

La babosa me marcó empujón, pero yo ya lo había visto.

Empujé al monstruo al foso del que había salido el gusano.

Lo hice caer, cuatro patas se le doblaron mal y sonaron como un carro de escobas derribado.

Y, por el agujero de expulsión que acababa de cubrir el Exterminador, estalló el geiser.

Haciéndome perder la conciencia con un golpe de ácido caliente.

De lo que pasó justo después solo recuerdo al trapo tratando de mantenerme consciente, con la ropa cubierta de trozos de Exterminador y una saeta ensartada en el hombro.

VEINTE

TERAPIA

—Un par de días más con ese animal en la cabeza y te habrás recuperado —me dijo el Astrólogo, casi bramando.

Porque hacía una ventisca de mil langostas. Amenazaba con mandarnos de vuelta a la posada. Y como nos tocara recoger, el anciano me iba a tener que remolcar hasta mi habitación. Me veía convaleciendo una semana entera. No recordaba haber dormido tanto desde que desperté malherido en el hospital de campaña.

Al viejo se le veía encantado de tenerme simbiotizado, aunque fuera solo por un caracol curador.

—Te gritaría algo —le susurré, dejando que la ventolera se llevara las palabras—, pero eso me pondría otra vez a toser.

—Hemos tenido suerte… —me dijo, jadeando a viva voz— de que se alojara una matrona… entre el séquito de una familia poderosa. A saber si te habrías curado… sin el caracol.

Un enorme boyuno, que me metía varios tentáculos por la nariz y por las venas del cuello varias largas sentadas al día. Era todo un bicho. Estaba amamantando a un ilustre bebé; le curaba la maduración de los pulmones. Venía de perlas.

Y así me las vi, tras el combate. Dejé atrás muchos amaneceres tumbado en una hamaca junto al andén, tomando el sol cuando escampaba el vaho de los géiseres, poco después de la niebla baja. Dejaba que el aire del pulmón me acunara y me enredara las melenas. Miraba bramar a las fumarolas por la ventana. Resoplaba en la sauna de la posada. Dormía demasiado y a deshora. Seguía con una tos de grillo, y náuseas, mareos, palpitaciones. Intoxicación respiratoria. Receta: caracol depurador.

—¿Es que hay muchos como ese? ¿Niños que no pueden respirar sin caracol? —preguntó el trapo al unirse a nosotros, hablando con soltura y naturalidad en medio de la ventisca, aunque con frases cortas.

Estaba tan acostumbrado a la intemperie que no le costaba seguir con su guiñol permanente ni cuando racheaba. Llevaba, además, fumando hongos fuertes varios amaneceres rápidos. Se lo

pasaba bien a costa del presupuesto y de los precios de la posada y se inflaba a comer cangrejo y larvas rojas de mosquito. Vivía a cuerpo de rey. Iba del catre al comedor y del comedor al catre, pero sin parar de maldecir porque no hubiera ni taberna ni lupanar en aquel sitio.

Pero yo no le reprochaba nada porque me había traído la espada que perdí en la niebla.

—No se ven muchos niños viviendo al raso, ¿verdad, trapo? —le preguntó la Regidora, que había ido tras él. Luego añadió algo más, pero su voz queda no consiguió imponerse al aullido del viento húmedo que nos traía el mar de géiseres.

Y ya estábamos todos, adorando al héroe caído.

Me encantaba aquello.

—Oh, en los páramos no crían chavales —contestó el muñeco—. Y en el Desierto del Mediodía todavía menos putamente. El trapo no sabe de bebés. Pensaba que respiraban bien al nacer.

—Pues algunos críos —jadeó el Astrólogo, que a saber por qué se las daba de capacitado para hablar de temas de familia— nacen con los pulmones maduros, sí… Pero muchos otros necesitan adaptarse al Círculo… mediante simbiosis, con un nativo.

Me quedé mirando las nubes de una tormenta de fase que bullían al fondo del horizonte. Se avecinaba una tempestad en todos los calendarios. En nada tendríamos que encerrarnos un par de noches largas en la posada. Me encantaba la idea de dormir más.

Entonces el caracol me sopló por los seudópodos intranasales hasta llenarme los pulmones y noté que me los abría como dos conos esporíferos a la estación de las lluvias. Me inflé de vida. Me ventilé por dentro.

Y pensé algo.

—¿Así funciona? Yo me pongo a respirar bien. Gracias a un caracol de matrona. Me arregla el pecho. Me lo readapta.

El Astrólogo asintió despacito y poniendo cara de bienestar.

—Esto es lo que no tuvo el jinete de la serpiente —seguí diciendo—: adaptación al medio. Por eso cuando le rompí la escafandra… el aire del Círculo le quemó los pulmones.

Hubo un silencio incómodo alrededor de la tumbona. Nadie trató de hablar. El viento nos amortecía. Hacía crujir las vigas de la estación. Era un animal masticándonos, una fuerza viva que nos

arrebataba la conversación.

Que nos dejaba a merced de una tormenta de pensamientos íntimos. Miré a mis compañeros y los vi desnudos y vulnerables sin los caracoles, que se habían quedado en las habitaciones de la posada. Ni siquiera con ellos podían comunicarse; solo escuchaban lo mal que se ponía el periplo, eso y el viento, que gritaba como si el páramo lo desollara.

—Pero, por favor —dijo la Regidora—, ¿qué problema tenéis los tradicionalistas con la simbiosis? ¡Su eficacia e implantación son indiscutibles!

—Pues a veces —respondí rememorando despacio— produce trastornos de la personalidad, pesadillas, accidentes cerebrales, alucinaciones, episodios violentos, catatonia, sonambulismo, demencia, desorientación, ansiedad, parálisis cerebral, depresión, idiocia, paranoia…

—Mira, como las drogas que se mete el trapo a todo meter —dijo el trapo.

—Suenas como un galeno de antaño, Aguacil —me cortó el Astrólogo—. ¿Estás recitando un dogma?

Y vaya si lo estaba. Apenas entendía nada de lo que acababa de decir, pero bien que me lo habían hecho memorizar en el templo.

Recorrí el paisaje que teníamos al frente con un barrido solemne de la mano.

El sol, asomando por las montañas justo para esconderse enseguida. Los conos de vapor, vaciándose torcidos en el rojo de la atmósfera, carraspeando tras el paso de los gusanos. El temporal que lo mecía y alborotaba todo. Nosotros, en una estación vacía de un tren que perforaba el infinito, incluido aquel sitio. Un refugio en medio del caos alienígena.

Me costaba respirar, y hablar, más todavía, pero forcé la voz de eunuco ahogado y dije lo que tenía que decir. Tomé aire trabajosamente y conseguí gritar un poco más.

Más frases cortas dedicadas a la tormenta que se avecinaba.

—Esos hombres que buscamos…, los jinetes de las serpientes… no han mamado esto de críos, ¿verdad? No respiran bien el aire de este sitio. Ni ellos ni sus padres tenían caracoles pulmonares, ¿es eso? ¿Así de sencillo?

—Tal vez sí —me dijo la Regidora.

—Entonces —le contesté, levantándome ya de la tumbona— entiendo por qué nos ven como a salvajes.

Nadie respondió, de modo que rematé yo la conversación:

—Para ellos respiramos como animales.

VEINTIUNO

FOGONAZOS

Somos fogonazos.

Siglos de recuerdos, la mayoría violentos.

Conciencia colectiva. Una imagen mental, vista por miles y miles de ojos. La gran colonia. La historia, en distintos ángulos de luz. Millones de crepúsculos cristalizados en una memoria que abarca con la misma indiferencia lo incomprensible y lo desconocido.

Recordamos los recuerdos del Alguacil.

Campos de batalla.

Hemos visto y movido más de los que podría entender el Alguacil.

Estuvimos en las primeras grandes guerras, cuando llegaron con los chorros de frío y luces. Cabalgaban lagartos y serpientes; llegaban a lomos de dragones y dentro de enormes escarabajos de metal que los vomitaban por legiones. Trajeron consigo máquinas de guerra terribles y todas las brujerías del mundo. Hicieron cosas espantosas, amparados en su propia oscuridad.

Todo para mandarnos lejos de sus ciudades.

Nos expulsaron. Nos llamaron infección, nos concentraron en campos de trabajo y sanatorios horribles. Mandaron a miles al desierto profundo. Muchos hombres hubo que murieron y muchos hombres mataron, en ambos bandos y durante generaciones. Todos cayeron enfermos, pero ni nuestro pueblo ni el suyo quisieron cura ninguna.

Y los nuestros perdieron. Empujados a las minas y el hielo.

En ellas crecieron en fuerzas y en número, hasta que llegó el día en que tiraron abajo las cáscaras de las ciudades.

Todavía están en ello.

La historia está hecha de fogonazos.

Y nosotros somos los fogonazos.

Desperté en la oscuridad de la posada, en mi cama, con los tentáculos del caracol pulmonar metidos en las fosas nasales e intentando gritar.

Fue una pesadilla muy rara. Difícil de explicar. Una voz en la cabeza y mil imágenes terribles y confusas, en colores que el ojo humano no puede ver. Jinetes de serpientes disparando cañones de fuego negro. Interminables columnas de mineros arrojándose a un volcán de gases corrosivos. Simbiontes que ardían en piras altísimas. Pelotones de jinetes abriendo cárceles de hielo y cristal para arrancarles los simbiontes a los presos. Soldados de mi orden montados en tarántulas cargando contra ciudades abovedadas, acristaladas, en las que los edificios brillaban con luces enfermizas. Campos de batalla en los que las serpientes voladoras irrumpían en formación. Mil templos como el mío ardiendo en llamas verdosas…

Podía gritar otra vez.

O había remitido la neumonía, o ya se curaría sola.

De modo que me arranqué el simbionte del pecho y descubrí que el pie del animal me tenía metidos varios nervios en el cuerpo.

Me saqué los cuernos del bicho de la nariz y al tirar de ellos descubrí que me había metido dos apéndices más largos que brazos. Que salieron de mi cuerpo con sangre y dolor.

No pude más que quedarme mirando al simbionte, a los ojos tentaculados.

Que me estudiaban con una inteligencia sorda y un brillo extraño, mientras cerraba opérculos y replegaba los seudópodos.

¿Me había habitado mientras dormía? ¿Qué pensamientos había compartido en mi interior?

¿Qué grillos me había hecho el molusco?

¿Y qué grillos había visto?

VEINTIDÓS

TELEGRAMA

Me acuerdo a menudo del instante mágico en el que llegamos, de la colosal masa de edificios que se empezó a comer el horizonte, del final de una cabalgada larga sobre el mar de gusanos. También recuerdo que justo antes sobrevolamos durante horas caracol una monstruosa sopa de fideos de carne viva, hasta alcanzar los lindes de la ciudad.

La menor de las tres grandes urbes del Círculo. Sita en medio de un mar de lombrices que hacía las veces de basural, cloaca, muralla y huerto de mohos. La única forma de entrar y de salir de la ciudad estado era volando.

Rebasamos la interminable colonia de gusanos y apareció, para devorarnos, un abismo de casas bien embreadas, cubiertas del betún que defiende de la abrasión de las tormentas. Veíamos mil fachadas negras, con luces en las escasas ventanas, construcciones que se fueron enseñoreando del paisaje a fuerza de apiñarse cada vez más. Nuestras monturas dejaron atrás los primeros y miserables barrios de la titánica ciudad estado y perdieron altitud después de superar el perímetro de la primera muralla. Los faroles de hongos y luciérnagas se fueron apelotonando a medida que ganaban intensidad. Luego el sol dio un lamparazo fugaz y se volvió a esconder. Amanecíamos en vano a la civilización.

Para topar con sus muros.

Porque para proteger a unos pobladores de otros, la megalópolis empleaba una sucesión concéntrica de tapias de piedra. La primera era la más elevada. La rodeamos hasta dar con una de las puertas de acceso para ciudadanos.

Ciudadanos. Pobladores.

Así, como si los que tenían casa extramuros no fueran nada.

Queríamos registrarnos, de modo que lo hicimos como lo que éramos, un equipo de funcionarios de una municipalidad secundaria resolviendo en la Capital.

Podríamos haber tratado de acceder al corazón de la ciudad declarándonos de cualquier manera. Mostrando tatuajes tan falsos y

criminales como el trapo, por ejemplo. Ni así nos habrían mandado al calabozo.

Pero tampoco dejado pasar.

Una realidad grosera y sobradamente conocida que evidenciaba que los murallones no eran los controles de seguridad que se pretendían, sino meros filtros. Círculos de clase. Estratos. En aquella capa de la cebolla se toleraba a tipos como el trapo, proscritos.

Y es que la ciudad, cuyo espacio aéreo interior estaba cerrado por mil arqueros y arcabuceros autorizados a derribar hasta a neópteros pesados, era un conjunto de barriadas circulares confinadas por unos muros que se usaban para cerrarle el paso a según qué gente, gente como el bandido al que estábamos haciendo ganar palmos y más palmos de masa muscular.

Porque el trapo llevaba puesta una armadura de señor cabrón. Apuesto a que habría pasado por un prócer de salteadores, nada menos.

Lo teníamos contento. E íbamos a meterle en el ombligo de la vida fácil, pero bajo nuestra responsabilidad: le llevábamos con nosotros al interior de la gran ciudad, en calidad de mascota.

—Respondo por él —le dije al soldado, que nos hizo pasar sin apenas un gesto.

A los cuatro, al interior de un despacho donde había, muy al fondo, una mesa tras la que se parapetaba una notaria… que igual pesaba la mitad que su caracol registrador.

La escena era tan grosera como la mismísima estampa de la ciudad estado. Bienvenidos a la digna Capital. En nuestro mundo lo alto es bajo; esta oficinista gris es nuestro emisario formal, y resulta que la concha de su boyuno es más grande que la cabeza repeinada en la que descansa.

Nos miró la bicha. Nos miró la otra bicha. Luego se levantó las antiparras de leer para vernos mejor. Y entonces fue cuando el caracol centelleó con los tentáculos oculares, al ponerse a grabar las declaraciones y memorizar los tatuajes de nuestras mejillas.

Yo estaba habituado a los simbiontes registradores. Me llevaban a un caracol actuario muy parecido para levantar testimonio cada vez que me las ingeniaba para aflojar a un detenido y hacerle confesar. Era un poco como aquello.

Pero, de nuevo, el reo era yo.

Los resortes de la máquina que había ayudado a engrasar durante años me mostraban el lado feo, en menoscabo de mi rango de alguacil.

¿Mi vida zozobraba?

Pues no era enervante ni frustrante.

Era como descubrir de pronto que ser ciudadano era quizá igual de terrible que ser soldado, o tal vez peor. Mi guerra contra el mundo proseguía. Por otras vías, más impredecibles, con política mediando. Me veía escrutado y cuestionado por el medio social, en lugar de laureado. Y la situación me producía cansancio, hastío, tristeza.

Tal vez fuera eso lo que propiciara mi derrota ante el Exterminador. Aquello primero, eso después.

La verdad era que se me hacía lamentable tener que aguantar un caracol detector de mentiras. ¿Qué vendría luego? ¿Una celda, el cadalso?

Cansancio. Hastío. Tristeza.

Lentos e inexorables. Una parálisis que te invade despacito y sin clemencia.

La misma sensación que me convirtió en una suerte de suicida durante los últimos años de militar.

¿Me estaba convirtiendo en un proscrito poco a poco? Experimentaba una segunda metamorfosis. Volvía a perder la inocencia.

Veía al trapo y empezaba a preguntarme si no era preferible ser un loco desesperado a tratar de aparentar, a vivir víctima de las ínfulas, a pretender ser lo que no se es. A doblarse y doblegarse bajo el peso de un caracol mental, lento, asqueroso, inhumano, invasivo, anulador. Tramposo.

Pobre burócrata de actas. A la notaria se la veía contrahecha y atacada de la espalda. El cuello, coquetamente forrado por un collar de perlas, acabaría partiéndosele por la enormidad del simbionte. ¿Por qué algunos se asocian con animales que no valen para ello? ¿Y por qué la ciudadanía es una condición que a menudo se reduce a someterse a un destino aciago?

Yo había vivido mi vida a la merced de designios que ni comprendía ni me interesaban. Representaba un papel. Pero ya no me daban uno fácil de interpretar.

El bicho lanzaba preguntas.

La notaria no.

Esperó a que el caracol terminara el registro y luego se quedó pensativa mientras los ojos del molusco celebraban un festival de destellos.

—Un momento —nos dijo después—. Tengo una transmisión para ustedes.

El caracol de la burócrata centelleó por los cuernos, varias veces. Mil. Pulsaciones de distinto color, duración e intensidad. Todo un discurso.

Que terminó cuando la funcionaria movió el brazo a la velocidad de una saeta para sacar un acta de un cajón de la mesa y agarrar un estilete de escribir. Lo mojó en un tintero de larvas y se puso a caligrafiar como la posesa que era, entre cada trance.

Llenó ocho párrafos de acta en menos de lo que yo tardo en respirar dos veces.

Aquella oficinista podía poner sobre el papel más de cien ideogramas en apenas un parpadeo. Se convertía en una máquina de escribir telegramas operada por el simbionte.

Lo remató y lo selló. Nos extendió el acta.

—Pueden marchar —añadió en cuanto la Regidora tuvo el papel.

—¿Qué es? —preguntó el Astrólogo, acercándose al documento.

La Regidora calló mientras leía. Ni ella ni ninguno de nosotros se retiró.

Estábamos allí plantados, entorpeciendo el trabajo de la actuaria municipal con nuestros modales burdos. Y nos daba igual.

En otra época habríamos marchado, marciales, a leer el telegrama a otra parte. Ya ni nos molestábamos en acatar las órdenes de la notaría.

—Es… una notificación. Escrita del puño y letra del Gobernador. Debidamente firmada y rubricada.

Silencio general. Hasta yo puse cara de espanto.

—Dice —siguió explicándonos— que tenemos hasta la gran tormenta de verano para comparecer en Palacio, que no podemos permanecer más en paradero desconocido. Debemos responder ante el pleno por el robo de la reliquia, y en breve, so pena de que se nos proscriba, nos conviertan en ilotas o perdamos las prebendas de la

ciudadanía, así como linaje y propiedades.

—¿Y por qué no la informamos de que estamos tratando de recuperar el maldito cristal? —pregunté yo.

—Porque le dará igual —contestó, mientras releía la carta con semblante afectado—. Donde antes vivíamos piensan ya que somos ladrones a la fuga, así que el Gobernador nos comunica que pondrá precio a nuestras cabezas… si no volvemos pronto.

—¡Genial! —estallé, apretándome los párpados. Sentía de pronto que me iba a explotar la cabeza en el yelmo.

El Astrólogo suspiró. A él siempre le quedarían las logias secundarias, las asambleas pastorales, los santuarios observatorio y las facultades de esferismo. Los demás no teníamos más que la misión para recobrar nuestras vidas.

Porque, si nos declaraban proscritos, nunca podríamos acceder a lugares como aquel. Las puertas como las que queríamos cruzar se cerrarían para siempre ante nosotros.

—Espera… ¡El trapo quiere cobrar! ¡La última vez que alguien intentó timar al amo del trapo acabó ahorcado con sus propios intestinos!

—¡Pues el trapo tendrá que tomarse la misión en serio! —le dijo la Regidora dando un pisotón autoritario en el suelo.

Seguíamos en el despacho de la actuaria. Entonces apareció un alguacil. Uniformado con mi mismo gabán. Y dos espadas como las mías.

Y nos tuvimos que ir.

No sin antes dejar las espadas, el venablo, la jabalina del trapo, el arcabuz de la Regidora… Todo en custodia.

Nos desarmaron.

Y solo así, desnudos, pudimos adentrarnos en la ciudad estado.

VEINTITRÉS

RAYUELA

Después de registrarnos nos esperaba el círculo grande de la ciudad, un revoltijo de gente arriba y abajo, todos caminando deprisa; tenderetes sucediéndose hacia el infinito, comercios de todo tipo, soldados de rangos varios, ningún mendigo que afeara la estampa. Chavales a los que no impresionaba nada mi armadura.

Parques ajardinados demasiado bien cuidados, plazas con fuentes en las que borboteaban chorros inagotables de agua y en las que se desplegaban sillas y mesitas cucas en las que tomar infusiones y destilados al paso del respetable. Carritos de comida humeante muy especiada que tentaba bolsillo y gollete. Ancianos en banquitos, alimentando polillas urbanas, arrojándoles esporas y semillas pequeñas a puñados. Un hospital. Una universidad. Una comisaría. Un colegio.

Niños que jugaban a la rayuela.

Nosotros pasando despacio y dolidos de tanto cabalgar y padecer. Acto seguido atravesamos un patio donde se mecían las combas y bullía un campito de fútbol siete. Después cruzamos un arenal de los que se rastrillan, zen para chiquillos vigilados por ancianos; tras él, una explanada adoquinada en la que los chavales habían pintado el suelo con tiza.

Una cría con coletas se disponía a saltar en una rayuela. Pasamos al lado.

—Uno, dos y tres. La nena saltará. Cuatro, cinco y seis. Y todos lo veréis.

Nos volvimos, los cuatro; los simbiontes también.

Era lo que había cantado el trapo en la ciudad en ruinas.

Nos la quedamos mirando, durante un momento que se hizo interminable y en el que ni el trapo quiso hablar.

Al poco, de nuevo la canción. Esa vez porque un rapaz pelirrojo que venía a la carrera se puso a brincar por las celdas a coscojita.

—Uno, dos y tres. El nene saltará. Cuatro, cinco y seis. Todos lo veréis.

Los niños lo cantaban todos igual, con un soniquete machacón,

cuando daban la secuencia de saltos por el casillero numerado. Era protocolo. Reglamentación.

—Mi amo jugaba de pequeño —dijo el trapo—. En los oasis del Mediodía no puedes jugar con los mayores ni practicar deportes serios hasta que no has saltado en todas las rayuelas.

—Trapo, ese juego recrea un rito capaz de despertar las ruinas de los Antiguos —le dijo el Astrólogo. No se mofaba; trataba de comprender.

—Así abrían sesión los antiguos —dijo la Regidora, pensativa; el caracol, un festival sutil de fotoimpulsos, tics, tenues fogonazos y espasmos de suaves colores.

El Astrólogo tomó asiento en un banco de piedra del parque y encendió la pipa de pensar. El trapo se sentó al lado para armar un cigarro de la risa. Yo solo miré jugar, consumir la vida, a los niños; me preguntaba si podrían hacerse soldados de ellos. Estaban gordos y blandos. Como el ganado.

—La cancioncilla —prosiguió la jefa—, apuesto a que se usa desde tiempos inmemoriales.

—Fórmulas, rituales, liturgias —dije con retintín, mofándome del mundo—. La ciudadanía del Círculo se pirra por los códigos y las ceremonias y pretende convertirlos en algo profundo. La vida se organiza así: un día alguien hace algo estúpido y al día siguiente deviene norma y dogma por los siglos de los siglos.

—Oh, al trapo le encantan las antiguas costumbres. La lucha es ceremonial, ¿verdad, Alguacil? El deporte más viejo del mundo, dicen. Y los zagales lo practican desde bien pequeños. El trapo no ve por qué los juegos no pueden ser el principio de todas las cosas. Y el trapo es sabio.

Estuvimos un rato mirando jugar a los niños. El Astrólogo se repanchigó en el banco y se dolió de las articulaciones. La Regidora se abrazó los omoplatos y no supe por qué; no acertaba a entender qué le pasaba. Fue casi como cuando vimos a los chavales del monasterio practicando movimientos de lucha. A saber qué tenía en la cabeza. Fuera lo que fuera, parecía inquieta.

—Es una buena mofa, que la canción sea una llave —siguió pavoneándose la marioneta—. Podría haber sido lo que cantábamos para dar los buenos días, tras el desayuno, pero esa rima se parece más a pulsar una a una todas las teclas. Solo hay que pisar los

adoquines marcados. Contar hasta seis. Luego, todos lo veréis.

—Así que los Antiguos jugaban al ajedrez y a la rayuela… —dijo la Regidora, con un gesto de incredulidad. Se resistía a creerlo.

—Tal vez no sea una canción de recreo y en otra época significó algo —comentó el Astrólogo, todo el rato pensativo y tocándose la sien en la que tenía metido un tentáculo, mientras fumaba sin parar.

Un juego de niños de una civilización más antigua que la nuestra.

Y la nuestra nos quería juzgar en uno de sus concejos antes de dos meses.

VEINTICUATRO

PIJADAS

Dejamos atrás el inmenso colegio y llegamos a una barriada histórica, mil casas construidas en las conchas de enormes bivalvos y caracolas fosilizadas; moradas de las que ya no se ven, de las de otra época, de esas que tienen un huerto de arena y setas frente a la puerta, con un descansillo donde dejar las botas antes de entrar, edificaciones orgánicas de las que dan para tres plantas y un ático. Los hombres que las convirtieron en viviendas se contaban entre algunos de los primeros y más ilustres ciudadanos simbiotizados. Había placas que recordaban sus nombres en cada puerta rutilante. Y, por doquier, casas hongo que salpicaban el distrito de animistas y de gente de esa que consagra la vida a una plétora de caracoles.

El colmo era que cada vez que superábamos cierto número de bioedificaciones aparecía un zigurat engalanado de los de guarecer populacho pudiente de las tormentas de fase, algo importante para los que viven en conchas de las que cualquier día echan a rodar o se parten si caen chuzos de punta.

Porque lo cierto era que, de tanto en tanto, aparecían manzanas a medio arrasar por los temporales. No habíamos llegado todavía a la zona más ilustre, el último círculo; donde había vida subterránea, dependencias de gobernación municipal y templos y fumaderos de todo tipo. No sabíamos si las maltrechas credenciales nos darían para acceder a la planta noble de la ciudad.

Por suerte, no nos haría falta.

—¿Es aquí? —pregunté cuando la Regidora dejó de consultar el callejero de la urbe, se detuvo y escrutó una fachada.

Que estaba hecha de mampostería.

No se contaban muchas viviendas así en aquella barriada, erigidas con piedra y argamasa. Se veía viajado el propietario. Había metido en la megalópolis una cuadrilla de alarifes para que le levantaran una casa capaz de aguantar erguida cuando arreciara el vendaval más atroz.

Una forma de ostentación sutil, propia de extranjeros, de espabilados, del que no busca tanto distinguirse como medrar.

—En efecto. Aquí vive nuestro hombre —me contestó, plegando el plano para guardarlo con los rollos que llevaba en la mochila, justo donde solía estar el arcabuz.

No se la veía afectada porque nos hubieran requisado las armas. Estaba en su elemento, en la ciudad. Aposté a que le habría gustado llevar ropa elegante y lucir como acostumbraba antes de que diera comienzo el viaje. Le encantaba tener que escoger entre bamba y tacón; desde que partimos era todo botas. Mugrientas.

Se aproximó al portón, una placa de metal flanqueada por jardineras repletas de babosas simpáticas como la que yo llevaba al hombro.

La jauría a cargo del acceso a la vivienda.

Unas nos silbaron y mostraron espolones y seudópodos venenosos. Otras centellearon dando la voz de alarma. La más gorda elevó la rádula al cielo y bramó una consigna.

El timbre.

Llamábamos a la puerta del explorador más distinguido del Círculo Crepuscular.

Decían que el hombre había llegado al mismísimo Agujero del Mundo. Y que lo había cartografiado. Nadie sabía cómo podría lograrse algo así, pero es lo que corría por las hogueras de los refugios de tormentas y lo confirmaban las bibliotecas de las universidades. O de eso nos habían convencido.

Nos disponíamos a fichar a una celebridad. ¿Nos acompañaría en el viaje?

Al rato sonaron los cerrojos tras la plancha de metal que hacía las veces de puerta de la fortificación, y nos vimos frente al hombre al que llevábamos buscando casi desde que salimos de la torre del Astrólogo.

Era esbelto, de mi edad, perilla bien recortada, dos columnas de rectángulos y esferas surcándole a tinta los pómulos, todo tatuajes que le rendían honores y credenciales de pueblos distantes y ciudades más antiguas que aquella. Mil pasaportes en cada mejilla, un hombre escrito desde el nacimiento de las cuencas oculares hasta la mandíbula. Ojos cansados, sonrisa cálida pero amarga, arrugas del desierto, quemaduras del hielo siete del agujero polar que le habían partido mil veces los morros y una limaza verde al hombro, de las que se ocupan del cuerpo y dejan la mente despejada.

Solo con verle supe reconocer a un hombre que, como yo, había dedicado la vida al esfuerzo físico, a la austeridad y al sacrificio frente a la adversidad y las amenazas.

Él tampoco llevaba un animal que le agujereara el cráneo. Pero donde yo había escogido el combate, él había consagrado la vida a los viajes, en ser el héroe de lugares adonde nadie había llegado jamás, en atravesar abismos y escalar montañas sin poblar. Respiración calmada, bata de cuero de algas cruzada al pecho, cuello musculoso, acento al hablar. Todo un personaje. Dos imponentes abanicos de guerra al cinto, aposté a que bien afilados.

—Buenos días —proclamó, y luego nos miró, con fugacidad, uno a uno—. Parece que venís de lejos, sí. Dejad que os invite a una infusión… Pasad.

Y nos dio la espalda, dejando la plancha de metal abierta de par en par.

Nos recibía en su casa.

Las babosas trataban de expulsarnos; él no.

Él tenía otros planes.

Se le veía capaz de reconocer a los viajeros de un vistazo. Y sabedor de que la gente que recorre grandes distancias arrastra una historia detrás. Aposté también a que era capaz de leer mis tatuajes, y los siete que lucía el trapo en las arrugas de la cara. Es lo que tenemos los gatos viejos: llevamos mucho escrito en la cara.

La suya no había mostrado miedo ni suspicacia en ningún instante.

Nos iba a costar llevarle al Agujero. Pedirle que nos lo enseñara por dentro.

Su casa era tan profunda como él.

Ni un trozo de pared dejaban libre los mapas.

Mi babosa me avisó con suavidad en el hombro, una señal de las que casi nunca usaba.

La Regidora.

Acababa de enamorarse. Perdidamente.

Pero qué cosas tiene la gente de la calle.

Se me hacía bonito. La jefa tenía edad como para ser hija del Explorador, y apenas dos discretos círculos rojos en el pómulo y una lágrima colgándole del párpado izquierdo. Su padre, que falleció trágicamente.

La cara decía, en fin, que lo tenía todo por hacer: diplomática, funcionaria, soltera. Y ya.

La de él decía que lo mismo tenía familia, casa, cargos honoríficos o criminales… en pueblos distantes. Que debía peinar canas, o haber vivido mucho y deprisa.

Me fascinaba la forma en la que se atraen los opuestos, cuando son apuestos. A veces me preguntaba si yo sentiría algo así alguna vez. Y me entraba la risa.

Tuve que contenerme para no abochornar a la jefa. Y me pregunté si la babosa del Explorador habría notado el flechazo, pero la veía mover el cuerno como una brújula mientras atravesábamos el salón haciendo eses entre los muebles de artesanía, girábamos luego por un pasillo y después por el invernadero, hasta llegar a un patio poblado en el centro por un estanque de babosas de colores vibrantes y zapateros luminiscentes.

Junto a la fuente había una mesita de té y un juego de taburetes de queratina a juego. Nuestro anfitrión los desapiló hasta improvisar asientos para todos, luego encendió narguile e incensario y salió a buscar una infusión y destilados.

—¡Por todos los insectos del mundo, cómo echo en falta la vida civilizada! —explotó la Regidora en cuanto estuvo sentada y pudo llenarse los pulmones con dos caladas del narguile.

—El trapo quiere saber si eso que llaman la vida civilizada es lo mismo que follar.

Toma ya.

El caracol del trapo era todo ojos. Cuatro tentáculos que señalaban a la Regidora. Tú, sí, tú. Acabas de entrar en celo. Lo sabemos.

—¿El trapo se hace una idea de la de tiempo que hace que no me siento a tomar algo descalza y junto a un estanque bonito?

—No. El trapo lo que necesita saber es si esperas que nos vayamos para meterte desnuda en el estanque de ese gorgojo de las flores.

—¡Ese gorgojo de las flores —dijo el Astrólogo llevándose el índice a los labios y bajando la voz para que no nos oyera— igual ha visto cosas que ni siquiera intuimos! ¿Podemos dar la apariencia de personas civilizadas, por favor?

Y sería para predicar, pero le arrancó la boquilla a la Regidora y

se puso a fumar indignado del narguile mientras los demás intercambiábamos miradas. En silencio.

Al final volvió a ser el trapo el que lo rompió. Con estrépito.

—Dice el trapo que el acuerdo que venís a negociar, con el té y el galanteo crece en precio, ya verás…

—¡Calla ya, insolente! —explotó ella, ya visiblemente sonrojada.

Y le habría montado una bronca de ovarios y autoridad de no ser porque el Explorador volvía a aparecer por el patio interior, con una tetera y dos estilizadas botellas de cristal translúcido.

—Los mejores líquenes que cosecha el pueblo minero. Y licor de caracol asesino, sí. He puesto esporas frescas al horno; las serviré con unas semillas de helecho que tomaremos con melaza de avispa.

Qué cuco todo. Qué burgués.

A ella le encantaba. Y, qué carajo, estaba todo de vicio. El tipo sabía cuidarse.

Comí algo. Todos comimos un rato.

—¿Tenéis algún plan de viaje? —le preguntó la Regidora.

—Tutéame, por favor —le dijo por toda respuesta. Luego sirvió el té y aprovechó para cruzar unas palabras con nosotros, qué especias queríamos con la infusión, cuánta sal, boquilla o cazoleta, si añadía o no un destilado.

A continuación se recogió las melenas en una coleta y se puso gafas para vernos mejor. Estudió al trapo de la cabeza a los pies. Tras mostrarle una atención rayana en lo grosero, se cruzó de brazos y se puso a discutir con él, mirando en todo momento a la marioneta.

—¿Ahora eres esclavo o forajido?

—Ventrílocuo.

—De las arenas, sí. Apuesto a que has montado muchos escorpiones.

—El trapo ha cabalgado en todos los bichos que valen para cruzar el Mediodía y sobrevivir al polvo. Media docena de escorpiones. Un alacrán de roca. Arañas, de todo tipo.

—Lo que robabas en las rutas de comercio.

—Oh, mi amo solo comerciaba. Es un gran oficio, la trata de monturas.

—Robadas.

—A personas que no me permitirían ni mendigar en las calles…

En realidad soñaba con actuar en la ciudad subterránea, con cantar en una estación de metro. Apuesto a que los vecinos adorarían mis guiñoles. Pena tenerlos que desplumar.

—¿Preferirías ser su esclavo?

—Nunca tuve opción de nada.

—Claro, sí, y por eso te hiciste salteador —suspiró el Explorador, con una pausa enfática—. Qué raro es encontrarse con un cagacharcos sin que te atraque o esté en un refugio… Mucho tienes que valer para que estos tres te hayan metido en la ciudad. Y te han comprado toda una armadura.

Le sonrió. Luego nos sonrió a nosotros.

El trapo podría haber contestado, pero optó por atiborrarse a dulces.

Era un hombre práctico ante todo. ¿Para qué discutir con el señorito cuando puedes vaciarle la despensa? Cigarra que canta no come.

—Preguntábamos si tienes planes de viaje en perspectiva —insistió la Regidora, comiéndoselo con los ojos.

—Cuando estoy en la ciudad es para escuchar ofertas una estación o dos. El resto del tiempo, la casa y yo nos separamos mucho; ella guarda a mis hijas, que son de tu edad más o menos, sí. A mí no me guarda nadie.

Y, tras señalarme con un cabezazo, se marchó a por las esporas, que ya estallaban en el horno.

—Menudo placaje, jefa —dijo el trapo. Y nos maravilló que el títere hablara tan bien con la boca del amo cargada a dos carrillos y mascando a gran velocidad. La habilidad del tipo era espeluznante.

—Ya basta, trapo —le corté.

Nos quedamos en silencio escuchando el sonido de platos de loza y una cacerola. Íbamos a comer bien por primera vez en muchos días.

El Astrólogo no paraba de fumar.

—Pienso que debes tener cuidado con él, Regidora —dijo entre calada y calada—. Va a pedir mucho dinero.

Y lo pidió.

Y la Regidora pagó.
El trapo sabía.

VEINTICINCO

TRÁNSITO

Seguir el vuelo del Explorador era tan triste como encontrar un camino en el páramo.

Llevábamos mucho paseando por el Círculo en un mar de dudas… Y de pronto íbamos a alguna parte. Ya no andábamos solos y siempre medio perdidos por tierras extrañas, no teníamos que mirar mapas ni pararnos a reconocer el terreno cada dos por tres, solo seguíamos una montura.

Que se posaba cada dos por tres a esperarnos y nunca desaparecía en el horizonte. Revoloteaba a nuestros flancos fugazmente y volvía raudo a la cabeza del enjambre. Nos ponía a serpentear a través de valles y torrenteras de deshielo gigantescas, lenguas de agua que huyen enloquecidas y humeantes de los glaciares del Agujero del Mundo, para templarse y después calentarse, e ir menguando en caudal, empuje y salinidad; hasta languidecer, empantanarse y desaparecer en el océano de arena y ceniza del Desierto del Mediodía.

De modo que paramos a que bebieran las monturas. Nos posamos junto a un ramal de agua brava y helada, sin desmontar. Solo para dejar hacer a los insectos. Algunos elongaron probóscides para succionar, otros pidieron forraje para mascar. Los mejor domados aprovecharon para dejar caer heces, atusarse o asearse rápidamente. El Astrólogo fumó; yo le tendí el yelmo a la libélula para que me lo llenara de agua para beber.

El torrente bramaba como un gusano de caverna a la brasa. No habíamos visto agua así de limpia desde el embalse, y esa vez era una corriente rápida e histérica que se deslizaba sobre cantos rodados de color carmesí, forrados en algas negras.

—Me encantaría poner los pies ahí adentro —dijo la Regidora.

—En una corriente interpolar de intercambio de temperatura —dijo el Astrólogo, llevando la vista río arriba—. Dicen que es todo un placer.

—Pues el amo va a mear ahí, y el trapo puto también.

—Trapo, cada vez que abres la boca es como si mearas. Me

tienes harta.

—Nada de paradas aquí, cagacharcos —zanjó el Explorador—. Se mea al viento. Cabalgaremos un par de horas caracol más; conozco otro atajo. Ya habrá tiempo para baños en las termas de los mineros. Ahora estamos de viaje.

Y echó a volar. Salió zumbando.

Le seguimos. El trapo el último, a calzón quitado y meando al viento, pero a juzgar por cómo se puso él y cómo puso a su montura, lo meó todo menos el viento.

El Explorador tiraba de nosotros.

Tenía que ir delante, él. No quiso ser escoltado, pese a que mi cabalgadura podía volar más rápido que la suya, también un odonato. Un caballito del diablo, concretamente. Toda una bestia para la batida y el reconocimiento; sin alforjas, sin más espacio en la silla que el que ocupaba el jinete, una bicharra ligera de forrajear y tan capaz en una ventolera como en largos recorridos… mientras se posara de tanto en tanto. Siempre me han gustado, los caballitos del diablo, te hacen un jinete explosivo, fugaz, de mil vuelos cortos, que uno tras otro salvan grandes distancias. No tendríamos problemas con un compañero como el Explorador; no era como arrastrar al viejo sobre la torpe y vieja falena cargada hasta las trancas de trastos.

Recuerdo que cuando salimos de la ciudad estado estrenando guía, lo primero que hizo el Explorador fue hacernos abandonar las vías del transcrepuscular. Su babosa psicomagnética se puso a apuntar con el cuerno en una dirección en la que no había más que páramo.

O eso decían los mapas de la Regidora.

De manera que el Explorador se los hizo guardar y jurar que no volvería a sacarlos en su presencia.

Ignorábamos la lógica del recorrido porque a veces giraba, y nosotros tras él. Íbamos al nordeste, a grandes rasgos, y eso era cuanto alcanzábamos a entender.

Eso y que, cuando se dignaba, parábamos en sitios geniales.

—¿Querías un observatorio, no, Esferista? —le dijo al Astrólogo en cuanto nos posamos juntos en un altozano cubierto de inscripciones y símbolos arcanos labrados en piedra.

—Conozco este lugar —repuso el anciano—. Estuve aquí hace

muchos años… Cuando la logia de la Doble E tenía telescopios desplegados por todo el otero y por los otros crónlech que tiene al lado, y en casi todos los días de calma del año. En mi juventud, la única manera de encontrar esto tranquilo era venir justo antes que las tormentas fuertes…

—Y ahora no hay nadie —le cortó el trapo.

—Ah… La orden ha conocido tiempos mejores.

—Solo hay que verte.

—Trapo, ¿cómo tengo que pedirte que no insultes a mis superiores? —le pregunté, con la voz cansada, tanto como la espalda.

El bandido se tumbó en la hierba y sacó una pipa. La Regidora hizo otro tanto, pero lejos, y sin pipa; con libro. Nos esperaba un rato aburrido mientras el viejo desplegaba papeles y catalejos. O eso creíamos.

Porque el cielo se volvió verde.

Era el tránsito de Jiangnu. Lo que veníamos a ver.

Pronto aparecería un arco esmeralda en el horizonte, para invadir el cielo; una enorme luna del color del musgo fresco, muy brillante, que solo salía un momento, y cada cuatro años.

Hubo un instante en el que los cinco nos convertimos en estatuas de piedra.

—Ya tenía ganas de volver a verlo. Es todo un espectáculo —suspiró la Regidora. Aposté a que no leería nada con aquel cielo.

—Ya ni lo recordaba —musité.

Y asistimos en silencio a la toma de los cielos por parte de aquel gigante, que empequeñecía a su paso los riscos puntiagudos de las montañas de hierro que le peinaban al nacer.

Tomé asiento en la postura del loto y traté de relajar la espalda. Los caracoles de la meseta le cantaron a la luz verde al unísono y dejando la voz de los grillos de fondo. El viejo armó un trípode, montó en él un ojo de caracol cristalizado y se puso a estudiar la escena sin dejar de consultar cartas astrales y mapas celestes.

—Las tribus del Mediodía esto no lo han visto jamás —dijo la marioneta, con la voz de asombro propia del que descubre algo magnífico—. Hablan de ello a menudo, pero nunca lo han visto.

—Vaya, qué delicado… ¿Es tu primer tránsito, cagacharcos? —le preguntó el Explorador, sonando entre divertido y condescendiente.

Se había recostado sobre una roca redondeada y mascaba semillas mientras limpiaba la pipa, ya harto de fumar. Pronto se pondría a cocinar y sería el mejor momento del día.

—El amo vio esto una vez, pero era pequeñito… El trapo no, el trapo ya era grande y sabio, como ahora.

Mi babosa me marcó verdad de la buena. Qué raro.

—Para poder ver pasar bien a Jiangnu —dijo el Astrólogo, distraído y concentrado a la vez— hace falta andar estas latitudes, ya cerca del Norte. El eje de Jiangnu sigue rotando deprisa, no se ha frenado como el de nuestro planeta, pero pasa de largo muy pronto, y es una pena, porque desde aquí podremos verlo girar y hasta distinguiremos el bullir de sus tormentas.

El trapo hizo que los ojos del caracol se estiraran hasta alcanzar varias veces su longitud en reposo, que era ya como la de los brazos de un niño. Otro espectáculo. Luego, el caracol le metió un seudópodo por el lagrimal.

—¡El amo ve cosas preciosas! —El monigote sonó igual que un niño, y luego se quedó callado. Embelesado. El rato que el salvaje calcinado por el sol se pasó mirando la luna por el telescopio simbiótico.

Y nos sobrevoló la peonza del tránsito, hecha de luz esmeralda y de un cieno que se enroscaba. Un par de horas caracol, duró el evento. Era bonito.

—En lo hondo del Agujero —dijo el Explorador— se ve pasar la luna verde muchas noches y…

—No es una luna —le interrumpió el Astrólogo—. En rigor, no tenemos ninguna luna que nos ronde.

—Uh… Pues no será una luna, pero más al norte solo tendremos su luz, la de los faros de los Antiguos, la de las ciudades imposibles, la de los transportes… Es todo cuanto nos asistirá en cuanto lleguemos al norte profundo, Astrólogo. Eso y la luz del cielo negro. Sí. Un millón de estrellas que solo has visto en papel.

El Astrólogo suspiró y respondió con un simple:

—Prometedor.

Y nos quedamos otro rato viendo el majestuoso desfile.

Pero yo pensaba en la misión. En las luces que había visto arder en el Agujero. No pude más que acabar arrojando una pregunta.

—Explorador, ¿y el resplandor de los ojos de las serpientes

voladoras? ¿Lo has visto muchas veces?

—Os he dicho que los hombres a los que buscáis parecen una fuerza de choque al servicio de los Antiguos. Desde lejos, las luces de esas monturas no son muy distintas de las que usan los aparatos gigantes que frecuentan el Agujero. Creo recordar que a veces vuelan con los focos juntos. Dos pequeños, sí, flanqueando uno más grande. Las serpientes y otras de las monturas de los guerreros del Agujero.

—¿Y cómo sabes que los destellos grandes son transportes? —preguntó la Regidora.

—Así lo explica el pueblo minero —le respondió el Explorador—. Dicen que hay enormes insectos de metal con panzas como bodegas de carga… Hace siglos que no tratan con los hombres que viven en el abismo, pero en algunos de sus mapas más antiguos registran una ruta de comercio con las ciudades del Agujero. Mi propuesta es averiguar más sobre esos trazados y recorrer el más adecuado para alcanzar una ciudad del Agujero. Os guiaré hasta allí, sí, tras cobrar lo que no me habéis anticipado.

—Entonces, de aquí vamos derechos a la oscuridad —dije con pesar.

—No será tan rápido, Alguacil. Primero, las minas. Nos llevará tiempo encontrar una ruta viable al Norte; tal vez tengamos que acceder a ella por los corredores de aire caliente de los que habla el bandido y que no creo que existan. Tendré que consultar los mapas del pueblo minero, hablar con ellos, ver qué líneas de tren quedan en las minas; y habremos de aprovisionarnos, sí, de hacernos con los enseres que requiere una expedición al Polo Negro tan dura como la que habéis proyectado.

—El trapo puede ahorrarnos todo eso y decirte por dónde se entra al Agujero, te lo creas o no.

—El trapo —zanjó la Regidora— solía esconderse de los alguaciles en una de las entradas al Agujero, sí. Pero jamás se metió por ella, de modo que no tiene ni idea de qué hay más allá de las primeras dos leguas, ni sabe qué hay que hacer para sobrevivir cuando escampa. Por eso no nos hará de guía.

El guante arqueó los nudillos hasta formar una sonrisa torcida de las que ponía para escupir chascarrillos.

—Es reconfortante saberse solo una marioneta.

Bienvenidos a la ventriloquía sarcástica.

—Alguacil —me dijo el Astrólogo, cambiando de tema radical y muy oportunamente, pero sin sacar los ojos de los dos telescopios que había desplegado—, hay algo en cómo suena que… ¿Sabes si *jiangnu* quiere decir algo en la lengua de los Antiguos?

—Pues no, pero… había una leyenda del templo que hablaba de Meng Jiangnu.

—¿Qué es Meng Jiangnu? —preguntó el Explorador.

—Siempre curioseando el saber oculto —le increpé yo—, ¿verdad, Explorador?

—Es mi trabajo.

Suspiré. El tránsito estaba en su apogeo. Invitaba a sentirse pequeño, a dejarse aplastar.

Me tumbé en el musgo y respiré hondo y despacio.

Me iba a tocar explicarles algo de lo que no se habla fuera del templo.

Y más o menos lo intuían.

—Meng Jiangnu es un nombre. Un nombre de mujer —les dije poniéndome solemne, con una mezcla de cansancio y resignación al hablar—. Hace muchos, muchos siglos, en tiempos anteriores a la Gran Tormenta, mucho antes de que despertaran los caracoles simbióticos y antes del Primer Concilio Transcrepuscular de animistas, en la época previa a los tatuajes faciales, cuando la orden era extensa y tenía templos repartidos por todo el Círculo…, las personas tenían nombres, una palabra única y permanente que se usaba para designar a cada hombre, a cada mujer y a cada niño.

—El amo del trapo se llama Miyamoto.

—Bueno es saberlo —dijo la Regidora—, pero eso no hace que deje de ser un bandido.

—Sigue contando, Alguacil —me apremió el Explorador—. Un nombre en propiedad para cada persona. Sigue.

—A cada bebé se le asignaba un nombre al nacer —continué—, y se empleaba para llamarlo, mencionarlo y convocarlo. Una o dos palabras que irían ligadas a todo cuanto hiciera desde ese día hasta su muerte. Huang. Xun. Kuai. Dao. Miyamoto. Nombres. Seguidos por los nombres de las familias, de modo que al final dos palabras definían cuanto eras y hacías. Soichiro Honda. Mao Tse-Tung. Saigō Takamori. Meng Jiangnu. Bruce Lee.

—El amo no tiene nombre de familia. Tiene mote. ¿Lo queréis conocer?

—¿Y cómo sabes el nombre de alguien a quien no conoces? —preguntó la Regidora, pasando del trapo. Trataba de comprender el disparate.

—Pues no lo sé. Pero supongo que en aquel entonces tampoco hablabas con mucha gente a quien no conocías. Los desconocidos eran sorpresas, mundos por descubrir. Tu relación con los demás comenzaba cuando te hacían saber su nombre. No mediaban tatuajes faciales ni simbiontes. Solo personas.

—Las tribus del desierto siempre dicen que hay que tener nombre por tradición, que siempre ha sido así. También dicen que se remonta a los tiempos en que los hombres se relacionaban como animales: oliéndose el trasero —dijo el trapo.

Nadie le rio la gracia, y yo sentí ganas de pasarlo por la espada. Se lo hice saber.

—Trapo… Un día te arrancaré la marioneta y la tiraré al fuego. ¿No ves que estoy compartiendo un secreto? Dígnate a mostrar respeto y deja de reírte de mis tradiciones.

—¿Y qué hago si las mías son asín de graciosas?

—¡Mostrar respeto!

—¿El mismo que muestras tú con los peregrinos, Alguacil? —preguntó la Regidora.

—¡Por todas las canas de mi barba, hacedme el favor de comportaros con el Alguacil! —saltó el Astrólogo, apartando incluso la mirada de sus aparatos—. Para una vez que nos enseña algo que no está en las bibliotecas, lo menos que podemos hacer es dejarle hablar.

—¡Ya he terminado!

—No, aún no, Alguacil —dijo el Explorador, mandándome volutas de humo para luego señalarme con la boquilla y añadir, con una sonrisa de lobo en los morros—: Tienes que contar esa leyenda.

Suspiré y me solté la coleta. Devolví la mirada al cielo. Saqué la cantimplora y eché un trago largo. Después me incorporé y volví a sentarme en el musgo. Desenvainé las espadas tras sacar la piedra de afilar del zurrón. Me hacía de rogar.

Repasé los filos y, tras encajar el silencio incómodo que había matado la conversación, seguí contando.

—Meng Jiangnu. En su época se levantó muy al norte un muro interminable, la Gran Muralla, obra de varias dinastías de emperadores y de su empeño por separar el mundo civilizado de las tierras de los salvajes. Una barrera de piedra que surcaba montañas y desiertos, que recorría distancias eternas y que guardaba un millón de guerreros. Entonces no había libélulas gigantes que llevaran mensajes a las ciudades lejanas, ni simbiontes que informaran a la velocidad del pensamiento. El mundo era más grande, y las distancias que ponía el suelo entre los hombres eran terribles.

Hice una pausa mientras limaba una melladura. Luego seguí peinando el filo. Me costaba enseñar.

—Por estas cosas arcanas y primitivas que os hacen estudiar en los templos es por lo que luego se os considera una cultura salvaje —dijo la Regidora, la voz muy suave.

Que no sonó ni a reproche ni a protesta, sino a que quería que constara en acta, no sin cierta malicia, que si mis valores eran los de un bárbaro anacrónico no era solo porque sí. Pero no mordí el anzuelo.

Entre otras cosas, porque no hablaba con ella ni con el trapo, sino con el Astrólogo y el Explorador.

En el cielo, Jiangnu empezó a menguar y a oscurecerse. A descender hacia el Norte.

—Al marido de Meng —seguí contando— lo mandaron a la corvea los oficiales del emperador. Le impusieron muchos meses de trabajo levantando la muralla. Ella no supo de él durante dos estaciones, de modo que viajó para llevarle ropa de invierno. Cuando alcanzó las obras del muro, vio las condiciones de esclavitud de los obreros y le dijeron que su hombre había muerto reventado como una bestia de tiro. Meng Jiangnu rompió a llorar. Lloró y lloró, durante muchos días. Hasta que las lágrimas anegaron el muro y lo derribaron. Y dejaron al descubierto una fosa llena con los cadáveres de los obreros que habían muerto tratando de cercar la frontera, su marido entre ellos.

—Pues vaya espanto de cuento —dijo el trapo.

—¿Hay una moraleja?

—Oh, las historias de los monjes siempre tienen moraleja. Con esa nos explicaban distintos aspectos de la civilización; la muerte, la

libertad, el matrimonio, el viaje, la fuerza de la voluntad y la futilidad última de cualquier empeño… En el templo donde crecí, todo eran lecciones de vida. Te pasas el tiempo buceando en perlas de sabiduría y acabas tan pobre que ya solo tienes tus espadas…, pero nunca decides cómo van a moverse.

Aquella forma de verbalizar el modo en el que yo veía la vida de monje guerrero hizo que nadie dijera nada en un buen rato. Apenas podía oírse cómo afilaba las armas, y a lo lejos, el canto de unos grillos del tamaño de aldeas.

Entonces fue más o menos cuando Jiangnu desapareció en el cielo.

—Pues… creo —dijo el Astrólogo— que el viaje de la mujer de tu leyenda es como el tránsito del astro. Él también viaja al Norte cuando comienza el invierno. Y se desvanece al cruzar la frontera, el terminador, el Agujero del Mundo, el límite del Círculo Crepuscular. La negrura. Nuestra muralla.

—¿De verdad que nunca habéis observado las estrellas desde dentro del Agujero? —insistió el Explorador. Siempre tenía que presumir de oficio.

—Sabemos qué es el Agujero, y no lo tememos. En los tiempos antiguos, más de uno de los nuestros se adentró en lo más profundo de la noche para dibujar cartas celestes, pero pocos volvieron con algo útil y, que yo sepa, no hubo ninguno que se atreviera a viajar en pos de Jiangnu. Todo lo que sabemos de su tránsito es que, si pudiéramos estudiarlo desde muy al norte, veríamos que el astro verde se pone tras los glaciares.

—Es un espectáculo grandioso —confirmó el Explorador—. El resplandor esmeralda arde en el hielo y revela el riego de aguas termales que le corren por debajo.

—Ojalá puedas enseñarme eso. Me convertiría en una leyenda.

El Explorador sacó uno de sus mapas imposibles de entender. Lo desenrolló y lo estudió con la mirada.

—Sí —dijo luego—. Lo que no sé, y espero me lo puedan aclarar los mineros, es si veremos pasar a Jiangnu o si nos habremos de conformar con ver su resplandor a través de las bóvedas de hielo siete de los ríos subterráneos.

VEINTISÉIS

VAGONETAS DE CARNE

Ya volábamos mucho sin apenas ver el sol cuando el Explorador nos señaló que venía un trazado difícil y luego… picó casi a plomo.

Nos hizo perder toda la altitud en medio de la noche para ponernos a rasar el suelo y, al poco de haber descendido tantísimo como para arriesgarnos a un accidente, tuvimos que decelerar.

Había luces en el suelo.

Hogueras de tanto en tanto. Pértigas que levantaban antorchas. Lanzas clavadas en tierra por la empuñadura, ensartando cosas que ardían en alto. Pocos fuegos, algunas fogatas arremolinadas de cuerpos vestidos con grandes abrigos de musgo. Tiendas de campaña, toldos, chamizos, vivaques, gente durmiendo al raso.

No era un campamento de refugiados; era un asentamiento estratégico del pueblo minero.

Y al parecer atravesábamos una de sus arterias más anchas.

Porque un convoy de bichos terrestres entraba y salía del páramo humano: orugas de arrastre y de drenaje, escolopendras con un centenar de pasajeros ensillados en la grupa, trilobites de los lindes del Agujero que tiraban de carruajes cargados hasta las trancas de bultos oscuros. Y hasta una cochinilla acorazada, que probablemente transportaba tesoros o recaudaciones en las alforjas abdominales.

No había hangares. Una cola de enjambres como el nuestro pugnaba por acceder al tejido del asentamiento, que se volvía un poco más denso hacia el núcleo. De tanto en tanto despuntaba una casona de campo reconvertida en domicilio insigne. Las bestias hozaban entre la gente, pastaban junto a los jergones de algas de sus amos. Ni campos de cultivo ni comercios.

Parcelas. Solo parcelas. Estacadas.

Una civilización entera sumida en la penumbra, de gente de cara marcada por los vapores de las minas y piel demasiado blanca, de mirada esquiva, de portes canijos y escuálidos. Cavadores enfermos.

Mineros.

Todos ellos habitados en la nuca por nautilos. Solo en los

pueblos de los yacimientos se encontraba a gente como aquella, capaz de pasarse la vida con un depredador hurgándole cada dos por tres en el nervio auditivo.

Lo cierto era que no se los veía ni prósperos ni felices.

Solo deambular, vaguear, parlotear en sus jerigonzas, comer con las manos, subir en masa a trenes pesadísimos que salían escopetados para meterse en el subsuelo.

Enormes vagonetas llenas de carne entraban y salían de la tierra por los omnipresentes andenes.

Aquello era el lugar, la estación primera, la puerta de entrada a las minas. Estábamos en la rampa exterior donde los obreros sin trabajo esperaban un tren polvoriento que los llevara al centro de una noche que ya era casi permanente. Los norteños nos daban la bienvenida mostrándonos su cara más parecida a nosotros: una cloaca social.

Porque eso era su punto de enlace con el Círculo Crepuscular.

La puta calle.

Donde vivíamos nosotros. Nos tiraban a sus excedentes humanos.

—Pernoctaremos aquí —anunció el Explorador, tras escoger un claro en medio de aquella porquera y tomar tierra muy juntos.

Después nos mandó estacar a las monturas en una caravana circular y con las fauces y las antenas hacia el exterior. En el centro del cónclave había un redondel de piedras para contener las lumbres. Acabábamos de ocupar una parcela.

—¿Esto es como poner casa en la ciudad? —preguntó la Regidora, horrorizada.

—Sí. Igual. Irán pasando bichos. Aguadores, coprófagos, transportes. Unos ofrecerán agua fresca, otros se comerán la basura, otros traerán la cena, algunos se ofrecerán a llevarnos por ahí, a mediar por nosotros en este sitio, a vendernos cosas. Pasarán ante vuestros ojos volquetes de putas, caravanas de esclavos, carretillas de carbón para la hoguera y, por supuesto, cualquier nadería os costará varias pepitas de metal, la moneda local. Todo un reparto a domicilio. Y sí, los vecinos nos servirán según les paguemos. Y nosotros, lo mismo.

—¡Es la civilización! —graznó el trapo gesticulando un escupitajo.

—Sigo confundida… ¿Cómo recaudan impuestos?

—¿Qué impuestos? —dijo el Explorador—. En esta estación solo hay gente que vende cosas y gente que las compra, y gente que las lleva de aquí para allá, a municipios como los vuestros. Personas intercambiando bienes y servicios en un punto de encuentro.

—Y lo llaman ciudad —sentenció ella.

—No —corrigió él, con premura y cierto respeto—, a esto lo llaman estación de salida. Aquí no existe ordenación municipal y el liderazgo es irrelevante. Casi todo el mundo está de paso. Sí, ya sé que parece que viva mucha gente en el acampamento, pero no es exactamente así; la mayoría son viajeros, picadores de hielo que aguardan destino. Esto es solo un enclave, una etapa del camino. El pueblo minero tiene sus propios modelos sociales y urbanísticos… si es que se los puede llamar así.

—No sabría decir si el trapo se podrá entender con estos tíos. ¿Este sitio funciona como un refugio?

—No. Esto es el raso, cagacharcos. Ahora lo barre el biruji, sí, pero cuando hay tormenta, el tren esconde al gentío en un almacén que hay cerca, al final de un sistema de túneles exhausto y abandonado.

—No veo a nadie de mi edad —dijo nuestro estrellista.

—Nadie vive tanto en estas latitudes y entre estas gentes. Les fallan los pulmones, las extremidades… Es inmundo, sí, pero es lo que tiene este lugar. A la quinta visita te acostumbras a los mineros.

—¿Y ellos sabrán tratar con nosotros? —pregunté.

El Explorador se arrancó a dar una explicación de las que solo se pueden dar con el semblante malhumorado.

—Nos ven y nos llaman vividores bronceados. Ecuatoriales. Gentuza. Señoritos de tierras mejores. Enseguida recuerdan no sé qué de unas guerras en las que los humillamos y los mandamos a vivir al Norte, en tiempos tan remotos que ni sabemos situar. Pero ellos sí. Y nos consideran responsables de que sus vidas sean tan duras como para alternar entre la mina y esto. Hablan de una deuda que les obligamos a pagar, cada diez tormentas de fase, de metales y minerales valiosos que entregan periódicamente. De fulanos como tú, sí, de soldados que vinieron a bombardear sus ciudades en los tiempos en los que sus abuelos eran jóvenes. Dicen que son un pueblo valiente y trabajador, inteligente y avanzado, que se ve

forzado al martirio por no haber sido en su momento el mejor armado.

—¡Nos odian! —concluyó el Astrólogo.

—Pues genial —solté yo—. ¿Y de estos tenemos que depender?

—No. Solo de nosotros —respondió—. Con esta gente se trata interés mediante. Comercian con todo el mundo. Las vetas de mineral no se comen.

—Pues tampoco es que tengamos mucho dinero —anunció la Regidora.

Yo aposté a que el trapo se callaba un exabrupto acerca del porqué.

Entonces el Explorador se sonrió y dijo:

—No os preocupéis por eso, en este sitio el turismo es barato.

—¡Claro, si hasta regalan la casa! —explotó la marioneta—. ¡No tiene ni un agujero para mear, pero es toda nuestra!

La Regidora miró a ambos lados, al frente y tras de sí.

—Haremos noche aquí —proclamó—, que hace frío y la oscuridad dura muchas horas caracol, de modo que vamos a disfrutar del sueño de invierno. Encenderemos un fuego y comeremos algo rico que nos traigan bien hecho. Aseguraos de descansar bien, que mañana despedimos a las monturas y nos embarcamos en el tren norte.

Todos nos volvimos a mirarla, horrorizados.

Todos menos el Explorador, que no tuvo más que explicar la que probablemente era su idea.

—Lo sé, siempre es duro ver marchar a la cabalgadura, romper el vínculo —dijo el viejo—. Conozco la sensación, sí, y también el viaje. ¡No sé si podré hacerlo! —gimió.

—Astrólogo, créeme… En el lugar adonde vamos no hay sitio para bestias de montar como las nuestras.

—Entonces tampoco para nosotros —dijo el trapo.

—No concibes tu vida sin el tábano, me imagino —le contestó ella con los ojos clavados en los míos y acariciando las cicatrices que se ganó la cola de la libélula tras su carrera hasta el Agujero—. Pero el caso es que una vez llegados a estas latitudes, te puedes marchar con la montura o dejarla marchar sin más. Mañana entraremos en la oscuridad perenne, y puede que volvamos, pero nuestras bestias jamás conocerán otra cosa. Pertenecen al Círculo

Crepuscular..

Nos quedamos un momento callados, y después salí a sobrevolar el lugar en la libélula.

Quería despedirme de ella y aprovechar la primera y tal vez la última ocasión de sobrevolar un núcleo poblacional sin espacio aéreo cerrado.

Así que me elevé y me elevé.

Desde arriba, la estación de salida parecía una señora urbe. Una ciudad en precario, improvisada, compuesta por poco más que un barrio de chabolas de extensión monstruosa, carente de piras de balizamiento y de murallas, ni un solo templo, ni un observatorio astrológico, ni amparos de tormentas. Solo humanidad hacinada y comunicada con el mundo por una arteria: la vía de entrada principal por la que nos habíamos colado. Arrabales y arrabales rastrillados por los andenes del tren de la carne, sobre los que apenas se tendían puentes. Los mineros cruzaban los raíles a pie, a menudo en medio de una oscuridad vana. No había vías de drenajes ni de escorrentía, y el suministro de aguas parecía provenir del hielo que se fundía en fogatas, que se hervía, filtraba y ganaba sales minerales. No se veían espacios habilitados para las milicias, la higiene ni el comercio. Era un campamento de varios siglos de antigüedad.

Mi libélula cantó, hizo piruetas, se sacudió carámbanos. Aguardaba instrucciones.

Pero todo lo que tuvo fue un momento mágico.

Mi babosa le comunicó que al día siguiente sería libre, y yo solté riendas y estribos… y le di un abrazo.

Su gemido debió de escucharse por todo el lugar.

VEINTISIETE

TE LO JURO

Le entregué a mi montura el forraje que me quedaba y me puse a hacer ejercicio estático. El trapo vio que me quedaba muy quieto en una pose marcial que iba variando con movimientos lentos y, en vez de imitarme como había aprendido a hacer desde que aceptó que era amo y entrenador, optó por atiborrarse de cangrejos, lo mismo que los otros.

Toda una cena. Invitaba la Regidora.

Al Explorador lo atiborró a preguntas, casi sin dejarle masticar. Preguntas sobre sus viajes, sobre sus planes, sobre el Agujero del Mundo y sobre el que había en su casa (por aquello de que el Explorador tenía dos hijas y cero esposas). Fue un diálogo incómodo de escuchar, así que opté por silenciarlos. Me concentré en mi respiración hasta que la cháchara dejó de llegarme.

Rato largo después abrí los ojos para ver al Explorador despedirse de mí con dos palabras suaves y respetuosas con mi rutina de mantenimiento. Lo miré marchar de la parcela y arrancarse a hablar con las gentes del lugar. Aposté a que aprovecharía para ponerse al día con la política y la sociedad de los mineros, o tal vez para visitar a viejos conocidos y recorrer la ciudad. Siempre sería un explorador.

La Regidora lo devoró con los ojos hasta que lo vio desaparecer; luego se dispuso a devorar mapas, sin dejar de dictarle notas al caracol, que tomaba holofotos de toda la cartografía que había en las alforjas del Explorador. Aposté a que no tenía permiso.

El Estrellista, en su ritual habitual, desplegó telescopios, desempacó grimorios y aprovechó para estudiar el firmamento de aquellas latitudes. A medida que nos adentrábamos en el Norte parecía encontrarlo cada vez más interesante. Al poco de tomar varias mediciones y graduar la lente se puso a dibujar círculos y símbolos arcanos en la nieve. Empleó tinturas de distintos colores para dibujar una suerte de carta astral. Luego se movió por ella como por una cancha: se iba a un extremo y miraba el conjunto desde allí; luego se iba a otro, y otro tanto. Trataba de orientarse.

También parecía obsesionado con los mapas, a su manera.

El trapo no.

El trapo solo fumaba y fumaba, hasta que pasó junto a la parcela un carruaje tirado por un tardígrado, con un hombre muy gordo a las riendas vestido de rojo cielo.

El proxeneta y su volquete de putas acababan de llegar.

Nuestro bandido adoptado vino corriendo hacia mí, con una sonrisa enorme en las dos bocas que gastaba. Hasta el simbionte parecía excitado. La marioneta hacía el gesto de una masturbación.

—¡Papá, dame dos yuanes de rodio para comprar caramelos!

Yo sostenía el peso del cuerpo en una pierna a medio flexionar, la otra doblada en un ángulo recto, con la rodilla a la altura de la cadera. Puño encima de la cabeza, mano vacía a palma abierta con grulla en la otra. *Tixi du-li-bu.*

Sentí ganas de descargar sobre el trapo la pierna que armaba patada.

—So desgraciado —le dije en voz baja y despacio, sin menoscabo de guardia ni equilibrio—, déjame en paz o te resuelvo el problema convirtiéndote en un guerrero de verdad.

—¿Qué?

—Que si quieres que te deje sin cojones de un puntapié.

El trapo corrió a la Regidora, que no le dejó ni hablar. Le arrojó un tizón al rojo y no se le acercó más.

No tuvo otra que acudir al Astrólogo.

—Estooo… Oh, sabio mago.

El viejo ni se movió ni apartó el ojo bueno del biotelescopio.

El limaco sí.

Volvió un apéndice ocular, recorrió al trapo de arriba abajo y luego escaneó el volquete donde se hacinaba una horda sinuosa y semidesnuda de cuerpos casi siempre femeninos. Esclavas idiotizadas por simbiontes que las movían como marionetas babosas.

Yo apenas había visto fulanas, conque me resultó imposible no fijarme en el escándalo que armaban al ojo. Las había de todas las edades, razas, tamaños, tallas y toxicidades. Muchas habían sido deformadas por animistas cirujanos que acentúan los rasgos físicos más atractivos: abundaban los pechos enormes, las piernas interminables hasta lo demencial, unas bocas más que groseras,

lenguas convertidas en amasijos de seudópodos, tatuajes bioluminiscentes. Se veían hombres de penes articulados, que se movían como lombrices de tierra. Las caras y las expresiones podían ser de lo más bonitas. O exageradamente rastreras. No creí que hubiera ni una sola persona del colectivo que fuera consciente de sí misma, a juzgar por las miradas, trasojadas, extraviadas, en blanco, desencajadas, lacrimosas, legañosas, turbias… Los buccinos que coronaban las cabezas de aquella carne de alquiler emitían destellos de colores que indicaban precios y servicios en unos códigos que, francamente, me tenían sin cuidado.

Me impresionaba y mucho que las putas de los mineros pudieran andar en cueros por la nieve. Costaba entender cómo la baba de un caracol proxeneta puede llegar a contener el calor corporal. Igual los jinetes de serpientes usaban algo parecido para resistir el frío del Agujero.

—¿Astrólogo? Necesito una cosa.

—Trapo… —empezó a decirle el Astrólogo, sin apartar la mirada del instrumental—. Te voy a dar dinero para que te diviertas un rato, pero con una condición.

—Vale.

—Hay algo que debes prometerme y que no quiero que pierdas de vista en ningún momento si vas a bajarte los pantalones a costa de mi economía. Fóllate lo que te parezca, pero dame tu palabra de que te cuidarás muy mucho de tener sexo con los simbiontes.

—¿Qué? Jojojoj… ¡Usted está enfermo!

—Enfermo no, viajado —respondió el viejo, esa vez sí, apartando la vista del telescopio para clavar en el trapo dos ojos con el entrecejo bien fruncido—. Esas mujeres, míralas bien, están dirigidas por los simbiontes. Ellos las pilotan, lo mismo que a insectos. Te ofrecerán una conexión simbiotelepática a buen precio, para que las puedas manejar a tu antojo.

Algo en el trapo hizo toing.

Y algo en el viejo dijo no.

—Escúchame bien, chinche pudenta —le sermoneó el Astrólogo —. Bajo ningún concepto se te ocurra acceder, ¿me oyes? No es como probar otra guarrada o descubrir un nuevo hongo alucinógeno. Manejar a una de estas personas supone entablar un vínculo más peligroso para alguien como tú. ¿Me has entendido alto

y claro? ¿Me das tu palabra de que harás lo que te digo?

—Vale.

—No, no vale. Dame tu mano y jura. No, esa no, la buena. La de la marioneta.

Y la marioneta juró, pero medio amordazada.

Mi babosa me marcó peligro.

Yo me sonreí. La posibilidad de que el trapo se pudiera enamorar de una esclava por simbiosis era absurda. Iba a tener que llevar pronto a mi babosa a un animista; se estaba volviendo hipersensible.

El trapo tomó las monedas que le tendía el Astrólogo con la mano de la marioneta y se las metió en los calzones. Acto seguido lanzó los ojos del caracol hacia arriba como si fueran los cohetes de un castillo de fuego y estudió el cargamento de carne, oteándolo desde arriba.

Después salió corriendo y entabló una conversación acalorada y cargada de sobeteo con una joven coloreada de azul cuyos pezones se movían como las antenas de una hormiga. Estaba tan idiotizada por el caracol que en algunos gestos recordaba a un molusco. El trapo la tomó de una nalga y se la llevó a dar un romántico paseo en tábano.

Menuda despedida se iba a pegar.

Mi babosa insistió en que había peligro.

¡Pero si solo era una puta barata! ¿Qué daño podía hacerle?

Mi simbionte chilló, incluso. Bufó y se encendió.

Tuve que mandarlo a pastar.

VEINTIOCHO

ACCESO Y ACTAS

Si algo empezaba a maravillarme de aquellos meses de vida al raso, de ser un paria, un sin techo, era que me estaba acostumbrando.

Regresar a la civilización era peor que pasar un examen de Filosofía de la Guerra. De pronto éramos escrutados, cacheados, escaneados por todo tipo de simbiontes, se inspeccionaban nuestras credenciales, documentos, pertenencias, caracoles y tatuajes faciales.

Nos calibraban y aquilataban. Nos juzgaban. Como se hace con los forasteros, los desconocidos, los polizontes.

El caracol que barría parsimoniosamente con el tentáculo los pómulos del Explorador parecía ver pasar la vida en la cara del guía. De tanto en tanto le saltaba uno de los ocho globos oculares o se quedaba con todo el cuerpo muy quieto, pero dando latigazos violentos con la punta de la cola. Ensartado. Un niño que escuchaba un cuento maravilloso.

—Bienvenido de nuevo a la Confederación de Explotaciones, prospector —le dijo el actuario del pueblo minero al Explorador, sin esperar a que su simbionte terminara de leerse al guía.

Lo despachó con la voz del que lee un certificado, entregándole el salvoconducto con un chispazo de la antena del caracol: el buccino tatuador le marcó una muesca en el registro facial, le escribió en la cara con un apéndice mientras los otros siete escaneaban sus aventuras. El insigne viajero, de visita otra vez.

Debidamente marcado a fuego, aguja y tinta de molusco.

Actuario y Explorador cruzaron algunas palabras en la lengua sibilante esa del pueblo minero. Yo la entendía algo, y sabía defenderme en un idioma emparentado con la jerigonza: el de los prisioneros de guerra que me habían hecho las veces de esclavos en mis años de oficial. En aquella breve conversación me pareció entender no sé qué del Explorador como embajador cultural, o quizá valedor político, algo de eso, rimbombante y de representación, de lo mejorcillo que les traía el exterior. Parecían

contentos de tenerle por allí. Le saludaban bien.

Luego nos tocó despachar con el actuario a nosotros.

Y fue insultante, invasivo. La clase de intromisión simbiótica en el espacio personal, vital, que tanto les gusta a los animistas, los exhibicionistas que danzan desnudos por los refugios de tormentas, los chalados de la bioasociación transformativa, los fumadores de hongos azules y todos esos naturistas que ansían la comunión con el Círculo Crepuscular mediante extrañas creencias y prácticas. Chalados. Aquello era de chalados.

Primero nos quitaron las armas y las examinaron con distintos moluscos y con todo tipo de luces de colores. Después nos desnudaron y el trapo se comió a la Regidora con los ojos de amo y simbionte. Ella, por su parte, no pudo sino levantar las cejas al ver qué llevaba el trapo bajo armadura y harapos: un amasijo de fibra muscular, flaqueza extrema con formas pronunciadas, de las que hacen que un cuerpo de hombre parezca todo nervio y rabo. Entonces me quité la ropa yo, y mi cicatriz atrajo todas las miradas.

Tengo como medio centenar de tajos por el cuerpo, pero sin ropa solo hay uno que le resulta interesante a la peña, hombres y mujeres. Cuando se desnudó el Astrólogo, todos tratamos de dejar sus colgajos y bultos tatuados fuera de la vista. Al Explorador no le llegaron a pedir ni que se sacara el gabán.

Luego nos miraron los dientes y la garganta, las uñas y los nudillos, les hicieron quitarse los simbiontes y se los llevaron a otra sala.

Y sospecho que aquello hizo que mis amigos se sintieran violentados y desguarnecidos.

Porque se plantaron ante lo que vino después:

—El trapo necesita ir muy fumado para llegar tan lejos contigo, Exterminador.

Y tuvimos que tranquilizarle, porque acababa de cerrar el puño y de llevárselo a la oreja en un gesto muy feo, de taberna de intemperie. Lo mismo el bandido del grupo era capaz de enfrentarse desarmado y en pelotas a los dos exterminadores que ejercían de guardias fronterizos.

Yo apenas había podido con el matón a sueldo que nos mandó el gremio de Anticuarios, y el trapo pobremente se pudo medir con el monstruo, pero en aquel momento parecía dispuesto a pelear con

dos espantos a la vez…, solo porque no quería que el simbionte de un agente de aduanas le metiera un seudópodo en el culo.

—¡Que tú no sabes la noche que he pasado! ¡Como para que me toquen putamente ahí estoy yo ahora!

Casi hubo que sujetarlo. Y por segunda vez, porque ya la había liado bien cuando trataron de conseguir que se quitara el guante, que, por cierto, estaba más sucio que nunca. Ensangrentado. El trapo se nos había ido de farra por todo lo alto, la noche anterior. Tuvo pelea y todo.

Suerte que los exterminadores del puesto fronterizo eran un dechado de paciencia, quizá porque estaban habituados a encontrar resistencia… con los salvajes.

Salvajes. Otra de las telarañas conceptuales que no dejaban de sorprenderme y de maravillarme aquellos días: me acababa de dar cuenta, de golpe y porrazo, de que, fuéramos adonde fuéramos, todo el mundo consideraba salvajes a los pueblos vecinos. No importaba con qué parroquia u organización nos dispusiéramos a tratar ni con qué credenciales acudiéramos: siempre era como acceder a una sociedad que te desprecia.

Y en el templo ni siquiera dejaron pasar a mis jefes.

El Círculo me mostraba caras que jamás imaginé y que solo parecían comprender bien los que vivían al raso y sin horizontes durante un tiempo: el mundo no era más que un conjunto de reductos hostiles entre sí, que se esforzaban en mostrarse preponderancias mutuas falsarias.

Os miramos por encima del hombro o mal porque perdisteis o ganasteis una guerra de hace mucho; os consideramos escoria por cómo vivís, y nosotros vivimos peor, queremos convertirnos en animales; nosotros pensamos que vosotros sois animales, nosotros al menos somos justos con los demás, pues somos todo espíritu y esencia, mientras que vosotros sois unos ignorantes porque no sabéis lo mismo que nosotros ni entendéis el mundo igual.

Falacias. Las civilizaciones tejían mil falacias entre ellas. Y lo mismo pasaba con los colectivos elitistas, como el que me había formado a mí, o el del Astrólogo. Los mineros sabían cómo eran la gloria y el universo, algo enorme que bullía en lo más alto del cielo. Jamás a nuestro alcance.

Me acudían recuerdos de la academia, de las charlas sobre

política mientras aguantábamos muchas horas caracol inmóviles o balanceándonos poco y muy despacio, manteniendo una guardia de lucha sin armas, una postura despatarrada y abierta con los puños en alto y un vaso de agua en cada rodilla, en el patio de un *dojo*, a una temperatura que helaba los caracoles y dejaba que mil tormentas secundarias nos atravesaran lo mismo que el hambre y la flojera.

Una estación estática.

Nos hacían demostrar que éramos duros con las artes marciales internas y psicológicas, nos machacaban con posturas demenciales que debíamos sostener como si fuéramos atletas de piedra, mientras explicaban cómo debíamos mirar un mundo que todavía no habíamos visto.

Hubo una época en la que nos repetían versos cortos sobre la incapacidad de los pueblos de reconocer los errores y su obsesión por los de los países vecinos.

Recalcar la diferencia.

De ella hacer ciencia.

Recuerdo de memoria citas de cómo los hombres se pelean por peculiaridades culturales, tierras baldías, mujeres, y cómo los monjes debemos mantenernos impasibles e indiferentes ante las luchas mundanales y al afán de mostrar superioridad en lo que no tenga que ver con las armas.

Aquellos días comprendía al fin que una cosmogonía como la que nos inculcaban en el templo es propia de ignorantes. O de quienes jamás han intuido ni por asomo cómo se ven las diferencias entre los países cuando arramblan contigo y te someten.

Al menos, los templos lo comprendían y estudiaban… a su manera.

Todos los hombres están solos en su mundo interior, decían los monjes. Nada salvo los abyectos caracoles puede entrar en la intimidad del pensamiento de los hombres, nos decían. Pero cuando un grupo de hombres consigue pensar como uno solo, alcanza sus mayores logros, añadían, mientras levantaban el templo con nosotros. El templo siempre estaba en obras, siempre crecía.

Mientras los maestros nos machacaban a preceptos y nos usaban de mano de obra e inversión bélica, nosotros profundizábamos en nuestro particular *tai chi* días enteros. Y por esas solemnidades ya

éramos mejores que todos los demás hombres del Círculo Crepuscular. Cada individuo, un combate; todos nosotros, una batalla.

Y de pronto comprendía que los hombres de las minas construían su superioridad moral, cultural, con la abnegación y la entrega a la tierra, con el trabajo duro. Estábamos los que nunca habíamos trabajado ni horadado el mundo, y los que tenían un papel en él, los que lo convertían en hogar y riqueza. Los ciudadanos. Así hablaban.

—El Estrellista es bienvenido en nuestros sistemas de túneles como un miembro de la Logia de la Doble E, en calidad de estudioso. No podrá obrar hechicerías en nuestro suelo ni enseñarnos nada. Tus otros acompañantes, Explorador, solo pueden visitar las galerías desprovistos de derechos civiles y quedando, lo mismo que las armas, bajo tu responsabilidad. Sobre tu persona recaerán las consecuencias de cuantos actos delictivos o de mala jaez puedan cometer.

—¿Pero qué problema tienen con nosotros? —preguntó la Regidora.

El actuario ni la miró.

Solo emitió unos tenues fogonazos con el simbionte y se retiró, giró en redondo, dándonos el respaldo de la enorme butaca de oficina.

Para que los exterminadores que le hacían las veces de guardia personal se nos aproximaran para señalarnos la puerta con las agujas de los escorpiones.

VEINTINUEVE

QUE SI QUIERES CHAMPÚ

Viajar en una vagoneta de carne me hizo sentir igual que cuando partí por primera vez al frente.

Un recinto de piedra rodando mina abajo, sin techar, sobre el que nos hacinamos en pie con cuarenta extraños, mineros entre los que apreciábamos sutiles diferencias en el acento y las facciones. Racistas eran por igual. Ni nos miraban.

Una pareja con dos niños tuvo que contener severamente a su pequeña para que dejara de mirarnos.

—Seguro que vienen a hacer cosas malas —entendí que decía, entre mil otras cosas que no quise imaginar.

El Explorador bajaba la mirada. De puro bochorno.

Le dolía verse con nosotros en aquel sitio, con gente que no era bienvenida en las minas: un soldado, una dama sureña, un viejo y un cagacharcos. Él, que había explorado el Norte hasta convertirse en leyenda.

—¿Por qué los han dejado entrar con armas? —preguntó el mayor, o algo parecido. A los niños los entendía bastante bien. Al padre, nada, gracias al cielo, porque el tono con el que respondió era de desprecio infinito.

El trapo, que seguía manchado de sangre y parecía hasta siniestro, miraba por la borda del contenedor rodante, pero no con los dos botones que tenía por ojos, sino con los catalejos del caracol. Fuera tronaban las vagonetas que perforaban los intestinos de la roca, traqueteando y bullendo como si fueran a estallar, a romperse en pedazos en cualquier momento. A veces superábamos grutas iluminadas por hongos que emitían un fulgor violeta, a veces pasábamos levantando agua junto al trazado de ríos subterráneos, a veces atravesábamos sistemas termales y el calor se volvía sofocante, a veces nos roía los huesos el Agujero del Mundo, si nos abovedaban titánicas cúpulas de hielo cubiertas de telarañas de vidrio, glaciares interminables, bajo cuyos prismas se colaba moribunda la luz de la luna y la de mil estrellas. Pronto adelantaríamos a Jiangnu y veríamos el tránsito polar desde el tren,

como nos había prometido el Explorador.

Las peores etapas del viaje fueron las gélidas. En ellas no había más que encender una fogata de resina seca en el centro de la vagoneta. Mascábamos hongos en salazón y galletas de harina de escarabajo. Los mineros hablaban de trabajo todo el tiempo, de vetas y galerías, de piedra y explotaciones. La niña no.

—Me da miedo el de las espadas —le dijo a su padre—. Va vestido con una armadura de escarabajo.

Me volví hacia ella, medio enojado, medio apenado.

No me gustan los niños, y menos los puñeteros, pero aquella cría no tenía la culpa de ser así. Y ya llevaba poniéndome del hígado dos días.

—El de las espadas es un monje guerrero —chapurreé en aquella lengua seseante que tanto me recordaba al habla de los exterminadores—. A ti no te haría daño ni aunque tuviera que matar a toda la gente que hay aquí.

El Explorador me miró con cara de asco. La Regidora, con las cejas y las antenas del regio molusco en alto. El Astrólogo asintió con aprobación y sin sacar todos los ojos del simbionte de los míos, quizá creyendo que trataba de ganarme a aquella gente.

Y lo cierto es que es lo que pretendía, a mi manera.

—¡No asuste a la niña! —explotó la madre.

—No haga usted que me tema —le contesté.

Hubo un silencio tenso. Todos los ojos de los nautilos se clavaban en mí.

—Alguacil, sabes más idiomas raros que un saqueador de campos de batalla —me dijo el trapo con una risotada, al tiempo que me palmeaba sobre la tela de la capa y me llevaba de un mordisco hacia el narguile, arrancando una conversación anodina con la boca llena y sin dejar de sonreír con todas las arrugas de la cara de su amo.

El muy bellaco supo quitarle hierro a la situación y disolver lo que podría haber sido un enfrentamiento con los mineros.

Me hizo darle la espalda a aquella familia y relajarme frente a la lumbre. Me dio de fumar.

Sobre nuestras cabezas corría una gruta de estalactitas plagadas de gigantescos cangrejos del moho. Nos atravesaron vaharadas de gases volcánicos y termales a distintas temperaturas. Luego la cueva

interminable se puso a chispear agua ardiente sobre nuestras cabezas.

Entonces la Regidora sacó de su mochila un gusano que chillaba en un tubo y lo exprimió con las manos. Luego se quitó el caracol y se untó la mermelada de gusano en la cabeza con los ojos cerrados.

Yo la estudié con curiosidad.

¿Se acicalaba?

La espuma le corría por los cabellos y las calvas simbióticas. Abría los ojos de tanto en tanto y era para mirar al Explorador, que estudiaba un mapa de aquellos túneles con suma concentración.

Entonces ella me descubrió estudiándola y me tendió un tubo con gusano nervioso dentro.

—¿Quieres uno, Alguacil?

—¿Qué es?

—Champú.

TREINTA

MIL TAJOS

El tajo es donde se abre la tierra. La brecha. Una especie de horizonte para las minas.

Así nos lo contó el Explorador:

—El tajo es donde crecen las galerías, el punto en el que avanzan los cavadores para abrir nuevos espacios y expandir el inframundo. El tajo, ese concepto, así lo llaman, desde siempre. Hay un tajo para cada asentamiento y un asentamiento para cada tajo. Cuando un tajo se va esquilmando, los mineros lo abandonan poco a poco; primero unos pocos, luego en estampida. El número de obreros merma a medida que lo hace el rendimiento de la explotación y, llegado el día, algunos se montan en una vagoneta y marchan, familia a familia, recluta a recluta, rumbo a otro yacimiento más fértil, hasta que se largan los últimos minadores, dejando tras de sí un tajo muerto, un callejón sin salida. Y puede que hasta edificios y templos abandonados.

—Y unas tumbas dentro del hielo siete que muestran a sus difuntos igual que un escaparate —soltó el trapo.

—¿Esas fosas sin señalizar que los cagacharcos dejáis en los arenales te parecen mejor sepultura? —El Explorador negó con la cabeza.

—Seguro que le parecen más dignas al jodido tiarrón que nos dio la putísima bienvenida a la primera gruta del sitio. ¿O es que aún no te has quedado con lo empalmado que se queda un cadáver que congelan?

Hicimos parada en uno de los escasos enclaves que habían sobrevivido al agotamiento de sus filones para reconvertirse en estación de paso, un nodo neurálgico de aquellos interminables sistemas de túneles. Y allí cambiamos de tren, no sin antes desfilar durante dos horas caracol frente a una demencial vitrina gélida tras la que dormían cientos de cadáveres congelados, todos bien engalanados. Lucían unas fantasmagóricas inscripciones tridimensionales que, según pasabas, parecían bailarle al difunto sobre el pecho, quizá rezando fechas y epitafio.

El cementerio era un muestrario acristalado de restos humanos, cada uno con su foco de luces al frente, todo muy neblinoso por el vaho del hielo mortuorio. Fue perturbador.

Lo mismo que volver a embarcar en la vagoneta de carne. Nuestro segundo convoy era una sucesión de volquetes de mineral que se alternaban con los de metal, los que iban repletos de revoltijos sinuosos de caracoles ganados al glaciar y los que cargaban carne. Personas. Que tosían machaconamente.

Tomábamos la línea principal, rumbo a uno de los asentamientos más señalados y profundos del lugar. Los billetes y la comida eran cada vez más baratos y fáciles de conseguir; la gente, cada vez más cara y difícil de mirar. Nada de cuanto habíamos tratado de hacer con los lugareños parecía valer para granjearnos una sonrisa o unas palabras que no sonaran agrias. Ni un alma nos daba paso o nos saludaba. Ni los pordioseros nos pedían limosna. Muy poca gente se atrevió a tratar de vendernos algo cuando atravesamos una zona de tenderetes.

Hasta subir a la vagoneta lo hacíamos mal. Nadie quería tenernos cerca. Con suerte, aquel furgón descapotado sería uno de los últimos que habríamos de coger. Tomamos sitio en él y se hizo un círculo de vacío a nuestro alrededor.

Luego vinieron unas horas de trayecto eternas. Tras ellas, el tren se paró y nos pusimos en marcha, derechitos a buscar una cama mullida.

Había una posada con taberna y luego una excavación, un tajo, un hachazo en el hielo siete.

Porque estábamos tan al norte que ya no se excavaba mucho en busca de minerales. La veta en la que hicimos nuestra primera noche bajo techo en las minas era una explotación biológica. Gente perforando el glaciar con ácaros taladradores y orugas barrenadoras, en busca de moluscos milenarios, congelados, en hibernación durante siglos y más siglos.

De aquel enclave junto al glaciar se sacaban los preciados nautilos que favorecían aquellas gentes. Unos caracoles voraces y nerviosos, de gran dureza y carácter, de los que los ecuatoriales no sabíamos casi nada, salvo que no se veía a un minero que no llevara uno puesto. Se creía que la simbiosis con aquellos animales tan antiguos les permitía aguantar los gases de algunas cámaras y el

azufre del vaho hidrotermal. Y que sus babas eran un linimento que protegía la carne de la congelación. En ellas embalsamaban los muertos.

Majestuosa y despiadada, se desplegó ante nosotros una señora cantera de hielo: el tajo. Junto al inmenso muro de cristal, apenas una posada, rodeada por vivaques y toldos, por arañas trepadoras de las que usaban los mineros para recorrer, biotaladro en mano, las paredes del glaciar, en busca de grandes capturas.

Veníamos derrengados tras tres días de traqueteo de vagoneta y pasaje insoportable. Necesitábamos un buen cocido de setas y lombriz, sentarnos junto a la lumbre en la mesa de una taberna bonita. Y eso contratamos.

Pero dentro de la taberna no había turistas.

Sino capataces.

Los gerentes de la explotación, dándose a una vida mejor que la nuestra mientras los plebeyos picaban un muro vertical interminable, bajo una bóveda que lloraba lágrimas afiladas de hielo siete. Un goteo que cortaba como una cuchilla de basalto de afeitarse las cejas.

Ametrallar a fuerza de aguijonazos y desde abajo el suelo glacial del Agujero mientras llovían clavos al rojo: ese era el plan de vida de los mineros. Apretar orugas taladradoras contra una muralla que se defendía arrojándoles astillas a temperaturas que laceran la carne. Sus amos, en cambio, se dedicaban a trasegar etanol templado y a dejarse la paga apostando en las peleas de adictos que organizaban en el tugurio y que se sucedían desabridas a toda velocidad en una mesa de hielo enorme alfombrada por costras de coágulos congelados.

Corrían las bebidas esas que queman la garganta, brebajes malolientes que los hombrecillos de las cavernas adoran más que a sus dioses. Había bullicio y calor.

Y lo llamaban ciudadanía, civilización corporativa. Gente demasiado borracha, prostitutas tosigosas por doquier, animistas que vendían hongos alucinógenos, galenos de enfermedades pulmonares con grandes nautilos medicinales e infusiones de moho, maquinistas fardando con enormes simbiontes piloto, que eran casi pelucas vivas. Mil seudópodos ciliados les tocaban las cabezas con estilo. Pura casta.

La élite del sistema de galerías. Del Círculo Norte. Un concierto vociferante de toses y risotadas.

El trapo encajaba allí como una mosca en un volcán de esporas.

Pena que le faltara alcurnia.

Porque lo intentó, trató de pasarlo bien, preguntó si podía entrar y apostar en las mesas y hasta quiso pelearse, pero habría tenido más suerte tirándole los tejos a una princesa.

No querían ni nuestro dinero. Nos sirvieron tarde y mal. Empezábamos a odiar el sitio.

Pero estábamos junto a la chimenea, tomábamos algo caliente, descansábamos al fin.

Y entonces se detuvo la fiesta de un violento derrape.

La babosa me marcó combate inminente y se abrieron las puertas, dando paso a cuatro exterminadores armados con picos de diamante y biolátigos venenosos.

Me puse en pie y me llevé las manos a las armas por instinto. Uno vociferó algo que no entendí en la lengua de las minas. Después nos señaló y se despejaron las dudas.

Adopté una guardia de *iaido* con las manos en las empuñaduras que permitía segar al frente de un tajo al desenvainar.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

Entonces vimos entrar el vestido rojo carmesí de un tiparraco muy gordo.

Era el proxeneta. El cochero que trajo a la parcela el volquete de putas.

Los agentes lo escoltaron y atravesaron el silencio repentino de la estancia, hasta plantarse frente a nosotros.

Nos pusimos todos en guardia, el Astrólogo en pie, la Regidora con la mano en la culata del arcabuz, el trapo en pose de «uña y carne». El Explorador dejó la bebida y saltó de la silla.

—Trapo… —empezó a decir el Astrólogo, apretando la vara con fuerza y con ambas—. La noche en que te fuiste con la fulana… ¿Hiciste lo que te dije?

—Pueeees… No me preguntes qué hice esa noche; mejor pregúntame qué no hice.

—¡Maldita sea, descerebrado! —rugió la Regidora—. ¿En qué demonios nos has metido con tus puteríos?

Pero no era una detención normal.

Los cuatro exterminadores llevaban armadura orgánica. Nos habían mandado a una fuerza de choque capaz de abrir brecha en el campo de batalla. La babosa me marcó inferioridad severa casi de mala gana, quizá por la obviedad del lance.

—Estáiss detenidoss —silbó el de más galones.

Entonces el simbionte del proxeneta proyectó en el techo una holofotografía espantosa.

La puta coloreada que había contratado el trapo, abierta en canal y ahorcada de un carámbano con sus propios intestinos.

TREINTA Y UNO
CÍRCULOS

—¿Y tú por qué estás aquí? —le preguntó el trapo a la minera con la que compartíamos celda. Un amasijo albino de músculos anchos, de escasa estatura, con la cara llena de golpes y escarificaciones de las que hacen los hongos de los yacimientos.

La chica le contestó algo en la lengua de los mineros.

—Cagacharcos, no molestes a esa mujer —dijo el Explorador, desde abajo—. No es más que una picahielos.

Estaba sentado en el suelo, codos en las rodillas, manos a la cabeza. Sonaba desolado.

Se veía responsable de un asesinato.

—No creo que el castigo sea severo, por una prostituta esclava —repuso la Regidora, queriendo sonar más tranquila de lo que estaba—. ¿El meretricio por simbiosis no es aquí sentencia de criminales? ¿Qué clase de justicia concede derechos civiles a las condenadas tan seriamente? Además, qué cuernos, matar a un reo no puede hacer otros cinco.

—Eso sería en el mundo civilizado —dije.

Yo también estaba en el suelo, junto al Explorador. En la postura del loto, aquietando la respiración.

Me habían quitado armas y armadura. El tacto del hábito de tela de araña que me habían puesto me molestaba. Hacía años que no me veía en medio de un fregado y tan desnudo. Me sentía frágil, vulnerable. Tenía hasta miedo.

—Regidora… Estos nos matan al amanecer —dijo el Explorador.

—Imposible.

—¿Por qué crees que ni nos han comunicado cargos ni nos han explicado nada? En los sitios como este, el sistema legal se reduce a esta celda y a lo que toque en pocas horas caracol. Estaremos una jornada en la celda, a setas y agua. Luego nos mandarán al hormiguero.

—Llama al guardia. Tenemos que aclarar esto —dijo el Astrólogo, pero parecía más cansado que sorprendido.

—¡Y yo que me temía algo así! —grité, perdiendo por completo

la paz interior—. Cuando mandaron a tantos agentes a prendernos me dije que había que resistirse sí o sí, que yo no movilizaría a toda mi gente si no fuera para llevar a alguien al cadalso. Pero en vez de pelear os hice caso y entregué las armas. Y ahora resulta que no comprendéis bien a esta gente ni la forma en que funcionan y que voy a morir como un perro.

—El trapo no piensa morir hoy.

—¡El puto trapo es quien nos ha matado a todos! —le respondí, con una mirada terrible.

Estuve a punto de levantarme y ajusticiarlo allí, pero me sentía fatal; tanto tiempo dispuesto a morir por nada y entonces me iban a matar por algo. Pero me contuve, sabía que no iba a ser una pelea justa ni necesaria. Y que la culpa no era solo del trapo.

Miré al grupo y escupí al suelo que me separaba de ellos.

—Todo esto —dije— es por vuestro putanesco sentido de la civilización. Este grupo no está preparado para viajar fuera del Círculo.

—Ahora mismo estoy de acuerdo con el Alguacil —sentenció el Explorador.

—¡Carcelero! ¡Carcelero! —vociferó la Regidora.

No vino nadie.

La prisionera paliducha susurró algo. El trapo eructó. Yo volví al yoga.

—No tenemos derecho de audiencia ni con los funcionarios de la prisión, Regidora —dijo el Explorador, bajo y despacio—. Creo que el único objeto de esta detención es preparar el hormiguero y aguardar por si alguien prestara un testimonio que nos pudiera disculpar, antes de que el sol salga un instante. El plazo de tiempo es un formulismo prudencial. Lo tienen también con los cadáveres: no mandan a un cuerpo al hielo hasta pasado un día de muerto.

—¡No dijiste eso cuando nos detuvieron! —solté, perdiendo de golpe la poca calma que había logrado reunir. Hundí un puño en el suelo, literalmente.

El Explorador suspiró y calló.

Luego me miró y sonrió con amargura.

—No creí que la orden de detención me incluyera también a mí.

—¡Oh, amo, mira qué putamente bonito ha sido eso!

El Explorador se volvió para mirar a la marioneta a los ojos.

—¿Por qué rayos lo hiciste —masculló, apretando los dientes—, pedazo de mierda?

—¡No recuerdo nada de lo que hice con esa tipa! —contestó el bandido. Luego relajó los hombros y hasta esbozó una sonrisa—. Solo sé que, al poco de quitarle la ropa, su caracol me metió las antenas por los lacrimales y fue la hostia en verso. Sonaron trompetas de concha en mi cabeza.

—Y luego abriste a la ramera en canal —dijo la Regidora, casi tan enfadada y cabreada como lo estábamos todos con el trapo.

—Podéis odiar todos al amo y a su muñeco de tela —contestó la marioneta—, no os culpamos. Pero tampoco podemos pedir perdón por algo que, de estar conscientes, no haríamos así como así.

Yo suspiré. Hubo un momento de silencio que lo mismo nos dolió más que ninguna faltada.

—¿En serio no nos van a juzgar? —insistió ella.

—Aquí el único tribunal es el hormiguero —le respondió el Explorador—. Nos llevarán a lo alto del montículo de entrada de un monstruoso hervidero de formícidos y abrirán un corro de lanzas alrededor. Luego saldrán por la apertura de la chimenea media docena de las hormigas guerreras que cabalgan las tropas mineras, y nos despedazarán para llevarse trozos nuestros a una galería despensa, llena de ácaros y larvas hambrientas.

—Ah… Las hormigas de los norteños —dije yo—. Hubo una época en la que nos las veíamos con ellas en el frente. Son albinas, enormes, no tienen ojos. Depredadores ciegos, cavadores. Mandíbulas tremendas, aguijón. Estamos muertos.

—¿La tipa esta también? —insistió el trapo—. ¿Qué ha hecho? Me van las nenas malas, y esta tiene unos cuádriceps que dicen que podría minar solita un yacimiento entero de fermio doscientos cincuenta y siete. ¿Alguacil, cómo se le tiran los tejos a una de estas? Oh, déjalo, tú es que de eso no entiendes.

La muchacha dijo algo sobre la madre del trapo.

Sabía leer los tatuajes faciales.

El trapo también había reconocido alguno de los suyos. La moza tenía historia.

Tanta que le lanzó a la Regidora una mirada en la que se veían señales de auxilio y un gesto que era como un signo de interrogación.

La Regidora se dejó caer sobre la pared más apartada del farol de luciérnagas y arrastró la espalda por el muro hasta quedar sentada para romper a llorar, en silencio, sutilmente. En penumbra.

Hubo algo hermoso en su manera literal de derrumbarse. Algo que la retrató fuerte y frágil a la vez. Orgullosa en la derrota. Me conmovió.

No me suele suceder.

Todo estaba fuera de control. Estábamos hondo en una cueva de un país donde nos odiaban y donde nos iban a matar. Jamás pensé que pudiera terminar mis días así.

El trapo parecía más cabreado que triste, buscaba algo que hacer, como el que se aferra a las posibilidades más tontas cuando no le queda otra. Intentaba hacer de mimo con la marioneta muda para impresionar a la minera. Todo un avance.

—Astrólogo —pregunté, siempre inquisitivo—, ¿por qué le ordenaste al trapo que no se conectara con el simbionte de la puta?

El Astrólogo se había quitado el limaco y parecía sumido en una profunda conversación mental con él. Lo sostenía frente a la cara con ojos acerados. El animal le metía un tentáculo ocular por la fosa nasal y palpitaba suavemente. Con el otro ojo le miraba a los suyos al tiempo que asentía.

A saber qué se cocía entre aquellos dos (no, siete) cerebros tan íntimos. Tal vez una despedida. Desde luego, fue todo un diálogo mudo.

—Le dije —explicó el viejo, con la voz palpada por su molusco— que no hiciera lo que hizo porque sé que tiene un problema mental y hace tiempo que sospecho que si algo le revuelve la cabeza puede volverlo peligroso. Un hombre que parece controlado por un guante no puede controlar a una mujer poseída a su vez por un caracol de castigo. No hace falta ser animista para saber que una carambola entre cuatro es una locura de remate.

—Pero ¿cómo podías saber que el peligro era real? —insistí, acorralándole—. Una sospecha no daba para tanto, la verdad, y recuerdo que le dijiste alto y claro que no se conectara bajo ningún concepto.

—Tú de esas cosas no entiendes, Alguacil —me dijo la Regidora, con la voz medio rota—. Esas mujeres no tienen mente a la que se pueda llegar por simbiosis. El vínculo es con el parásito, que se

ocupa de mover el cuerpo de la ramera según lo desea el cliente. Puro guiñol. Demasiado para el trapo. Quiso jugar a su juego y le explotó la cabeza. Lo mismo fue el caracol de la puta el que cometió el crimen.

—Pues no. El simbionte solo sabe de follar —aseguró el Astrólogo—. Él no lo hizo. Y hay algo en esos enlaces que es mucho mejor que los hongos más caros.

—¿Tanto como para costarnos la vida?

Apreté visiblemente los puños. Empezaba a pensar que no saldríamos de allí sin antes hacerle trizas el muñeco a aquel pedazo de desquiciado.

—Insisto en que yo, esto es, el trapo, no maté a la mujer. Tampoco lo hizo el amo.

—¿Entonces?

—Ni idea. No recordamos bien qué pasó. El trapo os cuenta lo que sí sabe.

Mi babosa marcó mentira tibia, y no me sorprendió.

—Trapo, ¿para qué te crees que vale mi babosa? Me asiste cuando interrogo bandidos, maldita sea, que soy alguacil. Lo sé cada vez que me mientes, lo mismo que lo sé cuándo me mienten los jefes. ¿Sabes? Hubo un pleno municipal, cuando nos fuimos de la aldea, antes de dar contigo. Ante el tribunal, la jefa y su vidente declararon su intención de devolver a las arcas del pueblo la reliquia que andamos buscando. También mentían, te lo aseguro.

—Alguacil, mide tus palabras —me dijo el Astrólogo, sonoramente ofendido.

—¿Acaso son falsas?

El anciano negó con la cabeza.

—Es verdad que no pensábamos devolver el artefacto, pero porque pensábamos mantenerlo lejos de las zarpas del Gobernador. Eso sí habría sido un peligro terrible para todos. Y esa fue la labor que nos encomendaron. Porque lo que depende de ese cristal no es nuestro futuro, sino la supervivencia del Círculo.

—En este asunto, Alguacil —añadió la Regidora—, intervienen fuerzas de más allá de lo que estamos preparados para comprender.

—¿Eso es que no le vais a dar la ciudadanía al trapo?

—¡Le intentamos dar mucho más que la ciudadanía! ¡El problema es que él nos ha reventado el plan! —respondió ella, al

borde del llanto.

—Me han hecho ver los hologramas que te tomó el caracol mientras mandabas la puta al infierno, cagacharcos —dijo el Explorador, que había entrado en la celda después de despachar con los exterminadores—. Dijiste que no debías pensar y la moliste a puñetazos. Luego le abriste el vientre con la boca del guante y la que tienes en esa cara de espora reseca. Después le sacaste las tripas y, no sabemos cómo, pero armaste una soga con ellas. Tu trapo sigue manchado de sangre desde entonces. Eres un monstruo.

—Y eso de ahorcar a la gente con sus intestinos, trapo… —añadió la Regidora, con fuego en los ojos y la voz temblona—. Sabemos qué les hacen los clanes de bandidos a los traidores. Lo hemos visto muchas veces.

—La idea es que algunos no merecen ni cuerda —dijo muy despacio el trapo—. Lo he hecho antes, sí; pero es que sé muy bien cuándo lo haría y cuándo no. —Hubo otro momento de silencio. El trapo estaba inusualmente serio y solemne—. No mato así a un títere de carne caliente ni yendo reputamente borracho de etanol mineral. Los nómadas reservamos el ritual; es solo para los chivatos y los grandes timadores.

—¿Y qué? ¡Tu problema es que contigo puede pasar cualquier cosa! Apuesto a que la puta te dijo algo íntimo o turbador en medio del trance… y no lo aguantaste —zanjó el Explorador—, así que le diste el tratamiento que se da a los que hablan demasiado en el Mediodía. Tiene razón el Astrólogo, estás loco. Desde que te vi, supe que traerías problemas. Jamás comprenderás cuál es tu sitio.

El trapo, a quien nunca había visto tan enfadado, dio tres pasos hasta situarse frente al Explorador y le arreó dos puntapiés puñeteros, nada de hacerle daño, solo para provocarle, al tiempo que le decía:

—¿Por qué no aprovechas para follarte a la jefa antes de que te maten, guaperas? Seguro que triunfas. Y lo mismo así me das más tema turbador, para que se me giren las pinzas del caracol y haga otra matanza sexual aquí en medio. ¿Te parece que ahora mismo lo que quiero es follarme y desollar a la minera, verdad?

—¡Quietos los dos! ¡Ya basta! —bramó el Astrólogo con un vozarrón que no parecía el suyo de potente que sonaba. El grito tronó por toda la bóveda del calabozo.

Tanta energía bullendo en él, que siempre parecía un pozo de calma. Enojado así me imponía respeto hasta a mí. El limaco, quieto entre las manos, le bullía en mil destellos, dando latigazos con cuernos y seudópodos.

Nos barrió con la mirada al tiempo que se colocaba solemnemente el caracol en la calva. Respiraba como si estuviera a punto de meterse en agua helada.

—No nos devorarán las hormigas ciegas. Os garantizo que eso no sucederá. Explorador, tráeme al carcelero.

—No creo ni que acuda a ver qué quiero.

—¡Hazlo, te digo!

El Explorador se llevó enseguida la mano a la concha del simbionte, que emitió un tenue zumbido.

Al poco rechinó la puerta de acero que remataba el pasillo que se abría tras los barrotes. El carcelero venía a ver qué queríamos.

Era un teniente de calabozos. Dos espadas, armadura de escarabajo zapador, tatuajes militares anegándole pómulos y mandíbulas. Del cuerpo de soldados que cabalga hormigas blancas.

Me estudiaba con asco. Cruzar la mirada con él me hacía rememorar a la de tipos de su ralea que había matado yo durante años en guerras que no entendía. Solo recordaba caras y cuerpos como el suyo, con tatuajes faciales parecidos, carne que pasaba por la espada durante varias campañas. Quizá él sentía exactamente lo mismo al clavar sus ojos en mí. Supe que nos sabíamos enemigos de un modo que solo nosotros entendíamos.

Y que tendríamos que matarnos en nada.

—¿Qué sucede? —nos dijo en nuestro idioma, plantándose frente a los barrotes con los brazos en jarra y el semblante contrariado.

La Regidora se recompuso y se aproximó a parlamentar, pero el Astrólogo la apartó de un empujón bastante más que severo. Se puso enfrente del hombre con los ojos llenos de chispas y el limaco negro dando violentos destellos rojos y, a través de las rejas que le separaban con el guardia, dijo:

—Podéis soltarnos ya.

El alguacil sonrió y se volvió, dispuesto a marcharse.

—Podéis soltarnos aquí y ahora mismo. O abriré un agujero espantoso en este tajo. Os lo convertiré en un cráter maldito y

mataré a todos los que estén a mil varas del hormiguero.

El carcelero detuvo sus pasos, sin volverse, ni mirar nada más que el suelo. Tan solo se paró. Su espalda dejó de alejarse y él ladeó levemente la cabeza.

—Lo haré. Créeme, soldado. Os mataré a todos. Te juro que así será, por todas las esferas del firmamento, los tres ojos bizcos del sol y todos los muertos del hielo. Sabes que soy Gran Maestre de la Logia de Esferistas y Estrellistas, que me asisten el poder de las cuatro lunas y de cientos de cuerpos celestes, y te doy mi palabra de que no quedará ni un ácaro vivo en este tramo de galerías… A no ser que nos soltéis de inmediato y sin que medien palabras ni represalias. Esto es un ultimátum, respaldado por las fuerzas celestes. Abrid ahora estas verjas o haré que el firmamento nos aplaste a todos. Convertiré tu mundo en polvo de estrellas.

—Eso que acabas de hacer es maleficencia, viejo —dijo el carcelero—. Una perorata de brujo que aquí castigamos con severidad.

—Esto que acabo de hacer es comunicarte que te vaporizaré de tal manera que no habrá ni con qué oficiar tu funeral. Y lo mismo pasará con los tuyos, familiares, amigos y vecinos, en cuanto amanezca. Nunca amenazo en vano, desgraciado.

El carcelero le arrojó una mirada de desprecio.

—Me ocuparé personalmente de que la orina de las hormigas disuelva despacio tus huesos.

Y se largó dando un portazo.

—¡Qué de puta madre, viejo chocho! Y luego dirás que el que está zumbado soy yo —bramó el trapo, casi de una carcajada.

El Astrólogo golpeó los barrotes con la vara, y la fuerza fue tal que vibró todo el enrejado.

Nunca me había parecido tan fiero.

—¡No puedo creer que estemos haciendo piña! —escupió dando gritos—. ¡Oigo vuestras acusaciones y con cada puñalada que os dais hacéis que se curta el grupo! ¿Queréis que os saque de esta o no?

Apartó de nuevo a la Regidora (¿quién estaba realmente al mando?) y la envió con nosotros, haciendo espacio libre a su alrededor. La minera entendió algo y se sentó a cuchichear con el Explorador.

—¡Silencio todos!

Y trazó un círculo en la arena del suelo con la vara. Luego empezó a escribir en él símbolos arcanos.

—Pase lo que pase no debéis molestarme hasta que todo termine.

—¡El trapo se siente hasta intimidado! Pero ¿qué vas a hacer en este sitio, viejo?

—Cállate de una vez, cachipolla de la mierda. Acércate a este círculo y será lo último que hagas. Voy a tener que matar a miles de personas en cuanto amanezca, ¿quieres estar en la lista? ¿O prefieres ver cómo te calcino aquí y ahora?

—Me cago en la puta —susurró, y se metió la marioneta en el bolsillo.

Era la primera vez que veía algo así. En el trapo. En el viejo. En el explorador. En la jefa. Y tenía razón el Astrólogo, seguía sin entenderlos en nada, y no los veía trabajar en equipo, pero de algún modo empezaban a gustarme. Estábamos construyendo vínculos, todos juntos. Iba a ser una tragedia morir justo cuando parecía que podríamos soportarnos.

El Astrólogo empezó a contar por lo bajo. Mil números y palabras extrañas. Su caracol se encendió más que ninguna tea y empezó a vibrar como un abejorro; las antenas le trepidaban más que los pararrayos de un refugio en una tempestad de fase. Íbamos a ver algo grande.

En concreto, le íbamos a ver escribir en la arena toda la noche, con el simbionte desgañitándose.

La rea minera se deshacía en oraciones.

Lo mismo que el viejo.

Que se entregó a su liturgia de forma febril. Se le perló de sudor la barba mientras el entrecejo se le comprimía como la corteza de un helecho arborescente. Contó pasos y pasos y muescas y símbolos en la arena que trazaba y que luego sobrescribía vehementemente con otros. Me pareció ver hasta músculos tensándose bajo su túnica azul celeste. Armó tal escándalo con su ritual que no fui capaz de relajarme. Nadie durmió ni habló en aquella celda.

Solo fuimos capaces de cruzar dos frases durante la ceremonia.

—Eso que prepara —me dijo la Regidora en voz muy baja—, eso es una invocación.

Cerré los ojos y la babosa me empezó a marcar peligro, clavándome las espinas en el hombro. Me lastimó incluso.

Como nunca, ni frente a un escorpión de guerra.

—Dime, Regidora —le susurré—, la Logia de la Doble E del Astrólogo… ¿es la que nos ha metido en esto? ¿O el Concilio de Animistas? Es más, ¿son dos órdenes que trabajan juntas, o es mejor que las entienda como distintas caras de lo mismo?

Me miró con cierta ternura y no dijo nada. Presioné.

—¿Quién manda, jefa?

Entonces me pregunté si sería cierto lo que a veces se decía, que la secta de los esferistas era un poder en la sombra, una institución discreta que urdía conspiraciones para incidir en las decisiones de los pueblos del Círculo, poniendo y quitando líderes marioneta.

Estaba inmerso en una de esas historias que se cuentan en los refugios, una intriga dirigida por un entramado de sociedades herméticas, esotéricas, de actividades secretas. Y yo apartando moscas.

Creía conocer a la Regidora, tanto tiempo plantado como un pasmarote ante sus tejemanejes, y resultaba que estaba mucho más que conectada con los jefes del Astrólogo.

Por eso follaban por las noches. Los simbiontes construían alguna estructura compleja con ellos. Los usaban para pasar información a quién sabe dónde. Ejecutaban alguna especie de plan oculto y nos arrastraban consigo al patíbulo.

A nosotros y a incontables miles de personas.

Demasiados.

El Astrólogo trazó con el bastón varias líneas que entraban y salían de los círculos en la arena.

Y yo había visto a los generales del templo hacer cosas parecidas, esos ángulos, esos rebotes, carambolas sobre mapas.

Era como calculaban el trazado de las trayectorias. Con cálculos como aquellos era como se conseguía que una langosta de guerra alcanzara posiciones estratégicas de un salto. Con aquella forma de trazar las líneas se arrojaban explosivos al frente.

Trallazos que rompían la paz de mil círculos en la arena.

Un jardín zen de muy mala leche.

Una rayuela asesina.

TREINTA Y DOS

CIRCO

No podíamos ver la luz del sol desde la celda, pero supimos que el momento había llegado cuando el Astrólogo se plantó en el centro del círculo cabalístico con los brazos en alto, sosteniendo el bastón por encima de las antenas del caracol, que se estiraron hasta tocarlo. Esferista y astrosimbionte se hicieron uno con la vara de madera y juntos fueron antena.

Al poco rechinó la verja y cuatro exterminadores nos sacaron de la celda a punta de aguijón. El viejo no dijo nada; solo salió del círculo despacio y con algo de ceremonia; acto seguido, caminó con nosotros hacia el hormiguero, pero sin dejar de susurrar números y nombres extraños como si tratara de recordarlos, de no olvidar una cifra astronómica.

El trapo se puso en pie sin sacar las manos de los bolsillos e hizo cuanto le dijeron. La Regidora suplicó y recibió un bofetón que no tuve más que contemplar con impotencia. Me dolía ver humillada a la mujer a la que había servido durante años. Hasta le había cogido aprecio. Vivir para ver.

Yo también fui dócil. El Explorador no.

—Exigimos que nos devuelvan las armas, si las vamos a necesitar.

—Lass hemoss disspuessto junto al montículo del hormiguero —le respondió uno de los exterminadores—. No pienssess que no vamoss a obsservar el único derecho que oss assisste.

Me sonreí.

—Trapo, son buenas noticias —le dije al bandido mientras salíamos de los calabozos, los cinco y la minera a la que iban a ajusticiar con nosotros—. Moriremos matando.

Pero el bandido seguía con las manos en los bolsillos. Su caracol dejaba caer las antenas oculares, barriendo el suelo.

—Déjame puto pensar, jefe —dijo la marioneta, amordazada en los pliegues de los harapos.

Nos subieron a una vagoneta pequeña y nos escoltaron al hormiguero, que era puro bullicio. Cientos de espectadores se

agolpaban en torno al montículo, mujeres y niños subidos a hombros de adultos, aguadores y vendedores de viandas corriendo entre ellos. El deporte macabro estaba servido. Había hasta una grada de espectadores que cruzaban apuestas junto a los andenes de la estación que convertía aquello en un estadio. En un circo.

Era el ocio del pueblo minero.

El hormiguero estaba en el corazón de una cámara abovedada por una cúpula de hielo translúcido a través de la que se adivinaban los primeros rayos del sol anémico de aquellas latitudes. Iba a amanecer sobre la chimenea de una colonia de hormigas de guerra.

Nuestras armas y armaduras aguardaban, tiradas en la arena junto al cráter de salida. Las custodiaban los jinetes asignados a servir justicia en aquella salvajada de acto público, comandados por el carcelero al que el Astrólogo había amenazado.

Pero el Astrólogo ni pareció advertir su presencia. Seguía caminando con los ojos cerrados y el simbionte sumido en trance. Estaba erguido, tenso como la cuerda de una ballesta; de tanto en tanto levantaba la voz para explotar en cifras interminables y palabras inteligibles.

El trapo vio su pértiga y la armadura nueva y se decidió al fin a salir del bolsillo de las sucias ropas de su amo.

—Viejo, más te vale que el sortilegio esté jodidamente listo, porque tocamos a hormiga y media por cabeza, y la bicha que se va a ocupar de ti seguro que trae la vejiga llena de ácido fórmico.

—Me encanta que no pierdas el humor —le dije, queriendo mostrarme cordial en nuestra última hora.

Pero el trapo solo caminaba. Seguía cabizbajo. Aposté a que le había afectado el linchamiento verbal de la celda. La forma en que le tratábamos.

—Me las he visto en peores —añadí—. Créeme, podemos salir vivos.

No respondió. Solo se sonrió, tal vez amargamente. No supe bien qué había en el gesto que hizo con la boca tan arrugada que tenía en el centro de la cara. La marioneta tampoco dijo nada.

Atravesamos un pasillo de picas hechas con espinas de erizos de aguas profundas. Lo abrió la multitud, a nuestro paso. Eran una turba vuelta empalizada, una barrera de peones en un tablero de ajedrez. Nos arrojaron despojos y esputos, insultos y amenazas, nos

dedicaron ademanes amenazadores con las lanzas. Había alabardas, naginatas, rejones y astas de tijereta, en la amalgama de pinchos orgánicos que nos mostraban. El pueblo minero, forrándose en púas para nosotros. Había hasta falanges militares agrupándose al paso de la comitiva. Toda una señora ejecución, bien jaleada y organizada. Con una grada al fondo de la cámara que hacía la ola y coreaba consignas.

Me pregunté si realmente nos perdonarían la vida en caso de que pudiéramos reducir las fuerzas que soltara el hormiguero. Había, además, al menos mil mineros. Chusma. Me dieron lástima, tanta gente, tan poca humanidad. Nosotros también hacíamos ejecuciones públicas, pero nada de juego.

Coronamos el montículo tras una caminata tan bochornosa como interminable, y la Regidora corrió a armar el arcabuz.

Su caracol era un festival de gemidos y aullidos. Bramaba como si lo fueran a matar a él, cuando lo más probable era que fuera el único del grupo que sobreviviera a la sentencia de muerte. Aposté a que lo salvarían. Era un molusco antiguo y señorial. Tenía tronío y muchos poderes. Lo había visto atar a un gusano del Pulmón de un solo berrido, encender una reliquia de los Antiguos y provocarle un trance al huésped. Era un caracol antiguo y poderoso. Se las apañaría.

Como el caracol oteador del trapo. Que me ayudó con la cola y el pie a ponerle la armadura al amo, a anudarle los correajes; luego el amo me ayudó a mí a desvestirme y ponerme la armadura, quizá por última vez. Sentí una comunión que me serenó y me devolvió la confianza en el mundo. Al menos me dejarían defenderme del único modo que conocía y que era mío.

Había un pico en el suelo, un enorme piolet de metal azul con la empuñadura envuelta en seda y un ocho grabado frente a cada una de las dos afiladas puntas. Lo tomó entre sus manos la condenada que nos acompañaba, una muchacha de por allí de aspecto inofensivo, pero cuyos brazos no flaquearon al empuñar un arma que pesaba diez veces lo que las mías juntas, una prisionera nativa de la que no sabíamos nada y que tenía que cerrar filas con nosotros, por su vida.

Una vez armados, nos reunimos para mirarnos un instante, al modo de un equipo que se dispone a jugar la final de un grotesco

partido de rugby. Incluso acudió a hacer piña el Explorador, que no había dudado en tomar los abanicos de guerra y desplegar las cuchillas, formando una suerte de escudo y de amasijo de tajaderas que se encresparon con un chasquido más amenazador que el de mis espadas al salir de la vaina.

Frente a nosotros, un grupo de jinetes pesados se subía entre vítores a las grupas de las monturas. Ocho hormigas de guerra bien ensilladas, que movían las antenas con frenesí.

Escuché lo amargo de la multitud. Saboreé el rugido del miedo.

Abrimos un perímetro de defensa en torno al Astrólogo, que había empezado a temblar como una vaina de helecho en medio de la tempestad. Trazó un último círculo sobre la arena del montículo, en el que se encerró. Luego volvió a convertirse en una antena humana, no sin antes decirnos:

—Dos minutos caracol. Aguantad dos minutos. Casi lo tengo.

Y puso los ojos en blanco. Su simbionte bramó hasta enmudecer a la muchedumbre.

Que abrió el corro, armando el estadio para dejar espacio al combate.

Las hormigas se dispusieron en columna de ataque y aguardaron la orden de carga del carcelero.

Yo me puse frente al Astrólogo e hice un floreo ceremonial con las espadas. Tenía al trapo a la derecha, tentando molinetes de pértiga, y al Explorador a la izquierda, inmóvil tras las cuchillas de los abanicos, en una postura que parecía hasta relajada. A mi espalda, la Regidora apuntaba al frente con el arcabuz.

—Todo el mundo quieto hasta que yo no ataque —les dije.

—Damas y caballeros —anunció el Explorador, solemne y con un sutil tono de burla—, ha sido un error haberles conocido.

—Tú lo que querías era desvalijar a la niña y luego cepillártela, puto.

—¿Te parece el momento de hacer el payaso? —estallé—. ¿Pretendes conseguir una escopladura en el hielo siete con alguna de tus gilipolleces de epitafio?

—Pues se me ocurre que…

—Que me asista el Dios de las cavernas —musitó en su lengua la joven minera, con una letanía ceremonial que yo había oído antes entre los milicianos y los reclutas que mandaban al frente algunos

países del bloque enemigo; fue rezando primero por lo bajo y luego subiendo el volumen, hasta acabar a voz en grito—. Caiga sobre mí la más profunda de las negruras, bríndeme su abrazo eterno el hielo siete, que la tierra me trague si mi pico no abre el hierro, en esta hora aciaga. Soy mis brazos y mi determinación, ningún metal detiene mi paso. ¡Temed así la furia de las tempestades bajo el cielo negro como a la de los mineros debajo del suelo más oscuro…!

Y siguió y siguió, bramando rezos antiguos cada vez más fuerte, juramentos que yo ya no conseguía entender bien. Su rebote fue enardeciendo e indignando al graderío, que explotó en un oleaje de insultos e improperios. Algo se había profanado.

—Pero ¿esta loca de verdad va a pelear con nosotros? —pregunté.

—Los tienes bien puestos, nena —le dijo el trapo, moviendo obscenamente los dedos de la boca—, pero no nos cabrees tanto al público, que los putos tuyos han pagado para verte morir sin dar ejemplo ni lecciones de nada, ¿eh?

Se veía que todo cuando podía hacer con su vida la muchacha era jugársela, a nuestro lado, apostar a defenderla por las armas.

—Toda ayuda es poca —dijo la Regidora, con el arcabuz cebado y listo para disparar. Se lo echó al hombro un momento y con la otra mano sacó un frasco de vidrio en el que aposté que habría… ¿champú?

Una hormiga zumbó. Acababan de espolearla con un violento latigazo simbiótico.

—¡Atentos todos! —resolví.

Entonces el trapo hizo que ya nunca le volviéramos a ver igual.

Se quitó el guante. La marioneta. Se sacó la manopla y la arrojó a la arena del montículo.

Pero la manopla siguió hablando. En movimiento y de parloteo.

—Así que las hormigas son ciegas, ¿no? —dijo desde el suelo, libre al fin de los hilos—. Monturas ciegas. Lo mismo que el amo. El trapo se lo conoce. Sabe cómo va.

—Pero ¿qué locura…? —empecé a decir.

Y, por la apertura en la que solía tener metida la mano del falso ventrílocuo, el guante sacó un espantoso conglomerado de antenas, patas, seudópodos y cilios. Y una cola larga plagada de neuroespinas sobre la que se puso a serpentear por la arena.

Como solía hacer en el Desierto del Mediodía.

La multitud enmudeció un instante y luego derramó más gritos y apuestas.

—¿Qué os pasa, puta gente? ¿Es que nunca os han echado el guante?

Dicho lo cual, el simbionte, una especie de zarpa reptante envuelta en un tejido que igual resultaba no era de trapo, la emprendió a saltos.

Pisotones. A mano abierta. Se puso a palmear sobre la arena con la fuerza de algo que parecía que pesaba toneladas.

—¡Estoy aquí, bichas! ¡Aquí tenéis al malo más gordo de estos! ¡Yo tengo la culpa de que estemos todos aquí, y es porque soy un prenda! ¡Mirad el estruendo que arman mis pisadas con vuestro tacto!

—Buena treta —dijo el Explorador—. O, vaya, tiene más ingenio que cagar en un charco. No me esperaba de ti algo tan chungo, pero el caso es que los jinetes tienen riendas.

—El caso, Explorador —le dije yo, entre horrorizado y entusiasmado—, es que si esa infantería montada es tan peligrosa es porque debemos guardarnos de las lanzas de los jinetes y, a la vez, de las tenazas de las hormigas, que atacan por su cuenta. Tienen la fuerza de una tormenta y te pueden partir en dos. Pero no creo que las cabalgaduras ciegas acierten a encontrarnos por las vibraciones de nuestras pisadas… si el suelo retumba así.

El bandido me miraba con una expresión extraña en la cara.

La suya.

Sin un títere que hiciera ventriloquia con él.

—Salud, Alguacil —dijo el tipo, usando la voz de su propia garganta por primera vez—. Creo que nombre de mí ser Miyamoto. Miyamoto el Cabrón.

Y el amo del trapo (¿o era el trapo del amo?) me tendió una mano de niño pequeño, perforada por quince opérculos simbióticos.

—¡Que me aspen! —dijo la Regidora, casi bajando el arma.

—Asparte no, cacho mema —dijo el monigote, escupiendo arena y jadeando entre bote y bote—, pero si no quieres empezar el día despedazada en un matadero de hormigas será mejor que nos cubras con ese trasto. Por cierto, mi caracol te ve las tripas, así que aprovecho para motivarte: estás putamente preñada, y tu caracol, a

punto de desovar.

Remató la frase metiendo un dedo en la arena y enterrándose en un visto y no visto.

Acto seguido volvió a emerger… a varias lanzas de distancia, donde la reemprendió a manotazos con el terreno.

—¡Estoy aquíii! —bramaba el trapo, eufórico perdido—. ¡Me ves! ¡Ahora no me ves! ¡Eso es porque no miras por los agujeros de dos botones para el sol!

Sí, aquel engendro de trapo era una de las bestias imposibles que pueblan los arenales del Sur. Y estaba en su elemento, sobre un lecho de sílice y polvo molido. Se las veía bien dentro del Agujero, qué narices. Aprovechaba el montículo de arena para estirar los tentáculos y echar una meadita territorial.

Al poco expulsó por un opérculo de la cola un chorro del apestoso anticoagulante que inoculan los insectos simbióticos. No lo iba a necesitar si iba pasar un rato desconectado del huésped; se ajustaba a vivir desprendido del amo.

Que movía la pértiga en molinetes a dos manos pese al muñón de la derecha.

—Es como con convoy blindado, Alguacil —me dijo Miyamoto el Cabrón, con todo el acento sureño y una voz ronca, cazallera, a la que no quería tenerme que acostumbrar.

Y en esas que vino contra nosotros el convoy blindado.

El carcelero bramó carga, y las patas de las hormigas sonaron sobre la arena como la carrera de un escorpión en las dunas del Mediodía.

Bestias acorazadas medio confusas que no tuvieron más que alongar al máximo las antenas táctiles y batir el aire con las pinzas.

Sus bramidos resonaron por toda la bóveda, haciendo que nos cayera en la cabeza toda suerte de escarcha y pequeños carámbanos. Quizá una estrategia antigua de los mineros, pensada para atacar primero a los simbiontes y hacer valer la ventaja de que ellos llevaran a los suyos alojados en la nuca.

Pero el caso es que el cascote que le cayó encima al Explorador se deshizo sobre los abanicos y que la picahielos apartó a la Regidora de una zona más peligrosa, que no recibió más que un suave granizo. Mi babosa me indicó que me hiciera a un lado, el caracol de Miyamoto interceptó una estalactita con los cuernos sin

inmutarse, y el Astrólogo, como si su limaco negro fuera un imán, repelió dos rocas de hielo más grandes que él que casi cayeron sobre el público. El trapo tuvo suerte.

Y así fue como pasamos la primera prueba.

Y tuvimos el primer premio: la luz del amanecer blanco a través del diluvio de hielo siete, tan espectacular. Una escena que veré en la tumba.

Como la violencia de después.

TREINTA Y TRES

GLADIADORES

Di una finta rápida a un lado y luego tiré al otro para engañar la trayectoria de la lanza del carcelero al embestirme, y así sorteé la antena delantera de su montura. La segunda la segué de un tajo con el filo derecho al tiempo que descargaba el izquierdo sobre una de las patas al pasar el animal, que se dobló como si fuera de aluminio. La melladura en el filo del arma iba a ser fea.

Luego aproveché la inercia del tajo para lanzarme al suelo, girando sobre mí mismo, y caer de espaldas en la arena, donde patiné sobre las placas de la capa de mi armadura. Nada se desliza mejor sobre la arena que las alas de un escarabajo ditisco.

Yo también había aprendido a pelear en los arenales. Con escorpiones. Esto no iba a ser distinto. Seguía siendo capaz de escurrirme por las dunas como un vendaval, de aprovechar la fluidez de mis movimientos para ponerlos en comunión con los del suelo y ser una montaña, una tempestad en la arena.

Aquello era yo, otra vez luchando en el desierto, poniéndome de un movimiento suicida bajo la panza de un animal, para descargarle dos cortes cruzados en el abdomen. La escena primera de la batalla, y ya tocaba darse un chapuzón en fluidos de megainsecto.

La hormiga quedó malherida, medio despanzurrada. Se hizo a un lado y bramó, para rodar por la arena llevándose al carcelero al olvido de los mil huesos aplastados. Su lanza se quebró como un monumental mondadientes. Las patas del animal, otro tanto. Dos cacharros astillándose juntos, sin más.

Entonces me encontré tumbado y expuesto a las mandíbulas de la bestia que venía detrás. Viéndome medio cegado por la sangre y las vísceras, decidí que me iba a rebozar: rodé, armando un revoltijo de arena y pegotes con la capa que me evitó acabar ensartado en la lanza del segundo jinete.

Conseguí recular, ponerme en pie y abrir guardia de espadas a un flanco del picador, pero con tanta gelatina y resina cubriéndome de la cabeza a los pies me fallaba el equilibrio, me salían mal los movimientos. Estaba también desorientado después de varios giros

y de llenarme la cara de arena y vísceras; solo pude que retroceder dos pasos y pasar a aquilatarme con el oponente, que hizo amagos de cargar y luego, en un titubeo, mantuvo cierto respeto y distancia mientras se decidía, calibrándome; me tanteó los reflejos y trató de determinar si estaba sonado o si se la iba a liar tan parda como a su jefe. Vi la escena a vistazos, al tiempo que recuperaba la movilidad con un balanceo que iba dejando caer vísceras de insecto y geles abdominales.

El Explorador tenía un tajo muy largo pero superficial. Se había llevado un latigazo de la antena de una hormiga, bien rematada con una tenaza de pinzas. Estaba asido de la cintura por los alicates del animal. Justo cuando parecía que el jinete lo iba a ensartar o que las fauces de la hormiga lo conseguirían llevar al filo cortante para seccionarle el abdomen por la mitad…, la Regidora abrió fuego.

Descargó un cono de plomo sobre el costado de la hormiga, que aulló de dolor y soltó al Explorador… para encararse con la Regidora y el humeante cañón.

Por su parte, el simbionte de joyero de Miyamoto el Cabrón había dilatado los ojos lo mismo que un par de globos. Miraba cosas de las que el ojo humano no puede ver. Vi al trapo dar un sublime salto con pértiga con unos movimientos de acróbata que solo le conocía de cuando le hacía pelear conmigo. Se lanzó a un lado del animal que se disponía a embestirle, pero lo hizo cayendo de pie a su flanco, para descargar el extremo romo de la fusta sobre un punto exacto y concreto… que se abría entre dos de las placas abdominales del exoesqueleto de la hormiga gigante.

Un ganglio.

Con la precisión de un diamantista de los que miran las cosas a través de dos lupas potentes, el bandido desactivó a un monstruo pulsando un nervio, un botón que lo hizo ovillarse como a un bicho bola y rodar por la arena en un espasmo involuntario demoledor, mortal.

El jinete que tenía yo delante no se decidía a cargar contra mí. Era apenas un muchacho al que lo agresivo del despliegue le había pillado por sorpresa. Aposté a que era solo un recluta o a que estaba acostumbrado a que los ajusticiamientos fueran un paripé, y me decidí a abrir una secuencia de tajos al frente con la esperanza de destrozarle las mandíbulas a su animal.

Pero juzgué mal. No suele pasarme. Mi babosa me avisa antes; ella sí sabe aquilatar a un oponente. El problema es que a veces hasta el oponente más fácil puede lanzar ataques certeros.

El chaval arrojó la lanza con fuerza y decisión cuando ya no lo esperaba, y al hacerme a un lado conseguí que no atinara a clavármela en el cuerpo… Pero me perforó una placa de la armadura, un ala de escarabajo. Ensartó el arma hondo en la arena, dejándome a mí bien anclado al suelo.

No podía medirme con algo tan grande como una hormiga gigante estando estático.

El animal notó que dejaba de mover los pies, de bailarle, y supe que iba a asestar un mordisco terrible.

—Pero ¡qué putamente negado estás, Alguacil!

El muñeco se lanzó directo a la cabeza del jinete. Pensé que se había hecho puño, pero no.

Se hizo zarpa.

El simbionte se agarró a la cara del chaval y usó la sierra de la cola para abrirle el cuello. Para colmo, y con las pinzas, le arrancó el nautilo que llevaba en la nuca de un crujido.

La hormiga se derrumbó, se desplomó sin fuerzas y aplastó el suelo, con las patas presas de un baile de espasmos y tics de insecto. Había perdido el vínculo mental de la peor forma posible; su sistema nervioso se colapsaba. Derrame, síncope, ictus. A saber.

De lo que pudo pasarle al chaval, no creo que ningún galeno o cirujano entienda mucho, porque de los oídos del joven soldado minero brotaron dos chorros de sangre, dos surtidores racheados que llegaron a verter más que los caños de un abrevadero de mariposas. De la nuca le salieron fluidos de sesos.

Envainé, me pasé el guante por los ojos, arranqué la lanza que me mantenía clavado al suelo y me dispuse a auxiliar a la Regidora, que corría por su vida.

Pero el Explorador salió al paso del animal que la perseguía, blandiendo los abanicos en círculos. Hizo aspas para rechazar el aguijón de la hormiga y lo segó en ocho tajos, convirtiéndolo en una ristra de salchichas. Después detuvo los molinetes para formar escudos, con los que bloqueó los latigazos de las antenas. Remató la jugada arrojándole un abanico. Lo agarró por la cuerda y, sin soltarla, lo lanzó.

Y, suelta la cinta que mantenía unidas las láminas, su estructura se desperdigó en una lluvia de cuchillos. Abrió ocho bisturís al vuelo, que se clavaron en la cabeza de la montura y las piernas del jinete, ametrallándolo.

El pijo aquel había abortado él solito la carga de una hormiga de guerra.

La mandó adonde aguardaba la muchacha minera, que no dudó en bramar y descargar el pico sobre un costado del tórax del animal.

—¡Te abriré lo mismo que a una veta de agua caliente y podrida!

Y todos pudimos comprobar qué puede hacer el pico de un minero sobre un exoesqueleto metalizado: un boquete del tamaño de un puño, profundo como el antebrazo de un hombre hecho y derecho. La hormiga fue perforada, dobló las articulaciones y rodó montículo abajo.

La Regidora, tanto correr por la arena, resultó que iba directa a otra de las hormigas de guerra.

Tan directa como que no huía. Para nada. La jefa cargaba. Alucinante.

Se plantó frente a otro jinete y le arrojó un frasco de vidrio. El cristal se hizo añicos contra la cabeza de la hormiga y estalló en un fuego verde, alquímico, artificial. El animal se vio de pronto envuelto en un abrazo de llamas y chasquidos, que se extendió por grupa y jinete, arrugándolos y haciéndolos bramar y deshacerse en mil volutas de humo.

Como para ir jugando con los potitos de la jefa.

Tenía todo un pelotón de soldados conmigo. Fue un momento glorioso.

Que se esfumó cuando, de la chimenea que coronaba el montículo, salieron docena y media más de aquellas bestias.

El griterío en las gradas nos comunicó que no íbamos a poder con una compañía entera de soldados montados.

A lo que la Regidora respondió sacando un cartucho de dinamita de la camisa. Lo sostuvo en alto y corrió a coronar el hormiguero.

—¡Cubridme!

Pero justo entonces, cumplidos los dos minutos caracol que había pedido, fue el Astrólogo el que estalló:

—¡Ya está! ¡Ya viene!

Y con esas palabras detuvo el combate.

Nos volvimos todos a ver qué eran los fogonazos de su simbionte. Las gradas callaron; la multitud en armas se centró de pronto en nuestro hechicero.

Porque su magia hizo, por un instante, el día en la caverna; la concha del limaco arrojó una luz caliente, que no se había visto jamás en aquel sistema de túneles subpolares. Una luz de arenal, de justicia.

El viejo estaba envuelto en rayos y humeaba. Luego se apagó igual que un rescoldo, iluminado en un naranja espantoso… por dentro. Tembló y vibró, después se enfrió con un siseo, dejando exangüe a un anciano que volvía a verse desvalido, enfermo.

—Vaya mierda de pirotecnia, yayo —dijo el trapo—. ¿Esto para qué ha sido?

Y un rumor frío recorrió las gradas. La gente se levantaba.

Porque cuando se atenuó la luz del Astrólogo, algo sobre la bóveda de hielo se encendió en un fuego rojo.

El silencio campó por la gruta. Más de un espectador avispado se iba del circo; despacio primero, a la carrera poco después.

Hasta que alguien en los palcos se decidió a gritar la voz que hizo que cundiera el pánico. Al parecer, se empleaba la misma palabra antigua en la lengua de los mineros, en la nuestra y en la del templo:

—¡Meteorito!

TREINTA Y CUATRO

DESTRUCTOR PEQUEÑO

Alcé la vista. No me podía creer lo que estaba viendo. Me deshice la boca en espumarajos al gritarle:

—Pero ¡qué demonios has hecho, viejo brujo?

—¡Por todos los caracoles del Círculo! —gritó la Regidora, guardando los explosivos—. El Astrólogo ha llamado a un bólido. El cielo se desplomará sobre este sitio. ¡Va a estallar todo! ¡Tenemos que salir de aquí!

Los mineros estaban en ello.

Corrieron como una colonia de cucarachas sorprendidas por la luz de un amanecer repentino, marcharon a toda prisa a las vagonetas del tren de la carne, que partió casi sin esperarles y hasta dejando corredores atrás y atropellados al frente. Otros cavadores, lo mismo que los jinetes, se arrojaron al hormiguero, muchos lanceros saltaron a los respiraderos de gas termal que bullían tras los andenes. Nos dejaban solos.

El único miembro del pueblo minero que no corría era el que se había unido a nuestro grupo en la celda del calabozo, la muchacha del pico. Parecía que acabábamos de fichar a otra descastada en el camino, que su pueblo al completo nos la dejaba para nosotros solitos.

Guarnición para que nos comiéramos el cometa. Una tonelada de acero fundido procedente del manto de estrellas fugaces que cubre el cielo profundo del Agujero del Mundo nos habría aplastado en nada. Astrología al límite. En aquel lado del mundo, el cielo no estaba protegido por el sol, sino que daba la cara a una oscuridad inmensa, desconocida y durísima en su violencia. Me pregunté si alguna vez llegaría a tomar conciencia del calibre de la pesadilla en la que andábamos metidos, juntos y revueltos.

Forzábamos los límites de nuestra realidad enferma.

El Astrólogo echaba humo, tenía convulsiones y su simbionte parecía inconsciente.

—Solo he podido… —dijo como pudo— traer al suelo a un destructor pequeño… Aún podemos escapar, si nos movemos

rápido.

Miyamoto el Cabrón llamó a su muñeco de trapo, que acudió reptando a enguantarle la mano. Mientras la compleja tríada simbiótica que tenían se recomponía con convulsiones epilépticas, el caracol telescópico puso ojos de prospección y barrió la gruta de un plumazo, con un haz de luz de detalle, lo mismo que la de un faro. Escaneó con un hilo luminiscente de color rojo la estancia y luego la marioneta tosió arena y nos dijo:

—Hay otro convoy en las vías, un tren de dos vagonetas encarrilado con rumbo Norte. No lo han cogido porque no tiene tiro. Necesitamos engancharle una locomotora y salir de aquí cagando larvas.

—Puedo atar a esa hormiga —dijo la Regidora, con la palma de la mano sobre la concha del enorme boyuno—. Está herida, pero se ha quedado sin huésped. Igual mi simbionte puede dominarla. Armar un vínculo de control.

—¿Y podrás hacerla correr por los raíles? —preguntó el Explorador—. ¿Tirar de los cinco?

—Ahora somos seis, capullo —dijo el trapo, apuntando a la joven con los ojos del simbionte—. Me cae bien la minera porque no habla si no es para abrir cabezas, y tiene un pico de oro. ¿Me la puedo quedar, jefe? Creo que el tatuaje ese que le hicieron en la cara, un círculo partido… ¿Eso no es adulterio? Prometo no usarla tanto como a Miyamoto el Cabrón.

—¡Cállate, cansino! —dijo la Regidora.

La muchacha pareció entender lo que decíamos, quizá por los gestos, y corrió hacia el tren dando gritos.

—La única salida rápida es por la vía. Hay que ir al Norte, al Norte —creí entender, entre más frases a las que no pude ni arrancar palabras sueltas.

—¿En serio esto es todo lo que tenemos, Regidora? —insistió el Explorador, doliéndose de un tajo que se había llevado en la refriega—. ¿Una hormiga podrá tirar de dos vagonetas de carne? ¿Sacarnos de aquí y doblar las curvas inclinándose como un milpiés? ¿Seguro que ese animal puede traccionar así?

—Ese animal, tan viajado que estás tú —le dijo el trapo al Explorador—, puede meter en su despensa a un escarabajo del estiércol, él solito, sin apoyo del hormiguero. Levanta sobre la

cabeza cosas diez veces más grandes que él. No te haces una idea de la fuerza de ese bicho porque no te ha pillado con las pinzas. Qué pena que no te haya partido en dos.

—¡Que te calles ya, o te largo de una vez por todas y para siempre! ¡Es una hormiga de los túneles, pedazo de idiota! ¡Está hecha para excavar! —intervino la Regidora.

—Pues la minera lo tiene claro y yo no veo más opciones… Oh, qué demonios, tampoco hay tiempo para pensar —sentenció el Explorador, volviéndose a la Regidora.

Que ya corría hacia la hormiga caída, todo un amasijo de patas, antenas, aguijón y tenazas que se movían a golpes convulsos, lo mismo que ante cualquier lesión cerebral.

—¡Id a las vagonetas, deprisa! —nos dijo nada más acercarse, muy despacio, al animal.

Su caracol cantó montura. A todo meter.

De poco explota.

El trapo corrió a los aparejos de ensillar de la vagoneta, el Explorador se apretó en el pescante del maquinista, la joven minera ya estaba agarrada al pasamano del bordo, gritándonos mil cosas en su lengua; yo me puse al Astrólogo a la espalda y corrí circo abajo y luego por todo el andén hasta subir al viejo al tren. Estaba caliente, como recién salido de una sauna. Su caracol me rebotaba encima, se había quedado colgado de unos nervios espantosos que le salían de los agujeros del cráneo al viejo. Me pregunté si no iría a morir. Y fueron unos instantes de infarto, cuando todo empezó a vibrar. Y el hielo siete, a chasquear.

Porque arriba, sobre la bóveda de hielo, un sol blanco se dilataba y amenazaba con estallar justo encima del círculo que había trazado el Astrólogo en la arena.

TREINTA Y CINCO

ORIGEN

El traqueteo de los cascos de la hormiga sobre las minas sonaba con la cadencia de uno de esos relojes de cuerda que usan los urbanitas.

Aquel bicho tomaba fatal las curvas de los raíles, pero en cada recta era una repetidora imprimiendo ritmo. Sus pedaladas parecían las del que echa una carrera explosiva en un velocípedo que de pronto ya no hace más tracción: aceleraba como el canto de la cigarra en cada arranque, sin renunciar a las pausas. Nunca había notado nada igual; era una motorización que tironeaba de todo en violentas sacudidas, pero sin variar el ritmo de las pisadas de forma evidente; era demencial, una música que hacía casi imposible acomodarse al viaje.

Ser tragados por un arroyo.

Al principio a plena carrera, en una huida en la que de poco nos matamos, pero que nos dio para salir del derrumbamiento de los túneles: primero nos llegó una vaharada de aire ardiente, de vapor hidrotermal. Luego empezaron a llover carámbanos y después todo fue polvo y tormenta de hielo.

Que nos abrazó. Fuimos apedreados por un granizo hecho metralla.

Pero escapamos del meteoro.

El vagón de cola no resistió el manotazo de aire a presión y grava de hielo siete. Quedó como un colador, perdió las ruedas traseras y comenzó a vomitar chispas azules sobre los raíles. Hubo que soltarlo.

Con él, abandonamos un cargamento de pepitas de lo que parecía un extraño metal de color blanco plateado.

—Sal de gadolinio.

O algo que sonaba como eso, dijo la minera.

—Cuando se encuentra una pequeña veta de gadolinio —añadió —, se mina y se deposita el metal en una vagoneta que mandan a la única línea que sale directa al norte profundo.

—¿Cómo es eso? —quiso saber el Explorador.

—Los mineros no sabemos. No preguntamos quién compra ni para qué. Sacamos mineral y sacamos metal. Eso es todo.

El Astrólogo estaba fatal. Enfermo como nunca. Fiebres y una respiración fea. El simbionte parecía muerto; estaba reseco y lánguido y exudaba unas babas pestilentes. Me pregunté quién de los dos había hecho el esfuerzo de atar el cometa y hacerlo caer. ¿Los poderes eran suyos o del caracol? La Regidora habría dicho sin dudar que las fuerzas surgían de la comunión de sus cuerpos, pero no podía evitar pensar que el Astrólogo había calculado la trayectoria y el caracol…

En fin. Misterios del arcanismo.

Quise hablar con el viejo, pero decidí que tampoco era buena idea sacarlo del trance porque sí. Al fin y al cabo, cuando se oyó la explosión, le oí estallar en mil carcajadas de loco y de ahí pasar al llanto.

Mientras el trapo y yo soltábamos la vagoneta de cola, hecha un amasijo de hierros y agujeros de proyectiles de hielo siete, el Explorador, con un mapa a medio enrollar en las manos, nos dijo:

—Sales de gadolinio. Es lo único que todavía les venden a los hombres que andáis buscando. Este en el que estamos es el único convoy al norte terminal. Vamos por buen camino, rumbo a la última frontera. Me encanta esto.

Su babosa apuntaba nerviosamente y con ambas agujas oculares en la dirección en la que avanzábamos, dándole la razón.

Así que nos aprestamos a acertar con la ruta.

La Regidora se mataba de la tensión al pilotar aquel trasto. A su lado, la otra chica, la minera, enfocaba la oscuridad en la que nos sumergíamos con los tentáculos del nautilo convertidos en faros de larga distancia. Chorros brillantes de un naranja inolvidable.

La luz de los mineros.

—¿Eso es lo que hacen sus simbiontes? —me preguntó el trapo.

—No entiendo de esas cosas —le contesté.

—Hablas su idioma, pero no conoces sus secretos.

—Exactamente. Esta gente no tiene libros para leer, conque tampoco esconde muchas historias que contar. Y menos, a nosotros, a los ecuatoriales, que vivimos bajo los cielos y no bajo los hielos.

Al poco, relajamos el ritmo y el Explorador se aproximó al pescante para decirle algo a la minera, que trataba de indicarle el

camino a la Regidora.

Y fuimos tomando desvíos, metiéndonos siempre en túneles más y más antiguos. Estrechos.

Perforados con máquinas.

Más que túneles eran conducciones. Canales. Cilindros perfectos alfombrados por unos raíles que se volvían cada vez más rectos y sofisticados.

Fuimos dejando a los lados diversas explotaciones mineras. Tajos tenebrosos, abandonados desde hacía siglos, en los que no se veían más que setas de luz y luciérnagas que a duras penas iluminaban las moles de hielo siete rellenas de cuerpos plantados como pasmarotes. Canteras, aperturas de minas y vetas geológicas abiertas, junto a las que se adivinaban los restos de edificaciones sencillas, manantiales y chimeneas hidrotermales, estanques y remansos de los ríos subterráneos, y otros mil cementerios transparentes como los que solo el pueblo minero sabe hacer. La humanidad, en su avance y retroceso, dejando tras de sí parajes esquilmados y estériles. Perdiendo cuerpos.

—¿Adónde vamos a llegar por aquí, exactamente? —le pregunté al Explorador.

—Estamos muy al norte ya. Nos dirigimos hacia los lindes del sistema de túneles. No hay ni un tajo habitado en el camino que tenemos por delante, por lo que no volveremos a dar con los suyos —me contestó, señalando con la mirada al nautilo que habitaba la nuca de la muchacha—. Y a ella le parece bien. Parece interesada en escapar. Dice que viene con nosotros.

—Pues ahora dile que vamos directos al avispero más negro del mundo.

—Pararemos en un templo, cagacharcos. Luego será cuando nos toque acceder a la superficie, salir al Agujero.

—¡La superficie! El trapo quiere saber qué fumas.

—Pero ¿cómo vamos a abandonar el vapor caliente de los túneles? —pregunté yo—. ¿Nos vas a hacer salir para que nos matemos contra la oscuridad y la helor del Agujero? ¿Te has vuelto loco o no sabes qué es aquello?

—Lo único que aún no tengo claro del todo —admitió, con una sonrisa un tanto sarcástica— es cómo nos haremos a la intemperie, eso es cierto, pero el caso es que el extremo norte de las vías sale

del sistema termal muy cerca de una ciudad de los Antiguos… que dicen los mapas que sigue habitada. Sospecho que es adonde mandan el gadolinio. Y ahí acaba mi misión, que no es otra que llevaros a despachar con los jinetes de serpientes.

—A mí me da que tienen mucho que ver con los Antiguos, si es que no son la misma cosa —le dije.

—Será divertido explorar y averiguarlo. Al final resultará la expedición más remota y fascinante. No sois tan mal cliente como parecía cuando accedí a dedicaros un rato.

—¿Nunca te preguntas cómo puto saldrás de los nidos de insectos en los que te metes por deporte, campeón? —dijo la marioneta, esbozando una sonrisa.

—Nunca —le respondió él, devolviéndole el gesto con algo que parecía complicidad; o me fallaba el olfato, o aquellos dos acabarían por llevarse bien—. Soy un explorador, un descubridor. Solo me interesa cómo se puede llegar más lejos. El camino de vuelta a casa se me hace poco más que un trámite, fácil y aburrido.

—¡Menudo montón de propaganda te pones por medalla! —le dije.

Y él asintió, con una sonrisa de pícaro. Empezaba a gustarnos a todos. Se le veía magnético, una brújula humana hasta en las miserias. Normal que a la jefa le hiciera tilín.

—Ya veremos si, cuando dices que volver es lo de menos, los mineros que intentaban entretenerse con nuestro desmembramiento te dan la razón —le respondió el trapo—. Porque, con la cámara mortuoria hecha un cráter, me parece a mí que mi sueño de vivir en una ciudad se va al carajo. Aquí lo mismo no hay carriles de vuelta al Círculo, de modo que no os sorprenda si el amo y el trapo dicen que o se prepara ahora mismo un plan para salir de aquí, o la vamos a tener.

—Tú no nos dejas tirados ahora, trapo —le dije, en tono de amenaza—. Ya saldremos de esta, de un modo u otro.

—Tranquilos los dos —dijo el Explorador—, que este sistema de túneles rodea unos cuantos criovolcanes; no veo por qué no iba a poder rodear un cráter.

—¿Qué es un criovolcán? —preguntó el Astrólogo, entre tiritonas.

—Un géiser que vierte en lo hondo del Agujero —explicó el

Explorador—. La temperatura que asola la superficie del abismo negro es tan baja que el vapor de agua a presión que consigue ver el cielo estalla apenas emerge, en horribles explosiones de hielo azul. Son volcanes, como los que hay más allá del Círculo Sur, en el centro de las arenas negras del Desierto del Mediodía, solo que los del Agujero del Mundo en vez de escupir fuego forman hielo, hielo siete. El más duro y terrible de todos, el que solo se adensa en los criovolcanes.

—¿Y has visto muchos criovolcanes de esos? —le pregunté.

—Hemos rodeado varios para llegar hasta aquí. De hecho, el trazado de los trenes es posible gracias a las corrientes secundarias de vapor que vierten en las fumarolas de los volcanes. Diría que tengo mapas como para encontrar una forma de bordear un derrumbamiento grande, que en este sitio son frecuentes. El cielo de las minas bulle de meteoritos.

—Vale. Si hay salida para esto, el trapo sigue a la gresca.

—No me puedo creer —les interrumpí, casi a desgana— que estéis pensando en salir del Norte justo cuando caemos al Agujero del Mundo. La pregunta en realidad es cómo haremos trayecto cuando al techo que nos cobija lo reemplace una oscuridad álgida, capaz de hacer añicos el hielo siete.

Entonces pasó algo. La hormiga comenzó a caminar despacio.

No es que diera uno de sus misteriosos tirones, es que trataba de frenar. De detener el convoy, que había pasado a empujarla.

Nos acercábamos a una estación en la que no logramos parar. Nos detuvimos un largo trecho después del apeadero porque el animal de tiro no podía con su propia inercia. Las hormigas mineras son auténticos prodigios. Con razón las usan para la guerra.

Estábamos por fin parados, en una gruta de proporciones tan formidables que no se veía la bóveda. El andén daba paso a un poblacho abandonado de casas decrépitas, de olvidada arquitectura, que parecían hechas con rocas informes. Junto a ellas había una escalera magnífica de peldaños de hielo que ascendía por una pared encrespada del glaciar, hasta alcanzar el abrigo de un témpano en el que se había levantado… un templo. También en hielo siete.

—He leído sobre este sitio —dije de repente. Y me volví a la minera, hablándole todo lo macarrónico que pude—: ¿Esto es templo grande?

Ella asintió. Y me miró con cierto respeto.

—Aquí es donde… pueblo minero empieza, ¿sí? —añadí.

Y volvió a asentir. El Explorador sonreía.

—¿Qué es este sitio? —dijo la Regidora, apeada ya del pescante. Estaba exhausta.

—Un santuario minero —anunció el Explorador con cierta reverencia, al tiempo que ayudaba al Astrólogo a ponerse en pie—. Aquí es donde se sacó del hielo el Primer Caracol. Es la Ermita del Amanecer, la del Nautilo Primigenio.

—Antes de que se descubriera el sitio, los hombres pensaban solos —musitó la minera, al tiempo que cruzaba las palmas de las manos en el pecho, en señal de oración. Luego se arrancó con una retahíla de los juramentos míticos con los que calientan los picadores antes de los acontecimientos sobrecogedores y fue levantando la voz poco a poco, hasta acabar declamando unos versos que entendí bastante bien—: De todas las cosas que los hombres sacaron del hielo, solo la Valva del Nautilo sabe ser luz, madre y amiga. Sálvenos la Madre Tierra del mordisco del hielo siete, así como de la pérdida de nuestros caracoles. El verano nos devolverá a la Ermita del Amanecer, viva para toda la eternidad bajo la eterna noche celeste. Y no hallaré morada en ningún otro paraje. ¡Sean las minas mi casa, y este lugar, mi corazón!

Pude entenderlo casi todo, pero es que se trataba de una suerte de rezos y juramentos que solía escuchar en verano, entre los esclavos y los moribundos.

La Regidora echaba un vistazo, absorta, al espléndido panorama.

El hielo que habían empleado para levantarlo contenía mineral fosforescente. Estaba todo iluminado por unas luciérnagas que alguien se cuidaba de mantener hermosas. La luz del lugar, lo mismo que la escenografía, era todo un estímulo para los sentidos.

Y había luces en las ventanas del templo. Y tras las paredes, sombras en movimiento.

—Pero ¡si yo he oído hablar mucho de este monasterio! —dijo la jefa, abriendo una sonrisa de oreja a oreja que le iluminó el semblante—. Aquí siguen profundizando en la simbiosis los últimos monjes de la primera orden de animistas. ¡En este sitio comienza la historia de la humanidad! Aquí nos brindarán refugio y paz interior.

—Y los mejores médicos del Norte —añadió el Explorador—. El

pueblo minero al completo acude aquí en verano, a por sanación. Por eso hay tantos comercios junto al andén, porque a veces está atestado. Por fortuna, es época de enclaustramiento, de modo que tendremos el templo para nosotros.

—Pero, si el claustro está cerrado, no saldrá nadie a recibirnos, ni a curar al Astrólogo —dijo el trapo.

—Eso dejádmelo a mí —dije—. Si es necesario, les tiro abajo las puertas de la crujía. Os aseguro que estos nos van a recibir.

—Oh, tú les tiras la puerta abajo y lo mismo el trapo y el amo saquean el monasterio. Se puede, ¿no? ¿O son monjes de los que reparten leña?

—Ni soñarlo, pedazo de canalla —le dijo la Regidora. Arrancó a caminar hacia el poblado al tiempo que se recolocaba el caracol bien alto en la coronilla—. Seguidme y dejadme hacer. Pediremos asilo de gracia. En nombre del Concilio Intercrepuscular de Animistas.

Y echamos a andar tras ella. Al parecer, tenía prisa.

—Abrirán —añadió—. Aquí nadie tira nada abajo.

TREINTA Y SEIS

EL MONASTERIO DE CRISTAL

Del animista quedaba una amalgama de carne de la que brotaban y retoñaban toda suerte de antenas, pinzas, seudópodos, cuernos oculares, patas de crustáceo y unos ovopositores que, de tanto en tanto, arrojaban zoeas, huevos y larvas informes a una red de palanganas de oro.

Una reliquia de la simbiosis yacente, en el centro de una montaña de cojines engalanados a más no poder. El primer hombre habitado conocido, un iluminado preconciliar. Dicen que los animistas bien habitados no mueren; solo incorporan nuevos organismos, hasta ser uno con el círculo.

Y aquello era un círculo repugnante de abortos revueltos en un caos absoluto. Ni se distinguían los opérculos de conexión que había entre ellos. Apenas quedaba rastro del hombre; era un mero vehículo de piel rosa donde vivía incrustada una colonia de bichos.

Asqueroso.

Horrible.

Pero a la Regidora le producía una mezcla de pasión y admiración. Me pregunté si veía a esos fantoches convertidos en pasto vivo de los animales y si se quería volver así. Luego pensé si no era preferible envejecer y morir que acabar convertido en templo. Uno aún peor que el de las setas cuyo cadáver sirve de casa para hombres que a su vez alojan a otros seres.

También era duro ver que había una docena de turiferarios en éxtasis, revoloteando por la estancia.

Pero ninguno trajo un caracol medicinal para el Astrólogo. No hubo algo como lo que me hizo a mí recuperar los pulmones, no.

A nuestro esferista, lo mismo que a su simbionte, lo conectaron a la masa de órganos amalgamados; dejaron que la turba de apéndices lo envolviera y perforara durante apenas unos instantes nauseabundos en los que rejuveneció década y media. Lo llenaron como a un odre.

Al tiempo que despachaban con sus amigos:

—Saludamos al boyuno de la Regidora —dijo un coro de voces

roncas que provenía de distintos puntos del animista—. Sus pasiones nos traspasan.

—La Regidora saluda a las majestades de las colonias y rezará para que su óbolo sea del agrado de vuestra conciencia —dijo la jefa, que había depositado un buen capazo de monedas de rodio para llegar hasta la cámara del Primer Hombre Habitado. El mismo protocolo que usó con el animista de la ciudad—. Agradecemos efusivos la deferencia que nos habéis dispensado al atender a nuestro esferista.

La montaña de extremidades palpitó y pareció perder el interés en nosotros. La minera se deshizo en rezos grandilocuentes.

Los turiferarios nos indicaron por gestos que abandonáramos la sala, no sin antes devolvernos al Astrólogo, que ya no parecía tan viejo.

Sí mucho más sabio.

Para nada tambaleante.

—Vámonos —dijo tras restablecer el vínculo con su aparatoso limaco negro. El caracol nunca había lucido tan fuerte y brioso.

Aparecieron dos avispas y nos fuimos.

Pero eso fue después de que la muchacha minera luciera mil reverencias a modo de agradecimiento por la babosa traductora que le entregaron. Y de que la Regidora nos anunciara que iba a despachar en privado con el monstruo.

Nos mandaron fuera del claustro, donde aguardaban el Explorador y el trapo, que no habían sido invitados a pasar y andaban enzarzados en una gresca sobre el honor de los ladrones y el de los señoritos. Iba a tener razón: por algún motivo, aquellos dos acabarían haciendo migas.

—¿Por qué la Regidora nos larga bien lejos cada vez que nos cruzamos con un animista? —le pregunté al Astrólogo mientras se reunía el grupo.

—La muchacha ha sido honrada por un poderoso boyuno —me dijo el viejo, acelerado como nunca, sonrosado y hasta sonriente, hablando como si acabara de fumarse dos onzas de hongos—. Algún día, cuando se sienta preparada, se entregará al animismo místico, quizá a medida que pierda la juventud y el interés por las cosas mundanas. El Concilio Transcrepuscular de Animistas la ha escogido para algo grande, así que rinde cuentas de todos sus actos

a los clérigos y sumos sacerdotes, sean cismáticos o no… Sospecho que entabla un vínculo profundo con ellos en cada encuentro que consigue celebrar. Siempre ha sido así; lleva años siendo la princesa de los hombres habitados. Es solo que ahora ves un poco más que los preámbulos, Alguacil.

—Con suerte, entenderé qué pretendéis antes de que el Agujero nos trague —le dije con la voz cargada de veneno.

El limaco del Astrólogo me arrojó una mirada de repulsa y me mostró una corona de espinas venenosas.

—¿Qué necesitas saber? ¿Que servimos a nuestros amos? —me dijo el Astrólogo con su voz más amarga—. Como tú.

—No. No como vosotros.

—Que ni pudimos pisar el templo de tu orden.

—Justo porque estáis demasiado metidos en esto.

—Estamos aquí, tú y yo, en lo más profundo del Norte. La capa de hielo siete que nos defiende del Agujero es cada vez más fina. Pronto conocerás la violencia del frío. Justo lo último que quiere la Regidora ahora mismo; ella quiere el calor de las setas del templo y el de los suyos. Concédele al menos este momento para que se sienta parte de algo, antes de que el mundo le muestre la cara por la que nunca mira al sol.

La muchacha minera, tras entablar un doloroso vínculo con la babosa traductora, se apartó de nosotros para reunirse con los que habían aguardado en las puertas del claustro. Luego metió las manos en los bolsillos del poncho y sacó una espora caliente que le tendió al trapo con una sonrisa tímida.

—Para ti, loco —le dijo al bandido con la aparatosa vocecilla del simbionte intérprete.

El trapo le contestó empleando el suyo:

—Pero ¡mira qué putamente mona es la nena esta y cómo sabe lo que le conviene! Explorador, dime cómo se dice «preciosa» en su idioma. Y hazlo con galantería, no me falles.

El Explorador pensó un momento y le contestó algo sobre un charco y mierda:

—बहुमू ल्य

—Uf, paso de intentar decirle eso. Ni el trapo ni el amo tienen branquias.

Pero la muchacha sonreía, pico del ocho al hombro. Los ojos

relucientes, echando chiribitas. La voz de su nuevo simbionte le sonaba ya en la cabeza, traduciéndole cuando decíamos.

El sitio le gustaba. Y el trapo empezaba a caerle bien.

Se puso a hacerle chirigotas con la marioneta y malabares con la espora y varios pedazos de un hielo siete que dolía en las manos solo tocarlo. Ella le reía todas las gracias.

El Astrólogo hizo arder una seta de luz de las que se habían angostado frente a la entrada al claustro, y asamos media docena de ácaros de los líquenes que había cazado el Explorador.

Dormimos en el establo de las luciérnagas del Templo de Cristal. Fuera, sobre la cúpula de vidrio, se agitaban las luces de Jiangnu y las auroras boreales del Círculo Norte.

Fue nuestra última noche debajo del Agujero del Mundo.

TREINTA Y SIETE

ASCETISMO

Llevábamos tantas siestas a la espalda que pensé que el Explorador y el trapo agradecerían casi tanto como la Regidora las quince horas caracol de sueño que convine con el Astrólogo. Un largo descanso.

Tuvimos que decidirlo nosotros porque la Regidora no se nos unió hasta al cabo de largo rato; vino de despachar con el animista caminando peor que si estuviera drogada. Se desplomó en cuanto vio un jergón de esponja, sin mediar palabra, pedir ayuda ni agua. Se reunió con el grupo maltrecha… por dentro.

Siempre que salía de un trance se pasaba un par de jornadas durmiendo. Poniéndose al día con el simbionte, suponía yo.

Yo en cambio no era capaz de dormir siestas largas. La meditación y el yoga me hacían descansar más y mejor que a ningún otro soldado, algo de vital importancia cuando las batallas duran días. El Astrólogo seguía los enigmáticos ciclos de descanso de su caracol y las trayectorias de los astros, y no necesitaba dormir en aquel momento, por lo que me vino bien su autoridad para ver cuánto tiempo seguiríamos remoloneando a cubierto.

—Vale, pues que duerman tooodo eso —le dije—. Yo haré ejercicios.

—Me parece bien. Mejor aguardar a que se reponga, que podría estar muy cambiada cuando despierte. En la anterior reunión que mantuvo con un animista le prometieron una especie de ascenso que quizá le hayan dado ahora, aunque tampoco la veo más simbiotizada; solo se nota a su caracol un tanto tenso.

—Prefiero no saber nada de esas cosas —le dije al viejo—. La gente a la que obedece y los planes que tiene para su cuerpo me dan asco y miedo.

El Astrólogo sacó la pipa y chasqueó la lengua a disgusto. Me cogió del brazo y tiró de mí por todo el corral, hasta que tomamos asiento sobre un humectador de piedra.

—¿Por qué no puedes entender que la infestación simbiótica es una forma de desarrollo tan digna como la que te enseñaron los

monjes a ti? A la Regidora la ampara otra fe, otro juego de creencias y valores.

—Que son mucho más que discutibles.

—Tanto como lo son los tuyos, o los míos. El animismo, lo mismo que el esferismo, el bandidaje o el *bushido,* puede parecer salvaje y brutal mirado desde lentes remotas. Si de pronto despertáramos entendiendo sus formas de ver el mundo, seguro que dejarían de parecernos un despropósito.

—¿Nos?

—Nos —repitió, asintiendo—. Te voy a ser sincero: a mí también me cuesta entenderme con los demás. El trapo me parece un canalla desgraciado; el Explorador, un malcriado inconsciente; a ti te veo como a un condenado a meretricio sin simbionte ni tacha, y a la Regidora, como a una adolescente suicida.

—Gracias por llamarme puta, pero me parece que a ti todo el mundo te considera un carcamal diabólico.

—Ajá. ¿Y te crees que no lo sé? Tengo casi trescientos años, y por culpa del limaco puede que me arrugue tanto como el trapo antes de alcanzar la madurez, pero… Ah, qué fácil que les resulta juzgarme a los demás. Yo trato al menos de no cometer ese error, por mucho que mis ojos y los de mi caracol vean lo que ven. Es muy fácil medir a los demás con raseros que no van con ellos ni atienden a sus sensibilidades, y así encontrarlos infames. Lo cierto es que ninguno de nosotros escogió el templo donde creció.

Negué con la cabeza.

—Creía que, para infestarse, los animistas tenían que ser mayores de edad.

Él asintió mientras exhalaba humo y se mesaba las barbas.

—Alcanzar la mayoría de edad tras pasar primero media infancia estudiando con los misarios y la otra media con los turiferarios. Luego toca peregrinar y aportar fuertes sumas de ámbar a varias casas de hongos. Y en eso está tu jefa. Se tuvo que meter a funcionaria y ahora está deslomándose y ahorrando para pagarse el segundo caracol, al tiempo que trata de dominar a ese tan pesado que lleva en la cabeza. Es una vida dura, de sacrificios y privaciones, a la que hay que iniciarse de niño, igual que hicimos tú y yo. La marioneta de trapo será un misterio profundo, pero el bandido que la lleva nació al raso y entre ladrones. Solo el

Explorador escogió oficio con libertad.

—Pues eso le hace todavía más detestable.

Y el viejo y yo nos sonreímos.

Pero yo no quería dejar así la conversación.

—¿Por qué crees tú —le pregunté—, con toda esa sabiduría que te dan los años y los astros perpetuos, que una mujer joven, libre y capaz iba a querer atarse por toda la eternidad a unos seres que la convertirán en un monstruo postrado?

El viejo rechazó la idea con un aspaviento, puso cara de desdén y luego me explicó lo que era un animista en el mismo tono condescendiente que había empleado al hablarme del Agujero del Mundo.

—Es por el poder, Alguacil. Hoy día no hay oficio ni virtud que no puedan potenciarse con los simbiontes adecuados. Los hombres habitados vencen los límites del cuerpo, acceden a poderosas brujerías, se transforman en seres sabios, en sacerdotes milagreros, en grandes políticos y en los mejores soldados cuando se hacen exterminadores. Son semidioses, a su manera.

—De una manera obscena. Dejan de ser humanos, renuncian a su condición.

—Ese sacrificio es una decisión legítima.

—No.

—¿Cómo que no?

—Se acercan al culto al caracol atraídos por las ventajas que dan los huéspedes, porque el animismo es un oficio respetado y a la vez tiene algo de prohibido, que primero los distingue y luego los convierte en una élite para lo que quieran hacer. A menudo también les permite dejar atrás los apuros económicos y vivir sin privaciones, escapar de las guerras si lo prefieren, renegar de los deberes familiares… Muy cierto todo. Pero también es verdad que una vez empiezan a simbiotizarse no pueden parar, se vuelven adictos al desarrollo y al consumo corporal. Apenas duran dos años como misarios, enseguida se hartan de ser turiferarios y acaban perdiendo los sentidos y la facultad de caminar. Se deterioran igual que el que se llena el cuerpo de tatuajes hasta dar grima, fumando hasta enfermar, musculándose para aparentar o perdiendo los bienes en las apuestas y el juego. Es una espiral de autodestrucción que termina con sus conciencias disueltas en la de una colonia de

insectos y moluscos. Con los años, se vuelve inusual y hasta complicado hablar con ellos y…

—¡No puedo creerte! —gritó, negando con la cabeza y dejando la boca abierta al terminar, en un gesto de desaprobación—. ¿Vas a censurar y a poner al mismo nivel todas las pasiones absorbentes?

—En efecto. Eso hago.

—Claro que sí. Muy ascético por tu parte. Y luego das lecciones de humanidad.

—Dime que te parecía humano el montón de ganglios al que te han entubado hace un rato, Astrólogo.

—Te digo que ese animista me ha salvado la vida.

—Y yo que él no tiene una —depuse, con pesar y bajando el tono y el ritmo de las palabras—. Mira… ¿No dices que te fascina el saber secreto que se imparte en los templos? Pues voy a explicarte una cosa del mío que no solemos compartir con los que tenéis moluscos incrustados en el cráneo: mi orden sostiene que los hombres habitados no acogen a un simbionte tras otro hasta acabar sepultados voluntariamente, sino que son los caracoles los que les hacen desear y necesitar ese final. Les hacen algo en la mente, los vuelven adictos al enlace. Los obligan a nidificar sus cuerpos.

El viejo puso ojos de lástima. Se llevó una mano a la cara y me miró como escondiéndose para no verme. Suspiró, frunció el entrecejo y al fin me dijo:

—Es el colmo. Con diferencia es lo más retrógrado que te he escuchado decir, y una grave ofensa a una orden milenaria respetada en todo el Círculo. No me puedo creer que todavía quede nadie que pueda pensar así, que desentierre ideas que llevaban siglos muertas. Simbiofobia, pura y dura.

—Pertenezco a una casta de renegados, sí. Entérate ya. No creemos que la simbiosis sea un derecho de los hombres libres.

—Sino que, por ejemplo, mi limaco me controla.

—No. No te controla, no le hace falta. Los caracoles no controlan, eso es de humanos. Sí creo que tu limaco condiciona tu conducta, la decanta, produce unas presiones imperceptibles cuando tomas decisiones. Lo hace de un modo más íntimo, más peligroso y sutil que mi babosa de combate, que se pasaría el día entero manipulándome si la dejara. Astrólogo —sentencié, negando con amargura y sin desclavarle los ojos—, he visto a tu caracola

manejarte mientras duermes.

—¡Vamos, por favor, mucho has estudiado tú! ¿Es que no te han enseñado que el sonambulismo es normal durante el sueño en simbiosis?

—Solo me dijeron que eso es lo que tú te crees.

—En el templo os lavan el cerebro —resopló, y luego escupió al suelo.

—En el templo enseñan qué son las personas. Había un muchacho sonámbulo, en mi barracón de cadetes, un chaval que nunca había tocado un molusco que no fuera de los que se comen. Sé muy bien cómo es cuando alguien se pone a caminar en sueños, y te aseguro que es una cosa bien distinta a lo que hacéis vosotros.

Metió el atacador en la pipa mientras me clavaba una mirada enfurruñada, asintiendo.

—Nosotros. Lo que hacemos nosotros.

—Lo siento, pero a los que os metéis animales en la cabeza os veo muy distintos que a los hombres que lucen el cabello. Y creo que acabar convertido en la mierda sobre la que revolotean las moscas no es un destino digno para un hombre.

—Y morir a espadazos, sí.

—Porque los espadazos deciden el destino y el bienestar de las mujeres y los niños desde siempre.

—Pero… ¿qué sabes tú de mujeres y de niños?

—Poco. ¿Y tú?

—Pues resulta que ya he enviudado tres veces, cosas de mi larga vida. A estas alturas todos mis hijos han muerto y mis nietos van de camino. Veo pasar la vida como tú cada amanecer, de modo que no me hables de familia, por favor. Si apenas tengo una es porque dejé eso atrás hace mucho. Forma parte de la progresión en mi orden. Un poco como la castración en la tuya.

—Cierto. Los hombres como tú y yo, o formamos todas las familias que haga falta, o no formamos ninguna. Los animistas en cambio se convierten en una casa habitada para familias de bichos; es mucho más monstruoso.

Me miró con lástima. Otra vez.

—Tú siempre tan categórico.

—Es que me hicieron alguacil. Cuando era soldado, todo era más sencillo: las personas se dividían en enemigos que matar,

compañeros de armas y civiles a los que proteger u obedecer. Ahora juzgo y condeno vidas basándome en criterios más complicados. Yo también he enviudado mucho. He dejado la vida fácil atrás y empiezo a estar mayorcito para algunas cosas.

Entonces llegaron dos misarios y un turiferario para acomodarnos en el pesebre.

Nos regalaron linimentos para el frío, botas y camisas polares, así como mantas gruesas para adentrarnos en el Norte, víveres y pedernal. Grimorios y cartas astrales para el Astrólogo. Al Explorador le entregaron una carta de navegación muy rara, del Mar de Niebla, y unos mapas endiabladamente viejos del Desierto del Mediodía, que llegaban a mostrar el Círculo de Justicia, el centro absoluto del arenal, donde el sol batía con una fuerza que bastaba para incinerar un escorpión en media hora caracol. Al trapo le dieron drogas y pepitas de oro. Pusieron en el centro del establo una gigantesca larva roja de mosquito recién horneada y nos curaron llagas y heridas.

Nos agasajaban.

Antes de marcharse de vuelta al monasterio de cristal colgaron del techo un monstruoso y fiero avispón carnívoro.

No supe decir si nos asignaban escolta o si nos ponían vigilancia.

Porque el avispón estaba simbiotizado con una babosa telégrafo.

TREINTA Y OCHO

MALA NOCHE

Cenamos abundantemente mientras la Regidora padecía mil pesadillas febriles. Luego el Astrólogo se retiró a leer un enorme tomo de un trance simbiótico que apenas duró unos latidos, el Explorador se echó a dormir la indigestión y yo me senté en la postura del loto, a meditar junto a los espasmos de la jefa. El trapo y la minera reían y se contaban tonterías mirándose a los ojos de los simbiontes que hablaban por ellos. Fumaron hongos y algas sin parar, hasta acabar mucho más que ebrios; luego, a bote pronto, se pusieron a follar con tamaña violencia que pensé que el bandido acabaría inconsciente.

Porque la minera lo montó hasta despanzurrarlo.

Abrí un momento los ojos para asegurarme de que no lo estaba matando, y la vi desnuda.

Tenía una musculatura que daba más miedo que la de una miliciana del Sur. La espalda rocosa de un remero, con todos los latigazos. Tatuajes y quemaduras de hielo por todo el cuerpo, el pelo tan blanco como el del hombre con el que se acoplaba. Y una bonita lapa de colores le simbiotizaba las lumbares. ¿Estética? No. Protección para no deslomarse. La minera era todo un animal de tiro. Nos iba a venir bien, mientras no acabara astillando el pene de Miyamoto.

Terminó con él y luego empezó con el guante. Lo hizo desaparecer entre sus piernas y el festival de palabrotas terminó con un «dámelo putamente» y un «glups».

Desfallecidos todos y con la muchacha ya fumando en paz, cuanto quedaba digno del grupo era yo.

Que alcé la mirada al techo donde estaba el avispón, una bestia pesada como una roca de molino, de siete ojos compuestos, los siete clavados con hambre en mí. El insecto me mandó un beso con un violento chasquido de las mandíbulas, al tiempo que dejaba caer una hez redonda y enorme junto a la hoguera. Acto seguido, el simbionte de la avispa, apenas una pequeña caracola, emitió unos tenues destellos telegráficos por los tentáculos.

La minera me pasó un porro y yo negué con la cabeza.

—¿Prefieres estar sobrio para follar? —me dijo la cargante vocecilla de su babosa traductora.

Cerré los ojos.

—Minera… Yo no follo.

—¿Tampoco duermes?

—Cuando enfermo, y poco más.

—Mírame otra vez, anda.

Se revolcó por el musgo hasta ponerse a mi lado, en cueros. El pelo de entre las piernas también lo tenía blanco.

Me hundió una uña en la rodilla hasta hacerme sangrar. Cosas de mineros.

Yo ni me inmuté. Cosas mías.

—Te he sorprendido espiándonos antes, grandullón aniñado. Te habría dicho que te unieras, pero yo casi siempre despacho a los hombres de uno en uno… El caso es que creo que te gusto.

—Me gustas con tu pico del ocho y repartiendo estopa.

—Dicen que sé hacer cosas más divertidas que esa, con el piolet del ocho.

Y me clavó otra de sus uñas, por aquello suyo de abrir brechas.

—No insistas. Soy eunuco.

La joven se dejó caer hasta quedar tumbada a mi lado, luego hizo con el porro un anillo de humo dulzón que se paseó despacio frente a mi nariz.

Pensó un rato antes de volver a la carga:

—Pues que sepas que en las minas se dice a menudo que los castrados son unos viciosos.

—Los castrados de adultos, ya sea por castigo, o religión. A mí me emascularon de joven para que el sexo no me interesara jamás. Ni siquiera lo comprendo bien.

La muchacha bostezó y su babosa lo tradujo. Fue cómico, pero yo trataba de meditar y la risa no me asistía.

—Pues puedes pensar —me siguió molestando— que follar es como pelearse por diversión, pero más divertido. ¿Lo entiendes mejor así?

—Supongo. Y también supongo que por algo como esto es por lo que los tuyos te querían ejecutar.

Con eso conseguí hacerla callar. Me dio igual si le había dolido.

A mi otro lado, la Regidora estalló en una sinfonía de zumbidos, chasquidos, gorjeos y sonidos guturales. Me volví a mirarla y… de repente noté algo en la amalgama de ruidos que emitía.

Ritmos, patrones, pausas, entonación.

Me quedé clavando entonces los ojos en la minera, que se había puesto tensa y apretaba hasta los músculos de las tetas. Tenía a la babosa traductora titilando y vibrando como si fuera a explotar.

—Está diciendo algo, ¿verdad? Eso parece lenguaje.

Ella asintió.

—El de los caracoles —susurró la voz de caracol del simbionte traductor.

Pero, por alguna razón, no me sonó a que eso lo hubiera dicho ella.

La Regidora parecía blasfemar como solo lo haría un insecto cerebrado, pero en sueños; el boyuno decía cosas por su boca. Movía los ojos a toda velocidad bajo los párpados, tenía crispados los puños y el entrecejo. El simbionte le daba latigazos con los cuernos.

—¿Qué rayos dice?

—Cosas que los hombres no entendemos.

Cosas que siguió recitando durante largo rato.

En el que apenas pudimos relajarnos.

—¿Seguro que no puedes traducir nada de eso en palabras normales? —le insistí a la minera, tras intentar serenarme a fuerza de ciclos respiratorios, ya más cansado y preocupado que interesado en animismos.

—A veces reconozco conceptos… Creo que el caracol dice que pronto tendrá que abandonar a tu jefa. Habla de una colonia a la que informa de las cosas extrañas. De desovar. De reemprender camino hacia el Agujero. De odio y venganza. De tomar las ciudades de los hombres que hay más al norte.

TREINTA Y NUEVE

TREN AL NORTE PROFUNDO

Volvimos a los raíles, pero no fue como retornar a nada conocido.

Porque el trazado del tren de las minas se volvió una pesadilla a poco que seguimos al norte.

A ratos, las bóvedas de los túneles se hacían transparentes del todo. Salíamos del glaciar. Nos descapotábamos. La capa de hielo que nos protegía era cada vez más fina.

Veíamos retazos de cielo. El viento que batía el pescante y que azotaba los bordos de la vagoneta cortaba como una cuchilla de afeitar. El frío se lo comía todo, mandaba a los caracoles a las conchas.

Pero lo peor era el cielo.

Un amasijo de estrellas envueltas en una tenue nube morada, barridas de tanto en tanto por una lluvia de meteoros. En el firmamento se agitaban a ratos las luces más azules de la aurora. El cielo estaba hecho una pesadilla negra. El Astrólogo lo estudiaba absorto desde el suelo de la vagoneta, bramando cifras y nombres de cuerpos celestes que yo nunca habría podido imaginar, trazando líneas con el bastón, dejando que su simbionte enloqueciera al ver lo que tantas veces les había sido negado a los de su orden.

Él también estaba haciendo su viaje más alucinante. Parecía mucho más joven y resuelto en todo, y hasta al quedarse quieto y mirar se le veía con fuerzas.

Pero pronto no habría techo sobre nuestras cabezas. Y eso nos mataría.

—El trapo tiene frío.

—Es que estamos en la última línea del carril que abandona las minas, cagacharcos. Este es el tren que va al norte profundo del que hablan los mineros cuando les preguntan por los confines del mundo —dijo el Explorador, en cuanto dejamos atrás un desvío y tras comprobar sus últimos mapas. Luego pasó a anunciarnos los planes de ruta, mirándonos a todos—: A partir de aquí es ya todo línea recta hasta el final de viaje. Esto se acaba.

Las chicas abandonaron el pescante. La hormiga locomotora batallaba sola contra el frío; lo padecía mil veces, casi tanto como a la rampa sobre la que trepidábamos.

Que nos iba a escupir bien hondo en el Agujero en cualquier momento. El peligro cortaba como un cuchillo. Te asomabas por los bordos y era como meter la cabeza en un agujero de pesca taladrado en el hielo.

—No aguantará mucho más, ese animal —anunció la Regidora.

Entonces, por un momento breve, se abrió una chimenea en la gruta de hielo que atravesábamos, tan transparente como una ventana de cristal, pero diabólicamente azul.

Y hubo un momento fugaz de exposición a lo que era la intemperie.

Supe que, si seguíamos, el Agujero nos tragaría. Y me encendí lo mismo que mi babosa, que ya señalaba peligro.

Con mucha más presión, pero menos insistencia que la vez anterior, cuando se expuso al mordisco del vapor de hielo siete.

—Y ahora ¿qué?, ¿eh? Ahora ¿qué?

El techo se volvió a abrir, esa vez del todo, y vimos el cielo sin acristalar durante el tiempo de varios de aquellos latidos de corazón tan violentos.

Hay una parte de mí que no ha vuelto a temer tanto como en aquel momento. Fue mirar a Dios a los ojos.

Y que nos devolviera la mirada.

Porque fuera bramaba una tormenta de fase que entró a degüello sobre el carril, haciendo que el aire que respirábamos se disipara como vaho.

El frío nos perforó como una lanza. La potencia del viento nos barrió.

Y la locomotora descarriló.

La hormiga se dolió como de un golpe. Luego, vencida por el peso del tren, nos sacó de los raíles, despacio y ladeada, tratando de frenar fuera del carril y hasta del canal simbiótico.

Para luego derrumbarse sobre el hielo y morir, volcándonos con cierta delicadeza.

Y así nos vimos tirados en medio del Agujero del Mundo.

De golpe y porrazo.

CUARENTA

CARGA AL ASALTO

Nos quedamos todos en la vagoneta, magullados, agazapados contra su panza inerte, hecha glaciar. Medio revueltos, rebozados en nieve, cagados de miedo. Escuchábamos bramar el cielo, temíamos el abrazo del abismo como a una bestia que rondara fuera.

Estábamos al raso. En medio del Agujero del Mundo. Sabíamos que, en cualquier momento, una vaharada mortal nos podría convertir en cristales; sin más, porque sí, porque ya estaba bien, de una ráfaga.

—Que nadie se mueva —ordenó la Regidora—. Apretujémonos. Trapo, cuando amaine lanza los ojos del caracol ahí afuera y nos dices si hay forma de volver a las vías.

Y el trapo asintió.

Y aguardamos hasta que el viento calló. Más de una hora caracol que se hizo eterna.

Luego, el silencio. Uno muy profundo.

Nada de grillos ni de mosquitos gigantes. Ni un depredador, ni un reclamo. Y en aquellas que tronó en la lejanía un berrido. Algo que no podía proferir un artrópodo salvaje.

Sonaba a garganta. A músculos. Un tronar de carne.

Luego, el silencio de nuevo.

Y al cabo de un largo rato, una detonación, seguida por un resplandor a lo lejos, fuera criovolcán o meteorito. Luces del Agujero, supuse.

Y todos temblando.

El frío, incluso estando mal guarecidos, no vino a por nosotros como un animal. Nos fue calando despacio, un asesino quieto y silencioso. Puro veneno. Fuerza de la naturaleza. Cada aliento que exhalábamos se iba llevando consigo nuestra fuerza vital.

—El Agujero —dije—. Nos va a disolver.

El Astrólogo no parecía notarlo. Estaba en un éxtasis extraño. Miraba las estrellas con una sonrisa idiota. No parecía tener prisa.

Ni frío.

De pronto el viento dejó de soplar y el trapo se tensó como un saltamontes. Se puso en pie en la vagoneta volcada como pudo y miró hacia el exterior con cara de hombre bala, pero no saltó.

Lo hicieron los tentáculos extensibles del simbionte, dos apéndices oculares que se movieron y alargaron igual que gusanos.

El caracol del bandido estiró muchísimo los brazos, dilató al máximo los globos oculares y batió con ellos al frente y atrás, proyectando un foco de luz roja. Peinó la zona con ojos que lo veían todo y luego replegó de un espasmo los periscopios, helados.

A continuación habló la marioneta del trapo, gesticulando y señalando con los dedos al hablar:

—Si seguimos avanzando hacia el norte, los raíles nos llevarán a un túnel que se mete en una montaña de hielo siete. Si retrocedemos… tocaría cruzar más trecho de Agujero para luego desandar camino carril abajo, durante horas caracol. Tardaremos en alcanzar unos chorros hidrotermales que hagan entrar en calor al amo.

—O sea, que solo encontraremos refugio en el lado del camino que no va a ninguna parte —dijo el Explorador.

El trapo asintió con Miyamoto.

Pero habló él:

—Retroceder nos dejaría más congelados y en el sistema de túneles por el que hemos venido, que sabemos que es una vía larga sin paradas. —Asintió de nuevo y añadió—: La montaña de hielo siete, a ver cómo os lo digo, está… coronada por una torre de cristal.

—Un faro —dijo el Explorador—. Eso es un faro, cagacharcos. Una baliza que marca el inicio de los yacimientos. Estamos en la frontera norte del pueblo minero. Nos salimos de los mapas.

—¿Música para tus oídos, bardo? —Sonreí.

—Está claro, entonces. Sigamos el trazado —dijo la Regidora—, vayamos al refugio más próximo, lo mismo que ante cualquier inclemencia del tiempo. Entremos en el túnel. Allí haremos fuego, veremos qué hay tras la próxima curva y cómo llegar al faro.

—Estamos cerca —dijo el Explorador—. Apuesto a que sí. Estamos llegando a una ciudad acristalada.

—Lo que estamos es a punto de matarnos —dije yo sin sonreír —. Saltar así al Agujero no me parece buena idea. ¿Tenemos que

adentrarnos, sin más, tirarnos al Abismo? ¡Demasiado irresponsable!

—Pues esas son las órdenes, Alguacil —me dijo la Regidora—. ¿Nos abandonarás ahora?

—¿Sabéis la de veces que he tenido que vérmelas así, viajando yo solo? ¡Soy un Explorador! Os llevaré siempre adelante, hasta el final. No podemos tirar la toalla ahora, no desfallezcáis aquí. Sabíais que este momento llegaría, que estas expediciones no son para los que se arrugan y que es territorio desconocido, pero se puede recorrer.

Entonces algo en mí se rompió del todo.

Comencé a urdir la idea de desertar, de escapar de aquella locura, de dejar de seguir avanzando hacia la muerte sin más bandera que una determinación suicida. Y exploté, en voz alta:

—Pero ¿vosotros teníais algún propósito bien pensado, o esto era solo ir al norte hasta reventar? ¿Tenéis algún tipo de plan? ¡Maldita sea, estáis improvisando, avanzando a ciegas hacia ninguna parte! Explorador, creí que sabías más del Agujero. Tú has aprendido cuatro cosas sobre el sistema de túneles de los mineros y lo que persigues ahora son las leyendas que han construido para explicar sus límites.

—Tu pueblo es el que ha construido leyendas para explicar este sitio: apuesto a que hace poco todavía creías que el Agujero era un abismo vertical. Yo he estado muy dentro en el Norte, pero sois vosotros los que me buscasteis a mí para pedirme que os trajera al extremo más remoto. ¿Quieres que te explique ahora las leyendas de los picahielos? —me dijo, mirando a la minera—. ¡Pues pregúntale a la picahielos! Te dirá que no queda mucho camino, siguiendo estas vías; que en breve se llega a una ciudad de cristal. Así lo recogen los documentos más antiguos que conserva su gente. Os estoy llevando adonde me habéis pedido que os lleve, pero para conseguirlo necesito que sigáis adelante.

—Doscientos hoyos al norte —nos dijo la voz chillona de la babosa intérprete—, en la dirección del tren, ascendemos al dos sobre cincuenta y, si cuento bien los mojones, encontramos un monolito de cota. Tienen siempre cerca un merendero de hielo dos. Y un faro también.

Nos miramos. Los seis.

—Está decidido —dijo la Regidora—. A mi orden. Avanzamos en columna de a dos y a toda prisa. Sale primero el Explorador, con las luces de la minera; detrás, el Alguacil. Necesito que tire del Astrólogo…

—No hará falta —cortó el viejo.

—¿Qué te han dado, yayo? ¿Me recomiendas que me busque uno de esos caracoles que te hacen superfuerte para que luego te pegue un bajón del carajo? —dijo el trapo. Trató de reír, pero a su amo le dolía al respirar.

Le miré por un momento y tenía la nariz gris.

Se le había congelado. La iba a perder.

Al pobre le afectaba el frío más que a nadie, hecho al desierto como estaba. No podía con aquello.

Pero no perdía los modales. Seguía riéndose de la suerte.

La Regidora hizo un floreo marcial, con la mano en abanico. Cinco dedos haciendo un molinete muy característico que terminaba mandando el índice al frente.

La señal de «carga al asalto».

Un gesto de cabo en combate que no había visto en años. Casi me emociono.

—Uno, dos… ¡Ahora!

Y corrimos.

Saltamos al Agujero del Mundo.

CUARENTA Y UNO

UNA CANCIÓN PARA AQUELLO

Salimos al raso negro igual que una compañía de soldados al encuentro de una lluvia de proyectiles.

Pero el trapo apenas podía moverse. Lo supe cuando tiré suavemente de él.

También tenía congelados los pies.

Echamos a correr, pero él no pasó de la cuarta zancada.

Porque entonces una ventolera nos salió al paso, como el guantazo que te espera a la salida de una taberna si has mandado fuera a un criminal. Directo y traidor.

El dolor nos atravesó, nos cruzó las tripas y nos robó el alma, como un fantasma.

Recuerdo tirar del bandido cada vez más fuerte, hacia el túnel en el que se adentraban las vías. La losa de oscuridad que teníamos encima, por fin a cielo abierto, era tan intensa que, incluso con todos los simbiontes echando fogonazos y relumbrones de protesta y dolor, habríamos perdido de vista los raíles de no ser por el nautilo de la minera.

Que atravesó la poza como si nada. Lo mismo que el Astrólogo.

La química del pueblo minero. La simbiosis con los caracoles más fríos. Las curas para los males del Norte. Aquella magia hacía proezas.

Apenas al comenzar la carrera, justo cuando el vapor del Agujero nos dio de lleno, el trapo hincó la rodilla al suelo y comenzó a echar humo. Por toda la piel. Las piernas no le obedecían; trataba de moverlas, pero apenas conseguía gatear.

Y arrastrarse sobre el hielo siete más duro, incluso con la ropa que nos habían dado en el monasterio de cristal, era mala idea. Sus piernas. Me veía cortándoselas con un tajo sin sangre si no encontrábamos pronto refugio.

Pero es que, además, mi amigo era como un géiser. Humeaba. El calor le abandonaba como el humo a las chimeneas.

Se quemaba. Por dentro. De frío.

Mi babosa marcó compañero caído y supe que acabábamos de

perder a uno de los nuestros. Que ya no valía la pena que tirara de él al interior del abrigo. De pronto empezó a pesar y a gemir cada vez más, y algo en el caracol de joyero crujió.

Acabé levantándolo en brazos y recorriendo el infierno helado con él.

Fue uno de los mayores esfuerzos de mis últimos años, como cruzar un océano de lava tirando de un lastre, pero lo hice. Me calé hasta el alma, pero lo hice.

No había hecho nunca algo así por un compañero de armas: cuando la babosa marcaba baja, yo ya solo veía carne.

Pero al trapo me lo llevé en brazos hasta la entrada del túnel.

Antes de que pudiera dejarlo en un recodo, de espaldas al agujero, dentro del abrigo, ya convulsionaba.

—¡Se está sublimando! —chilló la babosa de la picahielos.

De nada valió que le frotara la cara y el pecho con la baba del nautilo, ni que la Regidora fallara a sacar el chisquero con las manos temblorosas y que el limaco del Astrólogo tuviera que expulsar por el opérculo de la cola un chorro de fuego líquido que prendió los mapas que arrojaba al suelo el Explorador.

Se hizo una fogata bruja a toda prisa, pero los mapas vencidos ardieron en balde.

Porque el grupo se comprometió a ofrecerle amparo al bandido, al canalla cargante. Y el grupo fracasó.

El trapo estaba muy mal. Cada vez peor.

—Aguanta, cagacharcos —dijo el Explorador, con más pena que saña.

No íbamos a recuperarlo. Le había cogido lo peor del ventarrón. La negra muerte le había tocado a él, a él el primero.

—Maldita sea la madre de todos los hielos —tradujo la babosa intérprete. Luego susurró una palabra—: Miyamoto.

Y el latigazo final le llegó entonces al pobre Miyamoto. De pronto, sin más. El trapo se nos quedó rígido, con la espalda como un tablón: tenía toda la musculatura hecha un ladrillo, muchísima fiebre.

Y supe que en cualquier momento podríamos acabar todos como él, asados vivos, sin previo aviso.

Había que abortar. Iba a tener que marcharme, aunque fuera solo.

El Astrólogo hizo una infusión que el trapo apenas pudo tragar. El Explorador le colocó encima unos tejidos que no parecieron aliviarle. Yo le puse a respirar bien, le hice hacer ejercicios de ventilación, pero le faltaba el aliento. Tosía sangre. Nada servía. Lo perdíamos.

En el peor momento de su agonía se relajó y dejó de temblar, abrió escarchado el ojo bueno, esbozó una sonrisa y me miró entre brumas.

Estaba sobre él, sujetándolo con lágrimas en los ojos.

No eran fruto del frío.

—Trapo, maldita sea, aguanta. Por favor.

Él negó con la cabeza.

Sabía que la recuperación súbita es algo que sucede a veces, siempre tras los estertores y justo antes de la muerte. Lo había visto mil veces.

El amo del trapo sonrió despacio y débilmente. La marioneta esbozó un floreo ceremonial de lucha, de los que le había enseñado.

Y Miyamoto, que no el trapo, me dijo con su extraña voz:

—Uña y carne.

Y se durmió, sin que el títere hiciera más que caer sobre el hielo, sin que el caracol hiciera más que esconderse. Mi amigo se apagó como una vela, y eso fue todo para él.

Al morir, se le relajaron por un momento los músculos. Hubo paz en él.

Y yo cerré los ojos.

—Adiós, Miyamoto.

La fogata decayó rápidamente y tuvo que ser la minera la que se ocupara de reavivarla con carbón mineral y unas piedras de alquitrán que nos habían puesto los turiferarios en los pertrechos.

El fuego nos acarició. Nos dio su más sentido pésame.

El nautilo entonó duelo. Cantó como a montura, pero mirando al hielo. La minera rezó algo y comprendí que era un lamento por la muerte por congelación entre los picahielos.

Me puse a negar con la cabeza. Me puse en pie. Luego estallé, bramé a derrota en la lengua del templo. Me saqué el yelmo y busqué el golpe del Agujero en la cara, me entregué al dolor para entumecer el que sentía dentro.

El eco del viento glacial en el túnel de hielo siete se burló de mí.

Él también parecía tener una canción para aquello. Luego nos envolvió el silencio.

CUARENTA Y DOS

PERDIENDO EL CALOR

—No siento los pies —dijo la Regidora.

—Se te han congelado —contestó la vocecilla del simbionte traductor—. Fundo unas guijas de hielo; tú, descálzate, que en cuanto arranque a derretir vas a tener que poner los pies en agua fría.

—No pienso hacer eso ni loca.

—Para que no se te descongelen demasiado rápido. Si los pones al fuego de color gris, te destrozas la circulación y quedas coja para siempre.

—Haz lo que dice —recomendó el viejo.

Y la Regidora se descalzó, aullando de dolor. No podía mover los pies ni para sacarlos de las polainas. Pisar hielo siete se los había quemado.

Pero no los perdería. Al cabo de un rato, empezó a moverlos y le dolió como si se los arrancaran.

Nos quedamos tirados allí en medio, en silencio, junto al cadáver del bandido, durante un par de horas caracol.

Luego perdí de nuevo mi paz interior. El trapo me iba a hacer renunciar al equilibrio hasta después de muerto.

Tenía que marcharme de allí.

—Acabamos de perder al único hombre que sabía moverse en este lugar sin mapa ni tren, y quemamos los mapas justo tras matar a la locomotora —le dije al grupo. Sin fuerzas, taladrado por el frío y una rabia tan sorda y anestesiada como mis orejas.

La Regidora agitó la cabeza.

Y el caracol de joyero abandonó la coronilla del bandido.

Sacó los neuroseudópodos y los conectores encefálicos muy despacio de los opérculos del cráneo del pobre Miyamoto y reptó por el hielo, despacio también. Simbionte a la deriva, cucaracha sin cabeza. Podíamos verlo congelarse a cada paso, como una de esas gotas que forman carámbanos.

Tuvimos que cogerlo, ponerlo en pasto fresco y colocarlo en un hatillo, junto al fuego. Cuidarlo tras un desacoplamiento por muerte

del anfitrión.

Fue lo único del trapo que pudimos salvar. El guante lo tenía rígido.

Un puño de nieve siete.

Estuvimos un momento jadeando en el suelo, unos sentados, otros tumbados. Pese a que el suelo dolía, nos quedamos con la cabeza echada hacia atrás o mirando al hielo.

Que nos había abierto un agujero. En el grupo.

La cueva amenazaba con echarse encima de nosotros. Empecé a estudiarla sin ganas.

Justo a nuestro lado estaba el merendero. Apenas un par de bancos y una mesa de hielo dos, blanco, dulce; con losas de roca volcánica por encima. Junto al espacio de descanso, en lo que parecía haber sido una cata que nunca acabó en tajo.

Una cámara llena de agujeros de taladros. Los mineros habían efectuado extracciones selectivas, prospecciones y sondeos de hielo en aquella masa de vidrio azul translúcido. Aposté a que sacaron algunos caracoles del letargo de miles y miles de años para llevárselos a las minas y huir del lugar.

Con el paso de los siglos, aquello acabó siendo un refugio minero para el mantenimiento de las vías. Había sitio, un redondel de rocas metálicas para una hoguera, espacio para comer.

Preparamos infusiones, y beber algo caliente me hizo comprender que el aire que nos envolvía cortaba como cuchillas de afeitar. Teníamos los labios hinchados y amoratados, los cinco. Gesticular te abre unos cortes alrededor de la boca que no sangran.

Solo pierden calor.

No era una excursión viable.

El lugar había sido un punto de peregrinación remota y muy ocasional, intrépida en exceso. Un aborto de las locas aventuras del pueblo minero al tratar de crecer hacia lo hondo del Agujero. Después pasó a ser el vestigio más recóndito de la civilización de las minas.

Tenía muchas tumbas. Decorando cada muro.

Gente congelada. Dormida dentro de las paredes, enterrada en jugos fluorescentes toda la eternidad.

—Tu pueblo deja cadáveres por dondequiera que pasa, ya sea lo que dejan detrás o lo que tienen por delante —dijo el Astrólogo a la

babosa de la minera—. ¿Alguien visita esta necrópolis?

La muchacha negó con la cabeza.

—Pienso que nadie ya. Nosotros no comprendemos bien la muerte —contestó, sin pensarlo mucho.

—Pues me temo que vas a morir aquí, desgraciada. Y la culpa es mía.

Volví a ver desmoronarse a la Regidora. A su manera. Estaba sentada en el hielo, cogiéndose las rodillas con los brazos; de pronto se relajó y deshinchó, tumbándose en lo terrible del suelo.

La nena, tan fuerte que era, cuando se veía perdida, se desplomaba y lloraba.

No solía perder.

Pero tratar de llorar en aquel frío era como mirar una tormenta de fase sin viento. Pura temperatura, pura rabia.

Lo supe porque así me había sentido al ver cómo había acabado el pillo al que había tomado de escudero. La primera vez en muchos años que algo vulneraba mis defensas y me hacía perder la calma.

El trapo y yo teníamos un acuerdo, un vínculo, de los que solo se entablan entre compañeros de armas. El tipo me había salvado la vida en combate, primero en las ruinas y luego en el circo del hormiguero, pero yo a él le había fallado siempre. Le había dado tan solo una armadura, que lo mismo le había acabado de matar. Y muchas promesas que no iba a poder cumplir.

Lo mismo que la misión.

Iba a abandonar. Lo tenía decidido.

Soy de los que nunca se rinden, pero ya no luchábamos contra nadie, sino contra nuestros propios límites.

CUARENTA Y TRES

PICO OCHO

El Astrólogo entabló un diálogo intenso con la minera mediante el simbionte. Puso a la babosa a traducir a todo pasto. Me dije que igual había despachado antes con alguien intermediando así, mirando ora a la persona, ora al caracol.

Estaba resolutivo. No temblaba. Se le veía apenas un tanto más aterido que a la picahielos, pero el brujo estaba trabajando, sacaba adelante la expedición.

Pretendía salvarnos de otro final inminente. Empezaba a gustarme cuando se ponía al mando.

—Minera, ¿tú tienes un nombre, verdad? ¿Algo que te dicen para llamarte cuando picáis hielo?

—Yo era de la casa de los Medvedev. Medvedev ochenta y siete, en las vistas que el capataz le hacía a mi expediente. Eso dice mi pómulo derecho. Pero en las explotaciones solo soy Pico Ocho, y así me llaman todos. Ahora soy paria.

—¿Sabes algo de estas latitudes?

—No. Siempre pico deuterio. Siempre obedezco preceptos, código. Nunca voy más al norte del templo primigenio. Por eso ahora tengo tantas desgracias. Todo es desgracia para mí.

—¿Qué hace tu pueblo en estos sitios?

—Nada. Hace años que no minamos ni circulamos tan al norte. Si llega un tren es muy pocas veces, y a los picadores no nos dicen nada de eso ni nos ofrecen destinos tan remotos. Vosotros me ayudáis a desaparecer.

—Entonces, ¿no encontraremos más de los tuyos en adelante? ¿Exiliados, como tú?

—No. En adelante no hay nada. Sitios adonde van surcos de trenes de hace mucho, nadie recuerda el motivo. Se terminan las minas, a veces, pero el tren siempre sigue. Sale de las galerías. El hielo desaparece, pero el frío corta mucho más.

Se quedó un momento gesticulándole al simbionte con las manos, como tratando de explicarle algo, quizá porque traducirlo iba a ser difícil. Estuvo dudando hasta hacer un gesto de eureka, y

su babosa prosiguió:

—Tenemos chistes para sitios así, abandonados, sin poblar. Son un error de nosotros. Decimos que cuando un tonto avanza mucho a norte, norte llega y túneles acaban, pero tonto sigue. Lo mismo que vías de tren.

Escuchábamos en silencio, pero recibimos el final casi entre risas.

Estábamos tontos, y ya. Eso era todo.

Nos volvimos a mirar a la marioneta del trapo.

Que era un ovillo muy prieto.

No más chistes.

—¿Cómo es que la babosa traduce tan mal? —preguntó la Regidora—. ¿No se supone que los simbiontes se expresan mejor que los nativos?

—Dale tiempo —contestó el viejo—, acaba de entablar el vínculo. Es nueva interpretando en estos contextos; necesita acoplarse y ejercitar la lengua. En pocos ciclos de sueño y un par de discusiones acaloradas hablará mejor que tú y la verás sacar matices sutiles, adoptar expresiones con carácter y manejar con soltura oraciones cada vez más complejas. Son unos moluscos mágicos.

Entonces fue el Explorador quien trató de hacer su magia.

Se puso muy serio de pronto y soltó una bomba.

—Toda esta gente que está enterrada en este sitio… ¿de verdad está muerta? —le preguntó a la muchacha—. ¿O es cierto eso de que lleváis siglos hibernando a hombres y mujeres en pleno vigor?

—Pico Ocho no sabe eso.

Pero el Explorador había olido buena caza y no pensaba soltar presa:

—Estáis amasando un ejército que despertará cuando las minas se alcen de nuevo en armas contra el Círculo Crepuscular, ¿verdad? Vamos, Pico Ocho, conozco a otro explorador que lo ha visto. Ha asistido a entierros en hielo siete, que en realidad son congelaciones de efectivos militares, y sabe que los muertos con los que habéis acristalado los asentamientos están vivitos y coleando cuando se despiden de la familia para librar las guerras del futuro.

Y exploté.

—¡Maldita sea! Pero ¡qué sarta de gusanos traidores que sois los mineros!

La mirada de los ojos grises de Pico Ocho me fulminó.

Me levanté y me volví hacia los muertos refulgentes que reposaban en pie, que formaban tras las vidrieras de las paredes, con la mano en el pomo de la espada.

—¡Esto no son muertos, son guerreros! —grité, dejando escapar un calor precioso de los pulmones—. ¡Fuerzas reservistas! ¡Las reconocería con los ojos cerrados! ¿Dónde están las heridas, dónde las enfermedades? ¡Esta gentuza no destripa la tierra hasta morir para pagar deudas, como dicen! En vez de eso están… cribando efectivos a golpe de pico, y a los mejores los reclutan para un ejército que tienen que mantener. ¡Preparan una invasión! Miradlos, maldita sea, ninguno de esos mineros que han cristalizado aquí os parecerá muerto de modo alguno. Ninguno es viejo, ni débil.

—Entierran a los muertos y congelan a los campeones —verbalizó la Regidora, saliendo de su crisis—. Ahorran.

—Es la riqueza de las minas, su tesoro escondido. Una traición a los acuerdos de paz, una villanía. Una bajeza. —Estaba hasta pensando en que aquello debía ponerse en conocimiento de los generales bajo los que había servido. En una época que ya se me hacía remota. Onírica.

—Alguacil, en el Sur tenemos cuatro templos llenos de niños a los que castran para convertirlos en guerreros —me dijo la Regidora, sin acritud, al tiempo que se ponía en pie para darme una palmadita en la hombrera de la armadura—. Los templos como el que te crio aportan al Círculo varias legiones al año. Todos los pueblos se arman.

—Pero ¡es que hemos atravesado medio centenar de cementerios atiborrados, acristalados por doquier con gente así! No es un ejército como para tomar un par de castillos ni son efectivos tácticos de defensa, no. Esto es otra cosa. Lo que prepara el pueblo minero es una invasión a gran escala. Quieren abandonar las galerías y los sistemas de túneles y dominar el mundo. Poseen hombres armados suficientes como para tomar los templos y las municipalidades al completo, estoy seguro. Y no se ve ni un alfeñique congelado. A esos es a los que ponen a picar.

—¿Y a qué esperan para invadirnos? —preguntó la Regidora.

Nos volvimos a mirar a Pico Ocho.

Yo me preguntaba si el Explorador no sabría eso también, y

desde hacía tiempo.

La muchacha minera nos miraba bullir entre desolada y aterrorizada.

Ya no estaba a su lado el trapo que tanto la defendía. Su amigo el Explorador le había escupido a la cara un secreto nacional. Y los suyos la habían desterrado, por no ser como ellos, y nosotros, por minera.

De modo que nos habló, frío y recto, con los labios a medio apretar, a toda velocidad, entre solemne y enfadada, con su palabrería más elaborada, y en voz alta. La babosa traductora ardió en calambrazos de luz y se desgañitaba al componer las expresiones, en lo que parecía un monumental esfuerzo de enlace. Nos habló de su vida en las minas un rato breve. Después su babosa nos dijo:

—Yo solo pico hielo, los mejores años de mi vida pico hielo. Pico Ocho muy joven tiene dos hijos que mandan muy lejos y demasiado pronto a minar, a extraer como barreneros, a lijar y a pasar fresas y leznas por grietas de metal donde solo caben niños. Después me minan a mí, cuando los trenes de carne me destinan a una cantera muy, muy lejos de la gente que conozco, y allí me follo hasta al último carretonero del tajo. No sé de guerras, eso son cosas de los del látigo. Soy minera, picahielos, perforadora del ocho, oficial andariega de túneles y tajos. Solo hago retroceder el glaciar. Mi corazón es de calor. Solo conozco y me hablan de los sistemas de túneles. Las cosas de fuera son tan extrañas como vosotros.

Y ni por un instante la vimos lamentarse de sí misma. Desplegó su digna sencillez y su libertinaje por la gruta como si aquello fuera un tajo y todo se redujera a abrir un agujero al frente.

Pero nos taladró con el discurso, humilde y honesto.

Estaba claro que una obrera ajena incluso a toda forma de vida familiar no podía saber nada de una invasión. De una intriga formidable y lejana que algún capataz había explicado que se estaba preparando, tras insistir en que jamás se debía explicar a los sureños.

—Ahora —sentenció el Astrólogo— ya sabemos qué es tu tatuaje rojo de tinta de nautilo, Explorador. Te han marcado como marcan a los cuatro ecuatoriales que conocen el secreto de las minas.

—Eso ya no importa —contestó el guía.

—O es la salida —dijo la minera—. Podemos congelarnos aquí.

—¿Para qué haríamos algo así? —le pregunté a su babosa, visiblemente consternado, al tiempo que señalaba con asco los cuerpos que tenía delante.

—Para no acabar como tu amigo, guerrero de ojos escarchados —me contestó el simbionte intérprete.

Y con aquello me desarmó.

Pico Ocho nos mostraba su mundo. La muy rastrera.

No hizo falta que nadie tradujera la conversación. El Astrólogo pareció entender que hablábamos de aceptar el abrazo del hielo siete.

CUARENTA Y CUATRO

NO VAMOS A RENDIRNOS AQUÍ

La Regidora se puso en pie.

Tenía el caracol en las manos. Se lo había sacado rápidamente, quizá con dolor. Lo sostuvo con un gesto reverencial, de amor. Luego lo mandó a la concha de una suave caricia y, con pena en los ojos, lo puso junto al simbionte joyero del trapo.

—No nos congelaremos ni aunque sepamos cómo. No vamos a rendirnos aquí. Seguiremos avanzando.

Tomó el caracol oteador del trapo con las manos y se lo puso en la cabeza. Luego tocó el opérculo central de la concha y lo pulsó suavemente, añadiendo en voz alta mientras el animal salía de su caparazón, hecho un amasijo de aguijones nerviosos:

—Tal vez nunca pueda ver cumplido mi sueño de ser una mujer habitada o una gran animista, pero sí puedo abrir un vínculo con este simbionte. Puedo hospedarlo y adentrarme con él por las vías. Al fin y al cabo, creo que voy a perder al mío muy pronto, en cuanto desove.

El animal de cuernos enormes le tanteó la coronilla.

Ella cerró los ojos y no dijo nada.

La caracola de joyero palpó con los neuromiembros la cabeza de la que iba a ser su nueva anfitriona. Abrió con sumo cuidado las costras de anticoagulante que sellaban la cavidad encefálica e introdujo las ensambladuras cerebrales en la cabeza de la Regidora.

Un calambrazo la sacudió, y los ojos de la jefa parecieron hincharse y crecer. Luego se quedó largo rato mirando la cámara.

—Veo… Todo. A través del hielo. Corrientes subterráneas de agua caliente que se mueven demasiado profundas como para calentar este sitio. Veo la tormenta que se desplaza hacia el sur. Cómo se enfría el cadáver del bandido. Las volutas de humo que danzan en la bóveda negra de esta gruta. El mal bullendo fuera. El faro emitiendo al infinito fogonazos de luz invisible al ojo de los hombres.

Los cuatro tentáculos oculares elásticos del molusco se estiraron como las antenas de una bestia al despertar y lanzaron luces locas

por toda la estancia. Pusieron en la percepción espacial de la Regidora un mapa de la zona que tenía más de tres dimensiones.

—Yo quedo aquí y hago anticongelante —anunció la minera, con la vocecilla de la babosa—. Pongo a mi nautilo a exudar fósforo. Hago varios odres, para embalsamar seis personas. Es momento de congelarnos aquí. No voy al faro, el faro no es bueno. Cuido de amigo titiritero y lo entierro horizontal, con paladas de nieve. Nosotros podemos hibernar en vertical, untarnos con fósforo como los soldados. Vamos a las paredes, al abrazo del hielo siete. Esperamos dormidos, pasan años y se olvidan de nosotros. Otros mineros nos descongelan después.

—Pico Ocho —contestó la Regidora—, eres libre de hacer lo que te plazca. Nosotros vamos a seguir las vías y a buscar la puerta del faro de cristal. Volveremos a este abrigo para hacer noche y comer algo. Y entonces veremos si vamos a congelarnos o si se puede seguir avanzando por el Agujero.

Y echó a andar por los raíles, hecha locomotora, tirando de nosotros, al tiempo que prendía una seta de luz y la colocaba sobre su pértiga plegable.

Cuando abandonamos el merendero, la oscuridad nos tragó, a todos.

Éramos cuatro.

CUARENTA Y CINCO

LA CANCIÓN DE LOS CARACOLES

Las vías siguieron y el frío con ellas. Costaba andar. Temía que alguno de nosotros pudiera consumirse de repente, fulminado como el trapo, pero sin rachas de aire negro batiendo sobre nosotros no parecía que fuese a suceder nada tan horrible y violento.

Estábamos a salvo, de momento. El túnel nos guarecía someramente. Porque el tiempo pasaba y las suelas de las botas empezaban a crujir. Estábamos ateridos. Pronto tendríamos síntomas de congelación.

Al menos podíamos hablar. Dentro del túnel, respirar dolía menos.

La Regidora estaba fascinada por su nuevo sentido de la vista.

—La seta de luz es para vosotros. Yo no la necesito para ver el túnel ni con tanta oscuridad, de modo que será mejor que la lleves tú. —Y me la tendió.

Entonces, justo entonces, se iluminó la montaña. Se convirtió en un diamante azul refulgiendo al sol del mediodía. Algo la hacía brillar desde arriba.

—Han encendido el faro —musitó el Astrólogo.

La luz pareció moverse un poco, enfocar algo, y tal como había venido se fue, devolviéndonos a la negrura más profunda.

Pero lo que estuvo a poco de robarnos la cordura fue… la naturaleza del resplandor al encender la montaña.

—No es la clase de luz que emiten los simbiontes —dijo ella.

—Ni la del fuego o la alquimia —añadí—. Es la luz más fría del mundo. La única que cabe imaginar en el Agujero.

Seguimos avanzando, no mucho rato. Yo estaba fascinado por los motivos, relieves e inscripciones de los raíles de metal. Nunca había visto vías tan antiguas.

—¿Puedes leer lo que pone en las traviesas? —me preguntó el Astrólogo.

—Los símbolos son parecidos a los del alfabeto que empleaban en el templo, eso ya lo reconocí en las ruinas. El problema es que yo lo que sé leer son los sonidos, y esto son casi todo ideogramas o

pictogramas. Tal vez códigos, pero no creo.

—¿Y no podrías descifrar nada? —quiso saber el Explorador.

—No sé cómo se hace algo tan cobarde.

—¿Perdón?

—He dicho cobarde, sí. Descifrar mensajes en clave, violar una comunicación que no está dirigida a ti… Eso es cosa de espías, y a los espías hay que matarlos. A mis ojos, esos grabados son pura jerigonza; no otra lengua, sino otro sistema de escritura, una expresión logográfica… No sé si comprendes. Es complicado. Yo creo que conozco la lengua, es la mía; o diría que la reconozco de algún modo, pero el caso es que no la puedo leer escrita así. La transcripción con *hànzi* me resulta incomprensible, pese a que estudié dos escrituras distintas.

Caminábamos y hablábamos entre tiritonas cuando la Regidora nos detuvo, con una señal táctica.

Puño en alto. Luego índice arriba.

—En el techo —dijo.

Alcé la seta de luz, la estiré hasta asir la pértiga por un extremo e iluminar la bóveda.

Era un canal exacto, del todo redondo. Estábamos en un cilindro de hielo demencialmente perfecto; apenas notábamos las curvas.

Y en el techo no había nada. Solo los ojos del oteador de la Regidora, revoloteando alrededor de la seta de luz como dos luciérnagas. De cuando en cuando iluminaban un punto sobre nuestra cabeza con las pupilas para peinarlo con haces de luces parpadeantes de colores.

Encendí la babosa a todo pasto y su luz nos mostró qué había congelado a un lado del túnel.

Una serpiente.

Un gusano con ojos y cara, con cabeza. De vértebras protuberantes, que le tachonaban el lomo con mil púas de hueso. Un espinazo forrado en carne, de piel escamosa y colorida. Una bestia enorme, que llevaría millones de años en el cristal, con el caracol todavía en la cabeza. Más incrustado en su cráneo que encima de él, en una forma de simbiosis tan profunda y primitiva que hacía pensar que el huésped no podría abandonar al anfitrión.

O que se disponía a abandonarlo.

Salía de su cabeza.

—Así que esta es la clase de cosas que te enseña el hielo siete cuando le abres una vía —dijo el Explorador.

—¿Y cómo es que no hemos visto nunca antes algo así? —pregunté.

—Porque no es un túnel perforado por el pueblo minero. Los picadores, o eso dicen las canciones de la mina, mandan a un templo secreto los bloques de hielo que contienen monstruos dentro.

—Pues espero que no sea para despertarlos cuando empiece la guerra —contesté, tras escupir a la serpiente.

Me habría gustado llevar hasta aquel sitio a los que decían que las serpientes eran bichos mitológicos. Y a los que creen que los simbiontes se hicieron para los hombres.

Pero a la Regidora le daba igual la serpiente.

—Vosotros no la veis —anunció—, pero justo bajo la seta de luz hay una trampilla por la que se accede al faro.

—¿Está enterrada en el hielo? —pregunté.

Ella asintió. Luego avanzó hacia la pared.

Y la tocó.

Cosa harto imprudente, porque era de hielo siete, y la piel se queda pegada al hielo siete de una forma espantosa.

Pero no fue el caso.

—No es hielo. Es de cristal. Un panel. Tiene una rendija.

Una repisa.

Con muescas separadas entre sí por el espacio de un dedo. Como una vara de medir.

La misma escala que había en las ruinas.

—Vaya con el caracol del cagacharcos. Para otra cosa no, pero hay que reconocerle al trapo que a la hora de robar cosas de valor sabía lo que se hacía.

—Regidora —dije yo—, no sé si recuerdas qué pasó la última vez que tocaste un piano de esos, pero…

El simbionte joyero se encendió y se contrajo, apretándose contra la cabeza de la jefa.

¿Le transmitía la experiencia de cuando era huésped del trapo?

—Uno, dos y tres —murmuró ella, al tiempo que pulsaba las teclas—. La nena saltará. Cuatro, cinco y seis. Y todos lo veréis.

Algo en la tonada me hizo preguntarme si no eran unas notas

demasiado parecidas a las que vocalizan los simbiontes cuando cantan duelo, o a montura. La Regidora no sonaba igual que el trapo al recitar el sonsonete, sino a algo mucho más familiar. A una música poderosa, antigua y misteriosa. A la canción de los caracoles.

Al rematarla, presionó las ranuras más anchas.

Y el hielo sobre nuestras cabezas se encendió. Vibró y se agrietó.

Nos apartamos para verlo caer sobre las vías del tren.

Tras él bajó suavemente una escalera de mano.

Que daba a un recinto que emitía una luz fría y un vapor cálido.

CUARENTA Y SEIS

FARO

Dentro de la torre no había nada.

Era poco más que un cilindro de cristal. El otero perfecto de la negritud.

Por las paredes translúcidas corrían las luces de unos ideogramas puestos ahí sin orden ni concierto. Recuadros con esquemas y señales redondas que parecían las piezas de un juego de mesa. Eso era el tubo de vidrio y por él ascendía la escalera.

En lo alto de la torre había una repisa. Nos costó escalar hasta la única planta del edificio, pero con la acogedora temperatura que se vivía en aquel sitio era casi agradable subir durante muchas lanzas por la escala de mano.

Entre otras cosas, porque el aire que se respiraba allí dentro era especial. Hacía trampas.

Entraba y salía de los pulmones casi como algo vivo, apenas notabas que respirabas, no te costaba esfuerzo inspirar a fondo, el olfato te decía que estabas en un bosque de helechos húmedo y fresco, se te abrían las fosas nasales de par en par. Era mil veces mejor que salir de un refugio para respirar aire tras una tempestad. No hay una experiencia para la salud tan grande como respirar el aire de los Antiguos.

A saber qué tóxicos faltaban en la atmósfera del recinto. Yo no me había sentido tan ligero y capaz en toda mi vida. No era como cuando la babosa te suministra drogas para mejorar el rendimiento; era abrir la ventana de un ahumadero.

Recordé cómo se ahogó el jinete de la serpiente y comprendí enseguida que en el Círculo se respiraba algo muy malo.

Y en el interior del faro no.

Ni el Astrólogo se quejó del esfuerzo de subir la escalera. Empecé a preguntarme cuánto había ganado el esferista en salud y juventud, porque la Regidora llegó a la repisa sin resollar, pero quejándose de los brazos y las piernas.

En la planta nos aguardaban dos sillas translúcidas de gran simpleza pero que parecían muy cómodas, puestas frente a dos

enormes paneles de vidrio en los que había lecturas y se proyectaban imágenes y lo que parecían mapas, contadores y relojes de arena que se llenaban. Cuadros de control. Instrumentación.

No había nadie en el faro. Funcionaba solo.

Una mesita con un vaso de vidrio y una botella de agua, también del mismo vidrio.

Nos lo bebimos todo y fue estupendo.

Como la vista.

Desde allí se dominaba el Agujero. La negrura inmensa iluminada por las luces dementes del cielo, o tal vez por la luz invisible que proyectaba el faro, si es que la Regidora no se había vuelto loca al simbiotizarse con el animal de un muerto.

Veíamos a lo lejos la vagoneta en la que habíamos llegado y el cadáver de la locomotora, convertido en estatua de hielo. El mar de estrellas, una luna enorme y una gigantesca puesta de Jiangnu a lo lejos, así como lo que parecía un volcán de hielo titilando furia tras las montañas. El Astrólogo sonreía como un niño con zapatos nuevos. Señalaba puntos en las estrellas y asentía con la cabeza del limaco, que parecía enardecido, soltando fogonazo tras fogonazo.

El Explorador sacó papel y lápiz, tomó asiento junto a los tableros de vidrio y se puso a dibujar. Un mapa de cuanto viera. Al detalle.

Una mano al lápiz que movía a una velocidad y precisión sobrehumanas. La otra, al catalejo, la tenía muy quieta. La babosa simbiótica parecía cantarle indicaciones, trazar el plano por él.

La Regidora buscó y rebuscó, con los ojos del caracol. Pero no encontró ningún panel de botones. No había qué hacer. O no supimos qué hacer, en aquel momento.

Porque no todo lo que se veía era el negro del Agujero.

En el horizonte había montañas de hielo, tras las que bullía, sutil pero poderoso… un resplandor. Una luz exterior, que ardía fría en el Agujero.

Una ciudad.

Casi habíamos llegado.

Saqué el catalejo. Con él vi desaparecer al jinete de serpiente la noche en la que empezó todo, y con él pude ver, muy a lo lejos, tras la falda de una mole de hielo siete, lo que parecía el comienzo de una gigantesca cúpula de cristal.

Iluminada por dentro.

El trazado de la vía del tren parecía ir a su encuentro.

Torcía tras la misma montaña de hielo para confluir en varios cruces con vías que surcaban el Agujero para verter en la ciudad. El Explorador tenía razón, todo era cierto. El tren de las minas partía de aquella ciudad.

Había un tren que no era el transcrepuscular, y recorría el Agujero del Mundo. Una red ferroviaria como la nuestra, mucho más antigua, la sucedía, para desplegarse en la oscuridad más absoluta.

El Explorador se sabía vencedor en su empeño; se había dado cuenta enseguida de que nos había llevado a destino, pero aguardaba a que lo dijéramos y, mientras tanto, hacía en silencio lo que había venido a hacer.

Cartografiar.

El primer mapa en siglos que conectaba los sistemas de túneles y los trazados ferroviarios del pueblo minero con quienes los proyectaron originalmente. Un esbozo de los nudos de las vías que se arracimaban hasta conformar una avenida principal que penetraba en la cúpula de cristal.

Entonces vi que los raíles, tras la tormenta de fase, quedaban cubiertos de cascotes de hielo, muchos de los cuales parecían cantos rodados de cristal que hubiesen girado durante siglos, erosionándose en cada tempestad.

El lugar era barrido por enormes guijas, por gigantescos ripios de granizo, tormenta a tormenta. Las tempestades de fase lo obstruían periódicamente.

Y comprendí algo.

Recordé el bramido que habíamos oído al poco de descarrilar, até cabos, tuve la idea.

—Me voy a por Pico Ocho —dije—. Con suerte, el intérprete que le han dado conseguirá descifrar los galimatías de las paredes.

Mentira podrida.

Porque salí del faro, bajando la escalera de mano. Y no pensaba volver.

Abandoné al grupo, sí, pero para sacrificarme por él.

Me iba a la ciudad de la cúpula de cristal.
Yo. Solo.

CUARENTA Y SIETE

CONSTRUCTO ENTIDAD

—¿Vuelves solo? —me preguntó la babosa de Pico Ocho nada más verme aparecer, apenas iluminado por el suave relumbrón de mi simbionte.

—Los he dejado en faro —contesté, tratando de encontrar las palabras en el lenguaje de la muchacha—. Volverán. Escúchame…

—¿Vas a hibernar conmigo?

—No. Necesito líquido de caracol tuyo. Salgo al agujero.

—Estás loco.

Y contesté. Pero no me daba para tanto lo que podía decir en la lengua de las minas, de modo que acabé en idioma crepuscular:

—Cuando un tonto tira muy al norte, el norte llega y los túneles se acaban, pero el tonto sigue.

—Jojojo… Me puto parece un refrán ingenioso —dijo el trapo.

Nos volvimos los dos. Ambos con una sonrisa de oreja a oreja.

Estaba vivo.

Putamente vivo.

Se había desprendido del cuerpo muerto de Miyamoto. Estaba tirado en la nieve, agarrotado, exhausto, pero era él.

—Alguacil —me dijo—, me muero. Necesito un nuevo anfitrión.

—Trapo… ¿Conservas muchos recuerdos del amo?

—Casi todos los de su consciencia y todos los de su inconsciente. Aparte, tengo los que le enseñé y los que aprendí de otros huéspedes, como las tonadas que usaban los Antiguos para abrir puertas hace miles de años, pero eso no importa… Alguacil, me queda poco. Tengo que conectarme pronto; llevo demasiado tiempo dependiendo de demasiadas cosas. Necesito la simbiosis o me disolveré en la nieve lo mismo que un escupitajo de cucaracha gigante.

—En fin —zanjé—. Yo necesito un guante nuevo.

Y le tendí la mano al animal.

—Oh, Alguacil… ¿De veras me ofreces hospedaje, te vincularás conmigo de buenas a primeras? ¡No puedo creerlo, me voy a poner a llorar escarcha!

Reptó hacia mí para acabar saltando con cola, cilios y tentáculos varios sobre la nieve abrasadora que había preparado la muchacha para dar sepulcro a Miyamoto.

—Esta loca quería enterrarme con el amo. Y oye, que estábamos muy unidos, pero no como para que me entierren con él.

Le sonreí. El guante me devolvió la sonrisa, a su manera.

—¿En serio piensas aceptarme en simbiosis, Alguacil? ¿Sin boda animista? No soy nada promiscuo y tardaremos años en acoplarnos del todo bien, pero te juro que contigo me comportaré.

—Más te vale. Vas a ponerte entre mi espada y yo.

—Oye… ¿Esto de entrar en comunión con otro ser pensante no va contra tu religión o algo?

—Mis creencias no me llevan a ninguna parte. No quiero morir por un credo ahora que no me siento ni soldado ni alguacil. Tampoco pienso ver pasar los siglos como una estatua en vida, convertido en un fantasma de hielo. Ya no sé qué diría el *bushido* de esto y de lo otro. Ya no sé si me importaría.

Hubo un momento de silencio cuando el trapo empezó a secretar anticoagulante y a extender nervios y tentáculos de asociación hasta tocarme los dedos.

—Te dolerá un poco, Alguacil, pero enseguida se pasa. A cambio tendrás un puño capaz de astillar la roca y un amigo fiel. Solo vigila de no entablar asociaciones simbióticas… peligrosas. Ya has visto lo que puede pasar, que montemos un numerito como el de la puta y…

—Olvídalo. No hay tiempo. Voy a sacarnos de aquí, trapo. Tengo un plan. Un plan putanesco que te va a gustar.

Pero para el trapo no había nada más importante que entablar el vínculo.

Su salud se resentía. Tenía mal color.

—Espero que no te arrepientas de mí. Y lamento tener que pedírtelo así, tan de urgencia, me habría gustado hacerlo bonito, pero sí, me encantará ser tu huésped y…

—Trapo, que no creo en los matrimonios. Tu amo murió porque no teníamos ningún plan. Lo menos que puedo hacer ahora que lo veo todo más claro es sacarte a ti de esta. De todos modos —añadí, con un gesto solemne, quizá por seguirle el juego a la liturgia—, te voy a necesitar. Me marcho de aquí y me vendría de perlas contar

con el guante de montar más formidable que he conocido, que alguien me ayude a pilotar un animal difícil como solo sabes hacer tú, que eres un jinete tremendo. Además, necesito tu destreza con las corrientes del agujero.

Mientras el trapo se preparaba para acoplarse, la minera me cubrió con anticongelante del nautilo. Me quité el *kabuto* de cangrejo, me tiré un odre de fósforo azul en las melenas y dejé que me bajara despacio de la cabeza a los pies. El frío que me recorrió con él era… extraño.

Distinto de todos.

—Tienes dos horas caracol —me dijo la vocecilla del simbionte de la minera, al tiempo que ella me untaba la cara y la armadura—. Luego, la intemperie devuelve el frío a tu cuerpo, para matarte. Este bálsamo es para criobiosis, para hibernar en hielo siete, no para cruzar el Agujero.

—Pico Ocho, dile a otros que volveré a sacarlos, pronto. Que se congelen si necesario. Dile a Regidora que perdón pero quien sabe el idioma de los Antiguos y quien sabe luchar soy yo. Dile que traeré cristal. Haz que tu caracol les traduzca lo que he encontrado.

Pico Ocho asintió.

Se escuchó de nuevo el bramido que nos había dado la bienvenida al llegar al Agujero del Mundo.

—Trapo, nos tenemos que ir —le dije, aproximándome a los rescoldos de la hoguera—. Eso que oyes es nuestro tren.

—¿Qué dices?

—La oruga quitanieves. Nos va a sacar de aquí.

—¡Tú estás peor que Miyamoto! ¿De veras piensas puto subirnos a esa bestia?

—No voy a agarrarme a ella, pienso atarla y cabalgarla —le contesté.

Y saqué de las mantas al boyuno regio de la Regidora.

Que salió con violencia de la enorme concha, sonando como un vómito.

—Este animal —le dije al trapo, al tiempo que los ojos milenarios del enorme caracol se enfrentaban a los míos rezumando violencia e inteligencia a partes iguales— ha dominado a un gusano del Pulmón y ha hecho correr a una hormiga de guerra hacia el infierno hasta reventar. Si hay un simbionte que pueda entablar un

enlace de control con una monstruosidad como la quitanieves es el puto boyuno de animista.

—Ya veo. Tú, puesto a simbiotizarte, lo vas a hacer a lo grande. ¿Vas a armar un constructo y actuar como soporte de una babosa de lucha, y de tres seres únicos e irrepetibles?

—En efecto, tres seres únicos. Este caracol de tronío, la legendaria oruga quitanieves, y tú, seas lo que engendros seas, guante reptante —le respondí, sin dejar de sostener la mirada del simbionte de la Regidora.

Que me empezaba a taladrar.

—Te explotará la cabeza.

—No creo, trapo. Justo la cabeza la tengo mejor puesta que nadie de por aquí. Vais a ser los primeros en pudrírmela.

Ya se oía el rumor de la oruga quitanieves, que surcaba el helor del Agujero a una velocidad de infarto. Barría las inmediaciones de la ciudad y pasaba de nuevo cerca de nosotros. Teníamos que apresurarnos.

Me llevé el caracol de la Regidora a la cintura con una mano, igual que habría hecho con el yelmo. Y le mostré a la marioneta la palma derecha extendida. Los dedos, muy separados. Relajada.

Una miríada de extremidades informes la envolvió con calidez y comenzó a atarse alrededor de las articulaciones, a invadirme las venas, a enroscárseme en los nudillos, a levantarme las uñas para meterse debajo y ensartarme los dedos. Uña y carne. Sentí cómo el bicho me abría opérculos en la muñeca y el dorso de la mano. Luego convirtió la cola en una pulsera muy prieta y pulso y tacto se acoplaron a los de la marioneta.

Que se ajustó a mi piel y luego la hizo víscera.

Cerré el puño y sonreí.

Su fuerza y dureza parecían mías, capaces de sujetar y partir espadas.

Empecé a mover las extremidades del títere como si fueran mis dedos. Manejaba su cuerpo, en parte, con su permiso. Con su ayuda.

Cuando pude usar de nuevo la mano simbiótica, la empleé junto con la natural, coordinándolas con dificultad para sostener al boyuno de la Regidora. Intenté decir algo, pero ya había perdido el habla.

No es que estuviera mudo, es que en vez de hablar por mí

mismo, sentía que le decía las cosas al títere.

El trapo era mi conexión con el mundo de los hombres.

De alguna forma, me hizo soltar el caracol y se plantó en mis morros para mirarme a los ojos quizá por última vez. Parecía que estuviera haciendo un guiñol con un amigo imaginario.

—Mira que si esto te sale mal, Alguacil… Vas a ser el fulano más putamente ridículo del Círculo.

La babosa marcó peligro de muerte, toxicidad, asesinato, daños internos, locura. Y otras señales que no conocía.

Pero me daba igual.

Tomé el boyuno con ambas manos. Con una lo sujeté, con la otra le mordí.

Y alcé los brazos.

El caracol de la Regidora se puso a vibrar encima de mi cabeza, expulsó un charco de baba nexual y luego mil raíces nerviosas que se apresuraron a palparme, apartarme y arrancarme el pelo, hasta recorrer y reconocer bien las juntas de los huesos de mi cráneo.

Me iba poner una corona de espinas.

Sentí cómo el caracol me taladraba la calavera con saña, por docena y media de puntos distintos. Después me entró en la mente y los sesos, llenándome de otredad.

Una colonia de mil larvas locas explotó dentro de mí. Fui invadido. Supe al fin qué era estar infestado en profundidad. Cómo era entrar en un torrente de miles de años de recuerdos borrosos, de los que afloran en las pesadillas.

Qué eran la inteligencia de enjambre y el animismo.

Fogonazos.

Y comprendí que había cometido un error irreparable.

Mi yo se disolvió en un océano de ácido mental. Se hizo multitud. Uno de los últimos recuerdos que tengo como hombre libre es el de la voz lastimera de mi babosa y la del boyuno de la Regidora, cantando al unísono con… la del trapo.

Llamaban a montura. Mis moluscos.

Lo hicieron durante unos segundos, mientras yo convulsionaba, y enseguida se escuchó el fragor de la oruga quitanieves entrar en el túnel para detenerse junto al merendero y mirar a mi caracol con un enorme ojo compuesto. Una locura. Un alud de carne viscosa y humeante, parándose a mi lado.

Me vi reflejado en el escaparate de guerreros congelados de la gruta. Un monje guerrero tradicional, envuelto en un gabán de asalto untado en linimento fosforescente, coronado por un animal resplandeciente que se desgañitaba como si fuera a parir, hablando con su marioneta, caminando hacia el titán más antiguo y misterioso que nunca hubiera cruzado el Círculo Crepuscular y el Agujero del Mundo.

Mi mano gesticulaba sola.

—¡Estamos jodidos, amo! Esto es una puta chifladura… Pero, si hemos de morir, ¡que sea como leyendas!

Los otros dos simbiontes que se agolpaban y ordenaban para habitarme agudizaron el canto, y cuando la inmensa oruga, a duras penas metida en el túnel, se relajó y se puso a mi disposición con un siseo, perdí la mayor parte de la consciencia.

Porque entonces el boyuno apretó el enlace conmigo y algo maligno y muy antiguo me poseyó definitivamente.

Me vino en aquel momento lo que me dijo el hierofante del templo:

—Cuídate —había dicho— de no infestarte tanto como el hombre habitado que te acompaña.

Y ese compañero era mi simbionte.

—El trapo… no debe… pensar…

Que las células animales y vegetales se originaron mediante simbiosis ya no es materia de controversia. La biología molecular ha reivindicado esta pieza de mi teoría de la simbiosis celular. La incorporación permanente de bacterias dentro de las células animales y vegetales en forma de plastos y mitocondrias es un elemento de la teoría de la endosimbiosis seriada que se enseña incluso en los libros de texto de bachillerato.

Sin embargo, el pleno impacto de la visión simbiótica de la evolución todavía no se ha hecho igual de patente; la idea de que las especies nuevas aparecen a partir de fusiones simbióticas entre miembros de las antiguas aún no ha merecido la atención de la comunidad científica.

LYNN MARGULIS
Planeta simbiótico (1998)

CUARENTA Y OCHO

TRANSMISIÓN

El boyuno doce reporta a la Gran Colonia. Sus pensamientos nos guían.

Dominamos anfitrión. Poseemos sus movimientos, controlamos su conciencia. Son nuestros sus fogonazos.

Surcamos a gran velocidad la superficie helada del hemisferio antisolar de AË7. Las condiciones ambientales son extremas; nuestros soportes vitales están sometidos a un castigo que no resistiremos mucho tiempo, pero nos es grato comunicar que antes de refugiarnos para hibernar alcanzaremos el acceso a las últimas posiciones de los primates asilvestrados en este cúmulo de estrellas.

La profundidad del frío y la oscuridad que nos asola es de una magnitud que empequeñece los límites practicables, por lo que esperamos que la Gran Colonia valore el esfuerzo que conlleva para nosotros enviar esta misiva, así como disculpar su brevedad, y la ausencia de datos de soporte y mediciones.

Informamos de que mantenemos en estado neurosíncrono un constructo-entidad harto complejo e inestable. Una asociación estrafalaria y divergente de organismos que ha improvisado el anfitrión vertebrado, en lo que parece una reacción desesperada por contactar con sus homólogos superiores. Baste decir que integramos como transporte al inmenso lepidóptero que habilitaron los primeros colonos del planetoide para mantener despejadas sus rutas de carga, una oruga milenaria que se resiste sobremanera a todos los intentos de control no adaptativo que hemos tratado de establecer. Apenas conseguimos que prenda luces y nos lleve.

El anfitrión también se revuelve. Es la parte de nosotros que trata de romper el vínculo, de rechazar la integración, de recuperar la autoconsciencia. No es como los hombres que solemos atar; este pertenece a una casta de guerreros rebelde y anacrónica que siempre ha resistido la asimilación. Trae consigo dos coadjutores no encefálicos: uno de ellos es un afín distante y dócil, una babosa menor; el otro es un feral de apéndice, una contaminación extraña y cerebrada que parece inmune a los intentos de contacto cognitivo, independientemente del

canal que abordemos.

No conocemos bien qué protocolo adoptar en esta situación, por lo que solicitamos guía e instrucciones.

De no recibirlas, trataremos de aprovechar la posición ganada para diseminar. Pronto tendremos acceso a una urbe abovedada, que ya aparece frente a nosotros, iluminada con espantosas luces inorgánicas. Es una estación enorme, quizá muy poblada, en la que procederemos con el desove a la mayor brevedad posible.

Si la Gran Colonia no respondiera, llevaremos a cabo una incursión para infestar, habitar y luego parasitar a los últimos efectivos primates.

Hasta consumirlos y devolverlos a las cavernas, o a la era de los castillos.

De la que no debieron salir jamás.

Aguardamos respuesta.

Requerimos instrucciones.

Y cerramos transmisión.



EMILIO BUESO (Castellón, España, 1974). Cursó estudios de ingeniería y fue profesor de Sistemas Operativos de la Universidad Jaume I de Castellón entre el 2003 y el 2011. Trabaja como responsable de tecnología de una institución interuniversitaria, labor que compagina con la escritura.

Miembro fundador de la asociación Nocte, empezó a publicar a caballo entre el realismo sucio y el género fantástico. Se estrenó en el formato largo con *Noche cerrada* (Verbigracia, 2007). *Diástole* (2011), *Cenital* (2012) y *Esta noche arderá el cielo* (2013), todas publicadas en Salto de Página, lo consagraron como uno de los valores más firmes de la ciencia ficción española; las dos primeras ganaron el Premio Celsius de la Semana Negra de Gijón. En el 2014 inauguró la colección Insomnia de Valdemar con *Extraños eones,* una novela adscrita a los Mitos de Cthulhu que resultó ganadora a su vez del Premio Nocte. La recopilación *Ahora intenta dormir* (Valdemar, 2015) reúne sus principales relatos hasta la fecha. En la actualidad escribe *Los ojos bizcos del sol,* una trilogía biopunk cuya primera entrega, *Transcrepuscular,* acabas de devorar en apenas una sentada.